

Francesc Costa Oller

Constantinopla

La mirada de los viajeros del siglo XVI



Francesc Costa Oller

Constantinopla

La mirada de los viajeros del siglo XVI

Mataró, 2026

<https://ub.academia.edu/FrancescCosta>

https://archive.org/details/@francesc_costa

<https://zenodo.org/communities/fco/?page=1&size=20>

Índice

Introducción · 7

El Viaje · 17

Venecia y el mundo marítimo · 19

Cruzando los Alpes Dináricos · 49

Viena y la Via Militaris · 65

La Ciudad · 79

Los Viajeros · 99

Bertrandon de la Broquiere · 101

Arnold von Harff · 147

Corneille Duplicius de Schepper · 157

Bartolomeo Ramberti · 179

Jacques Gassot · 195

Nicolás de Nicolay · 205

Charles Estienne · 217

Ogier Ghiselin de Busbecq · 223

Philippe du Fresne-Canaye · 263

Pierre Lescalopier · 287

Giuseppe Rosaccio · 303

Paolo Contarini · 369

Apéndices · 403

Konstantin Jireček · 407

Petar Matkovic · 415

Bibliografía · 443

Introducción

Para el observador que parte de las orillas del Adriático o desciende por las arterias de la *Vía Militaris*, el viaje hacia Constantinopla no se agota en la suma de leguas o millas marinas. Es, más bien, un proceso de reconfiguración. El viajero del Renacimiento tardío se interna en una estructura de poder, de comercio y de fe que desafía la clausura de la Cristiandad. La ciudad de los sultanes se presenta como un origen: una zona de contacto donde la geografía se vuelve densa, donde el tiempo parece plegarse sobre sí mismo y donde la mirada debe aprender nuevas leyes de perspectiva.

Este libro es una cartografía de esa transición. El siglo XVI representa el momento de máxima expansión y consolidación del Imperio Otomano, un periodo en el que la antigua Bizancio ha terminado de ser digerida por la nueva Roma de los Osmanlíes, pero donde las huellas del pasado todavía laten bajo la superficie de las nuevas cúpulas y minaretes. Viajar a Constantinopla en este tiempo es asistir a la construcción de un orden mundial. El desplazamiento es, por tanto, una deriva controlada por protocolos diplomáticos, intereses mercantiles y una curiosidad humanista que, bajo su apariencia descriptiva, esconde una voluntad de comprensión.

Cada jornada es una negociación con el estado de los caminos, con la disponibilidad de agua y forraje. En el desplazamiento pausado, el viajero tiene tiempo para despojarse de sus prejuicios más inmediatos y para empezar a percibir las sutiles gradaciones de la autoridad. El poder del sultán se manifiesta a lo largo de

todas las rutas que conducen a él. Se siente en la seguridad de los caminos, en la uniformidad de los pesos y medidas en los mercados de provincias, y en el silencio respetuoso que rodea a los emisarios oficiales. Entrar en Constantinopla es, por tanto, el acto final de una larga iniciación en un sistema que se pretende universal y eterno.

La inmersión en esta realidad precede a la visión de los perfiles de la muralla teodosiana; germina en la propia materialidad de la ruta. Hablamos de un siglo regido por la lentitud, donde las travesías se miden en esperas portuarias y en ciclos dictados por el esfuerzo animal o la navegación a vela y remo. La geografía intermedia, ya sea entre la laguna veneciana y la capital bizantina, o entre el Danubio y el estrecho del Bósforo, se configura como un organismo funcional. Se trata de una red de infraestructuras —calzadas, albergues y embarcaderos— cuyo diseño y mantenimiento aseguran la pervivencia del flujo humano y comercial.

Consideremos la ruta marítima, ese cordón umbilical que une la Serenísima con el Levante. Es una sucesión de escalas —Zara, Ragusa, Corfú, Candía. Cada puerto es un enclave, un punto donde el mundo cristiano se repliega o se expande. En estas escalas, el viajero experimenta la primera fragmentación de su realidad conocida. El Mediterráneo era un mar de fronteras líquidas, infestadas de corsarios y patrulladas por galeras, donde la seguridad es una mercancía tan valiosa como la seda o la pimienta. La navegación es también una forma de diplomacia constante; cada encuentro en alta mar exige una identificación, un reconocimiento de banderas y una evaluación de intenciones.

Por otro lado, la vía terrestre impone una lógica distinta, más vinculada a la resistencia del suelo y a la regularidad de las es-

taciones. Cruzar los Balcanes o seguir el curso del Danubio implica someterse a la topografía del continente y a los ritmos de una administración que ha hecho de la movilidad su principal herramienta de control. Aquí, la unidad de medida es el caravasar, ese albergue de caravanas que puntúa el paisaje como un nodo de condensación humana y animal. El primer espacio puramente otomano que habita el viajero: una arquitectura de la hospitalidad funcional, sobria y geométrica, donde la jerarquía social se diluye en la horizontalidad del descanso compartido. En estos recintos de piedra, el viajero percibe la escala del Imperio a través de su logística. La *Via Militaris* es el sistema nervioso de un organismo vasto que moviliza ejércitos, correos y embajadas con eficiencia. El conocimiento aquí surge del propio desplazamiento, del roce con el polvo de las llanuras de Tracia y del cruce de puentes que son, en sí mismos, proezas de la ingeniería y símbolos de la voluntad soberana de conectar lo que la naturaleza ha separado. El Imperio Otomano ocupa el espacio y lo organiza: los pozos, las fuentes y los puentes son los instrumentos de una hegemonía que sabe que el control de la ruta es el control del poder.

Al llegar finalmente ante Constantinopla, lo que el viajero encuentra es una condensación de mundos. El escrutinio se enfrenta a una topografía que desafía la cuadrícula. La ciudad se despliega sobre sus siete colinas con una lógica orgánica, donde lo público y lo privado se entrelazan en un laberinto de calles estrechas y jardines ocultos. Pero más allá de la anécdota del trazado urbano, lo que define a la Constantinopla es su asombrosa densidad demográfica y cultural.

Es una ciudad de contrastes cromáticos y sonoros, pero sobre todo es una ciudad de jerarquías espaciales. El palacio del sultán,

situado en la punta de la península, residencia del sultán, es el centro de gravedad de un universo. Su estructura de patios sucesivos funciona como un filtro de acceso: a medida que se avanza hacia el interior, el silencio aumenta y la presencia del poder se vuelve más abstracta y absoluta. El viajero, especialmente el diplomático, vive esta progresión como una revelación demorada. El poder otomano se administra a través del ceremonial, de la espera y del protocolo. La visibilidad del sultán es un recurso escaso, gestionado con una sabiduría que entiende que el misterio es una forma de autoridad. El trono es el corazón oculto de una maquinaria que funciona con la precisión de un reloj.

Frente a la clausura del palacio, en el *bezestán* o bazar cubierto, se revela el nudo del comercio mundial. En sus naves abovedadas se depositan las riquezas de tres continentes. El mercado es un espacio de mediación donde se cruzan lenguas, religiones y costumbres bajo la mirada vigilante de los inspectores del sultán. La visibilidad en el mercado es total, pero está sujeta a una regulación estricta que garantiza la paz comercial. Es el lugar donde la materia —la tela, la especia, el metal— habla de la potencia del Imperio de manera más elocuente que cualquier discurso. El viajero se pierde en esta selva de mercancías, donde el valor de las cosas está determinado por la distancia que han recorrido para llegar hasta allí. Cada fardo de seda de Persia o cada saco de pimienta de la India es un testimonio de la centralidad de Constantinopla en la economía del globo.

Para el viajero culto, educado en los clásicos y en la historia eclesiástica, la ciudad es siempre, en algún grado, la Nueva Roma de Constantino y el Bizancio de Justiniano. Sin embargo, esa realidad es ahora algo que se percibe en la reutilización de las co-

lumnas antiguas en las nuevas mezquitas, en el trazado del Hipódromo convertido en plaza de celebraciones otomanas, o en la propia Santa Sofía, cuya transformación en mezquita simboliza la mayor mutación del substrato de la ciudad.

No se trata solo de identificar ruinas —un ejercicio que a menudo se convierte en melancolía—, sino de entender cómo el nuevo orden ha integrado el pasado para legitimarse y superarlo. Las grandes fundaciones imperiales de los sultanes —las mezquitas de Fatih, de Bayaceto o la ya imponente obra de Sinan— buscan superar a sus predecesoras bizantinas en escala y proponen una nueva estética del espacio. El viajero se mueve entre la nostalgia de una herencia que siente como propia y la fascinación por una modernidad otomana que se impone por su coherencia y su fuerza material. Las cúpulas otomanas, que parecen flotar sobre cascadas de semicúpulas, crean un espacio que es, a la vez, una afirmación de fe y una demostración de dominio técnico.

Estos cambios se extienden también al paisaje urbano. El minarete, esa aguja de piedra que puntúa el horizonte, funciona como un faro espiritual y como una marca de propiedad. Los antiguos palacios bizantinos, a menudo en ruinas o convertidos en talleres y almacenes, son los testigos mudos de un mundo que se ha desvanecido. El viajero observa esta decadencia con una mezcla de horror y fascinación, viendo en ella una advertencia sobre la fragilidad de todos los imperios. Pero al mismo tiempo, no puede sino admirar la vitalidad de la nueva Constantinopla, una ciudad que no se limita a vivir de las rentas del pasado, sino que está creando su propia historia con una energía desbordante.

El agua es el principal espacio de tránsito y comunicación, el elemento que otorga a la ciudad su carácter único de puente entre mundos. El Cuerno de Oro funciona como el puerto natu-

ral, un refugio donde las flotas se condensan en un bosque de mástiles. Es el espacio de la logística, de las atarazanas imperiales donde se construyen las galeras que dominan el Mediterráneo y el Mar Negro. Es también un umbral social y religioso de una complejidad extrema: en sus orillas se asientan los barrios de las minorías que el sistema otomano ha sabido integrar sin asimilar. El Fanar griego, el Balat judío y el Ayvansaray cristiano son los nodos de una red de lealtades y servicios que sostienen la estructura del Imperio. Y al otro lado, la ciudad de Pera o Gálata, el antiguo enclave genovés, sigue funcionando como la residencia de los embajadores y comerciantes occidentales, un espacio donde se habla italiano, francés y español en medio de un mar de turbantes. El Bósforo, por su parte, representa la apertura hacia lo desconocido, el canal que une el Mediterráneo con el Mar Negro y que separa, físicamente, Europa de Asia. Recorrer sus orillas es asistir a la escenografía del descanso y del placer de la élite otomana. Los jardines y pabellones que se asoman al agua.

El verdadero tema de este libro, más allá de los lugares y las rutas, es el acto mismo de mirar. El viajero del siglo XVI es un testigo que intenta dar cuenta de una realidad que desborda sus categorías previas. La prosa de estos relatos, refleja esa lucha por la precisión conceptual y por la honestidad intelectual.

Lo que subyace en los mejores relatos es una reflexión profunda sobre las condiciones materiales de la existencia y sobre los valores que las sustentan. La higiene de los baños públicos, que el viajero describe con una mezcla de curiosidad y pudor, revela una concepción del cuerpo y de la pureza que choca con la descuidada Europa de la época. La eficacia del sistema de correos y la seguridad de las rutas hablan de un Estado que antepone la infor-

mación y la estabilidad. La sobriedad de la dieta otomana y la ausencia de embriaguez pública sugieren una disciplina social que el observador occidental admira, aunque le resulte ajena.

El viajero percibe que la fuerza del Imperio Otomano reside en su capacidad para organizar la vida cotidiana de millones de personas de manera coherente. La espera en la Sublime Puerta es un ejercicio de paciencia y un reconocimiento de la jerarquía que rige el universo. El silencio que impera en las mezquitas y en los tribunales, la manifestación de un equilibrio social que valora la introspección, la calma y la palabra medida. El viaje es también una experiencia del tiempo. El viajero aprende que la revelación de la ciudad se produce a través de la espera. Se espera el permiso para desembarcar, se espera la audiencia con el visir, se espera el momento propicio para cruzar el Bósforo. Esta cultura de la espera es fundamental para entender la mentalidad de la época. El tiempo es un espacio que se habita.

El viajero, sentado en un café —esa novedad otomana que tanto fascina a los occidentales— o descansando en el patio de una mezquita, deja que la ciudad se filtre en sus sentidos. Es entonces cuando percibe los olores de las especias y del carbón, el sonido de la llamada a la oración que marca el ritmo del día, y la luz tamizada que cae sobre las fuentes de mármol. La revelación es una acumulación de pequeñas percepciones que terminan por configurar una imagen mental de la ciudad. El viajero regresa a Europa cargado de notas, de dibujos y de objetos, y con la conciencia de que ha estado en el centro de un mundo que no le pertenece, pero que ahora forma parte indisoluble de su propia identidad.

Los relatos reunidos en este libro pertenecen a hombres que realizaron el viaje con propósitos comerciales, diplomáticos, religio-

sos, intelectuales, y que hallaron maneras diferentes de poner en palabras lo que habían visto, oído y sentido. Sus voces se complementan, y va tomando forma un retrato compuesto de Constantinopla y de la ruta que conducía a ella, fijado en el momento preciso en que el Imperio otomano alcanzaba la cima de su poder y el Mediterráneo comenzaba a contemplarse desde Europa con esa mezcla de respeto y ansiedad que caracteriza a quien observa lo que no puede cambiar, pero que tampoco logra aceptar del todo.

Estos textos son instrumentos de una epistemología del viaje. Sus autores midieron distancias, anotaron nombres de lugares, compararon ríos con los de su tierra natal, calcularon el costo de los víveres y la calidad de los alojamientos; pero en esa prosa en apariencia funcional se filtraba una pregunta más honda: ¿cómo se conoce un mundo que no se parece a ningún otro? ¿Con qué categorías se aborda una civilización con la que no se comparte ni la religión, ni la lengua, ni la organización política? Leer esos textos es también atravesar un límite —no el del Bósforo ni el de los Dardanelos, sino el que separa el presente del pasado. La ciudad que los viajeros describieron ya no existe en la forma que ellos conocieron, pero subsiste en sus palabras con una presencia que el tiempo no ha logrado disolver. Adentrarse en esos relatos es, de alguna manera, emprender el viaje. Este libro es una invitación a habitar, aunque sea por un instante, el umbral de la Sublime Puerta.

El Viaje

Venecia y el mundo marítimo

En el último tercio del siglo XVI, el conocimiento geográfico del Mediterráneo oriental alcanzó una madurez sin precedentes. Décadas de circulación mercantil, peregrina y diplomática habían acumulado una experiencia que los cosmógrafos y cronistas comenzaron a sistematizar con rigor creciente. Dentro de ese proceso intelectual, la ruta marítima que unía Venecia con Constantinopla ocupaba un lugar privilegiado: no era simplemente un itinerario comercial, sino el eje sobre el que giraba buena parte de la política, la economía y el imaginario cultural. Recorrerla equivalía a atravesar el corazón del mundo conocido: sus fronteras religiosas, lingüísticas y políticas, y constatar sobre el terreno la magnitud de los cambios que habían transformado el Mediterráneo desde mediados del siglo XV.

Venecia era la metrópolis que articulaba el tráfico entre el Occidente europeo y el Levante, la ciudad que había construido durante siglos una red de escalas, depósitos y factorías que recorría toda la cuenca mediterránea. Su poder naval descansaba sobre una infraestructura portuaria y logística extraordinaria, y su presencia en las costas del Adriático, el Jónico y el Egeo se materializaba en una serie de enclaves, algunos habían pasado a manos otomanas pero el recuerdo administrado mantenía viva la conciencia de un espacio que la República consideraba propio. Partir de Venecia hacia el este era emprender un viaje por la historia misma de esa hegemonía: un recorrido en el que cada cabo, cada

isla y cada ciudad portuaria llevaba impresa la presencia Veneciana que, a finales del siglo, se encontraba en plena redefinición.

La travesía comenzaba con el cómputo de las distancias, un ejercicio que los cronistas del período afrontaban con una precisión que mezcla el rigor náutico con la voluntad enciclopédica. Las millas marinas que separaban cada etapa del viaje eran el esqueleto sobre el que se articulaba una geografía vivida, el marco donde cobraban sentido los paisajes, las ciudades y las gentes que el viajero encontraba a su paso. Desde Venecia hasta Parenzo medaban cien millas; de Parenzo a Zara, doscientas; de Zara a Sebenico, cincuenta; y así, de escala en escala, el viaje se desplegaba a lo largo de miles de millas hasta llegar al Bósforo. Esa contabilidad revelaba la lógica de un tráfico que se apoyaba en una cadena ininterrumpida de puertos capaces de dar abrigo, agua, vituallas y reparación a las naves que surcaban las aguas a menudo tempestuosas.

El primer tramo del viaje discurría a lo largo de las costas de Istria, la región que cerraba Italia por el este y que constituía, en términos geopolíticos, la frontera natural entre el mundo veneciano y los territorios del interior dominados por los Habsburgo. Una tierra de contrastes: montañas escarpadas que descendían hacia el mar, olivares y viñedos que tapizaban las laderas más suaves, un litoral recortado en el que pequeñas ciudades amuralladas alternaban con calas abrigadas. Su metrópoli, Capodistria, ocupaba una isla conectada a tierra firme por un puente y representaba el modelo de asentamiento costero que se repetiría, con variaciones, a lo largo de toda la ruta adriática: una ciudad compacta, defendida por murallas y torres, que miraba al mar como fuente de vida y al interior como amenaza potencial.

El Adriático veneciano

La costa que se abría ante la proa de cualquier nave que abandonara Venecia en dirección sur era un panorama de gran riqueza geográfica y humana. Istria, con sus aproximadamente ciento veinte millas de longitud y cuarenta de anchura máxima, concentraba en un espacio reducido una variedad de paisajes que los viajeros del período no dejaban de subrayar. Las laderas interiores producían aceitunas, uvas e higos en abundancia; el mar ofrecía una pesca copiosa de especies muy apreciadas; y el subsuelo proporcionaba piedra de construcción de tan buena calidad que desde hacía siglos se exportaba regularmente a Venecia para alimentar las obras de la ciudad. Era, en suma, una tierra que vivía mirando al mar, integrada en los circuitos comerciales Venecianos de una manera orgánica y duradera.

Rovigno era uno de los ejemplos más elocuentes de ese modelo de poblamiento costero. Situada en una pequeña isla a escasa distancia de tierra firme, la ciudad se articulaba en torno a una iglesia que coronaba el promontorio y funcionaba como referencia visual para los navegantes que se acercaban desde el norte. A su alrededor, las islas próximas de Santa Caterina, San Andrés y San Juan ofrecían puertos abrigados de diversas capacidades, mientras que en la lejanía se distinguían los perfiles de islas más pequeñas que salpicaban aquellas aguas. La ciudad vivía de la pesca, de la extracción de piedra y de una agricultura que aprovechaba cada palmo de terreno. Era un lugar de trabajo, modesto en sus pretensiones pero sólido en su cotidianidad, perfectamente integrado en la red de intercambios que vertebraba el Adriático.

Pola, situada en el extremo meridional de la península istria, era un caso diferente. Ciudad de origen claramente antiguo, como atestiguan las ruinas que la rodeaban, poseía un puerto natural de primera categoría que podía dar abrigo a flotas enteras. Su anfiteatro, construido íntegramente con sillares y aún en pie, era el testimonio más visible de una grandeza pasada que contrastaba con la modestia de su presente. Las columnas, los mármoles y los capiteles dispersos por sus alrededores evocaban una ciudad que había conocido momentos de esplendor incomparables con su situación contemporánea. Destruída y saqueada en diversas ocasiones a lo largo de su historia, era en tiempos de nuestros cronistas una ciudad de tamaño mediano, con un puerto activo y una función estratégica importante como punto de tránsito entre el norte adriático y las islas de la Dalmacia.

Al dejar atrás Pola, el viajero se adentraba en el golfo del Cuarnero y comenzaba a navegar entre las primeras islas de lo que los cronistas del período denominaban Esclavonia, es decir, la Dalmacia. Las islas de Cherso y Ossero, separadas por un canal artificial de notable longitud, inauguraban un paisaje insular que se prolongaría sin interrupción hasta las proximidades de Ragusa. Ossero era especialmente notable por sus bosques, que proporcionaban madera en abundancia a las atarazanas venecianas, y por sus extensos rebaños de ovejas que alimentaban una producción de lana y queso considerable. Cherso, la más poblada, era sede del obispado, pero la residencia episcopal se encontraba en la pequeña Ossero.

La isla de Veggia, con sus cien millas de perímetro, ofrecía mejores condiciones agrícolas que sus vecinas del norte: producía vino, legumbres y frutas en cantidades apreciables, y era conocida por la calidad de sus caballos, animales de tamaño no muy

grande pero extraordinariamente resistentes y apropiados para el trabajo duro. Más al sur, Arbe sobresalía por sus higos, descritos por todos los viajeros como de sabor ligero y delicioso, y por un vino de gran calidad que constituía su producto de exportación. Pago, en cambio, era un territorio árido y frío, con escasa vegetación y poca población, cuya única riqueza notable eran las salinas, fuente de ingresos regulares que compensaban en parte la pobreza del entorno natural.

La ciudad de Zara era la capital indiscutible de la Dalmacia veneciana y uno de los puertos más importantes de todo el Adriático oriental. Situada sobre un promontorio conectado al continente por una puerta y rodeada por sólidas murallas con varios baluartes, la ciudad había resistido durante décadas los embates del poder otomano, cuyas incursiones llegaban periódicamente hasta sus puertas sin lograr nunca hacerse con ella. Su guarnición permanente, los fosos y revellines que protegían sus accesos, y el castillo de San Miguel erigido sobre una roca frente a la fortaleza principal formaban un sistema defensivo coherente que los cronistas del período describían con admiración. La ciudad albergaba una población de varios miles de habitantes y su puerto, protegido por una cadena, era escenario habitual de un tráfico comercial considerable.

Sebenico, la ciudad siguiente en el itinerario, presentaba características distintas. Situada al fondo de un canal estrecho que se abría entre la fortaleza de San Nicolás y la de San Andrés, la ciudad se recostaba sobre las faldas de una montaña coronada por el castillo de San Miguel, cuya mole imponente dominaba el paisaje desde considerable altura. La riqueza de Sebenico era escasa, como la de casi todas las ciudades dálmatas, porque el terreno era áspero, las montañas escarpadas y la producción de mer-

cancias limitada. No había en ella un comercio de entidad comparable al de Zara o Ragusa, pero su posición estratégica en la entrada del canal que conducía hacia el interior y hacia las cataratas del Krka le confería una importancia militar y logística indudable.

Trau y Spalato completaban el cuadro de las ciudades medias de la Dalmacia veneciana. Trau, separada del continente por un canal tan estrecho que se cruzaba por un puente, era una ciudad de tamaño reducido pero con dignidad episcopal, lo que le otorgaba un peso institucional desproporcionado con respecto a sus dimensiones. Spalato, en cambio, era una ciudad mayor, cuyo núcleo urbano se había desarrollado en torno a un antiguo conjunto monumental de proporciones colosales que los viajeros del período contemplaban con asombro sin siempre comprender del todo su significado histórico. La costa que se extendía entre estas ciudades y Ragusa era un paisaje de casas de campo y pequeñas aldeas dispersas, salpicado por islas de diverso tamaño y las de Brazza y Lesina eran las más notables.

Lesina y el paso hacia el sur

Lesina era, por su tamaño y su importancia estratégica, una de las islas más significativas de toda la costa dalmata. Con un perímetro de ciento cincuenta millas y una población relativamente escasa en proporción a su extensión, la isla se caracterizaba por la dureza de su terreno interior, que hacía difícil el cultivo de cereales pero producía en cambio vino de excelente calidad e higos en abundancia. Sus aguas eran ricas en pesca, y en particular en sardinas de tamaño considerable. Pero lo que convertía a Lesina

en un punto obligado de referencia para cualquier navegante que se aventurara por aquellas aguas era su puerto: profundo, abrigado, capaz de acoger flotas enteras, protegido de todos los vientos salvo el lebeche. Era, en las palabras de los cronistas del período, uno de los mejores puertos del Adriático, un refugio seguro en una costa que en muchos tramos era peligrosa y expuesta.

Al sur de Lesina, el viajero que seguía la ruta adriática se aproximaba a las islas Tremiti, cuatro islotes situados en el punto de encuentro entre el Adriático septentrional y el central, más cercanos a la costa italiana que a la dálmata. Estos islotes, propiedad de una comunidad de canónigos regulares, combinaban las funciones de convento y fortaleza: su recinto amurallado albergaba tanto una comunidad religiosa como una guarnición permanente encargada de proteger a los habitantes de las incursiones de los corsarios que infestaban aquellas aguas. Era un ejemplo representativo de una condición que se repetiría a lo largo de toda la ruta: la promiscuidad entre lo sagrado y lo militar, entre el Claustro y la muralla, que caracterizaba a tantos enclaves insulares del Mediterráneo.

Curzola cerraba el tramo dálmata de la ruta con una dignidad que los cronistas del período no pasaban por alto. Ciudad amurallada con obispo y una comunidad de comerciantes activos, la isla ejercía un papel de intermediación entre el mundo veneciano del Adriático y los mercados del interior. Desde sus puertos salían barcos cargados de madera, cera y otros productos que encontraban salida en los grandes centros del Mediterráneo occidental. La ciudad era compacta, bien defendida, situada en un promontorio que la convertía casi en una isla dentro de la isla, separada del resto del territorio por una geografía que la naturaleza había hecho fácilmente defendible. Era, en suma, un lugar que había sa-

bido construir una prosperidad modesta pero sólida sobre el aprovechamiento de sus recursos naturales y de su posición en las rutas del comercio adriático.

Ragusa: la ciudad libre

Ragusa [Dubrovnik] era, sin discusión posible, la ciudad más notable de toda la Esclavonia y uno de los centros mercantiles más activos del Mediterráneo oriental. Su singularidad política era tan llamativa como su prosperidad económica: mientras que todas las ciudades dálmatas de alguna entidad se encontraban bajo la soberanía de Venecia, Ragusa mantenía su independencia mediante el pago de un tributo anual al sultán otomano, complementado por una política de regalos y atenciones diplomáticas que garantizaba a sus ciudadanos la libertad de comerciar en todo el Imperio sin pagar aranceles. Era un equilibrio delicado, construido sobre décadas de hábil negociación y sobre una geografía que hacía de la ciudad un punto de contacto imprescindible entre el mundo cristiano y el otomano.

La riqueza de Ragusa se apoyaba sobre varias fuentes. En tierra firme, el territorio que controlaba era escaso y de naturaleza estéril, pero sus habitantes lo trabajaban con una intensidad y una inteligencia que lograban extraer de él legumbres, vinos y frutas de buena calidad. Entre sus curiosidades naturales más llamativas estaba un valle que en invierno acumulaba tanta agua que se convertía en un lago, poblado por peces de tamaño extraordinario que se cocinaban sin necesidad de aceite gracias a su propia grasa. Cuando la primavera avanzada secaba las aguas, ese mismo suelo se sembraba de grano que brotaba con notable

rendimiento, de modo que en un mismo año y en un mismo lugar se obtenían peces y cosechas: una prodigiosa rotación de recursos que los cronistas del período recogían como testimonio de la fertilidad potencial de aquel territorio.

En el mar, los raguseños habían desarrollado técnicas de aprovechamiento que sorprendían a los visitantes. La producción de ostras mediante el método de sumergir ramas lastradas con piedras bajo el agua, dejando que los bivalvos se adhirieran a ellas durante dos o tres años hasta alcanzar la madurez, era una práctica que combinaba el conocimiento con una capacidad de planificación poco frecuente en economías de subsistencia. En el mar próximo a la ciudad existía además una pequeña isla cubierta de jardines de naranjos, limoneros y granados que constituía un espacio de recreo y abasto de una riqueza notable. Era, en conjunto, una comunidad que había aprendido a sacar el máximo partido de un entorno físico generoso pero que requería esfuerzo e ingenio para ser plenamente aprovechado.

Las naves de Ragusa eran famosas en todo el Mediterráneo. Con ellas sus ciudadanos navegaban y comerciaban con privilegios que ninguna otra ciudad cristiana podía igualar en el espacio otomano, penetrando en puertos a los que los venecianos o los genoveses no tenían acceso fácil o que debían pagar para frecuentar. La ciudad mantenía una flota de tamaño considerable, bien construida y tripulada, con presencia constante en las rutas del Levante. Sus marinos gozaban de fama de competentes y disciplinados, aunque los cronistas subrayaban que los ciudadanos propiamente dichos se dedicaban preferentemente al comercio, mientras que las tareas de navegación recaían en gran medida sobre los habitantes de las islas y costas vecinas, de aptitudes mari-neras reconocidas por todos.

La ciudad estaba protegida por una muralla de primera calidad, con torres y baluartes que cerraban el perímetro de un núcleo urbano compacto y bien ordenado. Su puerto, al pie de las murallas, era el escenario de un movimiento constante de embarcaciones de todos los tamaños y procedencias. La cadena que cerraba la entrada del puerto en momentos de peligro era uno de los símbolos del poder defensivo de la ciudad. Al salir de Ragusa en dirección sur, el viajero se adentraba en aguas cada vez más marcadas por la presencia del poder otomano: el golfo de Cattaro, con sus sucesivos enclaves, marcaba la frontera de hecho entre el espacio controlado por Venecia y los territorios dominados directamente o mediante vasallaje por el sultán.

Hacia el mundo otomano

La transición entre la Dalmacia veneciana y los territorios que marcaban el inicio del mundo otomano se producía de manera gradual a lo largo del golfo de Cattaro y las costas de Albania. Cattaro era aún una fortaleza veneciana, defendida con celo precisamente por la cercanía del enemigo y por la conciencia de que su pérdida habría abierto una brecha irreparable en el dispositivo defensivo de la República en el Adriático meridional. Al otro lado del golfo, Rasina y las poblaciones del interior apuntaban hacia el lago Scutari y las montañas que separaban la costa del interior balcánico. Más al sur, Antivari y Dulcigno marcaban el límite de los enclaves que aún conservaban alguna vinculación con el mundo cristiano antes de que el paisaje humano se transformara definitivamente al entrar en Albania.

Albania era un territorio que despertaba un interés particular entre los cronistas europeos. Su historia reciente, marcada por décadas de resistencia contra el avance otomano bajo el liderazgo de Scanderbeg, había convertido a sus habitantes en un símbolo de la capacidad de resistencia del mundo cristiano frente al Islam. En los años en que nuestros cronistas recorrían estas costas, esa resistencia había sido definitivamente vencida, y Albania era una provincia otomana, aunque su población conservaba costumbres propias y un idioma distinto tanto del griego como del eslavo. Los albaneses eran descritos como gentes de temperamento guerrero, hábiles a caballo, acostumbradas a la vida dura de las montañas y capaces de soportar fatigas que habrían abatido a soldados formados en condiciones menos exigentes.

Las ciudades costeras de Albania —Alessio, Durrës, Valona— eran puntos de escala importantes en la ruta que conducía hacia el sur y hacia el mar Jónico. Valona era la más notable de todas: producía vinos de calidad apreciable, disponía de una importante producción de sal de montaña y albergaba una comunidad judía numerosa, formada en gran medida por familias que habían abandonado los Estados Pontificios y otras ciudades italianas en épocas de persecución y que habían encontrado en el territorio otomano un refugio más tolerable que el que les ofrecían los estados cristianos. Era uno de los muchos indicios de que el Mediterráneo era un espacio de movilidades múltiples, en el que las fronteras religiosas y políticas no impedían los desplazamientos de personas, bienes e ideas.

Las costas del Epiro, que los cronistas del período identificaban con la región denominada Albania meridional o Cimeria, eran un territorio de gran dificultad para la navegación. Las montañas de Ceraunio, que descendían abruptamente hacia el mar,

creaban condiciones de tiempo muy variables y peligrosas para los navegantes, aunque también formaban puertos naturales de calidad en los que las naves podían refugiarse de las tormentas. La población de estas comarcas era descrita con cierto temor: gentes acostumbradas a vivir del robo y la violencia, diestras en el uso de armas ligeras como flechas y hachas, capaces de desplazarse por terrenos accidentados con una velocidad que asombraba a los forasteros. Eran, en la descripción de los cronistas, los herederos de una tradición de bandidaje y guerrilla que las sucesivas dominaciones no habían logrado erradicar.

El mar Jónico

Al cruzar el Adriático meridional y entrar en el mar Jónico, el carácter del viaje cambiaba de manera perceptible. Las aguas se abrían, los horizontes se ensanchaban, y la red de islas que salpicaba el mar hasta el extremo septentrional del Peloponeso ofrecía tanto oportunidades de abrigo como riesgos de naufragio para los navegantes que no conocían bien aquellas costas. La primera y más importante de las islas jónicas era Corfú, cuya posición en la entrada del Adriático le confería una gran importancia estratégica. Quien controlara Corfú controlaba el acceso al golfo veneciano; de ahí que la República hubiera invertido durante siglos en su defensa y que el sultán otomano la hubiera asediado en varias ocasiones sin lograr jamás apoderarse de ella.

Corfú tenía un perímetro de ciento veinte millas y una forma parecida a la de un arco invertido. Al norte y al este era montañosa; hacia el sur se volvía más llana. Su campiña era productiva a pesar de ser algo pedregosa: producía vinos de calidad,

aceites, manzanas, ajos y cítricos en abundancia, y sus moradores cultivaban también diversas plantas medicinales que encontraban mercado en toda la región. La ciudad de Corfú se asentaba en una posición extraordinaria, al pie de una montaña que la dominaba y que albergaba dos castillos: el antiguo y el nuevo. El castillo de San Ángel, situado al oeste, era una de las fortalezas más sólidas de todo el Mediterráneo oriental, encaramado sobre un acantilado que lo hacía prácticamente inaccesible desde el mar. A su sombra, la ciudad desarrollaba una vida comercial activa en la que convivían latinos, griegos, judíos y una variada representación de las naciones mediterráneas.

La comunidad judía de Corfú era especialmente numerosa y próspera: como en tantos otros enclaves del Mediterráneo otomano y veneciano, los judíos concentraban en sus manos buena parte del comercio al por menor y de las actividades de intermediación financiera que lubricaban el intercambio de mercancías. Su presencia en la isla databa de varias generaciones y se había visto reforzada por sucesivas oleadas de refugiados llegados de la península Ibérica y de otras regiones de Europa occidental. Era un microcosmos de la diversidad característica del Mediterráneo del momento, en el que la convivencia no siempre era fácil pero en el que la necesidad económica imponía con frecuencia formas de colaboración que cruzaban las fronteras religiosas.

Santa Maura, que era en origen una península separada del continente por un canal artificial, era la siguiente escala significativa en el itinerario jónico. Sus bosques densos y sus arroyos abundantes le daban un aspecto muy diferente del de las islas áridas del Egeo, y su valle central, cubierto de viñedos, era un paisaje de notable fertilidad. Al este tenía un puerto de cierta capacidad; el del norte era más seguro pero de acceso más difícil.

La ciudad principal, habitada en su mayor parte por judíos acogidos bajo la protección otomana, era un ejemplo más de esa geografía humana en la que las comunidades minoritarias encontraban refugio en los intersticios entre grandes poderes.

Cefalonia era la mayor de las islas jónicas y una de las más importantes de toda la ruta. Con un perímetro que los cronistas estimaban entre ciento cincuenta y más de trescientas millas, la isla era de relieve accidentado y de clima variado: su parte sur era completamente abrupta, mientras que el interior ofrecía algunos valles productivos. Producía trigo, aceite, manzanas, pasas e higos en cantidades apreciables, y sus rebaños de animales pequeños proporcionaban lana de buena calidad. Su puerto principal, Argostoli, era capaz de dar abrigo a armadas enteras y constituía uno de los mejores fondeaderos de todo el Mediterráneo oriental. El otro puerto notable, en el cabo Fiskardo, mostraba vestigios de lo que en tiempos había sido una ciudad importante: restos de palacios y construcciones de envergadura, junto con monedas y objetos de diversas épocas que aparecían entre los escombros.

Zante, la más meridional de las grandes islas jónicas, era famosa sobre todo por sus pasas, que constituían su principal producto de exportación y que los viajeros del período mencionaban invariablemente como uno de los artículos más buscados del comercio levantino. La isla producía también aceite y vino en cantidades considerables, y sus paisajes del norte, con llanuras fértiles y pastos excelentes, contrastaban con la costa oriental, montañosa y accidentada. La ciudad de Zante tenía el mismo nombre que la isla y se coronaba con una pequeña fortaleza en lo alto de una colina; a su alrededor se distribuían cuarenta y siete aldeas que cubrían el territorio insular. Los terremotos eran una ame-

naza constante, y la ciudad mostraba en sus construcciones el rastro de los sucesivos seísmos que habían dañado o destruido sus edificios a lo largo de los siglos.

Hacia el Egeo

El golfo de Lepanto —que los cronistas del período identificaban con el nombre antiguo de Naupacto— era un espacio de geografía densa y de connotaciones históricas inmediatas para cualquier europeo. El estrecho que cerraba el acceso al golfo estaba guardado por dos fortalezas situadas en orillas opuestas, y la batalla que en sus aguas había enfrentado a la flota de la Santa Liga con la armada otomana en octubre de 1571 era un acontecimiento tan reciente que todos los que escribían sobre aquel paisaje lo hacían con la memoria de ese enfrentamiento todavía muy viva. El golfo se dividía en dos brazos principales: el de Patras al norte y el de Corinto al este, ambos penetrando profundamente en el territorio del Peloponeso.

La península del Peloponeso, conocida en la Edad Media como Morea, era uno de los territorios más ricos y más disputados del Mediterráneo oriental. Su perímetro superaba las quinientas millas, su forma era aproximadamente circular y su suelo era, en general, extraordinariamente fértil. Seis penínsulas menores se proyectaban desde sus costas, formando golfos de diversa profundidad y capacidad. El interior era variado: montañoso en Arcadia, más llano en Argos y Mesenia, recorrido por varios ríos de cierta entidad. La población, aunque muy mermada con respecto a la de la Antigüedad, seguía siendo la más densa de toda Grecia.

Corinto ocupaba una posición excepcional: situada en el istmo que conectaba el Peloponeso con la Grecia continental, controlaba el paso entre el Jónico y el Egeo. El intento de perforar ese istmo —que muchos habían concebido a lo largo de la historia pero que ninguno había ejecutado— era mencionado por los cronistas como uno de esos proyectos que la audacia humana imagina y la realidad impide llevar a cabo. Modon, ciudad costera de escasa actividad comercial pero de puerto extraordinariamente seguro, era un enclave otomano que los cronistas describían con mezcla de fascinación y repulsión: mezclaban en su descripción la imagen de una ciudad fuerte, bien armada y capaz de resistir cualquier ataque, con el retrato de una población heterogénea y mísera que vivía en condiciones difíciles a las puertas de las murallas.

Las rutas comerciales extraían de Morea cantidades considerables de seda, grano, cera y el vino de Romania, especialmente apreciado en los mercados occidentales. El cordobán, cuero de cabra o de otro animal curtido con métodos particulares, era otro de los productos que salían de la región en cantidades significativas. Era, en conjunto, una tierra con capacidad productiva notable que los conflictos entre venecianos y otomanos habían explotado de manera intermitente, enriqueciéndola en períodos de paz y arruinándola en tiempos de guerra.

Malvasia, la ciudad portuaria del cabo homónimo, era famosa en todo el Mediterráneo por el vino que llevaba su nombre. Enclavada en una roca prácticamente inaccesible sobre el mar, la ciudad era una fortaleza natural de primera magnitud, capaz de resistir asedios prolongados gracias a sus murallas y a su posición. El vino de Malvasia, dulce y de alta graduación, se exportaba a toda Europa occidental y era uno de los productos mediterráneos más buscados en los mercados septentrionales. Su

nombre había dado lugar a numerosas variantes lingüísticas en los países de destino, convirtiéndose en una denominación genérica para un tipo de vino que en realidad se producía en varios lugares del Mediterráneo oriental, aunque el que procedía de la ciudad epónima seguía siendo considerado el más genuino.

El corazón del Mediterráneo oriental

Creta era la más importante de todas las islas del Mediterráneo oriental, y los cronistas lo expresaban con convicción. Su posición central en aquella cuenca, equidistante de Siria, Egipto, Anatolia, Chipre y Albania, la convertía en importante nudo de comunicaciones. Quien controlara Creta controlaba, en la práctica, el acceso a los grandes puertos del Levante y podía interceder o interferir en las rutas comerciales más rentables del mundo conocido. No era casual, por tanto, que la República de Venecia se hubiera aferrado a la isla con una tenacidad que resistiría durante más de un siglo a las presiones otomanas.

El paisaje de Creta era el de una isla montañosa cuya espina dorsal recorría su eje longitudinal de este a oeste. La montaña más elevada, el monte Ida, dominaba el paisaje con una presencia que los viajeros percibían desde muchas millas de distancia. La costa norte albergaba las ciudades principales: Candia, la capital, junto a Canea y Rétino, mientras que la costa sur era más abrupta y menos poblada, expuesta al viento austral que en las estaciones cálidas podía arruinar las cosechas. La isla tenía más de novecientas granjas y aldeas distribuidas por su territorio, y sus tierras eran capaces de producir una variedad considerable de cultivos.

Pero lo que hacía de Creta un caso verdaderamente excepcional era su producción vitivinícola. Los vinos cretenses eran descritos por todos los viajeros del período como los mejores del mundo mediterráneo, y la variedad de sus denominaciones daba una idea de la complejidad de esa producción: la Malvasía cretense, el Moscatel, el Tonde, el Garbe y otras variedades de vino blanco eran productos de tal calidad y perfección que no solo se exportaban a Italia, Francia, España, Inglaterra y Grecia, sino que llegaban, según algunos cronistas, hasta los confines más remotos del mundo conocido. El vino negro, llamado Liatico, no era menos apreciado entre los conocedores. Era una riqueza que la isla administraba con cuidado y que constituía el fundamento de su prosperidad comercial bajo la administración veneciana.

Los quesos cretenses gozaban asimismo de gran reputación: los pastos fértiles de los valles interiores alimentaban rebaños numerosos cuyos productos llegaban a los mercados de toda la región. La isla producía también cipreses en cantidades tan grandes que su madera se exportaba regularmente, y sus frutales de diversas especies proporcionaban una alimentación variada y abundante. En sus costas y aguas próximas se encontraban numerosas islas pequeñas pobladas de conejos y de una especie de animales montaraces parecidos a las gamuzas que los cronistas denominaban strambechi, cuya carne era apreciada por los habitantes.

La ciudad de Candia, capital de la isla y sede del gobernador veneciano, era el centro nervioso de toda la administración insular. Su puerto, defendido por una torre construida sobre el mar que los cronistas describían como una de las mejor artilladas y sólidas que se podían ver en todo el Mediterráneo, era el punto de concentración de un tráfico extraordinario. La ciudad en sí era de

dimensiones medias, con casas altas de piedra que presentaban una característica notable: sus terrazas planas, cubiertas de cemento impermeable, servían tanto para circular por encima de los edificios como para recoger el agua de lluvia en cisternas, dada la escasez de fuentes de agua dulce en la región. Era una solución arquitectónica que los viajeros procedentes de Europa septentrional encontraban llamativa y que marcaba el inicio de un paisaje urbano claramente oriental.

Al dejar Creta y adentrarse en el Egeo, el viajero entraba en el archipiélago propiamente dicho: la constelación de islas que los griegos habían denominado con ese nombre y que los cronistas del período describían con detalle variable según su tamaño e importancia. Santorini, con su forma de media luna y sus rocas volcánicas, era una isla de aspecto austero y misterioso; Ánafi, más pequeña, era conocida por la curiosa propiedad que le atribuía la tradición popular de ser un territorio hostil a las serpientes. Astypalaia, Kos, Amorgos, Naxos, Milos, Kea: cada una de estas islas tenía su carácter propio, sus recursos específicos, sus particularidades históricas. Kos era famosa por haber sido la patria del fundador de la medicina y por un vino de excelente calidad que se producía en sus valles; Naxos producía también vinos apreciados y aloe muy preciosos, pero entonces la isla estaba casi desierta y sin apenas población.

Eubea —Negroponte para los venecianos— era la reina del archipiélago por su tamaño y su riqueza. Separada del continente griego por el estrecho del Euripo, un canal de comportamiento hidrológico extraordinario que producía mareas de frecuencia y magnitud inusitadas, la isla tenía dos cabos famosos y peligrosos, dos ríos notables y una fertilidad general que la hacía capaz de exportar cereales y vinos a las islas vecinas. Su ciudad principal,

Calcis, había sido tomada por los turcos en 1470 y desde entonces era una ciudad habitada principalmente por una población turca de varios millares de vecinos, mientras que los griegos del campo vivían en el territorio insular sin haberse sometido a la dominación cultural de los nuevos señores. Era uno de los muchos ejemplos de esa dualidad entre ciudad otomana y campo cristiano que caracterizaba a tantos territorios del Mediterráneo oriental del siglo.

Rodas y Chipre: islas de encrucijada

Rodas ocupaba un lugar especial en la geografía del Mediterráneo oriental no solo por su posición —en el extremo sudoriental del Egeo, a la entrada del mar de Levante— sino también por su historia reciente. Sede de la Orden de San Juan hasta 1522, cuando fue conquistada por Solimán el Magnífico, la isla conservaba en sus edificios y en la disposición urbana de su ciudad principal el recuerdo de esa presencia cristiana que los turcos no habían borrado, como subrayaban los viajeros que la visitaban después de la conquista. Las armas de la Orden seguían visibles en las fachadas de los edificios; el palacio del Gran Maestre continuaba en pie; las iglesias que la administración otomana había convertido en mezquitas conservaban su estructura original. Era una ciudad de capas superpuestas, en la que el presente otomano coexistía con el pasado cristiano de una manera que los viajeros encontraban simultáneamente extraña y fascinante.

La ciudad de Rodas era de tamaño moderado, con calles anchas y bien trazadas, empedradas de piedra de buena calidad, y con edificios contruidos en una piedra local más resistente inclu-

so que la toba napolitana. Cinco puertas por el lado de tierra y dos por el mar controlaban el acceso a un recinto urbano rodeado por tres murallas y tres fosos. Los puertos de la ciudad —de diferente capacidad— estaban defendidos por bastiones artillados que garantizaban la seguridad de las naves que allí recalaban. Fuera de las murallas, los arrabales se extendían entre jardines y viñedos que daban a la ciudad un aspecto de prosperidad que contrastaba con la pobreza de muchas otras islas del Egeo.

La población de Rodas era predominantemente turca y judía en el interior de las murallas, mientras que los griegos cristianos vivían en los pueblos y casas de campo del entorno. Era una distribución que respondía tanto a las preferencias de los distintos grupos sociales como a las políticas de la administración otomana, que tendía a concentrar a las comunidades no musulmanas en los espacios suburbanos o rurales. A pesar de esta segregación de hecho, la actividad comercial de la ciudad era intensa y cosmopolita: los barcos que se dirigían a Alejandría, a Siria o a Tierra Santa pasaban invariablemente por Rodas o por sus aguas, convirtiendo la isla en una escala obligada del tráfico levantino.

Chipre era la última gran isla mediterránea antes de alcanzar las costas del Levante. Con doscientas diez millas de longitud y sesenta y cinco de anchura, constituía un territorio de considerables recursos y de historia muy intensa. Había sido señoreada durante siglos por la familia Lusignan, cuyo último representante la había entregado a Venecia en 1489, convirtiéndola en el punto más avanzado de la presencia veneciana en el Mediterráneo oriental. Pero en 1571, el mismo año de la batalla de Lepanto, la isla había caído en manos otomanas tras un asedio prolongado y una defensa que los cronistas del período describían con la mezcla de admiración y dolor propia de las gestas derrotadas.

El clima de Chipre era cálido y seco, con una escasez de agua que condicionaba profundamente la vida de sus habitantes. Los ríos propiamente dichos no existían; en su lugar había arroyos que fluían solo en determinadas épocas del año, y las fuentes y los pozos eran escasos. Para compensar esta limitación, los habitantes habían construido grandes depósitos donde recogían el agua de lluvia, y el sistema de irrigación artificial que permitía cultivar la tierra era una obra de ingeniería de considerable complejidad. A pesar de estas dificultades, la isla era productiva: cultivaba algodón, caña de azúcar, cereales, legumbres y diversas especias, y sus viñedos producían vinos de alta calidad que encontraban mercado en toda la región. La sal de sus salinas, que en invierno aparecían cubiertas de agua y en verano se cargaban de cristales blancos y duros, era otro de sus recursos más valorados.

Nicosia, la capital interior, era una ciudad de perímetro considerable, con arzobispado y con la reputación de ser un lugar comparable en belleza y animación a las mejores ciudades del Mediterráneo. Famagusta, el principal puerto de la isla, era la llave de su comercio: aunque su puerto no era de los más amplios del Mediterráneo, su posición estratégica lo convertía en un punto de concentración del tráfico levantino de primera importancia. La caída de Famagusta en manos otomanas en 1571 había supuesto el fin de la presencia veneciana en la isla y había privado a la República de uno de sus enclaves más valiosos.

Hacia Constantinopla

El tramo final del viaje desde el Egeo hasta Constantinopla estaba presidido por la presencia de los estrechos: el canal que unía el

mar de Mármara con el Egeo —los Dardanelos— y el Bósforo que separaba Europa de Asia. Era un recorrido geográficamente espectacular y cargado de significado. Los dos castillos que guardaban la entrada de los Dardanelos —uno en la orilla europea y otro en la asiática— eran la señal más visible del poder otomano sobre aquellas aguas y del control que el sultán ejercía sobre el único acceso marítimo al corazón de su capital. Pasarlos equivalía a entrar en el mundo del Imperio, a someterse implícitamente a su jurisdicción y a aceptar unas reglas políticas y económicas diferentes de las que regían en el Mediterráneo occidental.

Los cronistas del período describían los castillos de los Dardanelos con cierta ambivalencia. Por un lado, reconocían que su emplazamiento era estratégicamente inteligente: dos posiciones enfrentadas que podían cruzar sus fuegos y cerrar el paso a cualquier flota enemiga. Por otro lado, subrayaban que la construcción era anticuada y poco adecuada para resistir la artillería moderna: murallas de fábrica antigua, sin los terraplenes y bastiones que la nueva técnica consideraba imprescindibles. Esta debilidad tenía su explicación en la confianza que el sistema otomano depositaba en la fuerza numérica de su caballería y de su infantería de élite jenízara, más que en la solidez de sus fortalezas permanentes. Los Dardanelos valían no tanto por lo que eran como por lo que representaban.

Galípoli, la primera ciudad europea que los turcos habían ocupado, en 1363, era un punto de referencia histórico. Su conquista había abierto el paso del ejército otomano hacia Europa y había marcado el inicio de una expansión que era ya un hecho consumado y aparentemente irreversible. La ciudad tenía un puerto activo y una posición de control sobre el estrecho que la convertía en un nudo de comunicaciones importante. Al dejarla atrás, el

mar se ensanchaba en el Propontis, el mar de Mármara, cuyas orillas europeas ofrecían un paisaje de ciudades y pueblos prósperos rodeados por el mar y por tierras cultivadas.

La costa europea del mar de Mármara era un paisaje de solares y fincas bien cultivadas, de caminos pavimentados y ajardinados, de pequeñas ciudades como Heraclea y Seliuria que conservaban sus estructuras defensivas en un contexto de relativa paz doméstica. Seliuria tenía en su vecindad inmediata un puente de piedra notable, construido sobre un brazo de mar, con cuatro arcos grandes subdivididos en arcos menores, que los viajeros consideraban una obra de ingeniería merecedora de mención. Era uno de esos pequeños detalles que revelaban la capacidad constructiva del Imperio otomano, y que contrastaban con la imagen de destrucción que se asociaba con la presencia turca en las ciudades conquistadas.

El Bósforo era el tramo final y quizás el más sorprendente del viaje. Con una longitud de unos veinte kilómetros y una anchura que variaba entre milla y media en sus partes más anchas y poco más de seiscientos pasos en sus estrecheces, el estrecho presentaba características hidrológicas notables: su corriente era fuerte y variable, y en siete puntos específicos la amenaza de colisión entre embarcaciones era real y constante. Navegar hacia el Mar Negro desde el Mediterráneo exigía en esos tramos costearse muy cerca de la orilla o hacerse remolcar por cuerdas desde tierra. Las orillas de ambos lados estaban cubiertas de colinas fértiles y de valles donde en tiempos remotos habían florecido jardines y palacios; en este siglo, el paisaje de antigua riqueza había cedido paso a una urbanización más densa y al ajetreo del tráfico marítimo más intenso del mundo mediterráneo.

Las aguas del Bósforo eran extraordinariamente ricas en pesca, sobre todo en la proximidad de Constantinopla. Los cronistas subrayaban que las mujeres de la ciudad pescaban desde sus terrazas y ventanas, tal era la abundancia de peces en aquellas aguas. Los atunes jóvenes, que los griegos llamaban pelámides, eran la pesca más apreciada y constituían una de las fuentes de riqueza más importantes de la región. Era una imagen que sorprendía al viajero llegado desde el Adriático o el Egeo, acostumbrado a mares en los que la pesca era importante pero no alcanzaba aquel nivel de prodigalidad. Era también una metáfora de la concentración de recursos de Constantinopla: la ciudad que capitalizaba las riquezas de dos continentes y de dos mares.

La ciudad en el confín del mundo

Constantinopla era una de las ciudades más grandes del mundo y, sin duda, la más importante del Mediterráneo oriental. Su situación en el extremo de la península europea, con Asia a media milla de distancia al otro lado del Bósforo, le confería una posición geográfica sin equivalente en el mundo conocido: ciudad de dos continentes, capital de un Imperio que abarcaba desde el Danubio hasta el Éufrates y desde el mar Negro hasta el Sahara, centro de un poder político y militar que ninguna potencia cristiana había podido hasta entonces desafiar con éxito duradero.

La ciudad había caído en poder de los turcos en 1453, cuando el sultán Mehmed II había puesto fin al Imperio Romano de Oriente en un asalto que los cronistas del período describían con un detallismo que revelaba su carácter de trauma colectivo de primera magnitud para la Europa cristiana. El último emperador,

Constantino, había muerto en la lucha; las iglesias habían sido profanadas; la violencia de la conquista había dejado una huella indeleble en la memoria colectiva. Pero a finales del siglo XVI, más de ciento treinta años después de esa catástrofe, Constantinopla era ya una ciudad otomana plena y consolidada, transformada en todos sus aspectos por la presencia del nuevo poder.

Las dimensiones de la ciudad eran imponentes. Con un perímetro de unas trece millas, albergaba una población que los cronistas estimaban en cerca de setecientas mil almas, distribuidas de manera desigual entre las distintas comunidades que convivían en ella: tres partes eran turcas, dos partes cristianas y el resto judías. Era una ciudad que, como Roma, se asentaba sobre siete colinas y que no cedía en magnificencia y riqueza a ninguna otra ciudad de Europa. Esta comparación con Roma no era casual: era la manera en que los cronistas del período situaban a Constantinopla en la jerarquía de las grandes ciudades del mundo, reconociendo su grandeza sin renunciar a la afirmación de que la ciudad de los papas conservaba una preeminencia espiritual que la capital de los sultanes no podía reclamar.

Al otro lado del Cuerno de Oro, Pera completaba el paisaje urbano de Constantinopla. Con más de cuatro millas de perímetro, habitada en su mayor parte por comunidades cristianas de diversas procedencias —italianas, griegas, armenias— que allí mantenían sus iglesias, sus monasterios y sus establecimientos comerciales, Pera era el barrio tolerado, el espacio que el poder otomano reservaba para las comunidades no musulmanas que necesitaba pero que prefería mantener físicamente separadas del corazón islámico de la capital. Desde la conquista, algunas familias latinas habían conservado su presencia en ese entorno, formando

una comunidad pequeña pero dotada de un peso económico desproporcionado con respecto a sus dimensiones numéricas.

La ciudad había sido devastada por el emperador romano Severo en su momento y restaurada y ampliada por Constantino el Grande. Otros emperadores la habían engrandecido, hasta convertirla en una metrópolis de dimensiones extraordinarias. El sistema de murallas que la protegía por tierra, construido en épocas diversas, era una de las grandes obras de ingeniería defensiva de la historia, y había resistido durante siglos los embates de enemigos de todo tipo. Solo la artillería y la masa del ejército otomano habían conseguido superarlo en 1453, después de semanas de asaltos continuados.

La extensión de los territorios administrados directamente desde la capital era enorme. Los cronistas del período describían la situación de pueblos dependientes de Constantinopla que se extendían desde el mar Negro hasta Seliuria, en una distancia de más de cincuenta millas. El sistema de control territorial que el sultán ejercía desde su capital no dependía exclusivamente de las fortalezas y guarniciones permanentes sino también, y de manera decisiva, de la infraestructura de comunicaciones que el Imperio había heredado y mejorado: caminos, puentes, posadas, todo un dispositivo logístico que permitía desplazar ejércitos y mensajes con una rapidez que sorprendía a los viajeros europeos acostumbrados a las dificultades de los itinerarios occidentales.

Para el viajero que llegaba desde Venecia después de semanas de navegación por el Adriático, el Jónico y el Egeo, Constantinopla representaba el final de un viaje y el principio de otra realidad. Había cruzado los espacios de una geografía en transición: desde las ciudades venecianas del Adriático, con su orden familiar y sus defensas reconocibles, a través del mundo ambiguo de la Dal-

macia y Grecia, mezclado de pasado cristiano y presente otomano, hasta alcanzar la capital de un Imperio cuya magnitud y cuya diferencia cultural resultaban difícilmente asimilables para la mentalidad europea. La distancia entre Venecia y Constantinopla era la distancia entre dos mundos que se miraban con fascinación y desconfianza, que comerciaban y negociaban y que, sin embargo, se percibían mutuamente como profundamente ajenos.

La experiencia del viaje tenía así un valor cognoscitivo que trascendía la simple acumulación de datos geográficos. Era descubrir que las fronteras más significativas no coincidían con las líneas trazadas en los documentos diplomáticos, sino con las discontinuidades del paisaje humano: el momento en que los campanarios dejaban de verse y aparecían los minaretes; el momento en que el latín y el italiano cedían paso al griego, al turco y al albanés; el momento en que las formas de vestir, de comer y de rezar cambiaban de una manera que ningún cronista podía ignorar.

Gioseppe Rosaccio, al dar forma escrita a este itinerario a finales del siglo XVI, estaba contribuyendo a un proyecto intelectual que era al mismo tiempo científico y político: el proyecto de conocer el mundo para poder actuar en él con eficacia. Sus distancias, sus descripciones de ciudades y puertos, sus noticias sobre productos y costumbres locales eran información para comerciantes, diplomáticos, militares y peregrinos. También el testimonio de un momento histórico en el que el Mediterráneo estaba cambiando: la hegemonía veneciana retrocedía ante el avance otomano, las viejas rutas se reconfiguraban, y el espacio que durante siglos había sido el centro del mundo conocido comenzaba a percibirse como lugar de encuentros entre potencias.

La síntesis que producían los cronistas del período —y que Rosaccio llevó a su máxima expresión en su Viaje— era el resultado de décadas de acumulación de relatos, de la sedimentación de observaciones hechas por peregrinos, mercaderes, diplomáticos y soldados que habían recorrido esas mismas aguas en las décadas y siglos precedentes. Una geografía construida colectivamente, en la que la voz del autor era el canal donde fluía una experiencia compartida. Por eso sus descripciones tienen a veces ese carácter de compendio, de suma de lo que se sabía sobre un lugar antes que de observación directa y personal: eran el estado del conocimiento geográfico de una época.

De Venecia a Constantinopla: el viaje marítimo cubría más de dos mil quinientas millas de mar y de costa, atravesaba una docena de territorios con estatutos políticos diferentes, ponía en contacto a viajeros de la Europa cristiana con poblaciones de religiones, lenguas y costumbres heterogéneas, y recorría paisajes que iban desde la exuberancia de las costas dálmatas hasta la aridez de las islas egeas, desde los viñedos cretenses hasta las aguas espectralmente piscosas del Bósforo. Complejidad geográfica y cultural sin equivalente en el mundo de la época, y los cronistas que lo describieron nos han legado el testimonio de una manera de mirar el mundo que combinaba la precisión del dato con la apertura a la diferencia, la voluntad de conocer con la capacidad de maravillarse.

Cruzando los Alpes Dináricos

Cartografía viviente, de valles kársticos, de llanuras tracias: una geografía que revela sus secretos en montañas que aíslan, ríos que unen. La geología dicta imperios y deja su recuerdo en un puente romano, un rebaño valaco, un minarete, tejiendo la trama de la historia. El viaje terrestre desde Ragusa hacia Constantinopla se despliega como una secuencia de etapas medidas con precisión, un rosario de millas que revela, paso a paso, la geografía balcánica en su esencia más viva. Cada etapa es un inicio geográfico, un cruce donde las placas tectónicas, los ríos ancestrales y las tradiciones nómadas se entretejen en un tapiz que el viajero del siglo debía atravesar con la cautela de quien sabe que la naturaleza y el hombre otomanos pueden volverse aliados o enemigos en un mismo día.

La puerta del mundo otomano

Ragusa desempeñó un papel geopolítico y comercial de primer orden en el Mediterráneo oriental. Ciudad-estado independiente bajo protección nominal del sultán otomano, constituía el punto de partida obligado para quienes se adentraban en el interior balcánico con destino a Constantinopla o, en dirección inversa, cruzaban los Balcanes hacia el norte en busca de las rutas que conducían a Viena y al corazón del Imperio Habsburgo. Su condición

de república mercantil, articulada entre el mundo adriático y el otomano, la convertía en el nodo de intersección por excelencia de las grandes corrientes diplomáticas y comerciales de la época.

El camino que partía de Ragusa y atravesaba los Alpes Dináricos para alcanzar la ciudad de Niš —Nissa en las crónicas de la época— fue documentado por un número significativo de viajeros europeos que lo recorrieron con distintos propósitos: misiones diplomáticas, peregrinaciones, observaciones militares y expediciones comerciales. Sus relatos coinciden en los grandes ejes del recorrido, en las dificultades del terreno, en la infraestructura de caravasares que articulaba el paso, y en la configuración humana, étnica y religiosa de los territorios atravesados. En conjunto, estos testimonios permiten reconstruir con notable precisión la geografía vivida de una ruta que vertebraba, literalmente, las comunicaciones entre el Adriático y la cuenca del Morava, donde el viajero alcanzaba el gran eje Viena-Constantinopla.

Ciertamente, muchas jornadas no eran livianas. Un relato del siglo describe el camino con espanto: es «muy malo y peligroso, todo accidentado y montañoso, que se ha de recorrer más a pie que a caballo; parecía que habíamos entrado en el infierno, porque todo el país que se recorre desde Ragusa hasta pocas jornadas de Constantinopla es en su mayor parte inculto, horrible, no a causa de la naturaleza, sino debido a la negligencia de sus habitantes; lleno de bosques horribles, de peñascos muy peligrosos, sin estar a salvo de los ladrones, triste y miserable para vivir».

La partida de Ragusa implicaba, desde el primer momento, una transición radical de entornos. Dentro de los muros de la ciudad, el viajero se movía en el ámbito familiar de la república

adriática, con sus instituciones, sus redes de contacto y sus procedimientos de aprovisionamiento bien conocidos. En cuanto franqueaba las puertas —la de Pile o la de Ploče, ambas presentes ya en el siglo XVI con sus puentes levadizos— el paisaje cambiaba de manera abrupta. A pocos kilómetros de la ciudad amurallada comenzaban las montañas estériles y el dominio del Imperio Otomano, que los relatos describen invariablemente como Morlaquia, término que designaba genéricamente los territorios de lengua eslava bajo administración turca.

Los primeros compases del recorrido eran los más exigentes en términos de topografía. El camino ascendía de inmediato por laderas escarpadas, pedregosas y frecuentemente cubiertas de nieve en los meses invernales. En ese primer tramo era habitual caminar a pie, puesto que el terreno hacía imposible la cabalgadura. A unas dieciséis millas de Ragusa se alcanzaba la primera parada significativa: Trebinje, a orillas del río homónimo. El río Trebišnjica —llamado Narón en las fuentes clásicas— formaba en este punto una cuenca de cierta importancia. Algunos testimonios señalan que el río se bifurcaba, con una rama dirigiéndose al mar Adriático y otra perdiéndose bajo tierra, fenómeno kárstico característico de la región dinárica.

En Trebinje los viajeros encontraban ya uno de los elementos infraestructurales más característicos de la ruta: el caravasar. Construido en este caso por un bajá otomano en memoria de un hijo fallecido siendo sanjacado de la provincia de Herzegovina, el de Trebinje era un edificio cubierto de plomo, equipado con establos para los caballos y un espacio común para los viajeros. La institución del caravasar —alojamiento gratuito financiado por donaciones piadosas de personalidades otomanas— constituía el almacén sobre el que se sostenía todo el sistema de comunica-

ciones del Imperio. La ruta habría resultado intransitable para los viajeros de no existir esa red, dado que a lo largo de este primer tramo balcánico no había posadas ni albergues al modo europeo occidental.

El corazón de Herzegovina

Desde Trebinje, el camino continuaba hacia el interior a través de sucesivas jornadas que alternaban ascensos a puertos de montaña con descensos a valles fluviales. Las distancias entre etapas oscilaban entre las dieciséis y las treinta y cuatro millas, según las dificultades del terreno. Las jornadas más largas correspondían a tramos en llanura o valles abiertos; las más cortas, a pasos de montaña donde el avance se medía en horas de esfuerzo.

De Trebinje a Rudine el paisaje se abre en mesetas onduladas, con un terreno traicionero de suelos arcillosos que se vuelven lodazales con el deshielo invernal. Guricia —o Gacko— se alza en una depresión tectónica donde pastan rebaños vlcacos; aquí la curiosidad reside en la economía pastoral nómada. Estos pastores no solo proveen lana y queso a las caravanas, sino que actúan como cartógrafos vivientes: conocen cada fuente, cada paso oculto entre las colinas, y transmiten noticias de los bajás otomanos con la misma precisión que un correo ragusano.

La etapa siguiente introduce el primer gran desafío orográfico: el desfiladero de Vratar. Las gargantas se estrechan entre acantilados verticales de caliza blanca, un cañón tallado por la erosión fluvial que evoca las descripciones de Estrabón sobre los desfiladeros ilirios. En invierno, la nieve acumulada en las cornisas crea un peligro constante de aludes; la geografía dicta aquí la es-

trategia militar, pues Vratar fue durante siglos un cuello de botella que los señores bosnios fortificaron con torres de vigilancia.

El camino desciende hacia el río Drina y llega a Foča —denominada Cozza en la mayoría de las crónicas—, la primera localidad de cierta entidad urbana en el interior de Herzegovina. Los viajeros la describen como un gran asentamiento con buenas casas al estilo turco, dotado de numerosas tiendas y comerciantes. Era la sede del sanjac del ducado, la autoridad militar y administrativa que controlaba toda la región. Su posición sobre el río Drina hacía de ella un punto nodal de control: ningún caballo que valiera más de mil aspros —equivalente a unos veinte ducados— podía cruzar el río con destino a la Cristiandad sin pagar costosos sobornos o verse obligado a venderlo a precio irrisorio. Esta restricción de exportación de animales de valor constituía una medida de control económico del Imperio sobre las fronteras con el mundo cristiano.

A partir de Foča, el camino entraba en una sucesión de montañas conocidas por su peligrosidad. El caravasar de Bracha, situado en la cima del puerto de Kovaz, aparece como un punto especialmente solitario e inseguro. Las aldeas circundantes tenían obligación de custodiar ese paso, designando vigilantes que recorrieran el bosque tocando un tambor para advertir a los viajeros de la presencia de bandoleros. Como compensación, esas comunidades estaban exentas de impuestos. El sistema de seguridad vial otomano combinaba la sanción fiscal y la recompensa comunitaria en un mecanismo pragmático de gestión de los caminos.

Plevlja y Priepolje constituían las localidades más importantes de esta sección. Los relatos las describen como poblaciones de cierto tamaño, habitadas mayoritariamente por cristianos ser-

bios, con buenos caravasares. En Priepolje se cruzaba el río Lim, que las crónicas trazan con precisión hidrográfica: el Lim desemboca en el Drina, el Drina en el Sava, y el Sava en el Danubio, cerca de Belgrado. Esta cadena fluvial era familiar para los viajeros europeos como sistema de referencia geográfico.

El monasterio de San Sava

Uno de los hitos más singulares de la ruta era el monasterio de Mileševa, conocido como San Sava por conservar el cuerpo del santo fundador de la iglesia ortodoxa serbia. Los relatos coinciden en describirlo como un monasterio grande y hermoso, habitado por monjes calógeros serbios que seguían el rito griego y hablaban eslavo. El establecimiento poseía rentas considerables procedentes de donaciones de pan, vino y animales, y era frecuentemente perturbado por visitas de autoridades turcas que consumían sus provisiones, a pesar de que la comunidad pagaba al Gran Señor un tributo anual de cincuenta táleros.

El aspecto más llamativo del monasterio era la actitud de los propios otomanos ante las reliquias: los testimonios señalan que turcos y judíos besaban con tanta reverencia como los cristianos el brazo de San Sava, y que les daban más limosnas que los propios fieles ortodoxos.

En las inmediaciones del monasterio se situaba la frontera entre el sanjacado de Herzegovina y el de Bosnia. El castillo de Mileševac, en lo alto de un precipicio, marcaba el paso administrativo. Los relatos lo describen como un punto fuerte de muros frágiles, susceptibles de ser batidos por artillería. A partir de ese punto, el viajero se enfrentaba a una senda abrupta sobre la garganta de

Mileševa, un cañón de unos doce kilómetros de largo y quinientos metros de profundidad, excavado por el río Mileševka. Sufriendo penalidades se entraba en Sjenica y se continuaba hacia Novi Pazar —es decir, Mercado Nuevo—, una de las poblaciones más importantes del corredor interior balcánico.

Novi Pazar aparece reiteradamente en los testimonios como un gran centro comercial. Los relatos hablan de seis mil casas, dieciséis mezquitas, un bazar larguísimo con tiendas de toda clase y una notable especialización en la manufactura de hierro: mazas ferradas, cerraduras a la turca y cobre estañado. Las caravanas se aprovisionaban aquí de forraje y los mercaderes ragusanos mantenían factorías con almacenes de paños florentinos. Las comunidades que lo habitaban eran diversas: turcos, ragusanos, judíos y cristianos serbios. Cerca de la ciudad nacía un arroyo que desembocaba en el río Morava, primer aviso hidrográfico del gran sistema fluvial que articulaba la ruta hacia el norte.

La Montaña de Plata

Desde Novi Pazar, el camino continuaba a través de Ibar localidad que tomaba el nombre del río que la atravesaba, afluente del Morava. A continuación se afrontaba un paso temible: la denominada Montaña de Plata, identificada como Ródope o Kunovica, macizo que separaba la cuenca del Drina de la del Morava y constituía una barrera orográfica del interior balcánico.

El camino ascendía hasta casi la cima, discurriendo luego por una senda de poco más de un metro de anchura —tres pies, según la medición más precisa— con precipicios en ambos lados. Los relatos narran episodios de caballos de carga que resbalaban y

caían al vacío. La travesía se realizaba en completo silencio, con los jinetes a pie en los tramos más angostos. En invierno, la nieve y el hielo hacían necesario equipar a los caballos con crampones. La montaña debía su nombre a las minas de plata que el sultán explotaba sin interrupción en sus laderas, y los relatos mencionan la presencia continua de trabajadores extrayendo mineral.

La vertiente meridional del paso conducía al valle de Topliza, que los viajeros describían con alivio y entusiasmo comparables al que seguía a la superación del peligro. «Empezamos a respirar de nuevo», escribe uno de ellos, y otro describe Topliza como «un país agradable que produce vinos deliciosos y mucho grano». El contraste entre la aspereza de la Montaña de Plata y la feracidad del valle siguiente era tan marcado que los relatos lo subrayan como punto de inflexión emocional del viaje. La región de Topliza, atravesada por el río del mismo nombre, era zona de agricultura relativamente próspera, con vides, cereales y pastos. La aldea de Satoria y las de Suatza marcaban las etapas de este tramo de descenso.

Niš, confluencia de rutas

La ciudad de Niš aparece en todos los testimonios como el punto de confluencia de dos mundos: el corredor que venía de Ragusa por el interior balcánico y el gran eje axial que unía Viena con Constantinopla. Su posición geográfica en la confluencia del río Nišava con el Morava la convertía en un nodo de comunicaciones de primer orden. La ruta que bajaba del norte desde Belgrado y Hungría encontraba aquí, procedente del suroeste, el camino que venía de Ragusa, Narenta y otros puertos adriáticos.

La ciudad se extendía en una llanura fértil rodeada de montañas, con el río Nišava circulando junto a ella y cruzado por un puente. Los testimonios mencionan la presencia de tres o más mezquitas, la ausencia de murallas —salvo una torre o castillo arruinado— y una estimación de hogares que oscila entre las pocas centenas en las fuentes más antiguas y los cuatro o cinco mil en las más tardías, lo que sugiere un crecimiento urbano significativo a lo largo del siglo. La ciudad estaba habitada por una mezcla de turcos y un número menor de cristianos, con casas cubiertas de tejas.

Geográficamente, la importancia de Niš residía en la confluencia fluvial que la definía. El río Nišava, que nacía en las montañas búlgaro-serbias próximas y había acompañado a los viajeros desde el paso de Pirot, desembocaba en el Morava en las inmediaciones de la ciudad. El Morava, a su vez, era el gran río articulador de la ruta hacia el norte: sus aguas, provenientes de Bosnia, dividían los territorios de Bulgaria y de Rascia o Serbia. Cruzar el Morava en barca —puesto que el caudal era demasiado violento y ancho para vadearlo— significaba pasar de un territorio administrativo a otro y retomar el camino hacia Belgrado y el Danubio.

Un testimonio de especial precisión describe la ciudad de Niš como «un lugar de paso entre dos caminos: uno que va a Hungría y otro que va a Ragusa, a Narenta y a otros puertos». Esta formulación es reveladora: desde la perspectiva del observador situado en Niš, el mundo se articulaba en dos ejes perpendiculares. El eje norte-sur era el corredor imperial Viena-Belgrado-Niš-Sofía-Adrianópolis-Constantinopla, la columna vertebral de las comunicaciones del Imperio Otomano en Europa. El eje este-oeste era el camino de Ragusa, que conectaba el Adriático con el interior

balcánico y luego con Oriente. Niš era el punto exacto de intersección.

Bulgaria y la hacia Oriente

A partir de Niš, el camino seguía el valle del Nišava hacia el sureste, adentrándose en Bulgaria. La ciudad de Piroth —llamada Darok por los turcos y conocida por su nombre eslavo entre los búlgaros— era la siguiente etapa importante, situada junto al Nišava y dotada de un viejo castillo en ruinas rodeado de un estanque.

Las crónicas describen el paisaje de este tramo como una región de montañas pequeñas, valles cultivados y sucesivos cruces del Nišava. Más adelante se alcanzaba el desfiladero de Dragoman, pedregoso y estéril, célebre por su peligrosidad a causa de los bandidos y protegido por guardias permanentes. Al salir de Dragoman se abría la gran llanura de Sofía, descrita como uno de los paisajes más bellos de todo el recorrido: extensa, rodeada de montañas bajas, fértil en viñedos, cereales y arroz, surcada por innumerables rebaños de bueyes, yeguas, camellos y ovejas.

Sofía —la antigua ciudad con la iglesia de Santa Sofía convertida en mezquita por los turcos— era el gran centro urbano de la ruta balcánica antes de Adrianópolis y Constantinopla. Una ciudad mercantil de gran tráfico, con setenta mezquitas, doce iglesias de calógeros griegos, establecimientos de comerciantes ragusanos —con iglesia propia, mantenida con discreción por miedo a los turcos— y un sinnúmero de bazares especializados en cueros, fieltros, herraje y productos agrícolas. Estimaciones de la época cifran su población en torno a quince mil hogares.

En tránsito

El análisis de la ruta de Ragusa a Niš no puede desvincularse del examen de la infraestructura que la hacía funcionar. La principal institución de soporte era, como se ha señalado, el caravasar: un gran edificio de planta aproximadamente rectangular, con establos para los animales en la planta baja y plataformas elevadas para los viajeros alrededor de las paredes, chimeneas distribuidas regularmente, y un caravasero que gestionaba la entrada y la salida, verificaba que nadie hubiera perdido efectos personales y vendía leña y víveres básicos. Los caravasares estaban financiados por donaciones piadosas de altos funcionarios otomanos —bajas, visires, sanjacados— como obra de misericordia islámica. Algunos de estos establecimientos eran modestos y sucios; otros alcanzaban notable grandiosidad, cubiertos de plomo, con fuentes interiores, mezquitas adjuntas e incluso habitaciones separadas para huéspedes principales.

La distribución de caravasares a lo largo del camino era relativamente regular: cada jornada —entre dieciséis y treinta millas según el terreno— existía al menos un establecimiento donde pernoctar. Esta regularidad no era casual, sino el resultado de una política otomana consciente de facilitar el tránsito de caravanas comerciales y misiones diplomáticas. Los viajeros que no disponían de caravasar quedaban a merced del campo abierto, como ocurrió en varios episodios documentados en los que la ausencia de alojamiento obligó a montar tiendas en descampado, con el riesgo de lluvia, nieve o ataques nocturnos.

Los caballos de alquiler constituían otro elemento indispensable de la infraestructura. Los denominados quirigis —arrieros

que alquilaban caballos— eran generalmente hombres pobres que vivían de este comercio. El sistema de alquiler por jornada implicaba el cambio de bestias en cada etapa importante, lo que garantizaba animales frescos para cada tramo y creaba al mismo tiempo complejidades logísticas y posibilidades de fraude. Los relatos documentan episodios de conflicto entre viajeros y alquiladores, a veces resueltos ante el cadí local con penas corporales para los que rehusaban entregar los animales a precio justo.

La seguridad del camino era variable. Los tramos próximos a las grandes ciudades y a los caravasares principales estaban razonablemente custodiados. Los pasos de montaña y los bosques eran zonas de riesgo, con presencia documentada de bandoleros que atacaban caravanas. El sistema de guardias comunitarios —aldeas exentas de impuestos a cambio de patrullar los caminos— funcionaba con eficacia variable. Las autoridades otomanas aplicaban castigos severos a los bandoleros capturados, y la extensión del territorio y la dificultad del terreno hacían de la vigilancia permanente una tarea de imposible cumplimiento.

El control aduanero y administrativo del tránsito era otro elemento definidor de la ruta. En cada paso fronterizo entre sanjados, el viajero debía presentar documentación y, en su caso, pagar tasas. Los funcionarios locales —vaivodes, cadíes, jenízaros de escolta— intervenían en distintos momentos del trayecto. La exportación de caballos de valor elevado estaba explícitamente prohibida sin pasaporte del sultán; las mercancías debían pasar por determinados puntos de control —como Foča— y las comunidades de mercaderes ragusanos gozaban de estatutos especiales que les permitían operar con cierta autonomía dentro del sistema otomano.

La ruta era un corredor de extraordinaria diversidad humana. Los territorios atravesados habían conocido sucesivas dominaciones —eslavos medievales, húngaros, bizantinos, otomanos— y conservaban capas superpuestas de identidad étnica, lingüística y religiosa. Las crónicas distinguen entre turcos (musulmanes de diversas procedencias que ocupan los cargos administrativos y militares), cristianos serbios (denominados eslavos o del rito griego, es decir, ortodoxos), búlgaros (que comparten el rito y se diferencian lingüística y étnicamente de los serbios), griegos (término aplicado a veces genéricamente a los ortodoxos balcánicos), judíos (comunidades sefardíes presentes en todos los centros urbanos importantes) y ragusanos (una categoría específica que combina origen étnico y función mercantil).

Los ragusanos merecen especial atención, pues su presencia a lo largo de toda la ruta era constante. Desde Foča hasta Sofía —y más allá, hasta Adrianópolis y Constantinopla—, los viajeros encontraban establecimientos ragusanos: casas de comercio, almacenes de sal, capillas latinas mantenidas con discreción, redes de dragomanes e intérpretes. Los quirigis que alquilaban caballos eran en su mayoría ragusanos de condición modesta. Los dragomanes de las embajadas europeas se apoyaban con frecuencia en los establecimientos ragusanos para obtener vino, información y alojamiento confortable. Uno de los testimonios señala la presencia en Sofía de una «iglesia de los raguseos, devotamente mantenida, mas modesta por miedo a los turcos». Esta modestia estratégica era característica del estatuto ragusano en el Imperio: protegidos por acuerdos comerciales con la Sublime Puerta, los ragusanos mantenían su identidad latina y católica en el interior de un mundo otomano con la discreción que la prudencia imponía.

Las comunidades judías, por su parte, eran especialmente visibles en los centros urbanos. Novi Pazar, Niš y Sofía contaban con barrios judíos de cierta importancia. Las crónicas señalan que en algunos de estos centros la población judía era más numerosa que la cristiana. La presencia sefardí en los Balcanes era consecuencia de las expulsiones de España (1492) y Portugal (1496); el Imperio Otomano había acogido a esos refugiados con pragmatismo económico, reconociendo el valor de sus redes comerciales y sus conocimientos técnicos.

Las mujeres búlgaras del corredor Niš-Pirot reciben una descripción etnográfica detallada: llevaban pendientes de gran peso en las orejas —placas de plata—, adornos elaborados en la cabeza según el estado civil, y participaban en bailes rituales ante los viajeros para ganar propinas. Los rituales de duelo incluían arañarse el rostro y arrancarse el cabello, que ataban en la tumba del difunto. Estas descripciones, filtradas por la mirada foránea, ofrecen un testimonio etnográfico de primera mano sobre las culturas populares del interior balcánico.

El recorrido físico era también un tránsito a través de las estructuras administrativas del Imperio Otomano en sus provincias europeas. El territorio estaba dividido en sanjacados —unidades administrativas y militares bajo la autoridad de un sanjacbey—, y los viajeros cruzaban varias de estas demarcaciones a lo largo del camino: el sanjacado de Herzegovina (con sede en Foča), el de Bosnia (con sede en Sarajevo, aunque Novi Pazar marcaba una frontera próxima) y el de Serbia (que se extendía hasta el Morava y más allá).

El sistema de timares —concesiones de tierra a militares a cambio de servicio armado— era el esqueleto económico de estas

provincias. Los relatos mencionan que los campesinos cristianos pagaban a los timariotas la séptima u octava parte de los frutos de la tierra, más un impuesto de capitación por persona adulta. Las comunidades que no podían pagar con dinero lo hacían con servicios o en especie. Sobre estas obligaciones se superponía el devshirme, la leva de jóvenes varones para el adiestramiento como jenízaros, que los testimonios documentan con detalle: de cada tres varones de una casa, el poder otomano tomaba el más fuerte y bien formado, lo criaba y lo convertía en soldado del sultán.

Los jenízaros presentes en las rutas cumplían funciones de escolta y supervisión del tránsito diplomático. Los testimonios mencionan sistemáticamente la presencia de un jenízaro en la comitiva de los viajeros principales, encargado de presentarlos ante las autoridades locales y garantizar su paso seguro. Este sistema de escolta oficial era a la vez una garantía de seguridad y un mecanismo de control: el jenízaro debía notificar al primer visir la llegada de los viajeros a Constantinopla, y quien condujera extranjeros sin dar ese aviso se exponía a la pena de muerte.

Viena y la Vía Militaris

Los húsares alados descienden de la montaña de Kahlenberg al mando del rey de Polonia, Jan III Sobieski. Acometen cuesta abajo al ejército turco que asedia Viena en la mayor carga de caballería de la historia y despedazan las huestes otomanas, que huyen en desbandada. Europa seguirá siendo cristiana.

Era el año 1683 y era, además, la segunda vez —no habría tercera— en que el ejército de la Sublime Puerta intentaba penetrar en el corazón de un continente que se les resistía. Lo hacía recorriendo un camino milenario: la romana Vía Militaris, que durante más de un milenio fue la principal arteria de comunicación del sudeste europeo.

Construida en el siglo I d. C. como instrumento de control imperial, se extendía a lo largo de aproximadamente 924 kilómetros entre Singidunum —la actual Belgrado— y Bizancio, atravesando Viminacium, Naissus, Serdica, Filipópolis y Adrianópolis. Su longitud y su posición en el mapa la convirtieron en el eje nervioso de los Balcanes: el corredor por el que circularon durante siglos tropas, funcionarios, embajadores, peregrinos, comerciantes y ejércitos cruzados. Tanto el Imperio Romano como el Bizantino y, más tarde, el Otomano la utilizaron como columna vertebral de sus proyecciones militares y administrativas hacia el norte y hacia el sur.

Pero la Vía Militaris plantea también un problema historiográfico de considerable complejidad. Frente a la imagen de una cal-

zada monumental, perfectamente delimitada y estable en el tiempo, la investigación contemporánea ha subrayado que la vía fue en realidad un sistema dinámico: un conjunto de caminos, variantes y soluciones locales que se adaptaron continuamente a las condiciones del terreno, al estado de los puentes, a la estabilidad política y a las necesidades de cada momento. Entenderla como una línea fija en el mapa sería un error metodológico; concebirla como un espacio históricamente vivo, sometido al desgaste, la reparación y la transformación constantes, es el punto de partida correcto.

Una infraestructura milenaria

La Vía Militaris nació como respuesta a las necesidades de expansión y control del Imperio Romano en la península balcánica, como parte de un programa más amplio de infraestructuras destinado a conectar el Danubio —frontera septentrional del Imperio— con el núcleo mediterráneo del poder. El trazado seguía los valles del Morava y del Hebro [Maritza] y los tramos de llanura tracia que la geografía balcánica ofrecía como ejes naturales de penetración norte-sur.

Su nombre refleja con exactitud su razón de ser: fue concebida como instrumento militar antes que como ruta comercial. Su función era permitir el desplazamiento rápido de legiones, garantizar el abastecimiento de las guarniciones fronterizas y facilitar la supervisión administrativa del territorio. A diferencia de las grandes rutas comerciales del mundo antiguo, cuyo tráfico dependía de la demanda económica, la Vía Militaris estuvo subordinada desde su origen a la lógica del Estado y de la guerra, una carac-

terística que se reprodujo en cada una de las formaciones políticas que la heredaron.

Los hitos del recorrido cumplían una función específica: centros de aprovisionamiento, puntos de redistribución de tropas, intersecciones con rutas secundarias. No eran etapas de un itinerario, sino engranajes de una red militar y administrativa articulada sobre el terreno. La calzada era, en ese sentido, mucho más que un camino: era la columna vertebral de un sistema imperial de control territorial.

La geografía balcánica impuso a la *Via Militaris* limitaciones que ningún ingeniero romano podía ignorar. Los Balcanes son una región de orografía compleja, atravesada por cordilleras que corren de oeste a este —los Balcanes propiamente dichos, los Ródopes, los Alpes Dináricos— y por valles fluviales que discurren de norte a sur. Esta estructura obliga a cualquier ruta que quiera enlazar el Danubio con el Egeo a negociar constantemente con el relieve: cruzar pasos montañosos, salvar ríos sin puentes estables, atravesar zonas de bosque denso donde la calzada se deteriora más rápidamente.

El corredor del Morava, que la vía utilizaba en su tramo septentrional, es el mejor ejemplo de este condicionamiento geográfico. El río ofrece un eje natural de penetración hacia el sur, pero también impone sus propios problemas: las crecidas estacionales, la inestabilidad de los márgenes, la necesidad de vados o puentes en múltiples puntos. La investigación histórica ha subrayado que el trazado exacto en esta zona fue especialmente variable: hubo probablemente variantes a ambos lados del río, y el camino concreto que seguían los viajeros dependía de las condiciones del momento.

El paso de las Puertas de Trajano —el estrechamiento montañoso entre Serdica y Filipópolis— ejemplifica de manera aún más dramática la dependencia de la ruta respecto al relieve. En ese punto, la calzada debía atravesar una garganta que no dejaba lugar a variantes: era el paso o nada. Esta concentración de tráfico en un único punto de paso convirtió las Puertas de Trajano en un lugar de enorme valor estratégico, susceptible de ser controlado y defendido con relativa facilidad. El relieve, en este caso, no era simplemente un obstáculo a superar, sino un factor que estructuraba la geopolítica de la región.

La herencia de la calzada

Cuando el Imperio Romano de Occidente se fragmentó y el poder se concentró en Constantinopla, la Via Militaris no desapareció: fue heredada por el Imperio Bizantino, que la convirtió en el eje de sus comunicaciones con las provincias septentrionales. Los bizantinos mantuvieron la red de ciudades-nodo, repararon los tramos más deteriorados cuando los recursos lo permitían, y utilizaron la calzada para sus propias campañas militares y expediciones diplomáticas. Sin embargo, el mantenimiento fue irregular y dependiente de la situación política: en periodos de estabilidad y centralización, la vía funcionaba razonablemente bien; en épocas de crisis, invasiones o fragmentación del poder, el deterioro podía ser severo.

La Edad Media transformó el carácter urbano de muchos puntos del recorrido. Ciudades que en época romana habían sido centros florecientes aparecen en las crónicas medievales como conjuntos de ruinas parciales, reducidos a su función estratégica pe-

ro despojados de su antigua vitalidad urbana. Branichevo —el antiguo Viminacium— es un ejemplo: su importancia como nodo de tránsito entre la navegación fluvial del Danubio y la marcha terrestre balcánica se mantuvo intacta incluso cuando su esplendor urbano había desaparecido. Esto demuestra que la permanencia de un punto en la red viaria dependía de su utilidad funcional.

Las Cruzadas ofrecieron un observatorio excepcional del funcionamiento real de la calzada en su fase medieval. Los grandes ejércitos cruzados que marcharon hacia Tierra Santa por la vía balcánica entre los siglos XI y XIII enfrentaron todos los problemas que la infraestructura planteaba: deterioro de la calzada, escasez de puentes, falta de aprovisionamiento, dificultades para mantener la cohesión de contingentes enormes en terrenos difíciles. Sus relatos permiten reconstruir no solo el trazado de la vía, sino las condiciones concretas en que se producía la marcha: la velocidad media, los puntos de parada, las zonas de mayor peligro. La *Via Militaris* aparece en esas crónicas como una infraestructura logística de gran escala, cuyo funcionamiento era decisivo para el éxito o el fracaso de operaciones militares.

La conquista otomana de los Balcanes a lo largo de los siglos XIV y XV introdujo una nueva dimensión en la historia de la vía. Los otomanos reconocieron su valor estratégico y la integraron en su propio sistema de control territorial, añadiendo caravasares, puentes y elementos de infraestructura. El corredor entre Belgrado y Constantinopla se convirtió en el eje central del poder otomano en Europa, el camino por el que circulaban los ejércitos del sultán, los funcionarios imperiales y los embajadores de las potencias europeas. La vía romana se había convertido, sin

solución de continuidad, en la columna vertebral del Imperio Otomano en los Balcanes.

Conocer la Via Militaris

La reconstrucción histórica de la Via Militaris ha sido una empresa lenta y no exenta de controversia. El gran pionero de los estudios sobre la calzada fue Konrad Jireček, historiador checo que a finales del siglo XIX realizó una investigación de campo sistemática y combinó el análisis de las fuentes textuales con la observación directa del paisaje balcánico. Su contribución fue fundamental y abrió un campo de estudio que antes apenas existía. Sin embargo, la investigación posterior ha señalado que Jireček cometió errores significativos: en particular, tendió a confundir los trazados romanos con los otomanos, tratando como equivalentes caminos que en realidad correspondían a épocas y necesidades distintas. Su enfoque, brillante pero pionero, careció de los instrumentos que la arqueología y la geografía histórica desarrollarían posteriormente.

El estudio riguroso de la Via Militaris exige una metodología plural que combine fuentes de naturaleza diversa. Los itinerarios antiguos —como el *Itinerarium Burdigalense* o el *Itinerarium Antonini*— ofrecen secuencias de millas y nombres de paradas que permiten reconstruir el esqueleto del recorrido, pero no resuelven las ambigüedades locales. Los restos arqueológicos —tramos de calzada empedrada, puentes, miliarios, establecimientos de postas— aportan información sobre el trazado concreto, pero su distribución es fragmentaria y desigual. Los textos medievales —crónicas de cruzadas, relatos de embajadas, descripciones de via-

jes— iluminan el funcionamiento real de la vía en distintos momentos, pero deben leerse teniendo en cuenta las convenciones del género y los propósitos del autor. La cartografía histórica, finalmente, permite visualizar la ruta en relación con el paisaje, pero introduce sus propios problemas de escala y precisión.

Esta pluralidad metodológica conduce a una conclusión: la Via Militaris no puede reconstruirse con precisión milimétrica en todos sus tramos. En algunos sectores, el trazado es relativamente claro y está respaldado por múltiples tipos de evidencia convergente. En otros —especialmente en el tramo del Morava o en algunos pasos montañosos— la incertidumbre es estructural y no puede eliminarse con el estado actual del conocimiento.

Entre mundos

Belgrado —Singidunum en la nomenclatura romana, Nándorfe-hérvár para los húngaros medievales— ocupaba una posición geográfica de excepcional importancia en el trayecto. Situada en la confluencia del río Sava y el Danubio, controlaba el punto donde la circulación fluvial del norte se encontraba con el corredor terrestre balcánico. Quien dominase Belgrado dominaba el paso entre la llanura panónica y el interior de los Balcanes, lo que explicaba su valor estratégico y los repetidos asedios y batallas que marcaron su historia.

Cuando Ogier Ghiselin de Busbecq llegó a Belgrado en los primeros meses de su misión diplomática, la ciudad llevaba más de tres décadas bajo control otomano —había caído en 1521, durante la primera gran campaña europea de Solimán el Magnífico— y era ya la puerta de Hungría desde la perspectiva turca. Busbecq

llegó por vía fluvial, descendiendo el Danubio desde Buda en una embarcación remolcada por un bote con veinticuatro remeros, navegando de noche bajo fuertes vientos en un trayecto que el humanista flamenco describió con una mezcla de admiración e incomodidad. La reflexión que Busbecq dedicó a Belgrado en sus *Cartas Turcas* trasciende el registro puramente descriptivo. Comprendió perfectamente la dimensión estratégica de la plaza: su caída en manos otomanas había sido la brecha en el dique que permitió la inundación de la llanura húngara por el poder turco. La pérdida de Belgrado era una lección que los príncipes cristianos debían aprender: el mantenimiento de las fortalezas fronterizas no era un lujo, sino una cuestión de supervivencia política. Esta reflexión conectaba directamente con la función que la historiografía de la vía atribuye a los grandes nodos del recorrido: eran al mismo tiempo puntos de paso logístico y elementos del sistema defensivo del corredor.

Belgrado ofreció además a Busbecq y a su médico y compañero William Quacquelben la primera oportunidad para ejercer la arqueología de campo que tanto les apasionaba. En los suburbios de la ciudad, habitados por una mezcla cosmopolita de turcos, griegos, judíos, húngaros y dálmatas, descubrieron monedas romanas con la inscripción *Taurunum*, que confirmaban la presencia histórica de las legiones de la Alta Mesia en la región. Esta dimensión anticuaria del viaje —la búsqueda de vestigios de la antigüedad clásica a lo largo del corredor balcánico— se repetiría en múltiples puntos del itinerario y convertiría el trayecto diplomático en una expedición de descubrimiento arqueológico.

El corredor serbio

El tramo entre Belgrado y Naissus —la actual Niš— es uno de los más problemáticos de la vía desde el punto de vista historiográfico, y también uno de los más ricos desde la perspectiva del viajero del siglo XVI. El corredor del Morava, que articula este sector, sufrió devastaciones profundas durante la Antigüedad tardía y el comienzo de la Edad Media, lo que hace que el registro arqueológico sea fragmentario y difícil de interpretar. La reconstrucción del trazado exacto depende aquí más que en ningún otro lugar de la combinación de evidencias heterogéneas: menciones en fuentes literarias, lógica geográfica, observación del paisaje.

Niš, por su parte, ocupaba en el sistema de la vía una posición que la historiografía ha calificado de nudo estratégico. La ciudad —donde había nacido el emperador Constantino en el año 272— era el punto donde convergían diferentes rutas procedentes del norte y desde donde era posible avanzar hacia Serdica y Tracia o conectar con otros itinerarios danubianos. Su importancia como referencia en las crónicas medievales es notable: aparece citada repetidamente en relatos de embajadas y en crónicas de cruzadas, lo que demuestra su persistencia como punto nodal de la red viaria a lo largo de muchos siglos.

Sin embargo, la historiografía advierte de la tensión que Niš encarna entre centralidad estratégica y fragilidad material. La ciudad era importante en el mapa mental de los viajeros, pero el tramo que la conectaba con Branichevo al norte y con los sectores meridionales al sur podía ser muy variable y a veces difícil de transitar. La Vía Militaris, una vez más, demuestra aquí su cará-

cter ambivalente: imprescindible como corredor y vulnerable en sus condiciones concretas de uso.

En Sofía

Serdica —la actual Sofía— fue uno de los grandes nodos del recorrido balcánico, y su posición en un valle relativamente amplio le permitió funcionar durante siglos como centro urbano, militar y administrativo de primera importancia. A diferencia de los tramos septentrionales, donde la inestabilidad política y la fragilidad de la infraestructura fueron constantes, el corredor de Serdica parece haber mantenido una mayor continuidad de poblamiento y, por tanto, mejores posibilidades de mantenimiento viario. La densidad urbana de la zona contribuía a que hubiera más recursos humanos disponibles para reparaciones y más interés local en conservar la calzada en condiciones transitables.

Busbecq describió la ciudad con cierta brevedad, pero anotó su identificación con la antigua capital real de los búlgaros y, posteriormente, sede de los déspotas de Serbia. Fue en el entorno búlgaro donde realizó algunas de sus observaciones más agudas sobre la estructura social del Imperio Otomano. Quedó asombrado de comprobar cómo descendientes de antiguas familias nobles búlgaras e incluso de dinastías imperiales bizantinas —los Cantacuzenos, los Paleólogos— vivían en la humildad, casados con pastores, mientras que hombres de orígenes completamente modestos podían ascender a las más altas esferas del poder. Esta observación le llevó a una conclusión que resonaría en toda su obra: en el Imperio Otomano, a diferencia de la Europa feudal, el nacimiento no confería distinción; solo el mérito personal era

valorado. Que un antiguo porquero —en alusión al Gran Visir Rüstem Pasha— pudiese convertirse en el segundo hombre del Imperio era una lección que los príncipes europeos deberían reflexionar.

Las Puertas de Trajano

Entre Serdica y Filipópolis, la vía debía atravesar uno de los pasos montañosos más significativos de todo el corredor balcánico. Las Puertas de Trajano —conocidas en época otomana como Capi Dervent, la Puerta Estrecha— eran un estrechamiento del terreno que obligaba al camino a discurrir por una garganta sin alternativas. La concentración del tráfico en ese punto único lo convertía en un lugar de excepcional valor estratégico: quien lo controlase podía cerrar el paso a cualquier ejército o comitiva, independientemente de su tamaño.

La historiografía ha subrayado el carácter ejemplar de las Puertas de Trajano como ilustración del modo en que el relieve condicionaba la forma exacta de la ruta. No se trataba solo de una dificultad técnica —el camino era estrecho y la ascensión podía ser penosa en función del tiempo y la carga— sino de un punto donde la geografía dictaba la geopolítica. Cualquier alteración del terreno, cualquier cambio en el equilibrio de fuerzas en la región, se manifestaba de manera especialmente visible en este límite entre Serdica y Tracia.

Busbecq describió la travesía del paso con una sobriedad que contrasta con la dificultad que el tramo debía suponer para una comitiva diplomática con equipajes y carruajes. Lo que retuvo su atención fue el panorama que se abría al descender hacia la lla-

nura de Filipópolis: la cumbre nevada del monte Ródope y el río Hebro —el Maritza— discurriendo por la llanura, un paisaje que conectaba la realidad geográfica con los versos de Ovidio que tenía sin duda en la memoria. Esta superposición de la experiencia del paisaje con el texto literario es característica de su modo de viajar: el mundo que veía era el mundo que había leído.

La Tracia imperial

El sector tracio de la Vía Militaris presentaba características distintas a los tramos septentrionales. La llanura de Tracia, más abierta y con asentamientos más densos, ofrecía mejores condiciones para el mantenimiento de la calzada y para el aprovisionamiento de los viajeros. La proximidad a Constantinopla reforzaba la atención imperial sobre este segmento: era el tramo final del corredor que conectaba la capital con sus provincias balcánicas, y su estado era directamente relevante para la seguridad del corazón del Imperio.

Filipópolis —la actual Plovdiv— aparece en las crónicas históricas como una ciudad de considerable importancia, situada en los márgenes del Hebro y rodeada de llanuras fértiles donde se cultivaba arroz en los terrenos pantanosos. El humanista notó también los numerosos túmulos de tierra que salpicaban los campos de los alrededores: la tradición local turca los interpretaba como huellas de antiguas batallas, aunque Busbecq, con su formación anticuaria, los identificó correctamente como tumbas de origen tracio o quizás romano.

Adrianópolis —la actual Edirne— era la segunda capital del Imperio Otomano, un centro de poder de primera magnitud. La ciu-

dad, ampliada por el emperador Adriano en origen y transformada radicalmente por los otomanos, se encontraba en la confluencia de tres ríos —el Maritza, el Tundja y el Arda— y aunque su núcleo antiguo no era muy extenso, los vastos suburbios añadidos por los conquistadores le daban la apariencia de una gran metrópoli.

El tramo final, entre Adrianópolis y Constantinopla, discurría por una geografía más favorable que los sectores interiores: llanuras abiertas, recursos humanos abundantes, proximidad a la capital y a sus infraestructuras. Esto hacía posible una conservación relativamente mejor de la calzada, aunque las condiciones concretas variaban también aquí según las épocas.

Constantinopla no era simplemente el punto de llegada geográfico de la ruta: era su razón de ser. La vía existía para conectar la capital imperial con sus provincias balcánicas, para permitir el flujo de tropas, recursos y autoridad entre el centro y la periferia. En este sentido, la llegada a Constantinopla era siempre el cierre de un proceso de larga duración: la demostración de que el corredor funcionaba, de que la conexión entre el Danubio y el Bósforo era posible y estaba garantizada.

La Ciudad

Los que se acercase a Constantinopla por primera vez —ya fuera desde el mar, a bordo de una galera que combatía las corrientes contrarias del Bósforo, ya desde tierra firme, tras semanas de cabalgata por los caminos pedregosos de los Balcanes— experimentaba en el instante de la primera visión algo que ningún relato previo, ninguna descripción había sabido preparar del todo: la ciudad irrumpía. Se imponía sobre el horizonte con la fuerza de la geometría, como si la naturaleza misma hubiera tallado aquel promontorio para que un único edificio —un único organismo urbano de escala descomunal— lo ocupara eternamente.

El triángulo era la forma que el ojo captaba antes que cualquier detalle. Una punta hacia la tierra firme, defendida por la masa imponente de las Siete Torres —las Yedikule—, donde el sultán guardaba el tesoro del Imperio y donde los prisioneros de Estado languidecían en calabozos. Una segunda punta hundiéndose en el Cuerno de Oro, ese brazo de mar estrecho y bullicioso donde las galeras de guerra otomanas convivían con las falúas de los pescadores griegos y los barcos mercantes que llegaban del Mar Negro cargados de grano, pieles y ámbar. Y la tercera punta mirando al canal que separaba Europa de Asia, con el Propóntide lamiendo unas murallas que ya habían resistido siglos de asedios y que, sin embargo, habían cedido en 1453 ante el empuje incesante del Gran Turco.

El testigo de la época que llegaba por mar enfrentaba el estrecho de Tracia —el Bósforo— como una barrera física que sumaría

a la revelación final. La corriente, violenta y arrebatadora, obligaba a los pilotos más experimentados a remar con toda su fuerza para no ser arrastrados de vuelta al Mediterráneo. El clima podía transformarse en cuestión de horas: la luz plateada de septiembre se tornaba de pronto en borrascas descendidas del Ponto Euxino, con olas que azotaban la borda y vientos que silbaban como advertencias de la naturaleza. Quien llegaba en la primavera, en cambio, encontraba el estrecho serenado bajo un sol tibio que acariciaba las aguas y las teñía de un azul profundo que contrastaba con el blanco de las mezquitas y el ocre herrumbroso de las murallas bizantinas. El aire traía entonces un perfume compuesto: sal del mar, humo de braseros, aroma dulzón de especias que se vendían en los muelles.

Quien llegaba por tierra, tras atravesar Adrianópolis custodiado por un chaous —uno de aquellos comisarios de la Sublime Puerta que no perdían de vista a los extranjeros desde el momento en que pisaban el Imperio—, percibía la ciudad de otro modo. Las murallas teodosianas, agrietadas en muchos tramos y sin reparar desde la conquista, se alzaban a intervalos regulares con sus torres de piedra. Dieciséis pies de grosor en el lado que daba a tierra firme; tres fosos sucesivos al pie, en los que correteaban piezas de caza como un último ornamento de poder. A pesar del tiempo transcurrido desde que cayeran, aquellas murallas seguían pareciendo invencibles al observador que las recorría desde fuera. Y sin embargo habían caído. Lo que parecía eterno podía doblarse ante una voluntad implacable.

Una vez dentro —superados los trámites con los daciers en la aduana del puerto, donde ningún cargamento pasaba sin inspección y ningún privilegio diplomático resultaba inmune—, la ciudad se mostraba como un palimpsesto vivo. Las cúpulas reluci-

entes de las mezquitas recién erigidas —la de Solimán el Magnífico, la de su hijo Selim, la del sultán Bayaceto— dominaban el horizonte con su geometría perfecta, su blancura intacta. Pero entre ellas sobrevivían los vestigios de la antigua Bizancio: columnas de pórfido que nadie había derribado, arcos de triunfo que presidían callejuelas sin pavimentar, iglesias convertidas en establos o en recintos para los animales exóticos del sultán. El pasado cristiano no había sido borrado; había sido integrado en la trama de una ciudad heredera de Roma.

La topografía de las siete colinas organizaba la experiencia del caminante. Desde el promontorio más oriental, donde el Serrallo del Gran Señor ocupaba la cima rodeada de jardines que actuaban como un biombo verde entre el poder y el mundo, la mirada podía abarcar de un golpe el conjunto. La ciudad escalaba las laderas desde el agua con una densidad que asombraba: casas de madera bajas, de barro y tablas en su mayoría, interrumpidas por la mole de alguna mezquita o el perfil de un minarete que trepaba hacia el cielo. En Pera, al otro lado del Cuerno de Oro, el barrio de los francos y los genoveses conservaba sus iglesias católicas abiertas y sus tabernas con vino —un enclave de Occidente dentro del Imperio, separado de Estambul por un trecho de agua que una barca cruzaba en minutos pero que representaba, en términos culturales, un abismo.

El Cuerno de Oro era el corazón logístico de ese mundo. Un puerto natural que el viajero experimentado comparaba con el mejor del Mediterráneo: abrigado, profundo, capaz de albergar las flotas más grandes que la época conocía. En sus muelles, el bullicio no cesaba desde el amanecer hasta bien entrada la noche. Las galeras de guerra otomanas convivían con los barcos mercan-

tes venecianos, raguseos y genoveses; los estibadores descargaban fardos de seda, sacos de pimienta y barriles de aceite.

Y luego estaba el Bósforo, esa arteria de agua que conectaba y separaba dos continentes. Desde las orillas europeas se divisaban las colinas de Asia a no más de dos millas, con sus castillejos en la ribera y sus jardines que descendían hasta el agua. Las islas de los Príncipes, a dieciocho o veinte millas al sur, asomaban en los días claros: en ellas subsistían las ruinas de antiguos palacios bizantinos que los turcos no habitaban, quizás por el temor a provocar la envidia del sultán. Quien cruzaba el Bósforo en una falúa para adentrarse en Scutari, al otro lado, encontraba los serrallos de las mujeres del sultán y los jardines de los bajás, una imagen de opulencia serena que contrastaba con el ruido incesante del Cuerno de Oro. El estrecho no era solo una frontera geográfica; era la columna vertebral del Imperio, el canal por el que circulaba la sangre económica y militar de un mundo.

El corazón del poder

En el ángulo más oriental del triángulo de Constantinopla, donde el Bósforo se abraza con el Mar de Mármara y la ciudad parece querer lanzarse al agua, se alzaba el Serrallo del Gran Señor. Sus muros exteriores, que abarcaban un perímetro de unas tres millas, no revelaban nada de lo que ocurría en su interior. Ningún ornamento proclamaba la magnificencia del poder. Solo piedra, guardias y silencio. Era ese silencio, precisamente, lo que más impresionaba al viajero occidental, habituado al ruido y la ostentación de las cortes europeas.

El serrallo era en realidad una ciudad dentro de la ciudad, con sus propios jardines —de más de una milla de extensión, cuidados por unos treinta y cinco jardineros que eran jenízaros de rango menor—, sus propias cocinas, sus hammams privados, sus establos y sus patios sucesivos. Cada uno representaba un nivel de intimidad con el poder, y muy pocos extranjeros llegaban más allá del segundo. El sultán dormía en una cámara donde seis jóvenes pajes le servían en turnos: dos montaban guardia de noche, con hachas encendidas, uno a la cabecera y otro a los pies, vigilantes sin excepción. Cada mañana, al vestirlo, le colocaban en los bolsillos del caftán mil aspros¹ en una bolsa y veinte ducados de oro en la otra —dinero que, si el señor no lo donaba durante el día, correspondía por derecho a quienes le desvestían al anocheecer. Esa prenda jamás se volvía a usar.

Los pajes que habitaban el serrallo llegaban al número de quinientos, con edades entre los ocho y los veinte años. Eran instruidos en las artes que el Imperio consideraba necesarias: lectura, escritura, la doctrina de la ley islámica y el manejo del caballo. Nunca salían del recinto hasta que el sultán juzgaba que habían alcanzado la madurez suficiente para ocupar un cargo; entonces eran asignados como servidores, jenízaros, guardias o porteros, según el valor y la gracia que hubieran sabido ganar. Una disciplina severa regulaba incluso el sueño: cada uno dormía en su escañón de tal manera que no tocara al que tenía al lado, y los eunucos que los custodiaban dormían en medio de la sala, vigilando incluso en la oscuridad. Era un sistema diseñado para producir lealtad absoluta mediante la gratitud y la dependencia: aquellos jóvenes

¹ El aspro (conocido en turco como akçe) era la moneda común, en versión de oro y plata.

no debían nada a sus familias, a su tierra de origen, a ninguna fidelidad anterior. Solo al sultán.

En las grandes ocasiones —el Bayram, la fiesta equivalente a la Pascua cristiana—, el sultán vestía a sus pajes de seda o de paño, sin librea, y les entregaba gorros dorados, arcos y flechas. Era un gesto de generosidad calculada que tenía la función de un sacramento: la ropa y los objetos rituales sellarían la pertenencia a ese mundo cerrado. Quienes contemplaban desde fuera estas ceremonias describían el espectáculo con una mezcla de fascinación y perplejidad. No había en las cortes europeas nada comparable a ese sistema de formación total —intelectual, física y emocional— que producía servidores perfectos.

El Diván, el consejo del gran visir, era el otro corazón del poder. La sala donde se celebraban las audiencias se describía como sorprendentemente austera: el bajá sentado en su diván, los embajadores conducidos ante él en formación rigurosa que el protocolo otomano regía con una precisión que el visitante occidental encontraba admirable e intimidatoria a partes iguales. Cada gesto estaba reglamentado; cada silencio tenía un significado. Los jenízaros mantenían la disciplina con sus bastones, y su mera presencia bastaba para recordar a todos los presentes que la justicia del Imperio era veloz y segura. Quien presenciaba una de estas audiencias regresaba con la impresión de haber visto funcionar una maquinaria perfecta, sin fricción, sin la improvisación ruidosa de las cortes occidentales.

Los jenízaros eran, en ese sentido, la encarnación visible del poder otomano. Esa élite militar, compuesta por hombres que habían llegado al servicio del sultán a través del devshirme —la leva de jóvenes cristianos convertidos al islam y entrenados para la guerra—, patrullaba las calles de Constantinopla. No eran mer-

cenarios ni soldados de fortuna; eran la creación deliberada del Imperio, hombres sin otro horizonte que el servicio. En las calles de la ciudad, su presencia era tan constante como la de los minaretes: un recordatorio de que la paz de Constantinopla descansaba sobre una fuerza que en cualquier momento podía convertirse en violencia.

Y esa violencia, cuando se desplegaba, lo hacía con una eficiencia que helaba la sangre al observador europeo. En la gran plaza central de la ciudad, donde tres torres presidían el espacio —dos destinadas a prisioneros comunes, una tercera para señores y nobles caídos en desgracia—, las horcas se alzaban con regularidad. Raramente pasaba un día sin que se ejecutaran varias personas: una ahorcada, otra empalada, otra decapitada o descuartizada. La justicia del sultán era implacable. Nadie podía matar a otro bajo pena de vida y bienes; quien desenvainaba una espada con intención de herir —aunque no lo lograra— perdía la mano derecha, sin excepción aunque fuera hijo del propio emperador. El miedo y la fascinación coexistían en las descripciones de Topkapi como dos caras de la misma moneda. El viajero europeo salía de aquellas audiencias con la convicción de haber tocado algo radicalmente diferente a lo que conocía: un poder que no necesitaba escenografía, que se daba por supuesto.

Cuando el sultán salía del serrallo para una cacería o para algún desplazamiento por la ciudad, la magnitud del cortejo subrayaba esa distancia entre el poder y el resto del mundo. Junto a él marchaba el jefe de los tesoreros, portando grandes sumas de dinero destinadas a las donaciones que el señor dispensaba durante el trayecto. Los seis pajes de cámara lo acompañaban en funciones precisas: uno llevaba las alabardas, otro el arco y las flechas, otro la vestimenta de repuesto, otro la vasija de agua,

otro la silla, y el sexto ejercía como jefe de cámara. Era una procesión que parecía un ballet de estado, y el silencio reverencial de las calles por las que pasaba confirmaba que Constantinopla sabía perfectamente cuándo debía callar.

Caleidoscopio humano de las calles

Si el serrallo era el corazón cerrado de Constantinopla, sus calles eran su piel viva: rugosa, multiforme, imposible de aprehender de un solo golpe. Quien se aventuraba fuera del barrio de los francos en Pera y cruzaba el Cuerno de Oro para adentrarse en Estambul descubría un hervidero humano sin equivalente en la Europa de su tiempo. Las ciudades occidentales del siglo XVI eran, en comparación, conjuntos homogéneos: un idioma, una fe, un código de vestimenta, una jerarquía social más o menos legible. Constantinopla era todo lo contrario. Era una enciclopedia viviente de humanidad donde cada calle podía ser simultáneamente una sinagoga, una iglesia, un mercado y un tribunal.

La diversidad humana se hacía visible ante todo en la ropa. El Imperio otomano imponía a sus súbditos de diferentes religiones y etnias una codificación cromática precisa, que convertía cada esquina en un mapa social legible a simple vista. Los turcos llevaban turbantes blancos. Los judíos —en su mayoría sefardíes llegados de España tras la expulsión de 1492, que habían enseñado a los otomanos los oficios artesanales y controlaban ahora buena parte del comercio de la ciudad— portaban tocados amarillos. Los armenios vestían de violeta. Los griegos ortodoxos, de negro. Los francos —nombre que designaba genéricamente a los europeos latinos— aparecían con sus ropas occidentales, que en el contexto

de la ciudad resultaban casi extravagantes, como disfraces de una compañía de teatro extranjera.

Las mujeres presentaban una variedad igualmente rica, aunque más regulada por la vigilancia social. Las mujeres turcas se desplazaban por las calles envueltas en velos y capas largas que ocultaban cualquier detalle de su figura, caminando a menudo con las manos dentro de los bolsillos, en una modestia que el observador cristiano traducía como desaparición. Sus rostros podían cubrirse con una red negra y transparente que les permitía ver sin ser vistas; o no verse cubiertos en absoluto, dependiendo del barrio y de la hora. Las mujeres griegas aparecían más descubiertas, con joyas y adornos. En los cementerios turcos, las lápidas talladas en forma de turbante señalaban el sepulcro de un hombre; las talladas en forma de velo, el de una mujer: incluso la muerte respetaba la codificación social.

Había en Constantinopla un número difícil de calcular de judíos. Se hablaba de treinta y seis mil solo en los barrios que les estaban reservados, donde las calles largas y estrechas albergaban una comunidad densa y activa que pagaba tres ducados al año de tributo al sultán y a cambio vivía con una autonomía relativa. Eran ellos quienes habían introducido la imprenta en el Imperio, quienes manejaban los instrumentos financieros más sofisticados, quienes actuaban de intermediarios entre mundos que no siempre hablaban el mismo idioma. La mayor parte de las tiendas del Gran Bazar estaba en sus manos. Sin ellos, el engranaje comercial de la ciudad habría crujió.

Los griegos ortodoxos formaban otro estrato denso e irremplazable. Mantenían sus iglesias abiertas bajo la supervisión del Patriarcado, que el sultán toleraba. Los armenios gestionaban redes de comercio que se extendían desde el Levante hasta el Cáu-

caso. Los dragomanes —intérpretes multilingües, a menudo conversos al islam que dominaban el turco, el árabe, el griego, el italiano y el francés— actuaban como puentes imprescindibles entre el poder otomano y los embajadores europeos que residían en Pera.

En ese contexto, la tolerancia religiosa del Imperio no era un principio filosófico sino un sistema de gestión. Quien pagaba el tributo podía practicar su fe. Quien no perturbaba el orden podía vivir. Católicos, ortodoxos y herejes —luteranos, calvinistas, que en sus propios países de origen eran perseguidos— convivían bajo la media luna con una libertad que en Europa resultaría impensable. Los monjes franciscanos que aún residían en los dos conventos que subsistían dentro de la ciudad —pagando su propio tributo al sultán— celebraban misa y sacramentos sin campanas, en silencio, predicando abiertamente pero con la discreción que el sistema exigía. Era una presencia casi fantasmal del antiguo mundo cristiano, subsistiendo en los márgenes de un Imperio.

Los animales formaban parte también de la vida cotidiana de las calles con una naturalidad que sorprendía al forastero. En algunas de las antiguas iglesias convertidas y no consagradas aún como mezquitas, los turcos albergaban las colecciones de animales exóticos que el sultán acumulaba como testimonio de la amplitud del mundo sometido a su poder: leones, elefantes, gacelas de las que se extrae el almizcle, gatos salvajes, ratas, ratones y erizos. Cada animal tenía su propio guardián, y él y su bestia recibían su asignación diaria del tesoro imperial.

En los meses benignos, cuando la brisa del Bósforo refrescaba las tardes y el sol primaveral iluminaba las cúpulas sin quemar, las calles se llenaban hasta los bordes. Los niños corrían entre los puestos de los vendedores; los viejos se sentaban en las fuentes

públicas, con sus vasos de hierro encadenados, y bebían el agua que los acueductos traían desde seis leguas de distancia. Los cementerios, ajardinados y poblados de cipreses, eran espacios de contemplación tranquila donde la muerte convivía con la vida de manera que el viajero cristiano encontraba extraña. Constantinopla entrelazaba lo sagrado, lo cotidiano y lo violento.

El mercado del mundo

Constantinopla ocupaba el nudo de una red comercial que se extendía desde los puertos del Mar Negro, por donde llegaba el grano de Ucrania y las pieles de Rusia, hasta las costas del Mediterráneo Oriental, punto de convergencia de las rutas de las especias que venían de Oriente. El Cuerno de Oro era el lugar donde esas corrientes se cruzaban, donde las mercancías cambiaban de manos y de idioma, y donde la economía de medio mundo se traducía en el lenguaje universal del precio.

El Bedestán —el Gran Bazar— era el corazón de ese universo comercial. Era un laberinto deliberado, una ciudad dentro de la ciudad: calles cubiertas, tiendas a ambos lados, mercancías apiladas que solo el comerciante habitual podía descifrar. Sus escaleras de mármol, sus bóvedas de piedra, sus cerraduras metálicas que sellaban cada noche los puestos más valiosos —todo en él hablaba de permanencia, de una lógica comercial que llevaba siglos funcionando.

El testigo que recorría sus galerías encontraba sedas de colores imposibles, alfombras con diseños geométricos, armas damasquinadas —espadas y puñales con incrustaciones de oro y plata cuya belleza hacía olvidar su función—, toallas bordadas en

hilo de oro, tejidos de paño y lino, plata labrada, porcelanas venidas desde lejos. El Atbazar, el mercado de los caballos, aportaba otro elemento al cuadro: animales de una calidad que los criadores europeos admiraban sin poder igualar, destinados a los establos de los bajás o a los ejércitos del sultán. Y en otros mercados especializados, la transacción más oscura del Imperio se realizaba también con una eficiencia que helaría la sangre al observador moderno: el mercado de esclavos, donde hombres y mujeres —en su mayoría cristianos capturados en las guerras o en las razias de los corsarios— eran examinados como mercancía, con los velos alzados para inspeccionar la dentadura y la complexión, y subastados al mejor postor. Era una parte integral de la economía de la ciudad, tratada con la misma naturalidad contable que el comercio de especias o el de tejidos.

La atmósfera sensorial del Bazar era, por sí sola, una experiencia que los cronistas intentaban transcribir sin éxito pleno. El olor era lo primero: una amalgama densa de pimienta, canela, nuez moscada, azafrán y clavo llegados de los puertos del Levante, mezclada con el aroma del cuero de los talabartes, la madera de cedro de los cofres, el aceite de las lámparas y, en las calles exteriores, el cordero asado en los puestos de comida y el pan de sésamo que los vendedores pregonaban desde el amanecer. El olor del mar llegaba también, llevado por la brisa del Cuerno de Oro, y se superponía a todo lo demás como un recordatorio de que aquella ciudad era, ante todo, un puerto.

En ese contexto olfativo emergió durante el siglo XVI un aroma nuevo que cambiaría para siempre la vida social de la ciudad y, con el tiempo, del mundo entero: el café. Las casas de café —los kahvehane— habían proliferado por Constantinopla desde mediados del siglo, convirtiéndose en espacios de socialización mascu-

lina que no tenían equivalente en la Europa de la época. Un lugar donde sentarse durante horas con una pequeña taza de esa bebida oscura y amarga, hablar, jugar al ajedrez, escuchar música o simplemente observar el paso del tiempo sin necesidad de consumir más que lo mínimo. El aroma del café se mezclaba con el del tabaco —otra novedad que empezaba a extenderse— y con el humo de las pipas de agua, creando una atmósfera densa y acogedora que los viajeros europeos describían con una mezcla de curiosidad e incompreensión. ¿Qué era exactamente ese líquido negro que los turcos bebían con tal devoción? ¿Un medicamento? ¿Una bebida ritual?

Los comerciantes turcos negociaban con una discreción ritual, sentados en sus tiendas sin vocear la mercancía, sin gesticular, sin la teatralidad que en Occidente formaba parte del comercio como el aceite de la máquina. El regateo, cuando existía, era un asunto de susurros y gestos. Este silencio del comercio otomano chocaba con la vitalidad visual del Bazar —los colores, las texturas, la multitud— creando una sinfonía donde el elemento auditivo era casi completamente la voz del almuédano que desde los minaretes cercanos interrumpía el pulso material de la ciudad cinco veces al día para recordar la primacía de lo sagrado. En esos momentos, el comercio se detenía. Los vendedores abandonaban sus puestos si era la hora de la oración; los compradores esperaban.

El agua era, en ese universo sensorial, un elemento que merecía un capítulo propio. Para el viajero europeo del siglo XVI, acostumbrado a las dificultades crónicas que padecían incluso las grandes ciudades occidentales para garantizar agua potable a sus habitantes, la infraestructura hidráulica de Constantinopla era un prodigio que evocaba directamente la grandeza de Roma. El agua

era conducida desde seis leguas de distancia, serpenteando por valles y montañas a través de canales elevados sobre arcos de piedra —muchos de ellos restauraciones o ampliaciones de obras bizantinas realizadas bajo el mandato de Solimán el Magnífico y su arquitecto Sinan— con una precisión de ingeniería que permitía que un hombre caminara erguido dentro del canal para limpiarlo. En cada esquina de la ciudad, una fuente con vasos de hierro encadenados ofrecía agua fresca a cualquier transeúnte. En los caravasares, esa agua se acompañaba de espejos para que los viajeros pudieran asearse antes de continuar su camino. Era un gesto de hospitalidad que el testigo de la época interpretaba como expresión de la piedad islámica: el agua dada gratuitamente al extranjero era una obra de misericordia que el Imperio institucionalizaba con la misma eficiencia con que organizaba sus ejércitos.

Los hammams —los baños turcos— completaban ese sistema de higiene pública que superaba con creces los estándares de la Europa contemporánea. Herederos de las termas romanas pero adaptados a las necesidades de purificación ritual del islam, los baños eran lugares de encuentro social donde las barreras de clase y de raza se atenuaban, momentáneamente, bajo el vapor. Las mujeres tenían sus propias horas y sus propios espacios; los hombres, los suyos.

Santa Sofía, palimpsesto

Sobre la colina que dominaba el corazón de la ciudad, Santa Sofía permanecía. Construida por el emperador Justiniano en el siglo VI como la iglesia más grande de la cristiandad, convertida en mezquita por el sultán Mehmed II en el momento de la conquista

de 1453, era la presencia más poderosa y más enigmática de Constantinopla. No porque estuviera especialmente bien conservada —algunas partes de su nave interior habían sido acondicionadas para albergar los animales exóticos del sultán: leones, tigres, un mono de tamaño descomunal, una vaca de cinco patas que los guardias mostraban a los visitantes con orgullo de coleccionistas—, sino porque su mera existencia resumía el carácter entero de la ciudad.

La cúpula era lo que todos nombraban primero. De una grandeza y una altura desmesuradas —el testigo de la época dudaba de cómo las palabras podían hacer justicia a una estructura que parecía flotar sobre el espacio interior con una ingravidez que desafiaba su propio peso material—, era sostenida por columnas de mármol y de pórfido que habían sido traídas de los templos y los teatros del mundo antiguo. Arriba, abajo y a los lados, la iglesia era toda de mármol, adornada con mosaicos de oro y cuadros de los santos que los conquistadores otomanos habían cubierto o destruido, puesto que el islam no permite imágenes en los lugares de culto. Las quinientas lámparas que el antiguo sultán había donado a la mezquita se encendían cada día, transformando el interior en un espacio de luz ambarina que el visitante cristiano contemplaba con la mezcla de admiración y duelo de quien ve su herencia habitar en un cuerpo ajeno. Cuatrocientas cincuenta puertas, muchas de ellas de metal fundido, cerraban y abrían ese mundo interior a los ritmos de la oración.

La transformación de Santa Sofía no era un caso aislado. Por toda la ciudad se repetía la misma operación: iglesias convertidas en mezquitas, iglesias convertidas en establos o en depósitos de animales, iglesias convertidas en simples ruinas que nadie se molestaba en derribar porque el tiempo haría ese trabajo solo. Para

el humanista del Renacimiento, esas ruinas eran algo más que escombros: eran pruebas de la continuidad histórica de la ciudad, de su naturaleza de palimpsesto donde cada época escribía sobre la anterior sin borrar del todo lo que había debajo. Los restos del hipódromo —con su columna de Teodosio, su columna de bronce en forma de serpiente de tres cabezas, su obelisco de Hermógenes sobre cuatro bolas de mármol— eran leídos como capas de tiempo sedimentadas, como páginas de un libro que ninguna conquista había podido cerrar.

La inscripción latina de la pirámide del Hipódromo —que proclamaba que todo cedía ante Teodosio y ante su descendencia perpetua— era citada con cuidado por quienes la copiaban en sus cuadernos de viaje, conscientes de la ironía que contenía. Teodosio había cedido ante Constantino, Constantino ante Justiniano, Justiniano ante la conquista otomana. Y sin embargo la inscripción permanecía, legible para cualquiera que supiera latín.

Frente a esta estratigrafía de ruinas, las mezquitas de Solimán el Magnífico y de su hijo Selim representaban el presente vivo del poder islámico, y lo representaban con una seguridad que no necesitaba contrastar con el pasado porque lo absorbía. La Süleymaniye, diseñada por Mimar Sinan —el arquitecto imperial que había redefinido la silueta de la ciudad con una ambición comparable solo a la de Justiniano—, no era simplemente un templo: era un complejo social que incluía escuelas, hospitales, cocinas públicas y una biblioteca. Los imarets que la flanqueaban ofrecían comida gratuita a cualquier persona de cualquier nación y fe durante tres días: miel, arroz, carne, pan, agua y un lugar donde dormir. Se contaba que cada día pasaban por esas cocinas más de mil huéspedes de distintas procedencias. Era la hosi-

talidad como arquitectura del poder; la generosidad como declaración política.

La luz que inundaba el interior de las mezquitas era otro prodigio que los visitantes intentaban describir. Sinan había comprendido que la cúpula de Santa Sofía podía ser mejorada no en tamaño sino en relación con la luz: sus ventanas, dispuestas en los tambores y en las paredes laterales con una precisión que parecía calculada para capturar cada ángulo del sol mediterráneo, creaban una atmósfera de claridad que contrastaba con la penumbra dramática de las catedrales góticas europeas. Quien entraba en la Süleymaniye desde el calor polvoriento de las calles otomanas experimentaba algo parecido a lo que los místicos llaman iluminación: un espacio donde el mundo exterior quedaba súbitamente suspendido y el tiempo parecía detenerse.

Al otro extremo de la experiencia religiosa, aunque igualmente integrado en la vida de la ciudad, estaba el barrio de Pera, donde la noche tenía sus propias reglas. Las iglesias católicas que seguían abiertas —franciscanas, genovesas— convivían con las tabernas donde el vino corría libremente, pese a la prohibición islámica: un paréntesis de Occidente dentro del Imperio, con sus costumbres, su idioma, su tiempo. Por las noches, los marineros, los mercaderes, los dragomanes y los embajadores se mezclaban con una camaradería que la ciudad de día no permitía.

En los barrios turcos, los derviches giradores celebraban sus ceremonias: instrumentos de cuerda y de viento que acompañaban el giro interminable de los danzarines en una meditación que a los ojos occidentales parecía trance pero que para sus practicantes era el camino más directo hacia Dios. En los caravasares, los músicos ambulantes tocaban para los mercaderes que cenaban. En el Cuerno de Oro, los remeros cantaban para mantener el

ritmo al cruzar el puerto en la oscuridad, y sus canciones —en turco, en griego, en algún dialecto inidentificable— se mezclaban con el chirrido de los remos y el rumor del agua. Quien lo cruzaba no salía ya el mismo de la experiencia.

Los hombres que escribieron las crónicas reunidas en esta antología lo comprendieron. Llegaron a Constantinopla con sus categorías europeas intactas y regresaron con algo que no era exactamente conocimiento —el conocimiento implica distancia, clasificación, archivo: la sensación de haber asistido a un modo de organizar el mundo que era radicalmente diferente del suyo y que, sin embargo, funcionaba. Las páginas que siguen son sus voces. Voces formadas en el latín y el italiano, en el francés y el alemán, pero volcadas hacia ese Oriente que las convocaba con una fuerza que ningún viajero sensato podía resistir.

Los Viajeros

Bertrandon de la Broquiere

Bertrandon de la Broquière, primer escudero del duque Felipe el Bueno de Borgoña, realizó su viaje entre 1432 y 1433. Estuvo motivado por una misión de observación militar y política en un momento en que el Imperio Bizantino agonizaba reducido casi exclusivamente a su capital. La inquietud ante el avance otomano en los Balcanes obligó al duque a buscar ojos fidedignos que pudieran diseccionar la realidad de Oriente. Buscaba el análisis de un hombre de su confianza íntima. Fue así como eligió a su consejero, para lo que los registros oficiales de la época denominaron como un *voyaige secret*, y su informe final se convertiría en la piedra angular sobre la que el ducado intentaría cimentar su liderazgo en la defensa de la Cristiandad.

La razón de esta apertura en este capítulo no es cronológica. El viaje se produce veintiún años antes de la caída de Constantinopla, y su relato ofrece algo que ninguno de los viajeros del siglo XVI puede ya ofrecer: la mirada sobre una ciudad que todavía es cristiana y bizantina. No el recuerdo de lo que fue, sino el testimonio directo de lo que agoniza.

En el tercer decenio del siglo XV, el Imperio Bizantino era ya casi una ficción geopolítica. Reducido a su capital y a unos pocos enclaves dispersos, el estado que había sido durante mil años la continuación viva de Roma sobrevivía bajo la sombra del sultán Murad II como un edificio magnífico al que el tiempo y la presión

han vaciado por dentro. Las cortes europeas lo sabían, o lo intuían, pero carecían de información precisa. Borgoña soñaba con encabezar una nueva cruzada y necesitaba calibrar con exactitud las posibilidades reales de semejante empresa, y Bertrandon fue su hombre. No quería crónicas de maravillas ni relatos de milagros: quería datos.

El resultado de esa misión fue el *Voyage d'Outremer*, un documento de inteligencia militar y política que se ha convertido en uno de los testimonios más lúcidos sobre el ocaso del mundo bizantino. Lo que hace extraordinario el texto no es la acumulación de informaciones —otros viajeros de la época también tomaron notas—, sino la frialdad del estratega convive en sus páginas con la curiosidad del caballero, y el prejuicio religioso del cristiano medieval se ve constantemente corregido por la honestidad del observador profesional.

Cuando Bertrandon entra en Constantinopla desde Pera —el bullicioso asentamiento genovés al otro lado del Cuerno de Oro—, lo primero que registra no es la emoción del encuentro con la legendaria capital del orbe cristiano, sino sus dimensiones y su estado. La ciudad le impresiona por su escala física: describe su contorno de dieciocho millas, su forma triangular que recuerda a un escudo de tres puntas, la posición estratégica del promontorio sobre el estrecho. Pero lo que verdaderamente capta su atención, es la distancia entre lo que la ciudad fue y lo que es. Ya no es una metrópolis: es un archipiélago de pequeñas comunidades dispersas dentro de un perímetro amurallado de proporciones descomunales.

Los grandes espacios vacíos que antaño albergaron barrios densamente poblados son ahora terrenos baldíos, huertas, cam-

pos cultivados. La ciudad se ha retirado hacia sí misma. Una ciudad que lleva décadas muriendo en silencio, vaciada por las epidemias, los asedios y la emigración de quienes pudieron marcharse a tiempo. Al documentar el despoblamiento y las carencias en el mantenimiento de las defensas, está transmitiendo a su señor un mensaje inequívoco: el muro de la Cristiandad está exangüe, y Constantinopla, por sí sola, no puede resistir el embate otomano sin una intervención externa masiva. Cada detalle urbano que consigna —el foso bien limpio, la muralla exterior, los altos muros principales— adquiere en este contexto el peso de un diagnóstico clínico. Las defensas físicas son sólidas. La debilidad es otra, y es más profunda.

Hay, sin embargo, momentos en que el gesto del estratega cede el paso. Santa Sofía le provoca gran impresión y la describe con detalle: su planta circular, sus puertas de bronce, los tres pisos del cuerpo de la iglesia, los grandes mármoles blancos del pavimento. Observa que ya no es tan amplia como en la antigüedad, pero su magnitud le detiene lo suficiente como para salir del tono informativo. En el interior, asiste a una representación dramática de la historia de los tres jóvenes en el horno de Nabucodonosor, una mezcla de liturgia y teatro.

Es también en Santa Sofía donde tiene el encuentro que se convertirá en uno de los pasajes más célebres de su crónica: la observación de la familia imperial durante un servicio religioso. Su descripción del emperador Juan VIII Paléologo es breve y respetuosa, pero es la emperatriz María de Trebisonda quien captura su atención. La escena entera —el patriarca oficiando, la familia imperial en sus galas, el viajero esperando pacientemente todo el día para ver pasar a la emperatriz— tiene algo de cuadro

flamenco: la luz oblicua, los detalles precisos, la vida que se filtra entre los pliegues de la ceremonia.

Pero Bertrandon no ha viajado desde Borgoña para admirar emperatrices. Y cuando aparta la vista de las ceremonias para examinar la realidad política, el cuadro que traza no deja lugar a interpretaciones amables. El Emperador, anota, vive en «gran sujeción» respecto al Gran Turco. Paga un tributo anual de diez mil ducados. No puede dar asilo a un esclavo cristiano fugado de una casa turca sin riesgo de represalias. Un predecesor suyo —probablemente Juan V— fue obligado por el sultán a demoler dos palacios fuertes situados cerca de las murallas, bajo amenaza de muerte o de perder la ciudad.

Esta última anécdota concentra toda la tragedia del Imperio tardío. No es la conquista militar lo que ha sometido a Constantinopla: es algo más sutil y más definitivo. La soberanía se ha erosionado no en un campo de batalla sino en una serie interminable de concesiones, amenazas asumidas, humillaciones aceptadas como precio de la supervivencia. El emperador puede aún celebrar sus ritos milenarios, puede vestir sus galas de oro y plumas, puede presidir sus torneos a caballo con el ceremonial intacto; pero cuando el sultán lo ordena, los palacios se demuelen. Bertrandon lo ve con una claridad que no necesita comentario: la fortaleza física de las murallas es irrelevante cuando la voluntad de resistir ha sido ya doblegada.

El momento culminante del viaje de Bertrandon no se produce, sin embargo, en Constantinopla, sino en Adrianópolis. Es allí, en la corte de Murad II, donde el observador borgoñón comprende con plena nitidez lo que ha intuido a lo largo de todo su recorrido.

Allí presencia la recepción de los embajadores milaneses por parte del sultán, y lo que ve le revela la nueva geografía del poder en Oriente con mayor elocuencia que cualquier análisis diplomático: Italia, la Italia pragmática y calculadora de los grandes principados mercantiles, ya está negociando directamente con el poder otomano, reconociendo en el sultán al árbitro de los Balcanes.

Observa a continuación el ejército turco, su organización, su disciplina, y describe a los jenízaros con la admiración contenida de un profesional que reconoce la excelencia en el oficio que comparte: su disciplina, la sobriedad de su vida militar, la eficiencia de su logística. No ve bárbaros: ve un ejército profesional y altamente organizado que supera en muchos aspectos a las fuerzas feudales de Europa. El sultán no es un jefe de tribu; es un monarca con recursos inmensos y una capacidad de movilidad estratégica que pone en jaque a toda la Cristiandad. La cruzada que el duque Felipe el Bueno sueña no puede basarse en la esperanza de que el enemigo sea débil o desorganizado. El informe de Bertrandon cierra esa puerta con firmeza: quien quiera combatir al poder otomano debe saber primero a qué se enfrenta.

La Constantinopla que Bertrandon deja atrás cuando parte hacia Adrianópolis es una ciudad crepuscular en el sentido más preciso del término: no está en la oscuridad, pero la luz que emite es la del ocaso, esa luz oblicua y dorada que hace que las cosas parezcan más hermosas de lo que son. Veinte años después de su visita, en 1453, Constantino XI morirá en los muros de la ciudad que Bertrandon describió. La estatua ecuestre de Justiniano será fundida por los conquistadores otomanos y Santa Sofía se convertirá en mezquita.

Le voyage d'outremer (1432) ²

Para inducir y atraer los corazones de los hombres nobles que desean ver el mundo, por mandato y orden del muy noble, poderoso y mi muy reverenciado señor, Felipe, por la gracia de Dios, duque de Borgoña³ [...] yo, Bertrandon de La Broquiere, nativo del ducado de Guyena,⁴ señor del Viel-Chastel, consejero y primer escudero principal de mi muy temido señor, de manera que pueda recordarlo y cómo lo había puesto de manera elemental en un pequeño librito como memoria, he hecho que se escriba este breve viaje que he realizado. [...]

Venecia es una ciudad muy buena, antigua, hermosa y comercial, rodeada por el mar, que atraviesa la ciudad en varios lugares, algunos son islas, y solo se puede ir de una a otra en barco. [...] Desde Venecia cabalgué hasta Padua, que es una ciudad hermosa y grande perteneciente a los venecianos. Y desde allí, regresé a la ciudad de Venecia, y para completar mi peregrinaje, partí de Venecia el 8 de mayo [1432] y subí a una galera con varios peregrinos, y en otra subieron los demás. Las dos galeras, nos dirigimos juntas a una ciudad que pertenece a los venecianos

² *Le voyage d'Outremer de Bertrandon de La Broquière, premier écuyer tranchant et conseiller de Philippe le Bon, duc de Bourgogne*, ed. Charles-Henri-Auguste Schefer, Paris, 1892.

³ Felipe III, duque de Borgoña, llamado *Philippe le Bon* (1396-1467).

⁴ El ducado de Guyena se situaba en el suroeste de Francia, y correspondía a la antigua provincia romana *Aquitania Secunda* y al arzobispado de Burdeos; tuvo fronteras cambiantes a lo largo de la historia.

y se llama Poreč [Parenzo], y de allí a otra llamada Pula, que a mi parecer en el pasado fue una ciudad muy bella y buena, donde hay un hermoso puerto. Y desde allí, nos dirigimos a una ciudad llamada Zadar [Jarre] rodeada por tres partes del mar y tiene un puerto muy hermoso que se cierra con una cadena de hierro. Desde allí, continuamos entre las islas hasta llegar a una ciudad de Eslavonia llamada Šibenik, que pertenece a los venecianos.

Exploramos entre las islas hasta llegar a la de Corfú, donde hay una ciudad bastante buena llamada Corfú, que tiene un puerto muy hermoso y dos hermosos castillos, todo perteneciente a los venecianos. Desde allí, llegamos al país de Morea⁵ a una ciudad veneciana llamada Modona, que es buena y hermosa, con un puerto muy hermoso. Luego, llegamos a la isla de Creta, que es una isla muy buena y muy fértil en bienes. [...] Los habitantes de esta ciudad son buenos marineros y tienen un pequeño puerto cerrado.

Desde allí, nos dirigimos a Rodas en una de las galeras, mientras que la otra se fue a Chipre. Descendí solo en Rodas para ver la ciudad y no tuve tiempo de ir a ver el castillo porque nuestra galera partió de inmediato. Desde Rodas, nos dirigimos a Chipre, a una ciudad en ruinas llamada Pafos, donde hay un puerto que no es ni hermoso ni profundo para barcos grandes. Luego, llegamos a Tierra Santa, a un puerto llamado Haifa; es una colina donde solía haber una ciudad cristiana, aparentemente muy fuerte, pero está completamente destruida y no hay ninguna habitación, solo cuevas donde los peregrinos se refugian del sol. Aquí comienzan las peregrinaciones a Tierra Santa.

⁵ Nombre medieval de una península de la parte sur del Peloponeso.

[Bertrardon visita Jerusalén, Belén, Gaza, Acre, Damasco, Beirut, Meca, Baalbek y otras ciudades del Oriente Medio y se dirige a Constantinopla]

El segundo día después de mi llegada a Pera, crucé el puerto, que no es ancho, pero sí muy profundo, para ir a ver la ciudad de Constantinopla. Y allí había mercaderes venecianos, genoveses y catalanes, entre los que había un catalán que me había visto otras veces en Brujas y al que llamaban Bernardo Carmer, que me reconoció por mi habla y me dio muy buena acogida y gran recibimiento. Y me rogó que quisiera salir de dicha ciudad de Pera para ir a alojarme en su morada en Constantinopla y visitar dicha ciudad con calma. Y así lo hice. Ambos nos preparamos para cruzar dicho puerto en la primera marejada y venir a Constantinopla, que antiguamente era llamada Bizancio la Grande.

Constantinopla es una ciudad muy grande y espaciosa, hecha como un escudo de tres puntas: una está sobre el estrecho que llamamos el brazo de San Jorge. Y tiene, de uno de sus lados hacia el mediodía, una ensenada bastante ancha que dura desde allí hasta Galípoli, y del otro, hacia el norte, está el puerto. Y se dice que hay tres grandes ciudades y que en cada una hay muchas montañas. Estas son Roma, Constantinopla y Antioquía. Por lo que a mí respecta, me parece que Roma es más grande y más redonda que Constantinopla. Y en cuanto a Antioquía, solo la vi de paso y no pude saber cuánto abarca, salvo que las montañas son más grandes que las de Roma y Constantinopla.

También se dice que esta ciudad tiene dieciocho millas de perímetro en sus tres cuadrantes. Y el otro tercio está sobre la tierra hacia el poniente. Y está muy bien fortificada con bastante buenas murallas alrededor, y especialmente por la parte que da a

tierra; primero de una esquina a la otra, que son siete millas, como se ha dicho, tiene un foso todo limpio, excepto en uno de los extremos hacia Pera, aproximadamente a mil pasos del palacio que llaman la Blanquerna, porque allí los propios fosos son bastante profundos debido a una colina que está enfrente. Y se me dijo que antiguamente intentaron tomarla por ese lugar. Y después de esos fosos, unos dieciséis o veinte pies más allá, hay una buena muralla y alta. Y luego están los altos muros de la ciudad, que por este lado son bellos y buenos y fuertes. Y solía haber en los dos extremos dos bellos palacios fuertes, como todavía se puede apreciar por las murallas y edificios que hay. Y se me dijo que un emperador mandó derribarlos porque se encontró en peligro y prisionero del Gran Turco, que quiso obligarle a entregar la ciudad de Constantinopla o a morir. Dicho emperador respondió que prefería morir antes que hacer tan gran daño a la Cristiandad y que su muerte no sería tan perjudicial como lo sería la pérdida de Constantinopla, y así escogió la muerte. Y cuando el Turco vio esto, le hizo decir que derribara los dos palacios y la plaza que está delante de Santa Sofía y él le liberaría, pensando que con dichos palacios derribados conquistaría la ciudad. El emperador lo concedió y así lo hizo hacer como le convenía.

Dentro de dicha ciudad hay un pequeño puerto para albergar dos o tres galeras del lado del sur, bastante cerca de una puerta donde hay un montículo de huesos de los cristianos que partieron de Jerusalén y de la tierra de promisión y de Acre después de Godofredo de Bouillón, cristianos que eran en gran número y vinieron por el estrecho de Constantinopla, y los griegos los hicieron pasar, y a medida que los iban guiando a aquel lugar que está bastante adelantado en la ciudad, fuera de la vista de los otros, los mataban a todos. Y los hubieran matado a todos, si no hubiera

sido por un paje que regresó junto a los demás y les dijo verdaderamente que todos los que habían pasado estaban muertos. Y así, los que quedaron se fueron alrededor del Mar Negro en muy gran número. Y se dice que esos son los que ahora llaman Circasianos, Zygos, Godos, Ávaros y Míngrelianos. Y todas estas gentes son grandes cristianos que habitan alrededor del Mar Negro. Yo solo sé de oídas, porque ha pasado mucho tiempo desde entonces.

Así como las grandes carracas pueden llegar frente a Pera, también llegan a Constantinopla. Y esta ciudad está hecha por aldeas y hay muchas más partes vacías que llenas. Hay muy bellas iglesias, a saber: la iglesia de Santa Sofía, que es la principal donde reside el patriarca y otras gentes como canónigos, que está bastante cerca de la punta, hacia el levante y es una gran iglesia hecha en forma redonda. Y se dice que antiguamente solía tener tres mil de perímetro. Pero ahora no es tan amplia; y estaba hecha de claustros; de los que aún quedan tres, y están pavimentados con anchos mármoles, blancos y de entablado. Y hay puertas de bronce altas y anchas. Y luego está el cuerpo de la iglesia de tres pisos, todos de una misma forma. Uno está bajo tierra, otro sobre la tierra y el tercero es alto. Y se recorre todo alrededor así como en forma de claustro, y está todo entablado y pavimentado de ancho mármol. Y los pilares son gruesos y de varios colores. Y se dice que en esta iglesia está una de las vestiduras de Nuestro Señor y el hierro de la lanza y la esponja con la que fue abrevado y el romero marino. Pero vi allí detrás del coro las grandes bandas de hierro de la parrilla sobre la que San Lorenzo fue asado. Y vi allí una piedra grande como un lavadero donde se dice que Abraham dio de comer a los tres ángeles que iban a destruir Sodoma y Gomorra. Vi un día al patriarca hacer el servicio a

su manera, al que asistían el emperador, su madre, su mujer, que era una dama muy hermosa, hija del emperador de Trebisonda, y su hermano, que era déspota de Morea.

Esperé todo el día para ver su manera de hacer, y representaron un misterio de los tres niños que Nabucodonosor mandó poner en el horno. Y estuve todo el día sin beber ni comer hasta bien tarde en la noche, para ver a la emperatriz, que había comido en una posada cerca de allí porque me había parecido tan bella en la iglesia, para verla fuera, y la manera cómo cabalgaba; y no llevaba con ella más que dos damas solamente y dos o tres hombres ancianos de rango, y tres de esos hombres que los turcos usan para guardar a sus mujeres. Y cuando salió de la posada, trajeron un banco en el que montó y luego le trajeron un muy hermoso rocín ensillado con una bella y rica silla. Yendo cerca de dicho banco, uno de esos hombres ancianos notables tomó un largo manto que ella llevaba y se fue al otro lado del caballo y extendió dicho manto con sus manos lo más alto que pudo. Ella puso el pie en el estribo, y así como un hombre, montó a caballo y luego le echó el manto sobre los hombros y le dio uno de esos largos sombreros puntiagudos a la griega, sobre cuya larga punta tenía tres plumas de oro que le sentaban muy bien. Me pareció tan bella o más que antes. Y me acerqué tanto que me dijeron que me apartara, y me parecía que no había nada que objetar, salvo que tenía el rostro pintado, lo que no era necesario, pues era joven y blanca. Y llevaba en sus orejas, colgado en cada una, un broche de oro ancho y plano donde había varias piedras y más rubíes que otras. Y asimismo, cuando la emperatriz montó a caballo, hicieron lo mismo las dos damas que estaban con ella, que también eran muy bellas y estaban vestidas con mantos y sombreros, y

luego se fue al palacio del emperador que llaman la Blanquerna, hacia tierra adentro.

Delante de esta iglesia de Santa Sofía hay una plaza muy hermosa, donde antiguamente solía haber un bonito lugar en forma de palacio cerrado con bellas murallas, según parece, donde solían hacer sus entretenimientos, como se me dijo. Y allí vi al hermano del emperador, déspota de Morea, con veinte o treinta caballos. Cada uno llevaba su arco y corría a lo largo de dicha plaza a caballo. Y tiraban sus sombreros delante y luego aquel que podía golpear más cerca corriendo por detrás, ese era el mejor hecho a su gusto. Esta es una de sus habilidades y la aprenden de los turcos. Y cerca se encuentra la iglesia de San Jorge, que es hermosa.

Y me parece que en este lugar el paso no es muy ancho. Y yendo del otro lado hacia el poniente, hay un pilar muy alto de piedras cuadradas donde hay letras escritas; es muy alto y encima está el emperador Constantino, de metal, sobre un gran caballo todo de fundición y tiene el cetro en la mano izquierda y el brazo derecho extendido y la mano abierta hacia Turquía y el camino de Jerusalén por tierra, en señal de que todo aquel país hasta Jerusalén solía ser obediente, y no hay punto en que de ninguna manera se pueda poner encima, vista la grandeza y el peso de lo que es. Y bastante cerca de dicho pilar hay una o dos otras cosa, como una piedra sobre la que solía haber tres caballos dorados que están ahora en Venecia.

Hay todavía una bella y gentil iglesia que se llama Pantheocrator donde hay religiosos que se llaman calogeros y son como nosotros diríamos monjes de la Observancia. En esta iglesia está la losa o piedra que Nicodemo había hecho para poner sobre su

monumento, sobre la piedra de diversos colores Jesucristo fue puesto cuando lo descendieron de la cruz y que Nuestra Señora lo puso sobre su regazo. Y es una cosa muy devota, según me parece, porque se ven todas las lágrimas que Nuestra Señora lloró, que caían sobre dicha piedra y no sobre el cuerpo de Jesucristo. Y verdaderamente, yo pensé al primer golpe de vista que eran gotas de cera y metí la mano para tocarlas y luego me agaché para ver contra la luz y me pareció que eran gotas de agua congeladas. Es una cosa que muchas personas han visto. Hay también en esta iglesia las sepulturas de santa Elena, madre de Constantino, y de Constantino, que están elevadas alrededor de un pie de alto, cada una sobre un pilar redondo a la manera de un diamante puntiagudo de mil caras.

Y en otro tiempo, según se dice, los venecianos tuvieron gran poder en Constantinopla; se llevaron el cuerpo entero de Santa Elena a Venecia. Y se dice que nunca pudieron abrir el de Constantino y es bastante verosímil, porque se ven dos grandes piedras que están rotas por donde no se quiso abrir. Están revestidas de dos sepulturas del color de jaspe sobre el bermellón como un ladrillo. Hay también otra iglesia que se llama San Apóstol, donde hay un tronco más alto que un hombre de la columna a la que Jesucristo fue atado para ser azotado en la casa de Pilatos, que es de la misma piedra que los otros dos troncos que vi, uno en Roma y el otro en Jerusalén; pero éste es más grande que los otros dos juntos. Y esta iglesia es también muy bella y hay cuerpos de santos griegos todos enteros, que se ven si se quiere. Están elevados en sarcófagos de madera y en uno de ellos se le ha cortado la cabeza y se le ha puesto la cabeza de otro santo en el lugar de la suya. Están todos enteros y hace mucho tiempo que están

allí, pero no los tienen en tal reverencia como nosotros hacemos con los cuerpos santos, porque no son de piedra santa.

Hay también otra iglesia que se llama la Blanquerna, cerca del palacio del emperador y de los muros del lado de la tierra, hacia Pera, donde están los fosos que yo dije que no son de hielo. Y me parece que esta iglesia, que no es tan grande, de cuanto ella contiene, es también bella o más que todas las otras, porque está pavimentada, pintada y embaldosada. Me parece que no hay nada que reprocharle sino que está un poco mal cubierta. Creo bien que hay otras iglesias donde yo no he estado. Hay una donde, en día de fiesta o en día señalado, se dice misa según la ordenanza de Roma, donde los mercaderes vienen todos los días al lugar del paso de Pera. Yo vi en esta ciudad varios mercaderes y varias naciones, pero los venecianos son los que tienen más autoridad.

Tienen allí un oficial que se llama bailo, que no tiene que responder de nada al emperador ni a sus oficiales, y no tienen ninguna jurisdicción sobre ellos; y han tenido esta franquicia desde hace mucho tiempo, según se dice. Y se me dijo que, de no ser por los dichos venecianos, Constantinopla habría sido tomada por los turcos dos veces: una vez que sus galeras iban a la Tana, adonde van todos los años, llegaron tan oportunamente delante de Constantinopla que los turcos asaltaban la ciudad y eran unos cien mil, según se dice. Hicieron bajar a los de dichas galeras y venir a defender la ciudad, que estaba en grandísimo peligro, según se dice. Y creo que Dios la ha guardado más por las santas reliquias que hay dentro que por otra cosa. Y de igual modo, mucho tiempo después, se dice que hubo otra vez un rescate de las galeras que regresaban de la Tana.

El emperador de Constantinopla está en gran sujeción del Gran Turco, porque se me dijo que le paga todos los años diez mil ducados de tributo solamente por el cuerpo de la ciudad de Constantinopla, para que no le pida nada más y no tiene otra cosa en toda Grecia sino esta pequeña ciudad que se llama Silivri y un castillo a media hora de Constantinopla hacia el norte. Y de igual manera que los venecianos tienen, por parte del Turco, en Constantinopla, un oficial para el asunto del comercio que los turcos hacen en Constantinopla; y los turcos no tienen que responder nada a la gente del emperador. Y si, por ventura, algún esclavo cristiano escapase de la casa de los turcos y viniese a Constantinopla, sería necesario que el emperador o su gente se lo devolvieran al Turco.

El mercader catalán en cuya casa yo estaba alojado dijo a uno de los hombres del emperador que yo estaba al servicio de monseñor el duque de Borgoña, y me hizo preguntar si era verdad que el duque de Borgoña había prendido a la Doncella, porque a los griegos les parecía que era una cosa imposible. Yo les dije la verdad tal como había ocurrido y quedaron muy maravillados.

Los mercaderes catalanes y otros me llevaron un día después de cenar al palacio del emperador para ver una solemnidad que se hacía así: celebrábamos el día de la Candelaria y festejábamos después de cenar. Y vi al emperador en su estado, sentado sobre un cojín al extremo de una sala. Y miraba desde arriba una cámara en alto y no vino a vernos a nosotros. Son los capellanes quienes llevan el oficio, extrañamente ataviados y cantando por coro, según su costumbre. Alrededor de una o dos horas después, me llevaron todavía a ver una fiesta que se hacía en casa de uno de los parientes del emperador que se casaba. [...]

Partí de la dicha ciudad de Constantinopla el 23 día de enero del año 1433 en compañía de un gentilhombre llamado señor Benedict de Fourlino, que iba en embajada por parte del duque de Milán hacia el Turco, según se dice. Y estaba en su compañía un gentilhombre que también era del duque de Milán y se llamaba Johan Visconte, y había sido embajador, porque era necesario llevar por Grecia todo lo que se necesitara por el camino.

Partí de Constantinopla hacia un paso sobre el mar llamado Rigory,⁶ antes un lugar fuerte, donde el mar entra a lo largo de un valle de unas veinte millas y allí hay un puente y una torre, pero los turcos lo han derribado, y hay que recorrer un largo camino y un pueblo griego, y aquellos que deseen llegar a Constantinopla por tierra deben pasar por ahí o por otro paso que está un poco más arriba en un río que desemboca en el mar, y me dijeron que es tan fuerte o más que este. Luego, llegué a Athyra,⁷ que solía ser una buena ciudad, pero los turcos la han destruido por completo. Tenía un pasaje muy fuerte, porque el mar se adentra de manera similar a lo que he mencionado anteriormente y el puente que hay es grande y fuerte, y en cada extremo una hermosa y sólida torre. A pesar de esto, los turcos lo han conquistado y arruinado por completo, y aun hay griegos en esa ciudad. Luego, llegué a una ciudad que llaman Silivri, que es del emperador de Constantinopla. Y todo, desde la ciudad de Constantinopla hasta la mencionada de Silivri, que son dos días de viaje, está bajo la obediencia del emperador, pero solo hay aldeas muy

⁶ La antigua Rhegium, ahora Küçükçekmece, o sea *puente pequeño*, de madera, para cruzar la embocadura del lago del mismo nombre.

⁷ Antigua ciudad en el lago Büyükçekmece, o *puente largo*, para diferenciarlo del anterior, también de madera.

pobres. Y esta ciudad de Silivri es la que el Turco nunca pudo tomar, y sin embargo, no es muy fuerte en la parte que da al mar; y hay un pequeño puerto en el estrecho entre Constantinopla y Galípoli. Después, fui a una ciudad llamada Çorlu, que en apariencia era bastante buena, pero los turcos la han destruido y está repoblada por griegos y turcos. Luego, fui a una ciudad llamada Misterio, que es un lugar pequeño y amurallado donde solo viven griegos, excepto un turco al que el gran Turco se la ha dado. Y de allí llegué a una ciudad llamada Lüleburgaz [Pirgasi, Bergas], donde todas las murallas también están abatidas, y solo viven turcos. Después, llegué a una ciudad llamada Zambry, que también está completamente destruida, y desde Constantinopla hasta Adrianópolis hay seis días de viaje por un paisaje hermoso de colinas y valles fértiles, llenos de todo tipo de bienes excepto madera, ya que no hay árboles, y hay muchos ríos. Sin embargo, está bastante despoblada.

Desde Zambry me dirigí con el embajador a Edirne [Adrianópolis], una buena ciudad, la mejor que el Turco tiene en Grecia, muy grande, próspera y poblada, que cruza el gran río Maritza. Aquí el Señor reside más tiempo que en cualquier otra ciudad de Grecia. En esta ciudad residen varios comerciantes venecianos, catalanes, genoveses y florentinos, y el señor de Grecia tiene un lugarteniente que había sido esclavo del Turco.

Partí de la ciudad de Edirne⁸ con el señor Benedicto, para ir hacia el Turco que estaba en Larissa, una gran ciudad en Pirro donde tuvo lugar la batalla de Farsalia entre Julio César y Pompe-

⁸ Bertrandon realiza un rodeo para ver al gran Turco, que le lleva a la desembocadura del río Maritza para regresar a Edirne y continuar la ruta a Viena.

yo; crucé en barco este río que se llama Maritza, y llegué a un pueblo que está cerca de dicho río, donde encontré a algunas mujeres turcas acompañadas de doce a dieciséis esclavos castrados, dos vinieron a hablar con nosotros y nos dijeron que el Turco se iba a marchar para venir aquí, y las mujeres iban a Edirne, porque el Turco iba a ir allí.

Me dirigí a Didimótico, que es una ciudad bastante buena y tiene un hermoso castillo en una montaña casi completamente redonda y está muy bien protegida por dobles murallas, y por un lado pasa un río y dentro del mencionado castillo hay unas cuatro casas y una torre donde, según me dijeron, el Turco guarda su tesoro. De la ciudad de Didimótico fui a la llamada Ipsala, que es una ciudad bastante buena pero también está en ruinas, y crucé nuevamente el río Maritza en barco, como había hecho antes, y esta región es pantanosa y difícil de cabalgar, y fueron dos jornadas desde Edirne.

Desde aquí me dirigí a Enez, que fue una gran ciudad en tiempos de la gran Troya y solía tener un rey, y ahora es gobernada por el hermano del señor de Matelin, que es tributario del turco. Está junto al mar y entre el gran río y el mar hay unas dos millas de distancia. En una pequeña montaña redonda se encuentra una sepultura, y se dice que antiguamente el rey Príamo envió a su hijo menor llamado Polidoro con una gran cantidad de tesoros a ese rey de Ayne, quien, después de la destrucción de Troya, tanto por miedo a los griegos como por la codicia del tesoro, lo hizo matar.

Frente a esta ciudad, crucé el Maritza en un gran barco y me dirigí hacia el oeste a una ciudad llamada Makri, que parece que antiguamente era una buena y gran ciudad, pero ahora está completamente destruida, excepto una parte del castillo que solía

ser hermoso y fuerte. Está habitada por griegos y turcos, en el mar y cerca de la isla de Samotracia que pertenece al señor de Ayne. De allí pasé una montaña no muy grande y llegué a una ciudad llamada Caumussin, buena, pequeña y bien fortificada con murallas, y está situada junto a un pequeño río en un hermoso y fértil paisaje, cerca y al oeste de las montañas. Continué a una ciudad llamada Mussi, que parece que antiguamente era buena y bien fortificada, pero ahora está completamente destruida, con una parte de las murallas derrumbadas y no hay nadie viviendo allí.

De allí llegué a una ciudad llamada Peritoq, que antes era buena y es una ciudad antigua; está en un golfo del mar que se adentra en la tierra hasta llegar a unas sesenta millas de esa ciudad y hacia Monte Sancto donde hay una gran cantidad de gallogiros y esta ciudad está habitada por griegos y está bien fortificada, excepto en dos lugares donde las murallas están derrumbadas y esta ciudad está en esta gran llanura que se extiende hasta Larissa y se sigue a lo largo de esta montaña.

Desde allí fui a una ciudad del campo llamada Jangibatzar, que fue construida por los turcos, y allí esperé al Turco que debía pasar por el lugar. Estuve allí dos días y vi venir al señor Turco con poca gente de compañía, como es su costumbre, ya que se iba divirtiendo y cabalgando a su antojo en cortas jornadas. Tenía entre 40 y 50 caballos en su compañía, la mayoría halconeros y criadores de avestruces, de las que había una gran cantidad, y me dijeron que tiene más de dos mil. Vi venir a dicho señor gran Turco cuando entró en la ciudad de Jangibatzar y solo tenía alrededor de 40 a 50 caballos con él. Estaba lloviendo y llevaba puesto un vestido de terciopelo carmesí forrado de armiño siberiano como capa, según la moda del país, y un sombrero rojo

sobre su cabeza, como los demás turcos lo llevan, y delante de él iban doce arqueros y doce esclavos. [...] 177

Partimos dejando Jangibatzar y regresamos a Camussin, y de allí nos dirigimos a pasar una montaña bastante difícil. Y esa gran llanura, de la que hablé antes, que se extiende desde el pie de la montaña hasta Larissa, que son 4 o 5 días de viaje, tiene en algunos lugares una milla de ancho y en otros no llega; hay buenas ciudades, y me dijeron que la gran batalla de Farsalia fue cerca de Larissa. Y cuando crucé la mencionada montaña, llegué a un río que pasa entre dos altas rocas y en una de ellas hay un castillo que guarda ese paso llamado Coulony, que era muy fuerte y que ha sido en gran parte destruido.

La mayoría de esta montaña es bosque, y los que viven allí son malas personas y asesinos. Cuando la crucé, llegué a una ciudad llamada Trajanópolis, construida antiguamente por un emperador llamado Trajano, quien, según los griegos, tenía una oreja como la de una oveja y era hijo del que construyó Edirne. Y este emperador hizo muchas otras cosas dignas de memoria. Esta ciudad de Trajanópolis está cerca del mar y de este río que se llama Maritza, fue una ciudad bastante grande y ahora está completamente destruida y solo queda un puñado de gente; y en esta ciudad hay un baño que se llama agua santa, y está al pie de una montaña que mira hacia el este y el mar está hacia el sur.

De allí llegué a una ciudad llamada Vira, donde solía haber un hermoso castillo que está en algunas partes arruinado, y un griego me dijo que solía haber tres canónigos y todavía se conserva el interior de la iglesia, que los turcos han hecho su mezquita y han construido una gran ciudad alrededor de este castillo, poblada por griegos y turcos. Esta ciudad está en una montaña cerca del Maritza. Al cabo de tres horas de salir de Vira, encontramos el

señor de Grecia, que iba al encuentro del Turco, que le había mandado llamar, y tenía en su compañía al menos seis caballos; este señor es un hombre guapo y de buena estatura, fue esclavo de dicho señor y es de Bulgaria. Me dijeron que debido a que es un gran bebedor el Turco lo hizo señor de Grecia y le dio una renta de al menos 50 ducados.

De allí regresé a Didimótico, que es un lugar muy hermoso como mencioné antes; es bastante grande y me pareció aún más hermoso la última vez que lo vi que la primera. Creo que si el mencionado señor gran Turco guarda allí su tesoro, está muy seguro. Regresé a Edirne, donde esperé hasta que llegó el mencionado señor, que fueron once días, y llegó el primer día de Cuaresma. Fueron a su encuentro el gran califa, que entre ellos es como el papa entre nosotros, y también todas las personas destacadas de la ciudad, que eran muchas. Encontraron al mencionado señor en el campo, y cuando estaba bastante cerca de la ciudad, se detuvo para comer y en especial para beber, y no entró en la ciudad hasta la noche con la mayoría de su gente. Y algunos que lo han frecuentado en su corte me han contado algunas de sus costumbres y en qué se deleita.

En primer lugar, como he mencionado, es un hombre alto y grueso y tiene el rostro un poco ancho en la fisonomía de Tartre, y tiene una nariz bastante grande y curva y ojos bastante pequeños, y su rostro es moreno y tiene mejillas grandes y una barba redonda. Y me dijeron que es una persona dulce, generosa y dispuesta a dar señorío y dinero. También me dijeron que odia bastante la guerra, y así me lo parece, porque si quisiera ejercer el poder que tiene y su gran riqueza, dado la poca resistencia que

encuentra en la cristiandad, sería fácil para él conquistar una gran parte de ella.

Me han dicho que tiene bien dos millones y medio de ducados cada año, tanto de rentas como de sus tributos, que ascienden a veinticinco mil. Y también me han dicho que podría reunir en Grecia sesenta mil hombres, se trata de cuatro a cinco mil esclavos suyos y están a su sueldo, pero la mitad están mal equipados, porque el que tiene arco no tendrá espada.

Me han dicho que cuando hace una campaña militar, no le cuesta nada, sino que gana de esta manera: cuando ordena a los de Turquía venir a Grecia, no les da nada, sino que pagan en Galípoli el comarc, es decir, cinco aspros por caballo y tres por hombre. Y cuando van de ruta, toma de uno de cada cinco esclavos, el que él quiere. Y asimismo, si cruzan el Danubio, pagan el comarc. Y me han dicho que los de Grecia están obligados a darle cada año treinta mil hombres para mandarlos donde a él le plazca, y esa es la fuerza mayor y la mejor de sus gentes.

En Turquía también deben darle diez mil hombres cada año, y de no recibe otra renta que víveres. Ha dado grandes señoríos, pero aquellos a quienes se los ha dado los poseen solo a su voluntad, y además están obligados a servirle con un cierto número de hombres, y así no hace gasto adicional cuando hace campaña. En cuanto a la gente de su casa, que son unos cinco mil, tanto de a pie como de a caballo, no les aumenta sus salarios nunca.

Tiene cuatro hombres que llaman bajá o visirs-bajá, es decir, como capitanes o conductores, y visires, que es como decir consejeros, y estos cuatro tienen ese oficio y nadie habla a dicho señor sino por medio de ellos, que le gobiernan su casa enteramente. Y el señor de Grecia tiene el gobierno de las otras gentes en asuntos de guerra cuando están en Turquía.

Me han dicho y también he visto en parte por experiencia que este señor se divierte mucho en cacerías y con aves. Y me han dicho que tiene más de mil perros y más de dos mil aves, y de esto he visto una buena parte.

La cosa en la que más placer toma es en beber, y ama a la gente que bebe bien y me han dicho que bebe muy bien diez u once litros de vino; y entonces, cuando ha bebido bien, no hay cosa que no dé, y sus gentes están muy contentas cuando bebe, porque hace grandes dones. Y me han dicho que el año pasado, vino un moro a predicarle y a decirle que todos los que beben vino transgreden los mandamientos de su profeta y que no eran buenos sarracenos; y al instante lo hizo poner en prisión y prohibió que volviera a su país. Además, su mayor placer son las mujeres y los jóvenes sodomitas; y tiene trescientas mujeres o más, y también tiene bien unos treinta jóvenes que están con él más a menudo que sus mujeres, y a estos, cuando son mayores, les da grandes dones y señoríos, y a uno le ha dado a una de sus hermanas por mujer y veinticinco mil ducados de renta al año.

En cuanto al ejército de treinta mil hombres que tiene en Grecia, aquellos a los que ha dado los señoríos que he dicho antes deben estar dispuestos todas y cuantas veces los mande, es decir, veinte mil en Grecia y veinte mil en Turquía, sin los esclavos de su casa. Es muy obedecido por sus gentes, porque hacen lo que él les manda, sin contradecirle, si les es posible, y hace todo lo que quiere, que nadie le dice nada en contra. Hace grandes justicias y mantiene su país en gran seguridad, y no hace ninguna extorsión a sus gentes que son turcos, es decir, ni de impuestos ni de otra cosa.

Si quiere organizar un gran ejército, alguien que lo sabe bien me ha dicho que en Grecia encontrará fácilmente sesenta mil hombres, si les paga sus salarios, es decir, ocho aspros por hombre a caballo y cinco por hombre de a pie, y de estos, me han dicho que cuarenta mil estarán bien equipados; los de a caballo, con su arco turquesco y espada, y el resto son hombres de a pie mal equipados, porque quien tiene espada no tiene arco, y muchos de ellos no tienen más que un bastón, y de estos hay la mitad de los de Turquía, no obstante que ellos los aprecian más que a los de Grecia y son más de temer. Y del ejército que estuvo recientemente en Grecia, una gran parte eran cristianos; es decir, que cuando manda al déspota de Servia, este envía a uno de sus hijos acompañado de mil caballos de servicio y también otros muchos de Albania y de Bulgaria que son cristianos, que no se atreven a contrariarlo, y hay muchos esclavos que van a la guerra que son cristianos. Y me han dicho con verdad, que cuando el señor quiere hacer campaña, en el país de Turquía están obligados a venir a servirle treinta mil hombres, que reciben su paga. Y de Grecia hay veinte mil hombres sin sus esclavos, que pueden ser de dos a tres mil bien equipados. Algunos me dijeron que puede tener en su tesoro un millón de ducados, y otros me dijeron la mitad. Y de su tesoro hay esclavos y en cuanto a las joyas de sus mujeres cerca de un millón de oro en valor. Así mismo tiene vajilla, pero cuando cierra la mano para no dar nada, en un año puede ahorrar un millón de ducados, sin hacer daño a nadie. Cuando dicho señor llegó a Adrianópolis, los bajás vinieron un día después, y traían la mayor parte de sus gentes y de su bagaje, y tiene dicho señor alrededor de cien camellos, y alrededor de dos mil entre mulas y caballos de carga, porque no usan carros. Y cuando los bajás hubieron llegado, el embajador del duque de Milán

preguntó, como es costumbre, si podría hablar con ellos, y le respondieron que no. Y la razón fue porque habían estado donde dicho señor y estaban muy borrachos. Pero enviaron al día siguiente donde dicho embajador, y yo fui con él y les llevó a cada uno un presente, como es costumbre. Porque nadie habla con ellos si no les lleva presente, y a cada uno de los esclavos que guardan su puerta, para que nadie entre sin su consentimiento. Y después de haber ido a visitar a cada uno de los bajás en su casa y de haberles hecho presentar sus regalos, al día siguiente le enviaron a decir que estuviera listo para ir ante el señor para presentarle lo que quería darle. Porque tampoco ningún extranjero va ante él sin llevarle algún presente. Y al día siguiente, los dichos bajás enviaron a buscar al dicho embajador al anochecer y montó a caballo, él solo y su gente, y nosotros fuimos a pie.

Y cuando llegamos ante la corte de dicho señor, encontramos gran cantidad de gente y caballos. Y entramos dentro de la primera puerta, y allí hay unos veinte o treinta esclavos con bastones, que guardan dicha puerta, que está totalmente abierta. Y cuando alguien quiere entrar, no le dicen más que una vez que se retire, y a la segunda le hacen retirarse a bastonazos. Y tienen estos esclavos de dicho señor, un jefe al que responden y que los conduce. Y cuando dicho embajador hubo entrado, lo hicieron sentar junto a la puerta, donde había mucha gente que esperaba a dicho señor, que debía salir de su cámara para hacer la puerta, como tiene costumbre. Porque cada vez que viene un embajador, él hace la puerta, y eso es casi todos los días. Y hacer la puerta quiere decir lo que nosotros en Francia decimos cuando el rey quiere mantener su estado real y la corte abierta, no obstante que hay mucho que decir en todas las cosas, como diré después, pero

así como nosotros decimos la corte del rey, ellos dicen la Puerta del Señor.

Y cuando toda esta gente hubo llegado, es decir, los tres bajás y el señor de Grecia y los otros que ellos llaman señores, dicho señor Gran Turco salió de su cámara y no llevaba consigo más que a esos jóvenes que lo acompañaron hasta la puerta de su cámara, que daba a un patio muy grande, y allí lo esperaba el señor de Grecia, y salió con él solo un enano pequeño y otros dos jóvenes. Y cuando estuvo fuera de la puerta, fue bastante rápido hasta una galería que estaba junto a la puerta, por donde salió y pasó por el extremo de esa gran plaza; y vestía una .ropa de satén carmesí a su usanza, y encima, a modo de manto, como tienen por costumbre, una ropa de satén figurado verde, forrada de martas cebellinas.

En esta galería estaba el lugar dispuesto donde se fue a sentar, es decir, una cosa en forma de un lecho cubierto de terciopelo, y hay uno o cinco peldaños para subir, y allí se fue a sentar a su usanza, que es tal como la de los sastres que se sientan cuando cosen. Y en cuanto el señor estuvo sentado, los bajás que estaban en otro lugar cerca de dicha galería, rápidamente se levantaron y fueron hacia él. Y cuando estuvieron dentro de dicha galería, entonces cada uno de los que tienen costumbre de entrar en la corte entró y se fue a su lugar, es decir, junto a los muros o paredes que estaban alrededor de dicha galería, lo más lejos que razonablemente puede estar del señor.

Cuando cada uno estuvo así colocado, se hizo venir a un señor del reino de Bosnia, que había venido ante el Turco para rendirle homenaje de aquel reino, y fue llevado a sentarse en dicha galería con los bajás; este había venido para pedir ayuda a dicho señor contra el rey de Bosnia y decía que el reino le pertenecía. Y es-

tuvieron sentados bastante cerca delante de dicha galería, con el rostro hacia el señor, alrededor de veinte gentileshombres de Valaquia, que eran rehenes por dicho país de Valaquia. Y antes de que dicho señor hubiera llegado a dicho lugar, se habían llevado allí al centro bien cien grandes escudillas de estaño y en cada una había un trozo de carnero y arroz. Cuando pues dicho señor estuvo sentado y los bajás estaban junto a él, se hizo venir a dicho embajador de Milán ante dicho señor y llevaban sus presentes tras él, y desde donde estaban las escudillas de comida que he dicho, gentes que están para ello designadas tomaron los presentes y los levantaron en alto para que el señor pudiera verlos y cada uno también, y dicho embajador siguió avanzando, y vino un hombre notable a su encuentro, que los puso en la galería donde estaba el señor y allí se inclinó el embajador sin quitarse su capucha de honor y llegó hasta cerca de los escalones que estaban donde el señor estaba sentado; y se inclinó dicho embajador completamente. Y entonces se levantó el señor en pie e hizo cerca de dos pasos hasta el borde de los escalones y tomó al embajador por la mano, y quiso besar la suya, pero el Turco no lo permitió por el honor del duque de Milán y le preguntó cómo estaba su buen hermano y vecino el duque de Milán. Respondió que muy bien. Y porque el Turco no entendía al embajador, había un judío que tenía gran autoridad alrededor del Turco, que palabra por palabra, transmitía las palabras de uno a otro en turco y en italiano, como me fue dicho, porque yo no podía oírlo. Y entonces se retiró el embajador, siempre con el rostro hacia el señor, porque la costumbre es tal, y el señor permaneció en pie hasta que dicho embajador estuvo donde debía sentarse, y fue puesto al lado del de Bosnia.

Entonces, dicho señor se sentó, y cuando estuvo sentado, cada uno se sentó en el suelo, y entonces, aquel que había llevado a dicho embajador dentro de la corte nos hizo sentar a nosotros, que estábamos junto a él, cerca de las gentes de aquel de Bosnia. Y tan pronto como el señor estuvo sentado, le trajeron de comer y le pusieron una toalla de seda delante de él como una servilleta y la extendió ante sí. Y después, le pusieron delante una pieza de cuero bermejo muy redonda y bien delgada, en lugar de mantel, porque la costumbre es tal que él no come sino sobre tales manteles de cuero. Y entonces le trajeron carne en dos grandes platos dorados, y tan pronto como fue servido, aquellos que están designados trajeron las otras escudillas que he dicho anteriormente, que fueron llevadas a aquel lugar, y llevaron y sirvieron a las gentes que estaban allí, es decir, de tres a cuatro mil, una escudilla, y tenía dentro arroz bien claro y un trozo de carnero sin nada de pan ni de beber. Algunos comieron y otros no, y antes de que hubieran terminado de servir, se comenzó a retirar la mesa y eso fue muy pronto. Porque también el señor nunca come sino en privado y son pocas las gentes que lo hayan visto beber, ni comer, ni oír hablar.

Había al final de la plaza un alto aparador y vi a algunos que bebían allí. No sé si era vino o agua; y había sobre dicho aparador, que estaba hecho con gradas, muy poca vajilla, y al pie había un vaso de plata, con la forma de un cáliz, que era muy grande; y había al lado de dicho aparador juglares que, cuando el señor salió de su cámara, comenzaron a tocar y cantar canciones de gesta de los hechos que sus predecesores habían hecho, como me fue dicho. Y cuando decían algunas cosas que les placían, muchos gritaban a su manera de gritar, y al oírlos me parecían húngaros, porque no podía verlos. Y cuando estuve dentro de la corte, vi

que tocaban instrumentos de cuerda muy grandes, y duró hasta que comenzaron a comer.

Y en cuanto la comida fue levantada, cada uno se levantó, y se retiró dicho embajador sin hablar de nada de su embajada en esa ocasión, porque así es la costumbre, y luego se fue a su posada. Asimismo, al día siguiente vino aquel que lo había ido a buscar para llevarlo a la corte, que era de los hombres del tesorero, y trajo a dicho embajador dinero para gastar, esto es, mil aspros, porque la costumbre es que desde que un embajador ha hablado con el señor hasta que este le da respuesta, le envía dinero para gastar. Y al día siguiente de haberle enviado el dinero para hacer sus gastos, vinieron algunos de los esclavos que guardan la puerta para pedir dinero, porque así es la costumbre, pero se les contenta con poco.

Asimismo, al tercer día mandaron llamar al mencionado embajador para oír lo que quería decir, que se fue enseguida a la corte y yo con él. Y hallamos que dicho señor ya había tenido corte y se había retirado a su cámara, y allí estaban los bajás y el beguerbey, que es el señor de Grecia, que oyeron lo que el embajador quería decir.

Y cuando llegamos a la Puerta, les encontramos fuera de la galería donde dicho señor se hallaba, y estaban sentados sobre un banco que allí había; e hicieron venir al dicho embajador ante ellos, y allí pusieron una alfombra y lo hicieron sentar en el suelo delante de ellos, como a un hombre al que se juzga. Y por aquella gran plaza había todavía bastante gente. Y cuando hubo expuesto el contenido de su embajada, le dijeron que no podrían hablar por entonces con el Señor según tienen por costumbre, porque estaba ocupado, pero que mandarían llamarlo cuando llegara el momen-

to, pues la costumbre es que ningún embajador habla jamás con dicho Señor desde que un embajador de Servia mató al abuelo de este —porque nadie quería acoger a los susodichos de Servia a misericordia, si no los tenía a su voluntad como esclavos y para liberar a la gente y al país de servidumbre—, delante de sus hombres, mató al dicho Turco mientras le hablaba, y también él fue muerto.

Y me dijeron que el encargo que traía era que su hermano, el duque de Milán, le rogaba que por amor a él se contentara con dejar al emperador de Roma Segismundo el reino de Hungría, Valaquia y Bulgaria hasta Sofía, y el reino de Bosnia, y lo que tenía en Albania, que depende de Esclavonia. A lo que los bajás respondieron que lo transmitirían al Señor y luego le darían respuesta. Y al décimo día después, mandarían llamar al dicho embajador para darle la respuesta. Y cuando llegamos a la corte, hallamos al Señor que estaba sentado en su sitial y celebraba corte, y no había nadie en dicha galería salvo él y los que le traían su comida, y los bajás estaban fuera, de pie, bien lejos de él, y también las demás gentes que he dicho que estaban allí la primera vez, y eran en menor número, y no había ningún aparcador ni juglares, ni tampoco el señor de Bosnia ni los valacos, pero sí estaba el hermano del duque de Cefalonia, llamado Magnoly, que se mantiene muy quieto con dicho Turco como su servidor; e hicieron esperar al mencionado embajador a la puerta de la corte hasta que el Señor hubo terminado. Yo lo vi levantarse de su sitial, lo que no había visto la otra vez, y lo vi volver a su cámara; y anda muy rápido como he dicho antes, y vestía una ropa de paño de oro verde que no era muy rica.

Y mientras dicho Señor estuvo en su sitio, el gran cadí y los otros que están comisionados con él administraban justicia a cada uno, a la entrada de la puerta de dicha corte, hacia dentro, y vi venir a algunos cristianos que son extranjeros a pleitear. Y tan pronto como el Señor se hubo ido de su lugar, cada uno se fue afuera, y los bajás hicieron venir al mencionado embajador como habían hecho la otra vez, en ese mismo lugar, y le dieron la respuesta, que fue la siguiente: que el Señor le mandaba que saludase a su hermano, el duque de Milán, por quien quería hacer mucho, pero le parecía que las peticiones que le hacía no eran razonables, y que bien debía estar contento de que, por amor a él, había diferido a menudo hacer grandes conquistas sobre el reino de Hungría, lo que habría hecho si hubiera querido, y que debía permitírsele, y que le sería muy duro devolver lo que había ganado con la espada, porque en ese momento, ni él ni sus gentes no tenían otra tierra en la que ocuparse más que los países de dicho emperador, que jamás se encontró ante él ni ante sus predecesores sin que siempre lo hubieran derrotado y sin que él huyera, como cada uno puede bien saber, y que no tenía otra respuesta. Y me dijo dicho embajador que la última vez que dicho Turco derrotó a dicho emperador, que tenía su asedio sobre el castillo de Coulombach y que el señor Advis, un caballero de Polonia, fue muerto junto con los valacos, él había partido de junto a dicho Turco y el día antes de dicha derrota había llegado junto al mencionado emperador. Y me contó toda la manera del asunto y cómo Jean Visconti había sido advertido de la llegada de dicho Turco y cómo, en otras ocasiones, había tratado con los búlgaros para que le hicieran obediencia de todos los países de Bulgaria, hasta la ciudad de Sofía, y para matar a todos los turcos que allí había, lo que dicho emperador no quiso emprender. Y fue

dicho señor Advis desollado y le cortaron la cabeza, y otros tres con él, de lo que fue gran lástima, y fue llevada delante el Turco lleno de paja. De otras varias cosas que entonces sucedieron, según me fue dicho, no es necesario que haga aquí mención.

También vi dos ballesteros genoveses que habían estado en aquella batalla y me contaron cómo el emperador y su ejército habían pasado el Danubio en sus galeras. Y cuando dicho embajador estuvo en su posada, el señor le envió una ropa de camocán carmesí forrada de bocací amarillo y además mil aspros, de estos un ducado veneciano vale treinta y seis. Y el tesorero que entrega ese dinero toma diez por ciento por razón de su oficio.

Vi un día un presente que el señor envió a la hija del señor de Grecia, el día de sus bodas. Y fue a presentar dicho presente la mujer de uno de los bajás, que iba acompañada de treinta mujeres o más, muy bien vestidas con ricas ropas de terciopelo carmesí y algunas de paño de oro sin pieles. Y ella misma iba vestida de un tisú de oro carmesí y llevaba el rostro cubierto con un delicado paño muy rico, cargado de pedrería, porque tal es la costumbre; y las otras también, cada una muy ricamente, e iban a caballo igual que el rey, con una pierna a cada lado. Y delante de ellas iban doce o trece hombres, dos juglares y una trompeta y un gran tambor y bien ocho pares de atabales, y todos a caballo armaban gran estruendo y gran ruido, y el presente venía detrás, es decir setenta grandes bandejas de estaño en las que había varias clases de confituras y compota; después, llevaban dieciocho carneros desollados dentro de semejantes bandejas que estaban pintados de colores, blanco y rojo, y cada uno tenía tres anillos de plata colgados, a saber: en cada oreja uno y uno en la nariz. Y así fueron a presentar dicho presente. Y algunas de las mujeres cabalgaban con sillas muy ricas. Vi llevar a cristianos encadenados

para vender, y pedían limosna ante la ciudad, lo que es gran lástima ver los males que padecen.

Partí de Adrianópolis el 12 de marzo en compañía del embajador, a quien el Turco había entregado uno de sus esclavos para que nos guiara. Y todo lo que el esclavo ordenaba que nos entregaran, se le obedecía sin ninguna dificultad. Cabalgamos durante un día a lo largo del río Maritza, por un hermoso paisaje, y cruzamos el río en una barca. Luego cabalgamos un día a través de bosques por un camino muy bonito, y pasamos por Grecia antes de entrar en el país de Macedonia.

Además, cabalgué por una hermosa llanura que se encuentra entre dos montañas y donde el río Maritza fluye a lo largo, con una anchura de unas cuarenta millas. En mi camino, encontré alrededor de quince hombres que estaban encadenados por el cuello y alrededor de diez mujeres que habían sido recientemente capturadas en el reino de Bosnia durante una incursión realizada por los turcos, que las llevaban a vender a Andrianópolis. Poco después, llegué a Filipópolis, que es la capital de Macedonia y se encuentra en esta hermosa llanura, a orillas del río Maritza. Allí se cruza el río mediante un puente y es una tierra muy fértil y abundante en alimentos de buena calidad y a buen precio; solía ser una ciudad muy importante y aún lo es. Había un hermoso castillo en una montaña en medio de esta llanura, que estaba construido en forma de media luna, largo y estrecho. En el extremo sur se encontraba la residencia del rey, según me mostraron, ya que todavía se pueden ver los muros, aunque todo fue derruido. El gran castillo también fue destruido y hay dos montañas un poco más grandes que ésta, donde se encontraba el cas-

tillo. Al parecer, esta ciudad está poblada en gran parte por búlgaros que siguen la ley griega.

Cuando partí de Filipópolis crucé el río Maritza en un puente ⁹ y seguí cabalgando a lo largo de la llanura durante casi un día, hasta llegar al pie de una montaña donde me alojé en un pueblo que se encuentra en el lugar, donde hay un gran bosque. Al ser muy peligroso cruzarlo debido a los ladrones y asesinos que habitaban allí, el Turco emitió una ordenanza de que todos los que quisieran habitar el lugar serían libres, y por esta razón ahora hay dos pueblos habitados por personas de Bulgaria; uno de estos está en la frontera entre Macedonia y Bulgaria. La montaña es fácil de cruzar y tiene entre dieciséis o veinte millas de longitud.

Después de pasar la montaña, entré en una llanura que tiene aproximadamente seis millas de largo y dos de ancho. Luego, encontré un bosque que tenía alrededor de catorce o quince millas de largo, muy hermoso. Luego, entré en una llanura grande y hermosa, rodeada por altas montañas y muy poblada por búlgaros, y atravesé un río. Después, al cabo de tres días llegué a una gran ciudad, que es la mejor de Bulgaria y se llama Sofía. Solía ser muy grande, como lo demuestra la muralla completamente abatida y destruida, y hay un castillo pequeño situado en un hermoso lugar, cerca de la montaña, hacia el sur. Esta llanura tiene aproximadamente sesenta millas de largo y unas diez de ancho. La mayoría de la población son búlgaros y en los pueblos cercanos apenas se encuentran turcos, a menos que sean personas del lugar que tienen un gran deseo de liberarse de la servidumbre, si encuentran a alguien que les ayude. Vi a algunos turcos que regresaban de una incursión en Hungría. Vi a un genovés lla-

⁹ Desaparecido a causa de las guerra y las avenidas.

mado Nicolás Ciba, que los vio regresar cuando cruzaron el Danubio, y dijo que de cada diez, solo uno tenía arco y espada, y de los que vio, la mayoría no llevaban arco, solo su espada, y eran más de los que portaban arco y espada. Los mejor vestidos llevan un pequeño escudo de madera y me parece una gran pena que la cristiandad esté sometida a gente así, de menos valor de lo que se piensa a causa de sus acciones.

Cuando salí de Sofía, cabalgué por esa llanura que dura aproximadamente cincuenta millas, y ese país está bastante poblado por búlgaros que son cristianos de la fe griega. Luego, entré en una región montañosa que es hermosa y fácil de cabalgar, y llegué a otra llanura donde hay una ciudad llamada Pirot, que está ubicada junto a un río llamado Nisava. No está fortificada, pero hay un castillo en un extremo que tiene el río por un lado y un gran pantano por el otro. Es un lugar bastante pequeño, cerca de una montaña en dirección norte donde hay muy pocos turcos. Al salir de la ciudad de Pirot, de nuevo crucé una montaña pequeña y volví al mencionado río que corre a lo largo de una hermosa llanura entre dos montañas bastante altas. Hay una ciudad al pie de la montaña que ha sido destruida completamente y sus murallas están abatidas, se llama Ysmoure [Izvor].¹⁰ Cabalgué un poco por esa llanura, siguiendo el curso del mencionado río, y crucé una montaña bastante alta, un poco difícil de pasar, aunque por allí se puede llevar carros y carretas.

Después de cruzar esta montaña, descendí a una hermosa región situada entre montañas y atravesada por el río Nisava, y llegué a una ciudad llamada Niš, que se encuentra en dicho río, que

¹⁰ La fortaleza de Izvor, situada en la frontera entre Bulgaria y Serbia.

allí se cruza por un puente. Solía ser un enclave de Serbia, sin embargo, hace cinco años los turcos la tomaron por la fuerza y la destruyeron por completo. A pesar de ello, se encuentra en una zona de gran belleza y abundante cultivo de arroz. En esta ciudad solía haber un hermoso castillo situado junto al río. Al partir de Niš, cabalgué por un paisaje muy hermoso siguiendo el curso del río, y lo crucé en un pequeño bote. Encontré un paisaje muy bello y bien poblado de gente y aldeas. Dejé el río y esa llanura, y pasé por un gran bosque que se encuentra en una región montañosa, no demasiado grande ni difícil de atravesar.

Llegué a una ciudad llamada Corsebech [Krusevac], tras diez días de viaje desde Adrianópolis. Esta ciudad se encuentra a una milla del río Morava, que viene de Bosnia y es un río importante que divide Bulgaria y Rascia o Serbia, que son la misma cosa.¹¹ Los turcos la conquistaron hace seis años. Esta ciudad es pequeña pero está muy bien fortificada con una doble muralla, aunque está abatida en algunos puntos, especialmente en los almenajes, y también había un pequeño castillo que ahora está en ruinas. En esta ciudad de Corsebech se encuentra el capitán de esta frontera, que se extiende desde Valaquia hasta Eslovenia, que es una gran región. El nombre de este capitán es el bajá Ceynann, que es dueño de la mayor parte de este territorio y pasa la mayor parte del tiempo en esta ciudad. Allí vi a una gentil y hermosa mujer proveniente del reino de Hungría, a quien un húngaro renegado de baja estatura había capturado en una incursión en Hungría y la tenía como su esposa. Cuando nos vio, empezó a llorar de manera muy conmovedora, y aún no había renegado de nuestra fe. Me contó que este bajá Ceynann es de origen griego y es un hombre

¹¹ Rascia o Gran Principado de Serbia.

sabio que no bebe vino como los demás. El Turco le ha dado todo este territorio, y no permite que nadie cruce el río a menos que sea una persona conocida o tenga una carta del Turco o del señor de Grecia en su ausencia. Es un hombre obedecido, temido y me dijeron que muy valiente.

Después de partir de la ciudad de Corsebech, crucé el río Morava en un bote y entré en la tierra del déspota de Rascia o Serbia. Lo que está al otro lado del río pertenece al Turco, y lo que está en este lado pertenece al mencionado déspota, que paga cincuenta mil ducados de tributo cada año. Una vez que crucé el río, encontré una región muy hermosa y bien poblada, y pasé cerca de un castillo llamado Estalache [Stalac], que solía ser una fortaleza muy fuerte y hermosa en la cima de una montaña donde el río Nisava se une al Morava.¹² Aún quedan partes de los muros rectos y hay una gran torre similar a un torreón, pero todo lo demás está en ruinas, y solía pertenecer al mencionado déspota.

Al pie de esta montaña donde se unen estos ríos hay de ochenta a cien embarcaciones que el Turco mantiene allí, es decir, galeas y barcos de guerra para cruzar con caballos y su ejército; y las hace custodiar en todo momento por trescientos hombres, que las vigilan de dos en dos meses, según me ha dicho una persona creíble que lo ha visto todo y yo no las he visto, porque no permiten que ningún cristiano las vea. Y desde Estalache hasta el Dunoe [Danubio] hay unas cien millas, y no hay fortalezas excepto

¹² Stalac se sitúa muy cerca de donde se unen las dos vertientes del río Morava, la occidental y la meridional, que Bertrandon llama río Nisava. El siglo quince solo quedaban los restos de esta torre de homenaje, llamada de Todor, por el príncipe así llamado que sucumbió al embate de los turcos.

un pueblo y una casa que el mencionado bajá Ceynann ha construido, y una mezquita que se encuentra en la parte opuesta a la montaña. Cabalgué a través de un país muy hermoso y muy poblado, siguiendo el mencionado río Morava, y encontré un paso muy difícil de cruzar debido a la profunda corriente, con el río a un lado y una pequeña montaña al otro, y dura al menos una milla. Cabalgué durante un día por un país bastante malo, es decir, un gran bosque con un camino difícil por valles y pendientes; pero a pesar de ser un país de bosques y montañas, está muy bien poblado con pueblos hermosos, y con suministros; abarca todo ese país de Rascia o Serbia, que es uno solo.

Además, desde que entré en el país de Macedonia, Bulgaria y Rascia, descubrí que el Turco estaba llamando a sus tropas, es decir, aquellos que estaban acostumbrados a unirse al ejército, para que estuvieran listos. Nos alojamos en algunos lugares donde encontramos búlgaros que son cristianos, y nos dijeron que aquellos que tenían caballos para unirse al ejército no pagaban impuesto de cabeza, y que contaban mucho con estas personas para aumentar el grueso, ya que algunos son llevados a la fuerza y los demás pagan cincuenta aspros por cabeza. También me dijeron que hay un capitán llamado bajá Disem, que custodia la frontera desde el límite de Valaquia hasta el mar Mayor [Negro], y el bajá Ceynann desde ese límite hasta el límite de Bosnia, y el bajá Isach desde allí hasta Eslavonia, hasta más allá del río Morava. Esto me lo contó en Rascia cuando llegué a la corte del déspota, por eso no lo había escrito antes.

Volviendo a mi camino, llegué a una ciudad campestre llamada Nicodem [Nekoudim], en un país muy hermoso y bueno. El mencionado déspota de Rascia se encuentra en esta ciudad porque tiene hermosos bosques y ríos para la caza y la cetrería. El señor

se encontraba en el campo, viendo el vuelo de las aves sobre el río, estaba acompañado por tres de sus hijos y unos cincuenta caballos, y un turco había venido a pedirle en nombre del Gran Turco que enviara a su hijo y a su gente al ejército, como era costumbre. [...]

Llegué a una ciudad llamada Belgrado, que pertenece al rey de Hungría, y pasé por bosques densos, pendientes y valles, y en estos valles hay muchos pueblos y buena comida, especialmente buenos vinos. En dos días viajé de Corsebech a Nicodem, y de allí a Belgrado en un día y medio. Esta ciudad y castillo de Belgrado se encuentran en Rascia, en un país muy hermoso que atraviesa un gran río llamado Sava, que viene de Bosnia y sigue a lo largo de parte de las murallas, y el Danubio toca ligeramente cerca de un patio fortificado que se encuentra al pie del castillo, y aquí entra el mencionado río Sava dentro del Danubio. La ciudad de Belgrado está en el cruce de los dos ríos, constituida por tres partes en un alto, y la otra se dirige a la campiña, es completamente llana y se puede llegar hasta el borde del foso, y en esta zona el pueblo que se extiende desde el río Danubio hasta el Sava, rodeando la ciudad a un tiro de arco. Está habitada por personas de la región de Rascia, en este pueblo asistí a misa el día de Pascua en el idioma eslavo, y estaban bajo la obediencia de Roma, y sus ceremonias de la iglesia son similares a las nuestras. Este lugar es muy hermoso y fuerte, y está dividido en cinco fortalezas [...] hay un pequeño puerto para albergar quince o veinte galeras para la guarda de dos torres donde hay una cadena de una a otra, según me han dicho, pero el río era tan grande que no la pude ver.

Esta plaza es muy fuerte, con bellos fosos todos con glacies y doble muralla, muy hermosa y circunvalada con torres adaptadas

al terreno. El capitán de la plaza es un caballero de Aragón llamado señor Mathico y su hermano es el teniente. En este plaza no se encuentra ningún rasciano ya que está en manos del rey de Hungría, que lo obtuvo del déspota de Rascia hace cuatro años para evitar perderlo, como lo sufrió Coulumbach, que fue una gran pérdida para los cristianos. Y aún hay más de este lugar, ya que tiene alojamiento para cinco o seis mil caballos. Me han dicho que esta ciudad y fortaleza están muy bien equipadas con artillería. Sin embargo, he visto dentro de esta ciudadela que he mencionado cuatro bombardas de metal, y dos son de dos piezas. Y una de ellas es la más grande que jamás haya visto y tiene cuarenta y dos pulgadas de ancho por donde entra la piedra, pero en mi opinión, es bastante corta para su tamaño. [...]

En el Danubio el turco controla el mencionado castillo de Coulumbach, que pertenecía al citado déspota y que se encuentra a dos jornadas sobre Belgrado. Me han dicho que es una fortaleza fuerte, pero que puede ser asediada y derrotada fácilmente con bombardas y otros ingenios, y se puede evitar que reciba refuerzos en gran desventaja. Y en este castillo el turco tiene al menos cien barcos para cruzar a Hungría cuando le plazca, ya que nadie le resiste. El capitán de este lugar es el bajá Ceynnan, a quien mencioné anteriormente. Y al otro lado del río Sava, frente a Belgrado, hay una ciudad y un castillo en un promontorio en el Danubio que pertenece al mencionado déspota de Rascia y se encuentra en Hungría, y el emperador le ha dado varias otras ciudades junto con un ingreso de hasta cincuenta mil ducados, por lo que está obligado a convertirse en su vasallo. Sin embargo, es más obediente al turco que al emperador.

El día once, desde que llegué a esta ciudad de Belgrado, vi llegar a unos 25 hombres armados según la costumbre del país para

quedarse en guarnición por orden del conde Matico, que tenía el gobierno. Pregunté qué tipo de personas eran y me dijeron que eran alemanes. Entonces, pregunté por qué se traían alemanes que estaban tan lejos y por qué no se encontraban personas de Hungría o Serbia para proteger el lugar. Me dijeron que a los de Serbia no se les permitía entrar porque son súbditos obedientes y tributarios del Turco, y los húngaros los temen tanto que si el Turco viniera frente a ellos no se atreverían a defender el lugar contra él con toda su fuerza. Por esta razón contratan extranjeros para protegerlo, ya que el emperador no tiene ningún otro lugar más allá del Danubio para cruzar o retirarse en caso de necesidad. Cuando escuché esto, me pareció algo maravilloso y me recordó la gran sumisión en la que el Turco tiene al emperador de Constantinopla, así como a todos los griegos macedonios y búlgaros, y también al déspota de Rascia y a todos sus súbditos, lo que es muy lamentable para toda la cristiandad.

Debido a que he tenido cierto contacto con los turcos y he visto su forma de vida y sus vestimentas de guerra, y también he oído hablar de personas notables que los han visto en sus grandes asuntos, me he atrevido, salvo la corrección de aquellos que conocen mejor este tema que yo, a hablar un poco según mi entendimiento. Y principalmente porque han tenido grandes victorias en el pasado contra los cristianos, es necesario saber cómo destruirlos y derrotarlos en batalla, con qué personas y cómo conquistar sus señoríos. Y para hablar en primer lugar de su estado, son personas de nivel medio y de fuerza media y bastante bien parecidos, y todos llevan grandes barbas. [...] Son personas diligentes y siempre se levantan temprano, y tienen gastos modestos cuando están en el campo, y viven con muy poco, como un

poco de pan mal cocido, carne cruda un poco secada al sol o leche cuajada u otro alimento, miel, queso, uvas, frutas u hierbas; o hacen una especie de sopa con un puñado de harina para alimentar a seis u ocho personas durante un día.

Si uno de sus caballos o camellos está un poco enfermo de heridas o alguna otra cosa que no puedan curar, en seguida le cortan la garganta y se lo comen. Tienen caballos muy buenos que son veloces y resistentes, los conservan en muy buen estado y son económicos de mantener. Solo los alimentan por la noche y les dan alrededor de cinco o seis medidas de cebada y el doble de paja picada, todo lo colocan en una bolsa y se la cuelgan en las orejas para que el caballo pueda meter la cabeza dentro.

Desde Belgrado, crucé el Danubio, que en ese lugar tenía al menos diez millas de ancho, y me dijeron que nunca antes se había visto tan ancho ni tan profundo, a una lanza de altura. No se podía ir directamente a Buda y llegué a una ciudad campestre llamada Pensey [Pencsova]. Desde allí, cabalgué por la llanura más plana que jamás había visto, sin encontrar ninguna subida ni valle, y en un pueblo crucé un río en una balsa. Y llegué a una ciudad cercana llamada Beuxquerel, donde crucé dos ríos por puentes. Luego llegué a una ciudad llamada Verchet, y allí crucé un río muy grande y profundo llamado Tisza. Continuando llegué a Segading [Szeged], que es una ciudad campestre muy grande y está en el río Tisce. Hasta ahora, no he encontrado ningún árbol excepto dos pequeños bosques rodeados por ríos, y no se encienden fuegos en este camino, solo había pajote o cañas que están en los ríos o en los pantanos, de los que hay muchos a lo largo de esas grandes llanuras, y no se comía otro pan que no fuera panecillos tiernos y poco cocidos.

Esta ciudad de Segading tiene una sola calle que me parece puede tener cerca de una legua de longitud y es muy fértil en todo tipo de alimentos, especialmente en peces, los más grandes que he visto capturados en ningún otro río. También hay una gran cantidad de grullas y avutardas que de ordinario se capturan, pero allí las preparan y comen de la manera prescrita. Hay pocas camas y las que hay son buenas porque duermen sobre sacos de cuero llenos de viento que se inflan y tienen la longitud de un hombre. En esta ciudad hay una gran cantidad de caballos en venta y es algo extraño ver cómo los doman y los preparan, ya que todos son salvajes. Me han dicho que se pueden encontrar de tres a cuatro mil caballos en venta y a precios muy altos, y que por 10 florines de Hungría se puede obtener un hermoso caballo tordo. También hay una iglesia bastante hermosa de los franciscanos. Vi la manera de hacer el servicio que es un poco superficial. Me dijeron que el emperador le había dado esta ciudad a un obispo al que visité y me pareció un hombre de conciencia atormentada. Salí de Segading y luego llegué a una ciudad llamada... y desde allí a Pest, que está en el Danubio frente a Buda. Hasta ahora, he encontrado un país muy bueno y llano, con una gran cantidad de yeguas que, en todo momento, están en el campo como animales salvajes, y eso es lo que hace que haya un gran mercado de caballos.

Crucé el Danubio y entré en Buda, que es la mejor ciudad de Hungría. Tiene un palacio muy hermoso y grande pero estaba en ruinas. Me dijeron que el emperador Segismundo lo había comenzado. Buda está situada en una montaña que no es demasiado alta y mucho más larga que ancha. El Danubio la atraviesa a lo largo de uno de sus lados, por el este, al oeste hay un valle y al

sur el mencionado palacio, que es hermoso y fuerte, y controla esa puerta de la ciudad. Cerca del palacio, en la parte exterior de la ciudad, hay unos baños termales muy hermosos, y del otro lado, entre la ciudad y el Danubio, otros no tan bellos. Es una ciudad muy comercial y fértil en todo tipo de bienes. Aquí se producen sobretudo vinos blancos un poco vigorosos. Se dice que se debe a los baños termales que hay alrededor, que pasan por lugares llenos de azufre. Buda, en todos los aspectos está gobernada por alemanes, tanto en lo referente a la justicia y el comercio, como en los oficios, como costureros, carpinteros, albañiles y orfebres, según me contó un comerciante de Arras que encontré, llamado Clays Davion, a quien el emperador Segismundo había traído junto con otros muchos artesanos del reino de Francia, y el mencionado Clays es un trabajador hábil. En esta ciudad hay muchos judíos que hablan muy buen francés, y entre ellos algunos expulsados del reino de Francia. El cuerpo del ermitaño San Pol yace a una legua de distancia y está completamente intacto.

El paisaje alrededor de la ciudad es muy hermoso y agradable. Desde allí, regresé a Pest, que es una ciudad bastante grande y campestre donde encontré unas seis u ocho familias de personas de Francia que el emperador Segismundo había enviado para comenzar una torre muy hermosa y fuerte en la orilla del Danubio, cerca de su palacio, con la intención de poner una cadena para cerrar el mencionado río Danubio, lo que me parece algo difícil de lograr, ya que el río es muy ancho. Parece que tomó ejemplo de la torre de Borgoña frente al castillo de Escluse. No sé si estuvo allí alguna vez, aunque el río es mucho más ancho que la distancia desde el castillo hasta la mencionada torre.

Entré en la mencionada torre de Pest. Es bastante gruesa y tiene una altura de alrededor de tres lanzas, y hay muchas piedras talladas para terminarla, pero me dijeron que los albañiles de allí no saben cómo colocarlas, ya que los que la comenzaron han fallecido. Alrededor de la ciudad hay paisajes muy hermosos y muchos comerciantes de caballos. Desde allí, crucé el río y regresé a Buda, donde se encontraba el embajador de Milán con quien fui a ver al gran conde de Hungría en el palacio donde actuaba como lugarteniente del emperador. Me honró mucho al recibirme pensando que era turco, y cuando supo que era cristiano, no me trató de la misma manera. Me dijeron que era un hombre de poca fe y que no cumplía bien lo que decía, y en general así son la mayoría de los húngaros. Por mi experiencia, confiaría más en la promesa de un turco que en la de un húngaro.

Regresando a mi ruta, salí de Buda a Thyate [Tata], que es una ciudad campestre donde el rey se queda de buena gana, según dicen. Llegué a una ciudad llamada Javir y en alemán Rave, ubicada junto al río Danubio. De allí, pasé por una ciudad pequeña que es una isla dentro del Danubio, y me dijeron que el emperador la había dado antes a uno de los hombres del señor duque de Borgoña, y creo que fue al señor Renier Pot. Luego, llegué a una ciudad llamada Bruc, que es un paso dificultoso que tiene un camino largo y estrecho sobre un gran pantano que separa el reino de Hungría y el ducado de Austria, y me parece que pocas personas podrían protegerlo desde el lado de Austria para que no se pudiera cruzar. Unas dos leguas más adelante, el embajador de Milán tomó su camino para ir al duque de Milán, su señor. Y desde allí llegué a Viena en Austria, lo que tomó cinco días desde Buda. Esta ciudad de Viena es bastante grande y está muy poblada de ricos comerciantes y personas de todos los oficios. Está muy

bien protegida por buenos fosos y altos muros, y en uno de los lados, hacia el norte, está junto al río Danubio, que corre a lo largo de los muros. Es una ciudad muy alegre y con muchas diversiones, y está situada en un país muy hermoso y bueno. La gente está mejor vestida y más decentemente que en Hungría, aunque todos llevan jubones grandes y amplios por debajo y muy fuertes, y una buena cota de malla encima, y cuando van a la guerra una espada y un gran yelmo de hierro y otros armamentos, según la costumbre del país. [...]

Bertrandon deja Viena y parte para Francia, el recorrido que sigue encuentra los siguientes lugares: Saint Polquin [Saint Pölten], Melich [Melk], Valse [Walsee], Oens [Enns], Evresperch [Ebelsberg], Lins [Linz], Efferding [Erfurt], Riet [Ried], Preune [Braunau sobre Inn], Bouchaze [Burghausen], Mouldrouf [Mühldorf], Muncque [München], Lansperch [Landsberg], Meidenlahan [Mindelheim], Maminnes [Memmingen], Walpouch [Waldburg], Ravespouch [Ravensburg], Martorf [Markdorf], Merspoch [Meersburg], Estran [Stein], Chauffouze [Schaffhausen], Walsquot [Waldshut], Lauserberch [Laufenburg], Rinbel [Rheinfelden], Grantville [Gransvillart], Montbéliard [Mömpelgard], Besançon, Vezou, Villeneuve, Aussone [Auxonne] y Dijon, donde «encontré a monseñor el canciller de Borgoña con quien me dirigí hacia mi señor el duque, a quien encontré en la abadía de Potières y con su gracia me hizo muy buen recibimiento».

*Cy fine le voyage de Bertrandon de La Broquiere
qui trespassa à Lille en Flandre
le Xe jour de may l'an 1459.*

Arnold von Harff

Miembro de la nobleza del ducado de Jülich, Harff emprendió entre 1496 y 1499 un periplo extraordinario que, partiendo de la ciudad de Colonia, le llevaría a recorrer los centros de la cristiandad y del mundo islámico, incluyendo Roma, El Cairo, Jerusalén y Santiago de Compostela. Lo que le distingue de otros viajeros de su tiempo es su agudeza y una determinación inquebrantable. A diferencia de los peregrinos convencionales, que se movían en grupos organizados sujetos, empleó una técnica de engaño estratégico: adoptó la identidad de mercader. Esta decisión, le permitió observar las estructuras de poder desde una perspectiva privilegiada.

Tras cruzar Alemania, Italia y pasar la Semana Santa de 1497 en Roma, zarpó de Venecia hacia Egipto. En El Cairo, su estancia reveló la verdadera naturaleza de su viaje como recolector de inteligencia diplomática. Allí fue recibido por el sultán mameluco, que le interrogó con ansiedad sobre las intenciones del rey de Francia, ante los rumores persistentes de una nueva cruzada. Escena que se repetiría más tarde en Constantinopla, donde el sultán otomano mostró una curiosidad idéntica por los asuntos de la Europa occidental. Para Von Harff, el viaje era una misión de reconocimiento en la que evaluaba tanto la estabilidad política como la capacidad militar de las potencias islámicas. Su llegada a Constantinopla le permitió documentar la realidad de una ciudad que aún digería la conquista de 1453. Sus observaciones son fun-

damentales para entender la transición religiosa del período: describió la majestuosa Santa Sofía con sus altares destruidos y sus imágenes desfiguradas, y reportó con amargura cómo otras iglesias cristianas habían sido convertidas en guaridas de bestias salvajes, un testimonio crudo de la degradación del patrimonio bizantino bajo el nuevo régimen.

Su curiosidad superó los límites de la geografía política para adentrarse en la lingüística. Su crónica no solo incluye un espécimen del idioma turco, sino que constituye un registro multilingüe extraordinario para la época, recogiendo alfabetos y frases en basco, albanés, griego, árabe, hebreo y sirio. Este interés por la comunicación subraya su independencia de criterio y su voluntad de comprender las culturas que visitaba, más allá de los prejuicios teológicos. Su inspección de la vida cotidiana en el Imperio Otomano incluyó el mercado, el harén y las ejecuciones públicas, pero fue el ejército lo que más capturó su atención. Analizó su equipamiento, disciplina y tácticas, reconociendo en la maquinaria de guerra del sultán una amenaza formidable para los reinos europeos. Esta atención al detalle militar refuerza la tesis de que su viaje poseía una dimensión de espionaje.

El viaje de regreso a través de los Balcanes es un itinerario confuso y difícil de seguir. Esta falta de claridad, que contrasta con la minuciosidad de sus rutas previas, sugiere que pudo haber viajado de manera clandestina o bajo una fatiga extrema. Tras pasar por Francia, donde fue nombrado caballero por Luis XII en París, regresó a Colonia el 10 de noviembre de 1499.

El texto que sigue corresponde a su visita a Constantinopla.

Die Pilgerfahrt (1499)¹³

Constantinopla es una ciudad muy hermosa, grande y fuerte, de forma triangular: un lado junto al mar, otro junto al Brazo de San Jorge, y el tercero hacia tierra firme. Se mide de una esquina a la otra, sobre la que se alzan grandes y fuertes torres, distantes media milla alemana entre sí. El lado hacia tierra está rodeado de murallas y torres muy fuertes, de dieciséis pies de grosor, y frente a ellas hay tres fosos amurallados en los que entonces correteaban diversas piezas de caza. Además, también está rodeada de fuertes muros y torres en los dos lados que dan al agua, que el emperador turco, hace unos años, ganó a los griegos por su temeridad, aunque a mí me parecía invencible. Dentro de la ciudad hay aún dos monasterios franciscanos bajo tributo al emperador turco, donde los monjes celebran misa y los sacramentos en secreto, sin campanas, y predicán abiertamente.

Emperador

Permanecemos a la espera durante tres días hasta que el emperador turco envió a uno de sus caballeros llamado Franck Kassar, que era un cristiano renegado y alemán de nacimiento, de

¹³ *Die Pilgerfahrt des Ritters Arnold von Harff [...] in den Jahren 1496 bis 1499*, Cöln, 1860. *The Pilgrimage of Arnold von Harff, Knight [...] which he accomplished in the years 1496 to 1499*, Ed. Malcolm Letts, Hakluyt Society, London, 1946.

Bresberg en Estiria, quien me dijo que debía presentarme de inmediato ante su señor, a lo que me alarmé, pues pensé que me encarcelarían. Fui con él al palacio del emperador turco, a una gran sala, donde el emperador turco estaba de pie con unos doscientos de sus caballeros. Me vi obligado a postrarme tres veces en el suelo y besarlo, como me había instruido el caballero alemán. Luego me acerqué y me paré ante este poderoso señor, a unos siete pasos de él. Hizo que me preguntaran, a través del caballero alemán, acerca de muchos asuntos sobre los que deseaba tener las noticias más recientes, ya que los turcos y paganos en ese tiempo estaban en gran perturbación y ansiedad, porque el rey Carlos de Francia había tomado Nápoles, Apulia y Calabria por la fuerza, y corrían rumores en la tierra de que estaba a punto de cruzar el mar para marchar contra Jerusalén con gran poder y conquistar Tierra Santa. Me preguntó sobre las armas y las fuerzas del rey Carlos de Francia, y su poderío, de lo que yo sabía poco excepto lo que había oído en Venecia y en el barco, pero respondí en todos los asuntos como él deseaba.

También hizo que me preguntaran quién era yo, a dónde iba y qué hacía en ese país. Respondí que era de Venecia y que seguía mi oficio, ya que los venecianos estaban entonces en favor del emperador turco. El alemán me dijo que su señor había dicho que debía cambiar de ocupación y que me ofrecerían doscientos ducados al mes, y podría conservar mi fe si me convertía en su servidor. Pero yo tuve mucho miedo de que me engañaran, pues había hecho creer que era mercader, y entonces tendría que declarar que era soldado. Por lo tanto, pospuse el asunto con buenas palabras y dije que, tan pronto como hubiera informado a mi amo en Venecia sobre mis negocios, regresaría. De otro modo, me habría gustado probar fortuna durante cuatro o cinco años en la

corte del emperador turco. Con estas palabras, pedí un salvoconducto por escrito para viajar por tierra a Venecia, lo que ordenó de inmediato que me fuera dado. Además, dispuso que se nos diera una escolta a caballo hasta Newe, una ciudad donde terminaba su país. También me obsequió, en presencia de todos los señores, un trozo de cuarzo tan grueso como dos huevos de gallina, que contenía un diamante, y además un velo blanco de lino de treinta varas de largo, bordado con flores de oro, en honor al caballero llamado *salofftar*,¹⁴ ya que todos sus caballeros llevan tal velo enrollado alrededor de la cabeza. También le dije al caballero alemán que me condujera a todos los lugares que deseara ver. Así nos despedimos de este poderoso señor, viéndonos obligados a salir de esta sala hacia atrás, de modo que no le di la espalda.

El caballero alemán me condujo a través del palacio para que pudiera ver la casa del emperador, su corte y todos sus arreglos, y describiré algo de lo que vi. Este palacio es muy grande y espléndido sin medida. Hay tres grandes plazas en el palacio, donde sus asistentes deben presentarse una vez al día, excepto los viernes, que ellos guardan como su sábado. Porque el emperador turco otorga allí audiencia, escuchando a cada suplicante y haciendo justicia. Se considera que el emperador turco paga salarios a 60.000 personas, sin contar los hombres de armas, que están a sueldo diario y están siempre estacionados en las fronteras y no regresan al ejército; de los que hay siempre unos 200.000, además del personal doméstico, de quienes vi la mayor parte. Tenía 32.000 soldados de a pie, como arqueros en Francia, que siempre lo siguen o trotan tras él, y en las ciudades mantienen la formación por la izquierda. También tiene seiscientos caballeros llama-

¹⁴ Portador de armas o escudero.

dos *salofftar*, que en su mayoría son cristianos renegados. También tiene setecientos *spagalan*, es decir, sirvientes personales. Además, educa siempre en su corte a siete u ochocientos niños pequeños, que son capturados en todos los países cristianos. Los entrena para que sean sus caballeros llamados *salofftar*, y les da provisiones, a cada uno según su rango. También tiene unos cuatrocientos porteros o guardapueas, que vigilan a la gente y las puertas, y se aseguran de que estén cerradas. También tiene mozos de cuadra, cocineros, camareros, panaderos, cazadores, pescadores, maestros artilleros y guardianes y cuidadores de caza, entre todos más de 1.100. Tenía también en ese momento ocho correos rápidos a los que se les había extirpado el bazo, que en verdad corren en un día y una noche desde Constantinopla hasta Adrianópolis, que es un viaje de cinco días a caballo. También más de setecientos entre mayordomos, porteros, sirvientes y doncellas que atienden a sus mujeres, y muchos más que no vi y no puedo enumerar, de modo que paga mensualmente los salarios de 60.000 miembros de su casa. Entramos en sus caballerizas, cerca del palacio, donde hay tres largas cuadras espléndidamente construidas, en cada una pueden caber cuatrocientos caballos. Luego fuimos también a un agradable y gran jardín junto al palacio, en el que crecen muchos árboles y frutos raros, donde animales salvajes poco comunes corretean sueltos.

La ciudad

Continuamos por la ciudad y se nos permitió entrar en muchas iglesias, que antes habían sido iglesias cristianas, pero que ahora estaban llenas de animales salvajes. Vi allí diez leones desencade-

nados, tres elefantes, dos gacelas, que son los animales de los que se obtiene el almizcle. Vi muchos gatos salvajes, ratas, ratones, erizos y otras criaturas raras, todos sin cadenas. Cada animal tiene su propio guardián, y él y el animal reciben su asignación diaria del emperador turco. Asimismo continuamos y llegamos a un fuerte castillo que el padre del emperador turco mandó construir no hace mucho, con cinco fuertes torres y murallas, de modo que hay una torre en cada esquina, y en el centro la quinta, que es más fuerte y alta que las demás, en la que guarda su tesoro. Una de las torres tiene una puerta que da acceso a todas, pero no hay otra puerta. Examiné este castillo de cerca desde fuera, pero no desde dentro.

Asimismo no lejos de este castillo llegamos a un palacio llamado el Jardín de las Mujeres, en el que el antiguo emperador turco tenía ciento una esposas legítimas viviendo. Sin embargo, se me dijo que el actual emperador turco tiene solo setenta y dos esposas legítimas, no todas viven en el palacio, sino que algunas viven allí, otras en Adrianópolis, Filipópolis y Wruskabalna [Kius-tendil]. Este palacio de mujeres está muy bella y agradablemente construido, y en él cada mujer tiene su propio apartamento y sirvientes, y en el centro del palacio hay un jardín muy hermoso y agradable con árboles y frutas raras, en el que todas pueden juntarse, y todas sus ventanas y puertas dan al jardín, pero solo hay una puerta por la que todas deben entrar, tan estrechamente guardadas están. Sus guardianes y sirvientes son todos eunucos, y la mayoría son cristianos renegados. Andan con sus vestidos de oro, y son todos corpulentos y gordos como barriles de cerveza, de modo que no pueden hacer daño.

Asimismo continuamos a una gran plaza o mercado, que está más o menos en el centro de la ciudad, en la que se alzan tres tor-

res. Dos están reservadas como prisiones para criminales en general, en la otra están confinados señores y nobles que han cometido crímenes. Asimismo en esta plaza también se erigen las horcas, y debajo de ellas se ejecuta justicia diariamente. Apenas hubo un día mientras estuve allí en que no se ejecutaran cinco o seis personas, siendo una ahorcada, otra empalada o descuartizada o decapitada, ya que el emperador turco ejecuta una justicia severa en todos sus territorios, de modo que nadie puede matar a otro bajo pena de vida y bienes. Vi también a menudo a grandes señores y otros que eran azotados, dentro y fuera de la ciudad, desnudos, con varas afiladas y con cuchillos de pan clavados a través de sus miembros entre piel y carne. Se me dijo que habían desenvainado una espada con intención de matar a otro, pero no lo habían logrado. Pero si hubieran infligido una herida, la pena habría sido perder la mano derecha, y además habrían estado a la merced de su señor para con su vida y bienes, incluso si el ofensor fuera hijo del emperador. Asimismo debajo de las horcas está el mercado de pescado, que es muy grande y espléndido, donde se encuentra diariamente mucho pescado vivo y muerto de agua dulce y salada.

Asimismo fuimos a la iglesia principal, llamada en tiempos cristianos iglesia de Santa Sofía, pero ahora la mezquita del emperador turco, o casa de oración. Con la ayuda del caballero renegado alemán se me permitió entrar. Es una iglesia indescriptiblemente hermosa y espléndida, que fue construida por los cristianos. Arriba, abajo y a los lados es toda de mármol, adornada con cuadros raros en oro y mosaicos, pero todos los altares, con las imágenes de los santos, están completamente destruidos y rotos en pedazos. Fueron hechos a nuestra manera, pero los gentiles y turcos no tienen imágenes en sus iglesias, que dicen y creen

que es idolatría. El antiguo emperador turco había regalado a esta iglesia quinientas lámparas que se encienden diariamente. Esta iglesia también está completamente cubierta de plomo desde tiempos antiguos y tiene arriba, abajo y en su interior cuatrocientas cincuenta puertas, y muchas están hechas enteramente de metal fundido.

Asimismo hay en esta ciudad innumerables iglesias cristianas en ruinas. Algunas han sido convertidas en casas de oración de los gentiles, y en las otras se guardan animales y aves salvajes que pertenecen al emperador. Asimismo me llevaron más adentro, a calles largas, en las que no vive nadie más que judíos. Se dice que los hombres suman 36.000, y cada uno tiene que pagar tres ducados al año como tributo al emperador turco. Viven también en la ciudad muchos cristianos griegos que pagan tributo al emperador turco. Asimismo las mujeres turcas andan por las calles con el rostro cubierto por una red negra transparente, de modo que pueden ver a todos claramente, pero uno no puede distinguir sus rostros. También es costumbre en Turquía que las mujeres y doncellas lleven calzones hasta la rodilla, algunos de cuero, otros de seda, otros de tela de lino, y cuando un hombre desea acostarse con su esposa, ella va antes del mediodía al baño, y el esposo después del mediodía, y le da a la esposa tres áspers como dinero del baño, tanto como tres chelines de corona antiguos.

Corneille Duplicius de Schepper

En 1533, mientras Europa se fragmentaba bajo las tensiones de la Reforma y la presión otomana en su flanco sudeste, el emperador Carlos V encomendó una misión crucial a Corneille Duplicius de Schepper. Este humanista flamenco, formado en la Universidad de Lovaina y veterano consejero al servicio de la casa de Habsburgo, partió de Viena junto a Jerónimo de Zara con un objetivo triple: negociar una tregua con Solimán el Magnífico, liberar prisioneros cristianos y escrutar el funcionamiento del imperio que había redibujado el mapa de Europa central.

La elección de De Schepper no fue casual. Su perfil polifacético como matemático, diplomático y observador agudo le permitía no solo negociar en las altas esferas —donde trató con figuras de la talla del gran visir Ibrahim Bajá o el influyente veneciano Aloisio Gritti—, sino también documentar la realidad del terreno. Su relato, redactado en un francés salpicado de modismos flamencos, se convirtió en una de las crónicas occidentales más tempranas y valiosas sobre los Balcanes. A través de territorios que para Occidente eran casi legendarios (Bulgaria, Serbia o Bosnia), describió un complejo sistema donde el cristianismo ortodoxo y las jude-rías convivían bajo un aparato militar y administrativo formidable, sostenido por el sistema de timares pero orientado a drenar la prosperidad local hacia Constantinopla.

El contexto de esta embajada era de una urgencia estratégica máxima. Tras el desastre de Mohács en 1526 y el asedio a Viena

en 1529, la presión sobre el frente oriental no remitía, agravada por las maniobras de Francisco I de Francia, que buscaba alianzas con el Gran Turco. Carlos V necesitaba desesperadamente estabilizar el Danubio para concentrar sus energías en los conflictos religiosos de Alemania y sus guerras en Italia.

Aunque los resultados diplomáticos fueron modestos —la cuestión húngara era un foco de conflictos—, la misión fue un éxito en términos de inteligencia. De Schepper logró pactar treguas locales y canjes de prisioneros, pero su mayor legado fue el informe detallado que entregó a la corte. Con la precisión de un funcionario imperial y la curiosidad de un humanista, su crónica ayudó a Europa a comprender que el Imperio Otomano no era solo una amenaza militar, sino una organización política y social compleja que requería ser entendida para ser confrontada.

El texto que sigue corresponde al viaje de regreso hacia Viena.

Journal (1533)¹⁵

16 [julio 1533] Alrededor del mediodía, después de haber realizado todos los preparativos necesarios para tal viaje, salimos de la ciudad de Constantinopla en compañía de nuestro intérprete, y ese día llegamos a una ciudad llamada Czetmegche, donde hay un brazo de mar que se curva y se dirige hacia el norte; pero no es muy profundo y está cubierto por un puente de piedra. Nos alojamos en un lugar que los turcos llaman *mareth Abdusalam*, es decir, el albergue de Abdusalam. Este Abdusalam fue originalmente judío y, tras convertirse en turco, había sido tesorero de los emperadores Selim y Solimán, y había construido magníficamente este lugar con piedras de sillería. Se trata de un gran espacio, similar a los monasterios de por aquí, donde en la primera entrada se presenta una plaza con establos para más de trescientos caballos. Luego, se asciende por escalones que llevan a un patio cuadrado, rodeado por todos lados de hermosas habitaciones. En el centro de este patio hay una fuente viva de ingenioso diseño, además de espléndidas galerías, una iglesia y hermosos jardines repletos de árboles excepcionales. En resumen, es un lugar muy bello, y todos los edificios, establos, templos, habitaciones y galerías

¹⁵ Jules Ludger Dominique Ghislain de Saint-Génois, G.A.Yssel de Schepper, «Missions diplomatiques de Corneille Duplicius De Schepper dit Scepperus, ambassadeur de Christiern II, de Charles V, de Ferdinand Ier et de Marie, reine de Hongrie, Gouvernante des Pays-Bas, de 1523 à 1555», *Mémoires de l'Académie royale des sciences, des lettres et des beaux-arts de Belgique*, T.30, 1857.

as, están techados con plomo. En este albergue pueden hospedarse todos los viajeros sin costo alguno, y se les ofrece como limosna pan y arroz cocido. Fuimos tratados con gran amabilidad. Según mi estimación, dicho albergue se encuentra a quince leguas de Constantinopla.

17 [julio] Muy de mañana enviamos el equipaje por delante, mientras esperábamos la llegada de Mahomet Begk, nuestro guía, que es familiar a Aloisio Gritty, y al final llegó. Gracias a esto, continuamos el camino, pasando por otro puente llamado Behutzenighe [Küçükçekmece] y luego por otro llamado Bogil [Büyükçekmece], donde nos habíamos alojado al venir a Constantinopla, y al anochecer llegamos a la ciudad de Selibria [Silivri]. En el camino, el mencionado Mahomet Begk nos informó que Aloisio Gritty había impedido el avance de la paz con el emperador Carlos, argumentando que era más honorable para los turcos recuperar Coron por la fuerza que mediante un acuerdo. Este consejo les había salido caro, pues llegó un mensajero diciendo que los turcos habían perdido trescientos cincuenta hombres en el asalto a Coron, por lo que se arrepentían de no haber llegado a un pacto con nosotros. Sin embargo, ahora sentían vergüenza de proponer algo para retomar las negociaciones.

18 [julio] Continuando nuestro camino, llegamos a la ciudad de Sorlith [Çorlu] sin pasar por ningún otro lugar memorable. Se trata de un sitio bastante poblado, y nos alojamos en un lugar llamado Achmat-mareth, un albergue muy hermoso, mucho más grande y excelente que el Abdusalem-mareth, y tiene un templo muy amplio. Este Achmat fue bajá y general durante el asedio de Rodas. Posteriormente, al ser enviado a El Cairo, se rebeló por influencia del bajá Ibrahim, se autoproclamó señor de Egipto y acuñó moneda de oro. Este Achmat, junto al bajá Pery, el bajá Musta-

fá y Achmat, agá de los jenízaros, todos fueron arruinados por las maquinaciones del bajá Ibrahim.

19 [julio] Caminamos por zonas rurales desiertas y entre algunas aldeas pobres de los turcos, hasta llegar finalmente a la ciudad de Borgais [Lüleburgaz], donde nos alojamos en una escuela para niños.

20 [julio] Continuando el camino por lugares también desiertos y sin bosques, llegamos de noche a una aldea donde había un albergue llamado Rhaspa-mareth, construido en otro tiempo por una esposa del emperador llamada Rhaspa. Sin embargo, al estar dicho lugar lleno de turcos, nos retiramos a una casa abandonada donde pasamos la noche. Aquí hay un río de corriente impetuosa, aunque pequeño y sin nombre, ya que los turcos no sienten curiosidad alguna por este lugar.

21 [julio] Siempre tuvimos caminos semejantes, y vimos un lugar que un solache del sultán Mahomet había saltado de tres saltos: lugar que medí, hallándolo de ancho ochenta y ocho pies y medio, e hizo dichos saltos teniendo su arco, carcaj, lanza y escudo. Ese mismo Mahomet hizo morir inmediatamente a dicho solache porque, con un salto hecho por sorpresa, lo había asustado; y los compañeros de dicho solache le edificaron aquí un sepulcro que también vimos. Finalmente llegamos a la ciudad de Adrianópolis [Edirne], donde nos alojamos en la posada del señor Mateo Mugistruy, florentino, hombre de bien y buen cristiano. Adrianópolis es una gran ciudad, amurallada con viejas murallas, donde se juntan tres ríos: Hebro, Tuns y Arda: Tuns viene de las montañas de Valaquia, Arda, del monte Athos, es decir, del monte de Dios cerca de Salónica, que los latinos y griegos solían llamar Athos, pero ahora se llama monte de Dios. Se juntan y confluyen en el Hebro [Maritza], que toma su origen del Ródope cerca de

Filipópolis, y desemboca en el mar cerca de Galípoli. Hemos sabido que en esta ciudad había muchos judíos, entre los que estaban los hispano-castellanos: Samuel de Niebla, de Burgos, David de Seres, y otro portugués, Moisés David y otros llamados de Vargas.

23 [julio] Habiendo permanecido un día en Adrianópolis para descansar, reanudamos el camino y, al salir de la ciudad, cruzamos el puente sobre el Tonsos, que es un río que viene del norte y se une al Hebro, también llamado Maritza. Luego pasamos el puente sobre dicho Hebro, en el punto donde uno de sus brazos se junta con el Tonsos. Vimos la marisma donde se encuentra el albergue de Childerim, quien en otro tiempo fue señor de Adrianópolis y está enterrado en Vyrsa. Creo que Childerim fue el mismo que algunos llaman Celebyn, otros Calepino, y era hijo de Bayaceto, que había sido apresado por Tamerlán, y en esta calamidad de los turcos solo había conservado Adrianópolis. Él encarceló y derrotó a Juan, duque de Borgoña, cerca de Nicópolis.

Finalmente, salimos de la ciudad, teniendo a la izquierda, hacia el norte, el monte Ródope, aunque no en su parte más alta, y al Hemo¹⁶ a la izquierda. Vimos por todas partes infinitos campos hermosos, llenos de jardines, viñedos y otros cultivos similares, hasta llegar a una aldea [Svilengrad] mediante un puente llamado de Mustafá Capry. Este bajá Mustafá era natural de Caradach, un lugar en la Montaña Negra [Montenegro] cerca de Scutin

¹⁶ La Montaña Hemo mencionada en los textos históricos corresponde al Monte Hemo o Haemus Mons, un nombre usado en la antigüedad para referirse a la cordillera de los Balcanes [Stara Planina]. Los antiguos griegos y romanos lo asociaban con mitos y leyendas, como el lugar donde Zeus encadenó a Tifón. Se ubicaría en el este de Serbia, cerca de la frontera búlgara.

[Scutari, Shkodër], y estaba casado con Sutor, hija del sultán Selim y hermana de Solimán, ambos de la misma madre. Gastó en la construcción de este puente ciento treinta mil ducados. El puente, de piedra labrada sobre el río Hebro [Maritza], tiene dieciocho arcos grandes; es excelente y de extensión impresionante, aunque no comparable al puente de Praga. Lo cruzamos y nos refugiamos en una casa construida para albergar a los trabajadores del puente. Tras extender las tiendas, pasamos allí toda la noche. Según mi cálculo, está a veinticinco mil pasos de Adrianópolis.¹⁷

24 [julio] Continuamos el camino por hermosas praderas y bajamos a una aldea llamada Harmate [Harmanli]. Después de comer un poco de leche, reanudamos la marcha, cruzamos una montaña bastante accesible y llegamos al pueblo llamado Guth-beghel, habitado por cristianos. Pasamos allí la noche bajo nues-

¹⁷ El viajero Peter Mundy cruza el puente el año 1620, en aquel momento el pueblo era conocido como Mustafá Pasha Köprüsü. «Se dice con certeza lo siguiente sobre este puente: que el sultán Solimán el Magnífico, teniendo guerras con Hungría, al pasar por este lugar vio el puente y preguntó quién lo había mandado construir. Entonces, el mencionado bajá Mustafá se presentó y dijo que él lo había hecho. El rey entonces le pidió que se lo concediera, a lo que el bajá Mustafá respondió que, dado que lo había construido por el bien de su alma, no podía entregarlo. El rey, disgustado con esta respuesta, decidió no cruzar el puente en absoluto, sino buscar un vado un poco más arriba para cruzar con sus caballos y seguidores. Al hacerlo, dos de sus propios pajes, entre otros, se ahogaron. Por esta razón, hasta el día de hoy, cuando un visir o bajá tiene ocasión de pasar por este camino en campaña militar, no cruza el puente, sino que cruza por donde lo hizo el rey. El resto del ejército, sin embargo, cruza por el puente». *The travels of Peter Mundy in Europe and Asia, 1608-1667*, vol.I, ed. Richard Carnac Temple, Cambridge, 1907.

tras tiendas. Desde este pueblo hasta el mencionado puente se cuentan treinta millas.

25 [julio] Caminamos por una hermosa llanura y pasamos por el pueblo de Schemutse, también habitado por cristianos, donde bebimos un poco. Al continuar, llegamos a otro pueblo igualmente habitado por cristianos, donde cenamos bien gracias a unos buenos melones que encontramos y a varios pescados excelentes que nos trajeron de un río cercano, que tiene su origen en el Ródope. Dormimos en nuestras tiendas.

26 [julio] Habiendo montado a caballo, llegamos a una aldea llamada Comis [Konush], donde hay una gran mezquita, edificio de Menelogy [Minnetoğlu Mehmed]. Luego cruzamos un río bastante violento, ancho y profundo, que desciende del Ródope y fluye por zonas pantanosas hasta desembocar en el Hebro; este río se llama Seguthy. A partir de aquí, la llanura comienza a estrecharse, y se descubren por todos lados bosques y montañas. Finalmente, llegamos a Filipópolis [Plovdiv] y, tras cruzar un gran puente sobre el Hebro, nos dirigimos a un jardín no muy lejos de dicha ciudad. No entramos en la urbe porque al día siguiente no habríamos podido salir por la gran cantidad de carros que había, ya que sería día de mercado.

En este jardín había un lugar donde se solían retirar los derviches o *ischnicqz*, es decir, los *desnudos*, llamados así porque dicen haber huido del mundo. Estaban casi totalmente desnudos y en muy mal estado. Se reunían al anochecer y, al canto de uno, los demás respondían, entonando con rudeza algo como: *Sicha Sahestem va Hussem*, similar a como en nuestra región se hace en las danzas. Estos dos, Sahestem y Hussem, fueron hijos de Hasdrit Ali, que es el patrón o profeta de los que son del partido del Sophí. Este Hasdrit Ali ha sido uno de los cuatro evangelistas

de Mahoma, y el cuarto, que se llaman como sigue: Ebugbegkir, Aomer, Osman, Ali; pero estos turcos son diferentes de los que siguen el partido del Sophí, pues los del Sophí solo estiman a Ali, y maldicen a los otros tres, y los turcos, al contrario, tienen en singular reverencia a todos los cuatro, de los que hacen mención en su oración todos los viernes, junto con dichos hijos de Ali, Sahuestem y Hussem, los que son tenidos por los turcos en reputación de mártires, porque murieron de sed, por la ley de Mahoma, por una nación llamada Gezith, es decir, excomulgados de Dios, una nación era mora; y están enterrados estos mártires en Czerbella, cerca de Babilonia.

Los mencionados derviches utilizan estos cantos porque, según su orden, nadie es perfecto a menos que haya visitado las tumbas de Sahuestem y Hussem. Al ingresar a dicha orden, juran peregrinar a estos sepulcros. Estos derviches son aborrecidos y profundamente odiados por los turcos, ya que solo veneran a Hasdrit, es decir, al magnífico Ali. Después de cantar durante un tiempo, comenzaron a danzar y al final se dispusieron a descansar.

27 [julio] Caminamos por una hermosa llanura sin ríos, pero con varios pozos, y llegamos a una aldea llamada Pazardzhik. Nos refugiamos en un jardín perteneciente a un albergue, donde tenemos nuestras tiendas y pasamos la noche. En esta aldea confluyen dos caminos: uno lleva hacia Samochovo y el otro hacia Sofia.

28 [julio] Continuando nuestro camino, llegamos al puente sobre el río Jana [Topolnitsa], que había sido arrastrado por la violencia del agua. El río estaba tan crecido que era imposible vadearlo. Por ello, desviándonos hacia el noreste para buscar un punto donde pudiera cruzarse, llegamos a un pequeño pueblo

turco llamado Melithkaden., donde un aldeano nos guió por unas llanuras donde termina la región de Komayne y comienza Bulgaria. Cruzamos varios riachuelos sin nombre, que nacen al oeste del Hemo y fluyen hacia el este para desembocar en el Hebro. Finalmente, llegamos a una aldea búlgara llamada Calogherobba [Kalugerovo], donde almorzamos. Después de comer, cruzamos el río Jana no sin gran esfuerzo y comenzamos a adentrarnos en las montañas. Al anochecer, llegamos a otro pueblo búlgaro llamado Veternitz [Vetren]. Ese día, calculo que recorrimos unas treinta y cinco leguas, aunque nos desviamos ocho de nuestra ruta original debido al puente destruido.

29 [julio] Por la mañana, bajamos de la montaña donde habíamos dormido. El descenso fue bastante abrupto, aunque no tan difícil que no pudiera adaptarse para carros, pero sí muy pedregoso, aunque nada comparado con los Alpes italianos. Descendimos a una pequeña llanura y luego subimos una montaña bastante accesible hasta llegar a un pueblo llamado Watar en lengua eslava, que significa *puerta*, y en turco Capilederveam.¹⁸ Desde allí, descendimos a una hermosa llanura de quince leguas de extensión, rodeada de pequeñas montañas cubiertas de viñedos y bosques. Debido al intenso calor, tuvimos que desmontar y descansar en un pueblo llamado Ehtyman [Ichtiman], bajo dominio turco, que contaba con un hermoso hospedaje. Allí nos detuvimos unas horas antes de continuar por la misma llanura. Finalmente, tras subir y bajar otra montaña, llegamos al anochecer a un pequeño pueblo llamado Alazaclife, donde pasamos la noche. Entretanto, vinieron hacia nosotros dos enviados del Sangzache de Bosnia, con cartas que el Rey de los Romanes les había enviado

¹⁸ Se trata de la llamada puerta de Trajano.

para nosotros, pero como estas cartas estaban selladas con el sello del dicho Sangzache y se dirigían al bajá Imbrahim, quisieron caminar a posta hacia Constantinopla; nosotros les hicimos dar dos ducados de oro, y les dimos cartas para el muy ilustre bajá Imbrahim, a quien los turcos llaman Serleschler-Sultan, es decir, maestro del ejército o del campamento; y escribimos en latín al ilustre señor Aloisio Grity, para que nos reenviara nuestras cartas.

30 [julio] Continuando el camino por montañas pequeñas y llanuras, finalmente entramos en una vasta llanura, extraordinariamente fértil y habitada en su totalidad por cristianos. En medio de esta llanura hay un río muy caudaloso llamado Iscara [Iskar], que estaba crecido y desbordado en varios tramos. Sin embargo, lo vadeamos guiados por un hombre desnudo, y finalmente llegamos a un pueblo llamado Sofía. Dicho río Iscara nace en una montaña cerca de Salomono y desemboca en el Danubio.

Sofía es un pueblo muy antiguo, habitado principalmente por cristianos ragusanos. Nos alojamos en la casa del señor Benedicto de Georgiis, ragusano, y después de cenar, fuimos a los baños, que son muy bellos y saludables. El día siguiente nos quedamos en el mismo lugar debido a la muerte repentina de uno de nuestros sirvientes, lo que nos impactó profundamente. En dicha ciudad hay un templo construido por los griegos, con una torre tan imponente que mil mezquitas no podrían igualarla. Se dice que los turcos intentaron en varias ocasiones emular dicha torre, pero en vano. Las casas son todas de madera y, por ello, muy propensas a incendios. Este pueblo es muy concurrido y está habitado por una multitud de mercaderes.

1 [agosto] Partimos muy temprano de Sofía y, tras cruzar un brazo del río Iscara, continuamos nuestro camino por una amplia

llanura. Después de atravesar un afluente bastante ancho que desemboca en el Iscara, finalmente descendimos por un camino montañoso y deshabitado hasta un valle agradable, donde había una aldea de apenas diez o doce casas llamada Dragonia [Dragoman]. Allí pasamos la noche.

2 [agosto] Continuando por este valle, tras andar unos cuatro mil pasos, subimos una montaña accesible, aunque con desfiladeros estrechos, pero transitables para carros, y bajamos para vadear el río Nisava. Este río nace en las montañas cercanas, incluidas las que acabábamos de cruzar, y fluye hacia el este y el norte hasta la ciudad de Niš , donde desemboca en el río Morava. Sus aguas albergan cangrejos de río excelentes. Luego seguimos avanzando, alternando entre llanuras y montañas, hasta cerca de una ciudad que los búlgaros llaman Pirot y los turcos Darock, pasando la noche en el pueblo de Zeredoregk.

3 [agosto] Nos pusimos en camino a nuestra hora habitual, y habiendo entrado en un desfiladero, ascendimos una montaña no muy alta pero bastante escarpada. De allí, subimos otra montaña que ellos llaman Hännowitza, no muy alta pero muy estrecha, por cuyo valle corre el río Nisava y a un lado tiene un pequeño pueblo llamado Clisma Kinorwitza, donde pasamos la noche. Los aldeanos del lugar nos desearon toda la prosperidad, rogándonos que los liberáramos en unos días, y asegurándonos que no les faltarían armas, siempre y cuando alguien comenzara.

4 [agosto] Descendimos de Kinorwitza hacia una llanura adyacente a la ciudad de Niš , dejando el Nisava a mano derecha. La ciudad de Niš está situada en una llanura y cuenta con tres mezquitas. Por un lado, tiene una gran montaña, mientras que los demás costados están rodeados de marismas y pantanos. Pasamos cerca de dicha montaña, donde hay aguas termales. No en-

tramos en Niš, sino que la bordeamos. A cuatro leguas de allí, cruzamos en barca el río Morava, violento y ancho. El río Nisava desemboca cerca de Niš en el Morava. Tras cruzar dicho río, entramos en Serbia, pues el Morava separa Bulgaria de Serbia. [...]

Todos los que encontramos ese día nos animaban y, en silencio, nos exhortaban, suplicando que quisiéramos liberarlos. Entre otros, hallamos a uno que decía saber que vendríamos a liberarlos de su servidumbre, asegurándonos que, cuando llegáramos con tal propósito, cada uno de ellos mataría a diez turcos. Ese día nos quedamos en dicho villorrio, debido a los asuntos de nuestro Mahoma.

5 [agosto] Continuamos nuestro viaje por caminos montañosos, aunque bastante bien cultivados, bordeando siempre el río Morava. Este país es parte de Servia, pero ha tomado el nombre de Toplitza debido a un río del mismo nombre que fluye por esta región, y avanzamos hasta un pueblo llamado Rosine [Rachina], cerca de Kruchovacz, donde nos vimos obligados a quedar a causa de una grave fiebre que afectó al señor Jerónimo. Allí supimos por nuestro Mahoma que el señor Aloisio Grity había sido recientemente honrado con el título de protector del reino de Hungría, título que él había anhelado durante mucho tiempo para, bajo ese pretexto, arrebatar de manos de los venecianos el reino de Dalmacia, que depende de la corona de Hungría.

6 [agosto] Continuamos nuestro camino por valles y montañas no demasiado difíciles, aunque más escarpados que los anteriores y bastante estrechos. Dejando a mano derecha el río Morava, llegamos al río Dracowitzam [Trigovičza], que nace al norte de las montañas vecinas y fluye entre el sur y el este, desembocando en el mencionado río Morava. Debido a la fiebre del señor Vespasiano, nos vimos obligados a descansar en un pueblo servio

llamado Pritnoritze. Mi saboyano aquí también cayó enfermo de fiebre. Al anochecer, retomamos nuestra ruta y, tras cruzar un hermoso valle, descendimos a una aldea llamada Gerghebir, donde nos trataron bien. Hoy, según mi cálculo, hemos recorrido unas treinta leguas. Varios servios se acercaron a nosotros suplicando por su libertad, a quienes dimos ánimos. Cabe señalar en este pasaje que el emperador de los turcos recauda, de todos los vinos y trigos, el séptimo y octavo (es decir, dos de quince); por cada dos ovejas, un aspro, aunque los oficiales encargados exigen dos aspros por cada oveja. Lo mismo aplica por cada cerdo criado y, al sacrificarlo, un aspro. Además, pagan tributo por sus cabezas, hijos, tierras, casas, graneros, ventanas y cosas similares. Es una servidumbre extrañamente opresiva y miserable.

7 [agosto] Primero avanzamos por una alta llanura muy extensa, desde la que finalmente descendimos a un valle bastante escarpado, y de allí hasta el río Toplitz, que es muy violento y peligroso. Este río nace entre el occidente y el septentrión, y desemboca en el Morava, entre el oriente y el mediodía. Cerca hay un valle muy agradable, lleno de viñedos y bien habitado, por el que ingresamos a un camino pedregoso y estrecho, teniendo a nuestro lado izquierdo dicho río y, al otro lado, montañas muy abruptas, tan escarpadas que los carruajes no pueden pasar. En todo nuestro viaje, no habíamos encontrado un camino más difícil. Habíamos dejado a mano izquierda la ciudad de Escopia y, tras cruzar varias montañas menores, llegamos a una región llamada Saplana [Uscop], donde nos alojamos en un pueblo llamado Jerecain, es decir, el pueblo de los halconeros. En estas montañas se encuentran minas de cobre y plata. Este día recorrimos treinta leguas.

8 [agosto] Al principio, subimos una montaña muy alta, pero no difícil, en cuya cima hay una llanura muy amplia; caminamos sobre la cima alrededor de dos leguas, y hasta una fuente que encontramos bajo algunos árboles, donde tomamos nuestro refrigerio, y después, continuando nuestro camino sobre la cima de dicha montaña otras tres leguas, finalmente llegamos a un pueblo, que está bajo el sangiacado de Zwonick, donde comenzamos a descender dicha montaña hasta el río Ibar, que separa Servia de Bosnia. Dicho río nace entre occidente y mediodía, y lo cruzamos a vado viniendo hacia Constantinopla, cerca de Zwelfa, que es una fortaleza de Servia, en el lugar donde se une al dicho río el de Lab. Dicho Ibar entra en el río Morava, según he podido entender: primero, fluye hacia el septentrión, luego se refleja hacia el occidente, y después, gira entre oriente y septentrión, donde lo hemos cruzado; y desde allí hemos llegado a una montaña bastante fácil, sobre la que hemos caminado hasta una ciudad del todo solitaria, llamada Terboutzine, donde hicimos plantar nuestras tiendas en la campaña; y hemos caminado este día treinta leguas. Todo lo que está debajo del río Ibar, está sujeto al sangiacado de Bosnia, que actualmente tiene su residencia en Verbozana y se llama Zbowfressbegk.

9 [agosto] Al principio tuvimos siete leguas de camino montañoso, donde encontramos los lugares bien habitados y muy fértiles; llegamos al río Pinchia, que cruzamos por un puente de madera; bordeando siempre dicho río hasta la ciudad de Nomoposar [Novi Pazar], cerca de donde plantamos nuestras tiendas y dimos orden de conseguir nuevos caballos para llevar nuestros bagajes. Dicha ciudad está situada en una hermosa llanura, con algunas montañas al norte y al sur, aunque no demasiado altas. El río Pinchia nace entre el oeste y el mediodía, a unas diez leguas

de Nomoposar, y a través de dicha ciudad desciende y desemboca en el río Ibar. Hoy hemos hecho ocho leguas.

10 [agosto] Continuamos nuestro camino por lugares montañosos, pero bastante fáciles, hasta la provincia de Cinitza, donde descendimos a un burgo llamado Zymitze [Sjenica], distante de la ciudad de Nomoposar veinticinco leguas.

11 [agosto] Al amanecer, cruzamos el río Cina y, tras atravesar zonas montañosas y pantanosas, llegamos a una llanura donde unos aldeanos nos ofrecieron miel y queso. Refrescados, continuamos nuestro camino por terrenos pantanosos hasta llegar a una larga montaña más larga que alta que cruzamos por la cima hasta descender. Al pie, encontramos un pequeño río que marca la frontera entre Bossina y Hertzogovina y que desemboca en el río Cina, que a su vez desemboca en el Pinchia y finalmente en el mar en Ibar. Cruzado este río, ascendimos a otra montaña muy alta y cubierta de bosques por todos lados, caminamos tres leguas hasta llegar al monasterio de San Sava. Ese día recorrimos un total de treinta y cinco leguas. El monasterio está habitado por ermitaños, llamados calogeros, que además de trabajar tienen algunos ingresos, pero son bastante ignorantes. Según ellos, San Sava descendía de la familia de Licinio, que fue derrotado y asesinado por Constantino el Grande. Sin embargo, omiten setecientos años de genealogía, lo que hace evidente que su afirmación es completamente fabulosa.

12 [agosto] Después de haber hecho nuestras ofrendas al cuerpo de San Sava, continuamos nuestro camino por dicho valle hasta la ciudad de Prepolye, que cruzamos, junto con un puente de madera que está sobre el río Lim; y después, subiendo una montaña que tenía al mediodía la Macedonia y los montes de Albania,

que llaman Zepnagora, caminamos hasta un burgo llamado Pliente, donde pasamos la noche.

13 [agosto] Hemos caminado por bosques y montañas bastante fáciles hasta un burgo llamado Brachobb [Braca], donde hicimos plantar nuestras tiendas, y poco después vino hacia nosotros un hombre de bella apariencia, vestido como un turco, pero cristiano de fe, que tiene su morada y casa cerca de Hotsa, donde se encuentra y reside el sanjac¹⁹ de Herzegovina, que nos preguntó si el emperador de los turcos había, por juramento, prometido mantener la paz que nos había concedido: le respondimos que sí; él replicó que así como sus predecesores habían, por medio de semejantes juramentos, adquirido esta provincia y muchas otras, igualmente estos no mantendrían su juramento más tiempo del que a él le pluguiese: ¿no sabéis, dijo, la poca fe y lealtad que hay en esos bárbaros? Yo soy y quiero morir cristiano, mis parientes son en parte cristianos y los otros turcos, y viven en gran miseria bajo una intolerable servidumbre; así que, procurad estar bien advertidos, y no os fiéis de ellos más de lo debido, pues al romper su juramento, nos han reducido bajo su obediencia. Todos los pueblos de esta comarca están habitados por cristianos.

14 [agosto] Hemos caminado un poco por la cima de la montaña, de la que descendimos a un valle cerca del río Thıçhotina, que nace de la montaña cerca de Pliente, y habiendo adelantado a nuestro Mahoma, finalmente llegamos a Gotza [Foca], donde reside el sanjac de Herzegovina, que ahora se llama Peribegk Baltogly; y después de haber pasado los límites de dicha ciudad, llega-

¹⁹ Un sanjac o sanjacado era una provincia gobernada por un oficial militar llamado sanjac-bey, responsable de mantener el orden y recaudar impuestos, que reportaban a un funcionario de mayor rango, como un bajá o un valí.

mos, por un puente de madera que está sobre el río Thiçhotina, cerca del río Drina, al lugar donde hicimos tender nuestros pabellones. Allí vino hacia nosotros Marcq Ronatzith, de la más antigua nobleza de esta comarca, hombre robusto, de bella corpulencia, y grandemente estimado por el pueblo de esta comarca. Todavía es cristiano y es llamado por este pueblo Kuezy Marc, cuyo título se atribuye en lengua eslava a los condes. Dicho Marc nos envió algunos pescados y hierbas, e incluso la madre del sanjac nos envió dos melones, peras, pan y cosas semejantes; y dimos a los portadores dos dobles ducados.

15 [agosto] Estando en camino, llegamos hasta el paso del Drina, que fluye en dirección al septentrión, se refleja hacia oriente, siendo allí aumentado por el río Bistriza; y habiendo cruzado dicho río con una barca, tomamos a mano derecha y caminamos por montañas y bosques hasta una llanura, donde entramos en un burgo llamado Zagora, a razón de la comarca que ellos llaman Zagoria, que depende de la Herzegovina. En dicho lugar nos alojamos en casa de un cristiano llamado Dragonitz, cuyos hijos eran todos turcos, y sin embargo, él persistía en el cristianismo, a quien preguntamos cómo la provincia de Herzegovina había sido reducida bajo la obediencia del turco, y respondió que el emperador Mahoma se había investido de ella de la forma y por el medio que se sigue. En tiempos del rey Matías, el príncipe de esta provincia se llamaba Esteban, que era hijo de Yonck, es decir, Lupus o Wolphangus; y Esteban tenía un hijo llamado Vladislao, y habiendo dicho Esteban encontrado una cristiana para casarla con su dicho hijo, estando dicha cristiana a dichos fines venida a la casa de aquel Esteban, dicho Esteban se habría enamorado tanto de ella que la habría violado y forzado: por lo que la mujer de dicho Esteban, grandemente irritada, habría persuadido a su hijo de

retirarse hacia los turcos, para que, mediante su ayuda, echase a su padre de sus bienes y fortalezas. Entretanto, dicha mujer, con una maravillosa audacia, habiendo echado a los servidores de su marido fuera de la fortaleza de Blagay, que es fuerte y está situada cerca del río Bowna, habría mantenido dicha fortaleza contra las fuerzas de su dicho marido hasta la llegada de su hijo con la ayuda de los turcos, que una vez llegados, habrían liberado dicha fortaleza del susodicho asedio, y echado a dicho Esteban por su hijo, y tres veces tocado con su lanza (pues no lo quería herir, sino que le decía: retírate, pobre y miserable anciano, al castillo de Nouy, pues tú eres la causa de que los extranjeros hayan entrado en tus tierras). Ahora bien, dicho Esteban, habiéndose retirado a dicha fortaleza de Nouy, y viendo que sus fuerzas no eran suficientes para resistir a las de los turcos, llamó en su ayuda a los húngaros, a los que cedió la mitad de dicho castillo, reteniendo para sí la otra mitad. Después, habiendo surgido entre él y los húngaros cierto debate, cedió a los turcos lo que le restaba en dicha fortaleza, los que, después de haber tenido guerra por este motivo un año y medio continuo contra los húngaros, finalmente fueron superiores. Dicho Esteban terminó después en Constantinopla, y Vladislao, después de haber renunciado a la fe de Cristo, fue llamado Mahoma Begk, y tomó por esposa a una de las hijas de Bayaceto; y así toda esta provincia ha permanecido turca: pues la mujer de Esteban entregó la fortaleza de Blagay a los turcos. Es una provincia grande y muy fértil, por cuya pérdida la república cristiana ha recibido un daño bastante notable.

16 [agosto] Hemos caminado por lugares pedregosos y difíciles, y sobre montañas muy altas, que ellos llaman Zagorie, a razón del nombre similar que tiene la región, y está llena de montañas que en tiempo de invierno están tan cubiertas de nieve que

parece que toda la provincia sea llana. Dichas nieves son causa de que se encuentre en este mismo país gran cantidad de lobos. Después descendimos por un valle cerca del río Vissina, que, desde el mediodía, corre hacia el septentrión, y se une al Naron. Habiendo cruzado dicho río a vado, comenzamos, por caminos difíciles y pedregosos, a subir una montaña que ellos llaman Humno-rincq, es decir, homicidio, a razón de que muchos transeúntes, en tiempo de invierno, terminan sus días a causa del extremo frío y de las maravillosas nieves que allí hay. Después descendimos, no sin indecible trabajo, la misma montaña, al pie de la que había infinidad de casas y aldeas, y nos retiramos a un burgo llamado Postulyam.

17 [agosto] Continuamos nuestro camino por una llanura hasta la ciudad de Novi Pazar de Herzegovina. En el camino encontramos a varios turcos que se decían cristianos de corazón, y después, habiendo pasado varios pasos ásperos y difíciles, llegamos a un burgo llamado Treban, donde pernoctamos.

18 [agosto] Caminamos por bosques y lugares montañosos, y dejando a la derecha el castillo de Powsitel, cerca del río Narenta, pasamos el puente del río Vindareca, y llegamos al mediodía a la gabela de Narenta, donde encontramos a Basile, hijo de Anthoine Sylvanesijs, mercader veneciano, residente sin embargo en Pera, que nos recibió en su casa. Aquí encontramos al Vilchussa de los ragusanos, Blasius de Sorgha: está constituido sobre la sal, pues los ragusanos están obligados a tener allí suficiente sal para los mercaderes turcos que vienen allí, y ello bajo pena de mil aspros, a pagar cada día que no se encuentre suficiente sal. Dicha sal se hace en un castillo de los ragusanos llamado Stagno, y la hay de dos clases, roja y seminegra. Permanecemos ese día y el siguiente cerca de esta gabela.

19 [agosto] Decidimos partir esta mañana por vía marítima, y después de comer me puse solo con mi familia sobre una nave, dejando al señor Iliérosme para que atendiera nuestros asuntos, y poco después llegué cerca de la villa de San Esteban, donde hay una iglesia que en otro tiempo fue edificada por los griegos, y me embarqué en la nave de Dominicle Pastronitzyn, veneciano, que debía conducirnos hasta Jadere, y poco después subió a dicha nave el señor Iliérosme, trayendo vino, pan, ostras y otros víveres.

[Se dirigen a Lesina y la ruta continua por mar y tierra hacia Viena, donde llega el 20 de septiembre].

Bartolomeo Ramberti

Bartolomeo Ramberti ocupa un lugar singular entre los escritores venecianos del primer Cinquecento. Formado en el ambiente humanista de Aldo Manucio y luego integrado en la maquinaria diplomática de la República de Venecia, pertenece a esa generación de letrados que hicieron de la escritura una extensión del servicio público. La obra, publicada anónimamente en 1539, presenta una ambición clara: describir tres ámbitos relacionados pero distintos, el viaje de Venecia a Constantinopla, la corte del sultán y el modo del gobierno del imperio otomano. El libro aspira a ofrecer un saber útil, capaz de interesar a un lector veneciano que, en la década de 1530, no podía permitirse mirar al Imperio otomano solo como enemigo religioso o militar.

En 1525 entró en la Cancillería veneciana como secretario extraordinario del Consejo de los Diez; más tarde fue secretario de Niccolò Tiepolo, embajador ante Carlos V, y en 1532 pasó a ser secretario del Senado. Esa trayectoria lo sitúa muy cerca de los circuitos donde se elaboraba la política exterior de la República. No es irrelevante que en 1533 se le encargara acompañar a su primo Daniello Ludovisi en una embajada extraordinaria ante Soleimán. La misión respondía a una coyuntura delicada: había temor de que un incidente pusiera en peligro la paz con los turcos. Ramberti viaja como parte de una operación diplomática destinada a sostener una relación precaria.

Uno de los rasgos más valiosos del libro es que convierte el desplazamiento en conocimiento. El itinerario desde Venecia hasta Constantinopla no se reduce a una sucesión de etapas: es una forma de cartografiar un espacio político y cultural en el que se entrecruzan ciudades portuarias, fortalezas, pasos de montaña, ríos, islas, mercados y territorios bajo distintas soberanías. El lector avanza con el autor por el Adriático y los Balcanes, pero al mismo tiempo recibe lecciones de geografía histórica, etnografía y administración. Ramberti no solo dice dónde está cada lugar; se esfuerza en explicar qué fue en la Antigüedad, quién lo gobierna, qué productos circulan por él, cómo están construidas sus fortificaciones y qué tipo de población lo habita.

La llegada a Constantinopla supone un cambio de escala. Si el viaje ha servido para dibujar una periferia extensa, la ciudad imperial concentra ahora todo ese saber disperso. Ramberti la describe como una urdimbre de barrios, mercados, puertos, palacios, mezquitas, iglesias, jardines y residencias, en la que conviven turcos, griegos, judíos y mercaderes de diversas procedencias. El interés no reside solo en la abundancia de detalles, sino en la forma en que la ciudad aparece como una síntesis de imperio: heterogénea, densamente poblada, funcional, jerárquica y extraordinariamente organizada.

El texto dedica mucha atención a Pera y al serrallo, dos espacios emblemáticos pero muy distintos. Pera representa la presencia cristiana y mercantil, el barrio de los francos, mientras que el serrallo encarna la intimidad del poder otomano y su ceremonial cotidiano. La coexistencia de ambos espacios permite a Ramberti mostrar algo esencial: el Imperio otomano no es un mundo caótico o informe, sino una estructura con fronteras, mediaciones

y reglas precisas. El autor observa las diferencias, e intenta ordenarlas en categorías comprensibles para un lector veneciano.

La parte más extensa y llamativa es, sin duda, la dedicada a la corte de Soleimán y a la organización del poder. Ramberti detalla los cargos, los oficios, las jerarquías, las funciones de los eunucos, de los pajes, de los secretarios, de los guardias, de los jinetes, de los administradores y de los servidores del serrallo. Aquí el lector percibe la enorme complejidad administrativa del imperio. El libro insiste repetidamente en la disciplina, la obediencia y la capacidad de vigilancia. El serrallo aparece como una institución total, donde cada cuerpo tiene una función y donde el acceso, el movimiento y la proximidad al soberano están cuidadosamente reglados.

Como fuente histórica, el texto es de gran importancia. No solo por lo que dice sobre Constantinopla y el aparato otomano, sino también por lo que revela sobre la imaginación política veneciana. Sigue la crónica del viaje desde Ragusa y fragmentos de su estancia en Constantinopla.

Commentario delle cose de turchi (1534)²⁰

El día 9 de febrero montamos nuestros caballos partimos de Ragusa²¹ y llegamos a Trebing, 16 millas por un camino pésimo y peligroso, todas montañas de pendientes escarpadas por las que se circula mejor a pie que a caballo. En esta zona Trebing es el primer lugar de Serbia, y en la antigüedad se llamaba Misia superior [...] aquí se pasa un río llamado Trebing, del que el lugar obtuvo el nombre. El día 10 llegamos a Rudine, a 20 millas, y pasamos por el castillo de Cluaz [Klobuk], que es pequeño y está en parte arruinado. El día 11 en Curita [Korito], que es como decir pueblo de centinelas a 28 millas. El día 12 pasamos por Cervice [Cernica] y llegamos a Verba, a 25 millas.

²⁰ [Bartolomeo Ramberti] *Commentario delle cose de turchi, et del signor Georgio Scanderbeg, principe di Epiro, con la sua vita, et le vittorie per lui conseguite, et le inestimabili forze, et virtù di quello, degne di memoria*, Vinegia, 1539. De esta popular obra se conocen diversas ediciones: *Delle cose de Turchi. Libri tre. Delli quali si descriue nel primo il viaggio da Venetia à Costantinopoli, con gli nomi de luoghi antichi et moderni. Nel secondo la Porta, cioe la corte de Soltan Soleymano, signor de Turchi. Nel terzo et ultimo il modo del reggere il Stato et Imperio suo*, Vinegia, 1541. *Viaggi fatti da Vinetia, alla Tana, in Persia, in India, et in Costantinopoli; con la descrizione particolare di città, luoghi, siti, costumi, et della Porta del gran Turco; et di tutte le intrate, spese, et modo di governo suo, et della ultima impresa contra portoghesi*, Vinegia, 1543.

²¹ La ciudad amurallada conserva las dos puertas antiguas, la de Pile y la de Ploče, del siglo dieciséis, que en su tiempo contaban con un puente levadizo que la cerraba de noche.

El día 13 a Priedio, 24 millas., Pasamos por un desfiladero montañoso, y a cada lado hay un pequeño castillo, uno en ruinas y el otro todavía en buen estado, llamado Vratar. Aquí el duque Stephen tenía una guardia maldecida por todos los viajeros, que no podían circular por otro camino, porque tenían que pagar un peaje. Los castillos están contruidos en la roca viva, a los que se llega por un camino por el que sólo puede pasar una persona a la vez, que podría fácilmente ser defendido contra todo un ejército por veinte hombres solo con piedras. Debajo pasa un río llamado Drina que nace no muy lejos de aquí, y se une con otros cauces aumentando el caudal, y llega a Cozza formando un río bellissimo.

El día 14 a Orach, a 29 millas, pasando por Cozza [Foča], que es un gran asentamiento con buenas casas al estilo turco, con muchas tiendas y comerciantes. Aquí reside el sandjak del ducado, que tiene toda Serbia bajo su autoridad. Por este lugar deben pasar todas las mercancías que van de Ragusa a Constantinopla, y las que hacen el viaje de retorno a Ragusa. No se permite cruzar el río a ningún caballo que valga más de mil aspros, que son veinte ducados, y si algún viajero trae uno, debe gastar en sobornos y comida más de lo que vale el caballo en sí, o venderlo por lo que pueda. El día 15 fuimos al primer puesto de centinela de Braccha, a 25 millas, que es un lugar triste en la cima de la montaña llamada Covatz [Kovaz], que és como si se llamara montaña del herrero, donde nace mucho mineral. El día 16 cruzamos al segundo puesto de centinela llamado Vuista y al tercero llamado Pontravincome, y de allí a Plevlje, a 34 millas, que no es un lugar poco atractivo para este país. Aquí hace cinco años una caravana de mercaderes venecianos de unos quinientos caballos fue atacada por personas malvadas, que mataron e hirieron a muchos, entre los que se encontraban dos nobles venecianos, Na-

ni y Cappello. La vigilancia contra los bandoleros se mantiene de la siguiente manera: un hombre de la centinela recorre el bosque tocando un tambor y mirando si hay alguna persona al acecho, y este sonido informa a los viajeros que el paso es seguro. Los pueblos que proveen estos vigilantes están libres de todos los impuestos.

El día 17, Priepolje, a 24 millas. Cerca de este pueblo se cruza un río llamado Lim, grande y veloz que después entra en el río Drina, que es el río de Cozza, y el Drina entra en el Sava, y este después, pasado Smandría y cerca de Belgrado entra en el Danubio. Pasamos la montaña de Crauce, poco áspera. Aquí y en Plevlje, que son pueblos muy grandes y buenos, por lo que es el país, la gente es toda cristiana; y en la casa donde nos hospedamos encontramos a una mujer con siete hijos. El mayor se había hecho turco, y esto porque el sultán Selim, deseando aumentar el número de turcos, impuso un fuerte impuesto de capitación, llamado el Telotz, sobre los cristianos, pero eximió a aquellas familias que hicieran turco a uno de sus hijos. Esto indujo a muchos a liberarse de esta manera del impuesto, y una vez conseguido el sultán Selim no cumplió lo prometido y mantuvo el Telotz para todos.

El día 18 llegué a Vuatz a 32 millas, pasamos por San Sava, que es un monasterio muy grande y bueno de calogeros serbios, que visten y viven a la moda griega, pero hablan eslavo. Muestran a los viajeros el cuerpo de San Sava, que aún se encuentra en perfecto estado de conservación. Reciben más limosnas de los turcos y de los judíos que de los cristianos. Pasamos por el castillo Millesevats y el monte Molatschidi [Morlak] que es como decir montaña de los morlacos donde termina el sandjak o ducado de Serbia. Entramos en Senice, que son lugares y pueblos sujetos al sandjak de Bosnia. El día 19 fuimos a Novi Pazar, o sea mercado

nuevo, a 40 millas, que es un mercado muy grande y célebre, lleno de mercancías y tiendas, tanto turcos como cristianos. Hay mercaderes ragusanos y de otros lugares. Cerca corre un hermoso y claro arroyo que poco después desemboca en el Morava.

El día 20 a Ibar, a 16 millas, este lugar se llama Ibar por el río del mismo nombre que corre por la raíz de la montaña de plata, que sería el Mons Ródope, y después va al Morava. El día 21 a Statoria, que está en la Topliza estrecha, a 25 millas; pasamos por la montaña de la plata y cruzamos el río Topliza que entra en el Morava. Esta montaña es altísima y difícil de escalar, sobre todo en invierno, cuando está toda cubierta de alta nieve. En la cima hay un camino de un brazo y medio de ancho, por el que se ha de pasar, no sin temor por el peligro del precipicio; unas sendas de las que hay infinitas a lo largo de todo el viaje. Las raíces de dicha montaña llegan al río Hebro [Maritza], y se llama de la plata porque continuamente hay hombres que cavan plata.

El día 22 a Suatza, a 25 millas; pasamos por la Toplitz a amplia, una llanura cubierta de elevaciones y rodeada de montañas altas y amenas; el país es agradable y produce vinos deliciosos y mucho grano. El país de Toplitz no sólo es agradable y hermoso, sino también feraz y abundante de todo lo necesario para la vida. Aquí empezamos a respirar de nuevo después del largo trabajo y peligros pasados en el viaje. El día 23 a Buodga, a 27 millas; pasamos Niš, que había sido una ciudad y ahora es un buen pueblo al estilo turco, y a su lado se cruza el río Nisava, que tiene un bellissimo puente turco y entra en el Morava. Cerca de Niš, a un tiro de ballesta cruzamos el río Morava, que es largo, bello y muy veloz, y dejamos a la derecha la montaña Cunovizza a 28 millas. El día 24 Clissurisza, a 28 millas; un pueblo en Bulgaria, que se separa de Serbia por la montaña Cunovizza. [...] El día 25 llega-

mos a Zaribrod, a 32 millas; pasamos por Piroto que era un castillo amurallado construido al estilo antiguo con grandes mármoles, así llamado porqué su señor se llamaba Pietro; pasamos por Zuc-cova y el río Nisava.

El día 26 a Bellizza, 25 millas, un pueblo en la planicie de So-fía, que es muy espaciosa, bella y cultivada en gran parte. Allí na-cen trigo y arroz en abundancia, y las colinas de alrededor están plantadas de vides. En dicha llanura pastan innumerables anima-les de muchas especies. El día 27 a Sofía, 15 millas. Es una anti-gua ciudad llamada así por la Iglesia, que ahora, fuera del bazar, se llama Santa Sofía, pero ha sido convertida en mezquita por los turcos. Hay muchos comerciantes, ragusanos y judíos, pero la mayoría son turcos. Las casas son casi todas de madera o de ado-be, y pocas de piedra. La ciudad está situada en una llanura, ro-deada de montañas no muy altas, y no hay ningún rastro de mu-rallas en la superficie. Es bastante grande y el río Iskar, que es ancho y hermoso, fluye por la llanura a un tiro de arco de distan-cia. El día 1 de marzo de 1534 partimos de Sofía y fuimos al pue-blo de guardia de Vacarevo, a 28 millas. Al salir de Sofía cruza-mos dos veces el río Iskar, y todo el día cabalgamos por la plani-cie señalada sin encontrar ni un árbol. El día 2 a Vieterno [Ve-tren], pueblo de guardia a 28 millas, situado en la montaña Vas-silizza.

El día 3 a Celopinci, a 32 millas, después pasamos Bazarcich [Pazardzhik], que significa ‘mercado pequeño’, pero es un lugar de gran caserío y habitado por turcos y búlgaros; también cru-zamos los ríos Caludriz y Toponitz, que no lejos de aquí entran en el río Maritza. El día 4 a Cognuzza, un pueblo nuevo y después a Filipópolis [Plovdiv] y pasada esta ciudad el río Stanuch que en-tra en el Maritza. [...] Filipópolis es un lugar bellissimo, y cerca se

cruza el río Maritza, que es dilatado y bello [...] y sobre este río hay un puente de madera muy largo con más de treinta arcos, y por debajo pasan muchos brazos de este río. [...] El día 6 fuimos a Chiudegegnibustraman, o sea ‘pueblo de los nuevos turcos’, a 34 millas. Cruzamos el río Carmanligcioe y la fuente del rey Uchassin Mresich [...].

El día 7 fuimos a Adrianópolis, a 22 millas. Cruzamos el puente del bajá Mustafá sobre el Maritza. Es muy fino y ancho, y tiene veinte arcos, todos de mármol, con una piedra dorada en el medio, en la que están tallados en letras turcas de color azul turqués la fecha, el maestro y el autor del puente y el gasto hecho. Es una antigua ciudad de gran belleza. Las murallas que aún hoy se conservan dan testimonio de su grandiosa extensión, ya que incluso en su estado ruinoso abarcan un perímetro de unas 15 millas. Al entrar, se cruza un larguísimo puente de piedra, con altos muros de mármol a ambos lados. A un lado del puente fluye el ancho río Maritza, mientras que por el otro discurre el río Tuns, tan sinuoso que a veces parece que ambos ríos se encuentran. En la ciudad se encuentran antiguas iglesias y numerosas mezquitas, grandes casas, tiendas, jardines y obras de todo tipo de artesanía, como en la propia Constantinopla. Es aquí donde se elaboran los cordobanes de todos los colores con una calidad excepcional [...]. Hay una gran cantidad de comerciantes cristianos, pero también una población judía muy numerosa. Se estima que en Adrianópolis reside un número de almas igual o superior al de Constantinopla.

El día 8 fuimos a Sugutli, a 20 millas; un pueblo todo de turcos y cruzamos el río del mismo nombre. El día 10 a Bergas, a 28 millas; pasamos por Eschibaba, que significa ‘padre viejo’, es un buen pueblo de turcos. Se ve que Bergas había sido un castillo

muy bueno, de un perímetro de más de dos millas, y al presente es como una aldea. El día 11 a Chiorlich, a 28 millas; antes era un buen castillo, y cerca se cruza el río Chiorlich, muy rápido, pero largo y bello. El día 12 a Chiumbergasti, un pueblo de griegos a 30 millas. Pasamos por Siliurea, una ciudad antigua situada en la costa.

El día 13 llegamos a Küçükçekmece, a 20 millas, que significa ‘puente pequeño’, es un lugar bello y situado en un sitio agradable. Pasamos por Büyükçekmece, o sea ‘puente grande’, situado en un lugar bellissimo, y no lejos se encuentran vestigios de un castillo antiguo. Los puentes se sitúan sobre unos pequeños golfos que origina el mar, que hacen el entorno placentero y ameno.

El día 14 de marzo llegamos a Constantinopla, a 12 millas, y nos alojamos en Pera. [...] Al llegar nos pareció haber salido del infierno, porque todo el país que se cabalga de Ragusa hasta unas pocas jornadas de Constantinopla es en su mayor parte inculto y horrible, no por naturaleza, sino por la negligencia de los habitantes. Lleno de bosques horribles y abismos peligrosos, inseguro por los bandidos, con hospedajes tristes y miserables; es hermoso haberlo atravesado, pero es un lugar muy extraño y difícil para viajar.

Constantinopla

Después de un viaje penoso y muy peligroso, se llega por fin a un puerto seguro y tranquilísimo. Se entra en la ciudad de Constantinopla, tras las muchas fatigas e incomodidades de la cabalgata que se han soportado en el largo camino. La ciudad, antiguamente era llamada Bizancio, y después fue llamada Nueva Roma,

y luego Constantinopla, por el primer Constantino. Bizancio, según se dice, estaba en la parte que ahora es Pera, y fue así llamada por el río Bizancio, que a causa de un terremoto (que en esas partes son frecuentes), cambió su curso hacia otras partes. Pero esto no lo creo, ni me parece verosímil por la descripción de Polibio y de otros escritores, que llamaron ciegos a los calcedonios; que pudiendo edificar antes en este sitio, no lo hicieron, edificando en Asia, sin darse cuenta de la comodidad y belleza que dejaban a otros, que incluso podían habérsela quitado, como les ocurrió.

La ciudad tiene un perímetro de 18 millas, tiene siete cerros no muy altos, está rodeada de muralla triple, y llena de casas no muy buenas, sino de barro y tablas, y pocas de piedra. Está llena de bosquecillos, es decir de lugares salvajes y deshabitados, donde nacen cipreses y otros árboles. En Constantinopla está el Serrallo del Señor Turco, que es cosa singular y muy grande.

Está el Serrallo de las mujeres del Señor. El Serrallo de los Jenízaros. El Patriarcado. El palacio del emperador Constantino, que en parte está arruinado. La iglesia de Santa Sofía, que es bellísima y única; que fue fabricada por el emperador Justiniano con columnas y mármoles, como ahora se ve, antiquísimos y finísimos, de una parte el Señor Turco ha hecho una cuadra para sus caballos. Está la mezquita del sultán Mehmet, que tiene un imaret, que es como albergue, adjunto a ella; donde se aloja cualquiera de cualquier nación y ley que quiera, y se le da de comer por tres días miel, arroz, carne, pan, agua y habitación para dormir. Se dice que cada día hay más de mil huéspedes de varias naciones. Tiene contiguos a ella los baños y algunas fuentes bellísimas y deleitosísimas de ver. Están las mezquitas de los sultanes Bayaceto, Selim y otros señores, que son muy hermosas y muy

bien fabricadas. Lo que muestra que, si quisieran, sabrían hacer casas y palacios magníficos y suntuosos.

Está el Hipódromo, es decir el lugar donde antiguamente se hacían correr los caballos con la forma de teatro circo, y en medio hay una aguja, que es una columna hecha en forma puntiaguda muy bella y muy bien labrada, sin argamasa, hecha de piedras vivas unidas de manera que se eleva más de cincuenta brazos afinándose en forma de aguja; y reposa sobre cuatro bolas de mármol. Hay una columna de bronce en forma de serpiente con tres cabezas. Hay un Hércules de bronce traído de Hungría. En la parte central hay una máquina como un Coloso de mármoles diversos y hermosos, donde está esculpida la historia de estas cosas, otras que ya solían estar en el Teatro y el Hipódromo.

Hay por la ciudad muchos vestigios de antigüedades, como acueductos, arcos, columnas de pórfido, fuentes que traen agua del Danubio y de otros ríos vecinos, muchos jardines en las casas de los grandes, muchas mezquitas de señores privados, y muchísimos baños que están junto a las mezquitas, de personas privadas y de los magistrados públicos.

Al otro lado del mar, enfrente del Serrallo, se encuentran las colinas de Asia, a unas dos millas poco más o menos; que llaman ahora Natolia; y allí en las orillas hay algunos castillejos llamados Scutari. Luego Calcedonia, situada en el ángulo del Helesponto; donde se ven muchas vestigios de antigüedades; y cuando fui allí vi, labrado bajo tierra, un pozo de mármoles finísimos con un acueducto que vertía en medio de dicho pozo, con bóveda de mármoles finos sostenida por cuatro bellísimas columnas. En otros lugares aparecen muchas vestigios de iglesias antiguas, así de cristianos como de gentiles; lugares en verdad bellísimos, amenísimos, fructuosísimos.

El lugar de Constantinopla es tal que no solamente no se puede describir completamente, sino que apenas con el pensamiento se le puede alcanzar por su belleza; ciertamente es más bien para tenerlo por divino que de otra manera; ni hay quien, viéndolo, no lo juzgue digno de ser antepuesto a todos los demás sitios del mundo.

En la ciudad hay, además de los turcos, infinitos judíos, es decir marranos venidos de España, que son los que han enseñado y que enseñan todo oficio a los turcos: la mayor parte de las tiendas y oficios son de propiedad y ejercidos por aquellos marranos. Hay un lugar, que llaman Bazar, donde se venden y compran toda clase de paños y cosas turquescas, sedas, paños, linos, platas, oros labrados, arcos, esclavos y caballos; y finalmente todas las cosas que se encuentran en Constantinopla allí se llevan al mercado; que, excepto el viernes, se mantiene abierto todos los días. [...]

El sultán Soleimán tiene un serrallo en la esquina de Constantinopla, junto a los dos mares, que tiene un perímetro de unas tres millas; y en él está su sede y su corte, que se llama La Puerta. Dicho serrallo fue comenzado a construir por el sultán Maomet, y al morir quiso situarlo al nivel de su mezquita, y que le pagaran mil aspros al día, que son veinte ducados; y así se ha observado hasta ahora. Tiene en dicho serrallo infinitas cámaras muy ornamentadas, y una le está destinada, donde suele dormir; y allí tiene seis jóvenes que le sirven. De estos seis, dos cada día están destinados a los servicios de la cámara y del señor; y por la noche, hacen la guardia cuando duerme; uno en la cabecera y otro a los pies, siempre vigilantes, con dos hachas encendidas en la mano. Estos dos, cuando por la mañana visten al dicho señor, le ponen en las bolsas del caftán mil aspros en una, y en la otra veinte

ducados de oro; dinero que si no es donado por el señor durante el día, queda para quienes lo desvisten por la noche, y nunca se vuelve a poner dicha prenda, según se dice. Siempre que sale por el placer de las cacerías o de otro tipo, además de este dinero, suele llevar consigo al jefe de los tesoreros; que lleva gran cantidad de dinero para donar. El oficio de los seis jóvenes, que son cambiados según la voluntad del Señor, es: uno lleva las alabardas; otro, lleva el arco y las flechas; otro, lleva la vestimenta; otro, lleva la vasija de agua; otro, lleva la silla y el sexto, es el jefe de cámara. [...]

En el serrallo también hay unos quinientos jóvenes, de edad de ocho hasta veinte años, que son las delicias del señor; y tienen de diez hasta doce aspros al día cada uno. Son instruidos en diversas artes según su talento, pero especialmente en leer, escribir, en la doctrina de sus leyes, y en cabalgar. Sus maestros son viejos doctores de la ley. Estos muchachos, en el tiempo del Bayram, que es como entre nosotros el día de Pascua, son vestidos por el señor, unos de seda y otros de paño, sin librea; cada uno tiene el gorro de oro, arco y flechas. Nunca salen de serrallo, sino cuando están en la edad que al señor le parece que pueden ser aptos para los oficios; y entonces los hace sirvientes o de otros mayores grados, según el valor y gracia que se hayan ganado del señor. Un eunuco, jefe de jóvenes, los custodia en grupos de diez; y cada uno tiene un escaño donde duerme de tal modo que no se toca con el que tiene al lado. Están en una sala grande, llena de luz, espaciosa, y sus eunucos duermen en medio de la sala. En el serrallo tienen un jardín que ocupa más de una milla, donde hay unos 35 jardineros que son jenízaros y tienen de tres hasta cinco aspros al día cada uno; cada año los visten de paño azul, y se les da una

camisa. Luego, cuando salen del serrallo, se vuelven o jenízaros, o guardias, o porteros, según su calidad. [...]

Los jenízaros son unos doce mil, y tienen de tres hasta ocho aspros al día cada uno. Tienen sus cuarteles en dos lugares de Constantinopla, dados por el señor; donde viven los que no tienen mujer. Los casados viven en la ciudad, en varios lugares. Cada uno tiene cierta cantidad de comida al día, un dispensero y un cocinero que les preparan lo necesario. Y aquellos que tienen menos paga que los demás, por obligación sirven a los que tienen más. Cuando van al campo en grupos de cien, llevan una tienda de campaña. Van a pie: algunos son coperos, parte alabarderos, y parte usan solo la escopeta. Cada grupo de tres llevan un caballo que les transporta las pertenencias. Y cuando llegan a la vejez, o si por otra causa no le agrada al señor el servicio de alguno, los borran del libro de los jenízaros, y son enviados a ser guardias de fortalezas; y sus jefes depuestos por tal causa son enviados a gobernar un castillo con un sueldo equivalente al que tenían antes, de modo que ninguno de ellos acaba mal. Si alguno es herido en la guerra lo hacen voivoda, y es elevado de grado. Vienen de niños a esta milicia y son instruidos por expertos. Se eligen sanos, fornidos, pero ágiles y diestros, animosos sobre todo, y más bien crueles que piadosos. En estos está puesta la fuerza y toda la firmeza del estado del Turco; y siempre se ejercitan y viven juntos, vienen a ser casi un solo cuerpo; a decir verdad son terribles. [...]

Ahora, sigo como he comenzado, reservándome para otro tiempo y ocasión describir La Puerta de manera mejor y poner cada cosa en su lugar. Además de todas las cosas mencionadas, se añade un serrallo de mujeres del Señor, de perímetro bastante grande, alrededor de una milla y media; y está provisto de diversas cámaras y otras estancias, donde están los hijos del Señor se-

parados el uno del otro con sus madres, y con un gran número de eunucos para su custodia y servicio. Están también las Sultanas, es decir las madres, o bien las esposas del Señor, y hay allí unas trescientas doncellas, puestas allí siendo vírgenes y confiadas al gobierno de muchas matronas. A dichas doncellas el Señor hace enseñar diversos trabajos de bordado, dando a cada una desde diez hasta veinte aspros diarios; y cada año en las dos festividades del Bayram les hace vestir ropas de seda. De entre ellas, cuando alguna le agrada, hace con ella lo que quiere, y habiendo yacido con ella le da un gorro de oro y diez mil aspros, y la hace vivir en una estancia separada de las demás, aumentándole el salario ordinario. Y las doncellas son servidas y administradas hasta la edad de veinticinco años. Las maestras son las matronas, las subalternas son las más jóvenes de ellas; cuando han llegado a los veinticinco años, si no agradan al Señor para tenerlas a su uso, las casa con *spaccoglani*²² y con otros de los esclavos de La Puerta según los grados y condición de la una y la otra partes, y en lugar de estas hace entrar a otras.

²² Spaccoglani es la forma en que los europeos escribían e intentaban pronunciar Sipahi Oğlani. Eran los miembros de la primera división de la caballería de élite del Sultán. Vivían en Estambul, recibían un salario directo del tesoro imperial y tenían la altísima responsabilidad de custodiar el estandarte sagrado del Sultán durante las batallas.

Jacques Gassot

Jacques Gassot (1523-1585) encarna la figura del humanista y diplomático del Renacimiento francés. Nacido en el seno de una familia de la nobleza administrativa en Bourges, recibió una educación esmerada que le permitió navegar con soltura en los pasillos del poder. Su gran oportunidad llegó en 1547, cuando fue designado para acompañar a la embajada de Jean de Morvillier ante la Sublime Puerta, en un momento en que Francia, bajo los reinados de Francisco I y Enrique II, buscaba desesperadamente el apoyo del Imperio Otomano para contrarrestar la hegemonía de Carlos V y los Habsburgo y estaba interesado en conocer los recursos otomanos y su poderío.

Este viaje, no fue una mera travesía de placer, sino una misión de alta política cargada de peligros y fascinación. Al partir de Venecia y atravesar los Balcanes por tierra, Gassot se convirtió en un cronista que supo captar la esencia de un mundo que la cristiandad occidental solía observar con una mezcla de temor y desprecio. Sin embargo, su pluma se distingue por un pragmatismo y una agudeza etnográfica inusuales; Gassot no se limita a repetir tópicos, sino que describe con asombro y precisión la disciplina del ejército turco, la corte de Solimán y la maquinaria que mantenía en pie a un imperio tan vasto.

Le discours du voyage de Venise a Constantinople (1547) ²³

[Jaques Gassot parte en barco de Venecia el 17 de diciembre 1547 y llega a Ragusa], Me quedé en esta ciudad dos días al no poder encontrar un caballo, finalmente partí habiendo adquirido medicinas y con un hombre de compañía. Fui a dormir a Trebinje, al día siguiente a Rudine y Cernica, y avanzamos por las montañas de Bulgaria por el camino más desdichado que jamás haya tomado. Luego fuimos a Cochia en el país de Serbia, que es una gran pueblo muy mercantil y rico, y pasamos junto a unos bosques muy peligrosos de ladrones, donde continuamente hay gente del pueblo, exentos de impuestos y obligados a vigilar todo el día; van por los bosques buscando ladrones, y llevan un pequeño tambor que señala a los transeúntes que el paso es bueno y que no hay peligro. Desde allí fuimos a Vuats y pasamos por el monasterio de San Sava, donde hay varios monjes que viven al estilo griego, y exponen el cuerpo de San Sava a los transeúntes, que aún se conserva entero y bello, y los mismos turcos lo tienen en gran reverencia, y le hacen muchas limosnas; después llegamos a Novi Pazar, un pueblo grande, rico y mercantil, donde cambié de caballos.

²³ *Le discours du voyage de Venise a Constantinople, contenant la querele du Grand Seigneur contre le Sophi: avec elegante description de plusieurs lieux, villes et citez de la Grece, et choses admirables en icelle. Par maistre Jaques Gassot, Paris, 1550.*

Al día siguiente atravesé la montaña de plata llamada monte Rodopes por los antiguos, que es muy fastidiosa; y de esta montaña se extrae habitualmente gran cantidad de plata, que genera muchos ingresos para el Gran Señor. Más adelante vi la villa de Niš , antiguamente una gran villa y ahora un gran pueblo; y después cruzamos el río Morana, que es muy ancho y rápido. [...]

Dos días después llegué a Sofía, que se encuentra en una hermosa llanura, y lleva el nombre de la iglesia de Santa Sofía, y ahora es de turcos. Desde Sofía cruzamos dos veces el río Isca y cabalgamos todo el día por una llanura sin encontrar ningún árbol y llegamos a Vieterno, luego Celopincy, Bazaric [Pazardzhik] y a Congussa, que son pueblos grandes, y luego Filipópuli en Macedonia, una antigua ciudad construida por Filipo de Macedonia, padre de Alejandro Magno; las antiguas murallas están casi intactas, y está ubicada en parte en una pequeña montaña y en parte en la llanura; el río Hebrus pasa por allí, y desemboca en el mar Egeo cerca de Gallipoli. Lo cruzamos por un puente de madera muy ancho que tiene más de treinta arcos de largo [...].

Al día siguiente pasamos a Chiudegegnibustramen, que significa pueblo nuevo de los turcos, y llegamos a Andrinópolis, donde cruzamos el río Maritza por un puente llamado de Mustafá, que tiene veinte arcos y es todo de mármol; y en el centro hay una gran piedra dorada en la que están grabadas letras turcas que representan el año, el dueño y quien lo mandó construir, así como los gastos de su construcción. Adrianópolis y sus murallas demuestran que fue una ciudad muy grande, ahora tiene un entorno de alrededor de quince mil pies. Aquí el Gran Señor cada año suele pasar el invierno; dentro de la ciudad hay varias iglesias griegas, antiguas casas hermosas, tiendas, jardines y artesanos de todo tipo, al igual que en Constantinopla [...].

De Adrianópolis llegamos a Sugutli, lleno de turcos, donde cruzamos un río que lleva el nombre del pueblo. Al día siguiente llegamos al antiguo castillo de Bergas y luego a Chiorlich, donde pasa el río Chiorlich, hermoso y ancho; desde allí llegamos a Chiumbergasiti, un pueblo de griegos, y pasamos por la antigua ciudad de Siliurea, situada en la costa. En esta ciudad vimos el gran puente de Chachiugcheg, y cerca hay vestigios de antiguos castillos. Al final llegamos a Constantinopla el 23 de enero [1548], yo muy cansado, tanto por la duración del viaje como por el intenso frío que soporté debido a las fuertes nevadas, porque nevó sin cesar durante trece días seguidos y también durante muchas noches, lo que hacía que los caminos, especialmente en las montañas, fueran muy peligrosos, tanto por la gran cantidad de nieve, como por su estrechez y dificultad, con el riesgo de caer desde la cima.

Al llegar me dirigí enseguida a la casa del señor de Aramón, embajador del rey en este lugar, donde fui muy bien recibido, y después de haber tratado con él las cosas de mayor importancia, y entregado el paquete del rey, me retiré a una cámara para refrescarme, y he permanecido en dicha Constantinopla desde el 23 de enero hasta el segundo día de mayo, en espera de tener algún despacho para el rey para ir a la Corte, como tenía de él buena promesa: sin embargo, no se presentó la ocasión, y me llevó con él en el viaje a Persia siguiendo el campamento del Gran Señor. Ahora bien, habiendo hecho estancia en dicha ciudad de Constantinopla, durante tanto tiempo me he dedicado mucho a estudiar e informarme de todas las cosas singulares, notables, y que me parecían dignas de memoria en ella, que os envío lo más brevemente que me es posible.

Constantinopla es una ciudad situada en Tracia, antiguamente llamada Bizancio, y luego Roma Nova, Constantinopla del nombre del emperador Constantino, tiene dieciocho mil pies de circunferencia, y contiene siete pequeñas montañas, como Roma, y está rodeada de una muralla pobre, y llena de casas, hechas a la turca, es decir, de madera, tierra, y de ladrillo mal cocido, y poca piedra. De los edificios más visibles y renombrados, el primero es el Palacio del Gran Señor, que ellos llaman el Serrallo, y tiene unos tres o cuatro mil pies de circunferencia. Es maravillosamente bello, y se han traído grandes piedras de mármol de todos los colores, pórfidos, columnas y otras cosas singulares, tanto de dicha ciudad de Constantinopla como de toda Grecia y de Asia, para construirlo. No se entra dentro de las cámaras, ni en el resto del edificio, sino hasta el gran patio y algunas salas bajas donde él da audiencia tres veces por semana. Pero desde este lugar se puede reconocer exteriormente que es un magnífico edificio.

Después está el serrallo de las mujeres del Gran Señor, el serrallo de los Jenízaros, el palacio del Patriarca, el palacio del emperador Constantino, que está casi todo arruinado. También la iglesia de Santa Sofía, que es cosa bella y divina, que fue edificada por el emperador Justiniano, y tiene columnas de mármol muy antiguas, excelentes y maravillosas, tanto por la calidad de la piedra como por su tamaño y grosor. De una parte de este edificio el Gran Señor ha hecho establos para sus caballerizas, y de la iglesia ha hecho una mezquita de turcos. Las bóvedas y cúpulas están todas hechas de mosaicos. Alrededor de la iglesia hay escaleras en varios lugares para subir a un corredor o galería ancha de más de dieciséis brazas. Y en este lugar solían subir antiguamente las mujeres para oír el servicio divino, y los hombres estaban dentro de la iglesia, de modo que los hombres no veían a las mujeres, ni las

mujeres a los hombres, lo que era mala receta para aquellos que querían hacer el amor.

Hay además la Mezquita de Solimán Mehmet, donde hay un albergue contiguo en el que se alojan todas las personas de cualquier condición, ley, fe o nación que sean, y se les da durante tres días miel, arroz, carne, pan y agua, y cámara para dormir. También hay hermosos baños y fuentes muy agradables. Se ven muchas otras mezquitas, como las de sultán Selim, el sultán Bayaceto, y otros grandes señores, que son maravillosamente bellas, magníficas y suntuosas, lo que demuestra que si los turcos quisieran construir palacios y casas de piedra, sabrían hacerlo, pero tienen por malo habitar en casas de piedra, y por tanto no usan la piedra sino en iglesias.

Todas sus casas son muy bajas, hechas de tierra o de madera; y esto es general por toda Turquía. Se ve en Constantinopla el hipódromo donde antiguamente hacían correr los caballos, con la forma del teatro y arenas. En medio hay una gran aguja, que es una columna hecha en forma de aguja muy bella y bien labrada, y sin cal, hecha de piedras vivas unidas, de modo que está elevada más de cincuenta brazas, estrechándose siempre en forma de aguja o de pirámide, y está asentada sobre cuatro peñas de mármol. Además se ve una columna de bronce en forma de serpiente con tres cabezas. No hace mucho tiempo había un Hércules de bronce que había sido traído de Hungría, pero han sido retirados de este lugar. En medio hay una gran máquina como un coloso de diversos mármoles y bellos, en la que está tallada y grabada la historia de las dichas cosas y otras que antiguamente solían estar en el teatro y en el Hipódromo. Se ven por la ciudad muchos vestigios de antigüedades, como de acueductos, arcos, columnas de mármol y pórfido, fuentes traídas del Danubio y de otros ríos cir-

cunvecinos, muchos jardines en las casas de los grandes señores, apariencias y vestigios de antiguas iglesias de los griegos, baños en gran cantidad, y otros lugares como frutales, agradables y delectables.

La ciudad está habitada principalmente por turcos (pues el Señor establece en ella su asiento imperial y ordinariamente hace su residencia), también por infinitos judíos, es decir, marranos expulsados de España, que han enseñado y enseñan cada día a los turcos todo artificio manual, y la mayor parte de las tiendas son de judíos. También hay muchos cristianos mercaderes que trafican por todo el Levante. Es decir: venecianos, ragusanos, florentinos, sciotas, y pocos franceses, y otros muchos, que habitan juntos. Los embajadores están en una pequeña villa lejos de Constantinopla, unos dos tiros de ballesta. Y se va de una parte a otra con pequeñas barcas que pasan el agua en gran cantidad. Hay entremedias el gran Canal del Mar Mayor, que es el puerto de Constantinopla, el más grande, más seguro y más bello que hay en todo el mundo, donde llegan las naves, galeras y otros navíos que vienen tanto del Mar Mayor como del Ponto.

Esta pequeña villa se llama Pera, al borde del mar. Aquí se encuentra un cierto lugar que contiene noventa y dos grandes bóvedas donde están todas las galeras, naves y otras embarcaciones a cubierto, y lo llaman Arsenal. Hay gran número de personas que trabajan allí todos los días, haciendo galeras y navíos nuevos, reparando los viejos, haciendo cordajes y otros pertrechos de galera. Un poco más abajo están los cañones y artillerías en gran número, y las hay francesas, venecianas, genovesas, españolas, sicilianas, húngaras, alemanas y de todos los lugares del mundo; que han recuperado, ya sea mediante la toma de ciudades y paí-

ses que han sojuzgado, o en el mar, de galeras, fustas, naves y navíos que toman cada día.

En Constantinopla hay un lugar que llaman bezestán, que es como una gran mezquita redonda, con cuatro puertas en cruz, y alrededor tiendas de paños de oro, seda, plata y oro, telas, camelotes; y generalmente todas las cosas de valor se llevan allí a vender, como al bazar. También esclavos, cristianos viejos y jóvenes, tanto varones como hembras, y los niños pequeños de tres años y menos, que son llevados de la mano por ciertos corredores, que venden al precio del mejor postor. Si es muchacha o mujer, le ponen un velo en la cabeza que le cubre el rostro, y a todos los que la mercadean, la descubren en un rincón y le miran los dientes, las manos, se informan de su edad, si es virgen, y otras cosas semejantes como a un caballo, con gran vituperio y menosprecio de la cristiandad. Dicho bezestán está siempre abierto, salvo los viernes.

Hay también muchos lugares, donde se muestran cantidad de bestias salvajes que hace guardar el Gran Señor, como leones, leonas, linceos, lobos, leopardos, osos, asnos salvajes, avestruces en cantidad, también una cierta bestia, que unos llaman puerco marino y otros buey marino, pero yo no veo que se parezca ni a uno ni a otro; y en verdad es la bestia más vil y fea que jamás vi, dicen que ha sido traída del Nilo. En otro lugar hay dos elefantes maravillosamente grandes [...]. Las mercancías que se transportan por todo el Levante, por las Indias, Siria, Media, Persia y toda Asia, se transportan mediante camellos, y van en grandes compañías. Estas son las cosas más dignas de memoria que he encontrado en Constantinopla.

En cuanto a los turcos en particular, sobre su manera de vivir, sus leyes y maneras de proceder en justicia, su fe, religión y

oración que hacen, sus baños y cómo los usan, sus hábitos, sus estados y oficios, y el gobierno de un país tan grande que poseen, tanto en paz como en tiempo de guerra, sus capitanes y soldados, sus justicias y graves condenas a muerte, cómo gobiernan los caballos, manera de construir sus casas, las imposiciones y tributos por todo su país, cómo tratan a sus esclavos, y muchas otras particularidades que son total y directamente contrarias a nuestras costumbres, no les escribo ahora, tanto por ser cosa muy larga, como porque ha sido tratado y escrito por muchos; sin embargo, hay quienes han escrito sobre ello bastante a la ligera y de oídas. Por el tiempo que llevo por estas tierras, les prometo que he considerado y observado diligentemente sus acciones y he puesto por escrito lo que me ha parecido digno de ser notado.

Ahora prosiguiendo mi intención, les informo que habiendo decidido el Gran Señor emprender la campaña de Persia contra el Sophí, rey de ella, el más poderoso de todo el Levante, hizo saber a todos sus capitanes y gobernadores de provincias (que ellos llaman Beglerbey y sanjac-bey) que se encontrasen prestos, según su mandato, y en orden para ir a la vuelta del Levante a dicha empresa, y que se encontrasen en cierto lugar designado para allí hacer la revista de todo su campamento.

[Parte de Constantinopla para Asia Menor el 2 de mayo]

Nicolás de Nicolay

El viajero europeo del siglo dieciséis que se acercaba a Constantinopla por mar lo hacía, casi siempre, en un estado de agotamiento físico y de exaltación intelectual simultáneos. Semanas, a veces meses, de navegación mediterránea —con sus calmas chichas, sus tormentas súbitas, sus escalas en puertos donde el olor a especias y el rumor de lenguas incomprensibles anunciaban un mundo diferente— habían preparado el ánimo para el encuentro, pero nada resultaba suficiente. El Mediterráneo no revelaba sus secretos de manera gradual: la ciudad se mostraba de golpe.

Nicolás de Nicolay, cartógrafo y gentilhombre del rey de Francia, dejó testimonio de ese instante. Había partido de Marsella en julio de 1551 al servicio del embajador Gabriel d'Aramon, y el viaje había sido una sucesión de tropiezas y prodigios: tempestades en las costas de Berbería, escalas en islas del Mediterráneo, encuentros con corsarios. Setenta y ocho días después de zarpar, el 20 de septiembre, la galera de la embajada se aproximó al canal del Bósforo. El momento no fue tranquilo. Una borrasca había golpeado la embarcación con tal violencia que el cielo y el mar parecían conjurados para hundirla.

El Bósforo concentra en su angostura de apenas dos kilómetros y medio una corriente que viene empujada desde el mar Negro con una violencia que los navegantes de la época encontraban desconcertante e incluso irracional. Nicolay lo describe con precisión: la corriente era «si violente et ravissante» que, sumada al

viento contrario, hacía prácticamente imposible entrar en el canal. La embarcación hubo de rodear Calcedonia —la antigua ciudad en la orilla asiática, cuyas ruinas eran visibles— para ganar el costado favorable de la corriente, avanzando metro a metro a fuerza de remos, con la artillería cargada para el saludo protocolario de rigor.

Este primer contacto físico con el entorno de Constantinopla no era anecdótico. El clima de la ciudad, participaba de dos mundos meteorológicos. Los inviernos podían ser húmedos y fríos, con nieves ocasionales que cubrían las cúpulas de las mezquitas; los veranos eran calurosos pero temperados por los vientos del norte que descendían del Ponto Euxino. La primavera y el otoño, sin embargo, eran estaciones de una belleza que los viajeros europeos describían sorprendidos: una luz particular, dorada y limpia, que parecía emanar del agua más que del sol, y que bañaba los minaretes, las murallas y los cipreses con gran intensidad. Los jardines del Serrallo, plantados de sicomoros, plátanos orientales y frutales, se beneficiaban de una temperatura suave durante esos meses, y Nicolay los contempla como el ornamento verde de una ciudad que, desde el mar, se presentaba como un anfiteatro de cúpulas y torres emergiendo entre la vegetación.

Cuando finalmente la galera franqueó la resistencia del estrecho y entró en el puerto, el panorama que se ofrecía al viajero rompía cualquier categoría previa. No era comparable a Venecia, que era la metrópolis de referencia para la mayoría de los viajeros europeos. Venecia era horizontal, laberíntica, construida sobre la intimidad de sus canales. Constantinopla, en cambio, era vertical: una ciudad de colinas sobre las que se acumulaban cúpulas, minaretes, torres y murallas en una estratificación que el ojo tardaba en descomponer.

Nicolay, geógrafo de formación, la describe con vocabulario técnico antes que con entusiasmo: la ciudad tiene forma triangular, «dont les deux coftes font baignez dela mer». Dos de sus lados los lavan el mar: el Bósforo al este y el Cuerno de Oro al norte. El tercero lo cierra la tierra firme, protegida por las grandes murallas terrestres de Teodosio, que se mantenían en parte en pie, con sus torres semicirculares avanzando sobre la llanura tracia. Constantinopla era, ante todo, una fortaleza que era también un mercado que era también una capital imperial.

Desde la cubierta de una galera que entraba por el Cuerno de Oro, el primer plano visual lo dominaba la Torre de Gálata —llamada de Cristo o de los Genoveses—, que se alzaba sobre el barrio de Pera, en la orilla norte del estuario, como un faro pétreo de la presencia cristiana en una ciudad islámica. Frente a ella, en la orilla sur, la ciudad propiamente dicha escalaba las colinas desde el agua. El serrallo —el palacio del Sultán, cuya construcción en su forma definitiva estaba aún en curso durante la visita de Nicolay— ocupaba la punta más oriental del triángulo, el promontorio que mira al Bósforo, rodeado de jardines y de murallas propias que lo separaban del resto de la ciudad. Y sobre todo, dominando la silueta desde cualquier ángulo, Santa Sofía: la basilica de Justiniano convertida en mezquita, con sus cuatro alminares todavía no todos completos en 1551, cuya cúpula central parecía flotar sobre la ciudad con una ingravidez que desmentía su peso.

La entrada al puerto era, antes que cualquier otra cosa, una entrada al ruido. El Cuerno de Oro era uno de los puertos más activos del mundo conocido: desde las galeras de los Estados italianos hasta las naves mercantes de Ragusa, desde los barcos de provisiones que bajaban por el Bósforo desde el mar Negro hasta las barcas de pescadores que salían al amanecer, el estuario esta-

ba siempre lleno de tráfico, de voces, de chirridos de poleas y golpes de remo. Nicolay describe cómo al entrar las galeras enarbolaron sus banderas y dispararon su artillería en señal de saludo. Mientras los cañonazos de saludo aún resonaban, aparecían los primeros representantes de la ciudad. El primer dragomán del Gran Señor —intérprete jefe de la Sublime Puerta— un tal Ibrahim, de nación polaca convertido al islam, llegó al barco para recibir al embajador. Vino acompañado de «plusieurs autres grands peronnages Turcs», y el protocolo del encuentro —el descenso a tierra, los caballos preparados para la ocasión, la conducción al alojamiento en el palacio de bajá Rüstem— mostraba la naturaleza de la ciudad: un lugar donde la jerarquía se hacía visible en cada gesto.

Esta mezcla de humanidad que el viajero encontraba en el puerto era, en sí misma, una de las primeras impresiones que los relatos de viaje del siglo XVI destacaban con insistencia. Constantinopla era, en términos de composición poblacional, una de las ciudades más heterogéneas del mundo. Turcos, griegos, armenios, judíos sefardíes llegados en masa tras la expulsión de España en 1492, genoveses y venecianos con sus comunidades protegidas, esclavos de procedencias diversísimas, mercaderes, peregrinos árabes que pasaban camino de La Meca: todos ellos compartían el mismo espacio portuario, y eran distinguibles —las leyes otomanas los obligaban a serlo— por su vestimenta.

Pero si el puerto era ruido, la ciudad era, una ciudad de silencios. No de quietud, sino de silencios específicos, rituales, que se imponían sobre el fondo constante del movimiento. El primero era el del bazar: los grandes mercados cubiertos, donde se vendían las telas de los trajes de las mujeres turcas de rango, funcionaban con una discreción que sorprendía a los viajeros eu-

ropeos, acostumbrados a la gesticulación y el vocerío de los mercados mediterráneos. Los comerciantes turcos negociaban en voz baja, sentados en sus tiendas, sin vocear su mercancía. La transacción era un acuerdo entre personas, no una competición de gritos.

El segundo silencio era el de las mezquitas. Cinco veces al día, la voz del muecín desde lo alto del alminar lanzaba la llamada a la oración, y la ciudad se detenía. En los momentos de mayor actividad del bazar, en medio del tráfico del puerto, en las obras que no cesaban en ningún punto de la ciudad, llegaba esa voz que interrumpía el mundo material y recordaba que toda actividad era provisional frente a la eternidad de Dios.

El tercer silencio —y este era más inquietante— era el de la autoridad. Constantinopla era una ciudad donde el poder del sultán estaba en todas partes y raramente era visible. La policía de la ciudad, los jenízaros que patrullaban los barrios, los funcionarios que recaudaban los impuestos del mercado: todos ellos operaban con una eficacia que los viajeros europeos, acostumbrados al desorden administrativo de sus propios países, describían como admirable y aterradora. Nicolay anota la existencia de la guardia del serrallo, compuesta de quinientos hombres, todos esclavos del Gran Turco: el poder no necesitaba mostrarse porque nunca estaba ausente.

El viajero europeo que llegaba a Constantinopla no llegaba sin prejuicios; llegaba con una biblioteca. Había leído a Estrabón y a Plinio sobre Bizancio, a los cronistas de la caída de 1453 sobre el saqueo de la ciudad por Mehmed II, las relaciones de embajadas anteriores, los tratados de cosmografía que comenzaban a incluir descripciones del Imperio Otomano. Todo ese material previo condicionaba lo que era capaz de ver.

La primera impresión era también, y quizás sobre todo, olfativa. Las ciudades olían de maneras específicas y reconocibles, y Constantinopla tenía el olor de un puerto de escala de todo el comercio euroasiático. El Cuerno de Oro traía el olor del mar mezclado con el de las especias que se descargaban en sus muelles: pimienta, canela, nuez moscada, pero también los olores más ásperos de los cueros curtidos, la resina de los barcos, el sebo de la cera. Los barrios residenciales tenían el olor de la madera de sus casas, que en los meses húmedos se impregnaba de humedad y dejaba en el aire ese particular aroma a maderas orientales —cedro, ciprés— que los viajeros solían asociar con los cementerios, porque los grandes bosques de cipreses que flanqueaban los cementerios islámicos de las colinas de la ciudad eran uno de los elementos más visibles del paisaje urbano.

Había también olores de cocina: el cordero asado en los establecimientos del Gran Bazar, el pan de sésamo que los vendedores ambulantes llevaban en cestas sobre la cabeza, el café un consumo que se estaba extendiendo en la primera mitad del siglo. Los colores también sorprendían. La ciudad que el ojo europeo esperaba, formada en la piedra blanca de las ciudades mediterráneas, era en gran medida una ciudad de madera pintada, de telas de colores intensos expuestas en los bazares, de turbantes blancos y ropas en tonos que las leyes suntuarias otomanas asignaban con precisión a cada comunidad. Los judíos debían llevar turbantes o tocados amarillos; los armenios, violeta; los griegos, negro. Esta codificación cromática de la identidad religiosa era visible en cualquier calle concurrida, y le daba a la ciudad un aspecto que el viajero europeo percibía como orden y espectáculo.

Había en todo esto algo que los viajeros apenas lograban explicar: la impresión de que la ciudad no representaba una llegada,

sino un principio. Se arribaba a ella para empezar a comprender, y esa comprensión exigía tiempo. Nicolay lo entendía bien. Su libro, publicado en 1576 en Amberes, entrelaza el relato de viaje con la descripción geográfica, la historia antigua con la observación etnográfica, la experiencia personal con la reflexión política. La propia estructura del texto reproduce así la naturaleza de la ciudad: un lugar imposible de contener en un solo género, que reclama simultáneamente todos los lenguajes.

A continuación, algunos fragmentos de su obra.

Les navigations, peregrinations et voyages, faits en la Turquie (1551)²⁴

El templo de Santa Sofía, edificado en su día por Justiniano, emperador de Oriente, fue una obra de grandeza, estructura, belleza y riqueza incomparables. Su centro está hecho en cubo redondo, a la manera del Panteón de Roma, pero mucho más alto y más ancho; y hay dos órdenes de columnas de fino mármol, muy grandes, y de tal grosor que dos hombres pueden abrazarlas; luego otra fila encima, de menor altura y grosor, para sostener el cubo. Está por dentro hecho muy artificiosamente, con figuras de mosaico enriquecidas con oro y azul, y el interior del templo está todo recubierto y revestido de grandes tablas de pórfido, serpentin y mármoles de diversos colores; y los claustros de alrededor son de semejante revestimiento y material, de una singular belleza y anchura más que ordinaria. Pero a las imágenes de mosaico y otras de pintura plana, los turcos les han vaciado los ojos, porque no quieren figura ni imagen alguna, diciendo que hay que adorar a un solo Dios creador del cielo y de la tierra, no a las murallas y pinturas, que no son sino cosas muertas y que no tienen ningún sentimiento. La cubierta de este templo es de plomo. Las puertas (que son las más bellas del mundo) de fino bronce corintio, de manera que en tiempos de los emperadores cristi-

²⁴ *Les navigations, peregrinations et voyages, faits en la Turquie par Nicolas de Nicolay, Anvers, 1576.*

anos se podía llamar con razón el templo más perfecto, más rico y más suntuoso no solo de Oriente, sino también de todo el mundo. Pues había cien puertas, y más de una milla de perímetro, comprendiendo las casas de los canónigos y presbíteros. Además, era rico con 300.000 ducados del Imperio. Pero inmediatamente después de la toma de la ciudad, los turcos la convirtieron en una mezquita. Y de la mayor parte del claustro, al estar cerca del Serrallo, hicieron establos para caballos.

Además de este magnífico templo de Santa Sofía (que quiere decir Santa Sabiduría), hay en Constantinopla otras tres hermosas mezquitas acompañadas de sus imaret (que son como hospitales), fuentes y escuelas para instruir en su ley a los niños pobres. La primera de estas mezquitas e imaret fue edificada por el sultán Mehmet II, el que tomó Constantinopla; la segunda por Bayaceto, su hijo; y la tercera por Selim, padre de Solimán, el que reina actualmente; y los tres están enterrados allí, cada uno en la suya. Pero la de Mehmet es la más bella y la más rica, estando dotada con 60.000 ducados de renta; y en grandeza se acerca mucho a Santa Sofía; a su alrededor, cien casas cubiertas de plomo en cubo redondo, descubiertas, para albergar a los doctores y presbíteros de su ley; y para recibir a todos los peregrinos y viajeros extranjeros, de cualquier nación o religión que sean, y ahí pueden descansar ellos, sus sirvientes y caballos (si los tienen) tres días enteros, alojados y costeados la comida para ellos y su séquito, sin pagar ningún dinero. Luego fuera del recinto de la mezquita hay además otras 150 viviendas para los pobres de la ciudad. A todos los que allí moran, se les da cada día un aspro y tanto pan como les sea menester. Las otras dos mezquitas son casi semejantes, excepto que no son tan grandes ni tan ricas. Hay otras cuatro particulares edificadas por cuatro diversos bajás. La

primera por el bajá Daut, en tiempo de Mehmet II. La segunda por el bajá Mehmet. La tercera del bajá Halil, y la última de Mustafá, que fue en el reinado de Bayaceto II. [...]

Después de haber hablado suficientemente de las mezquitas, los baños y las posadas que hay en Constantinopla, no quiero olvidar describir el llamado bezestán, que es una gran casa de comercio, alta, construida a modo de bóveda cubierta, con cuatro puertas y otras tantas calles en su interior, todo alrededor lleno de tiendas bien surtidas de toda clase de mercancías raras y de gran valor, como joyas, piedras preciosas, pieles de martas gibelinas, sables, lobos, corderos, renos y otras finas peleterías a buen precio, en comparación con este país; donde cualquiera puede encontrar forros de largas ropas hechas de fina marta gibelina, por cuatro o cinco escudos, mientras que en otros lugares costarían veinte.

También hay toda clase de telas de oro, de plata y de seda, camelotes y finas telas de Moscovia, alfombras turcas, tapices y otras mercancías muy ricas y exquisitas. Hay además allí dentro, continuamente, gran cantidad de pobres esclavos cristianos de todas las edades y de todos los sexos, en la manera que sigue: se les ve encadenados, pues los mercaderes, que se dedican a comprarlos, los miran a los ojos, a los dientes y a todas las partes del cuerpo; se los hacen desvestir por completo y los observan caminar, para poder reconocer los defectos que podrían tener por naturaleza o por imperfección de su persona. Es cosa muy triste de ver y lamentable. Yo he visto hasta tres veces, en menos de una hora, a una joven de Hungría de trece o catorce años ser desnudada en medio del mercado y entregada a un viejo mercader turco por el precio de treinta y cuatro ducados. Espero, con la ayuda de Dios, tratar más particularmente en otro lugar sobre la

pena, calamidad y miserable servidumbre en la que se hallan los pobres esclavos cristianos en manos de esos crueles bárbaros.

El bezestán está todos los días abierto hasta mediodía, excepto los viernes, que es el día de descanso de los turcos, como para nosotros el domingo, o para los judíos el sábado. Hay varios otros mercados públicos para vender las mercancías, en una calle como una gran tienda de París; en otra, todas las clases de obras de oro y de seda hechas a la aguja; y en el mercado de los esclavos se venden las más bellas provisiones de caballos, vajillas de cuero y otras cosas gentiles y bien hechas, al uso damasquino o a la turquesca, como en todos los demás lugares de Turquía. Pero el Bezestán es el lugar donde se venden las cosas más preciosas. [...]

La cantidad de judíos habitantes por todas las villas de Turquía, y de Grecia, principalmente en Constantinopla, es tan grande, que es cosa maravillosa y casi increíble. Pues el número de aquellos que se dedican al trato y tráfico de toda mercancía, especialmente de plata usuraria, se multiplica tanto de día en día, por el gran aporte y afluencia de mercaderías que allí llegan de todas partes, tanto por mar como por tierra, que se puede decir con razón que tienen entre sus manos todas las más grandes tratos de mercancía y de dinero corriente, que se hace en todo el Levante. Y así, las tiendas y almacenes más ricos y más surtidos de fuertes mercaderías, que se pueden encontrar en Constantinopla, son los de los judíos. Además de que tienen obreros en todos los artes y manufacturas excelentes, especialmente de los Marranos [judíos] no hace mucho tiempo desterrados y expuestos de España y Portugal, los que, con gran detrimento y daño de la Cristiandad, enseñaron a los turcos muchas invenciones, artificios y máquinas de guerra, como artillería, arcabuces, pólvora de cañón, balas y otras armas. Asimismo allí han edificado Imprenta, no jamás an-

tes por allá vista en esas regiones, con la que, y en bellos caracteres, ponen en luz muchos libros en diversas lenguas, griega, latina, italiana, española, y también hebrea, que es la suya natural. Pero no les está permitido imprimir en turco ni en árabe. Así que ellos la comodidad y ventaja de saber y entender todas las otras fuertes de lenguas prácticas en el Levante: que les sirven grandemente para la comunicación y comercio que tienen con las naciones extranjeras: a las que frecuentemente sirven de dragomanes o intérpretes.

Charles Estienne

Charles Estienne (1504–1564) fue un destacado médico, escritor e impresor francés, miembro de una célebre dinastía editorial. Su labor representó una síntesis perfecta entre la divulgación del saber científico y el perfeccionamiento de las técnicas editoriales.

Su vida transcurrió en pleno apogeo del Renacimiento, un tiempo marcado por el renacer del interés en la ciencia, las artes y la cultura grecolatina. En este escenario, la imprenta emergió como el motor principal para la democratización del conocimiento. La familia Estienne concentró su actividad en París, donde consolidó uno de los talleres tipográficos más prestigiosos, caracterizado por el rigor de sus ediciones científicas, religiosas y literarias.

La producción de su taller no solo destacó por su volumen, sino por sus pautas de calidad inéditas: rigor filológico; el uso elegante y fluido de tipos griegos y latinos y la difusión de obras académicas y clásicas.

Más allá de su labor como impresor, la verdadera trascendencia de Charles radica en su capacidad para popularizar disciplinas como la anatomía, la medicina y la agricultura. Mediante el uso de libros accesibles y profundamente ilustrados, logró que sus publicaciones equilibraran la precisión científica con la claridad pedagógica. Hoy, sus obras no solo se estudian por su contenido, sino que se custodian en museos como testimonios fundamentales de la historia de la imprenta.

Su guía de viajes por Francia, España y otras regiones, inspirada en la obra pionera de Pedro Juan Villuga (1546), marcó un hito al convertirse en la primera de su tipo impresa en idioma francés, con tanto éxito que se publicaron decenas de ediciones. Se trata de recorridos que conoce por los viajeros que los recorrieron.

Les voyages de plusieurs endroits (1552) ²⁵

A Constantinopla [ruta marítima]

Venecia; puerto de Caorle; se cruza el golfo de Trieste antiguamente llamado *Sinus Illirycus*; pequeño puerto de Piran; villa y puerto de Lunago [Umag]; villa y puerto de Cittanova [Novigrad]; villa, castillo y puerto de Porec; puerto de Vrsar; Rovign; la Fazana; Brioni; villa, castillo y puerto de Pula; puerto de Santa María de Verva; puerto de San Nicolás. Se cruza el Quarnaro [golfo Kvarner], antiguamente llamado *Sinus Fanaticus*; Cres, antiguamente Crepsa; Osor, antiguamente *Absyrthis* o *Apsorus*; Borsicg; Enona; puerto de Zarra, capital de Esclavonia o Iliria que Ptolomeo llamó *Jader*; villa y castillo de Vrgada; Cassich, castillo de los turcos; Murter; San Jorge de Jure Grando; Sibenicho, llamada por Ptolomeo *Sicion*, ciudad principal de Dalmacia; villa y castillo de Liesena, isla antiguamente llamada *Pharia* ou *Paria*; Cavocesta; Curzola, isla que pertenece a los venecianos, antiguamente llamada *Curcura Melana* y por Ptolomeo *Corcyra Nigra*; se cruza el Torcole. Golfo de Neretva; Sabioncello, villa que pertenece a los señores de Ragusa; Slano; bocas del lago, donde siempre hay vientos peligrosos; Sipanska Luka; Zuljana, isla a mano derecha; Maffa y Augusta [Lastovo].

²⁵ Charles Estienne. *Les voyages de plusieurs endroits de France et encores de la terre Sainte, d'Espagne, d'Italie, at autres pays*, Paris, 1552.

[A Constantinopla, ruta de tierra]

Ragusa nueva, villa y castillo, puerto de mar y a diez millas se encuentra Ragusa vieja, que los antiguos llamaron *Epidaurus*. Se deja el mar y se desciende a tierra. Trebinje, villa principal y río del mismo nombre de Serbia, antiguamente llamada Mysia superior. Villa de Rudine, castillo de Kljuc, Korita, castillo de centinelas, Cernica, Vrba y Prijedel. Se cruza entre dos montañas entre las que hay un castillo llamado Vrataz que construyó el duque Estienne, donde se recogían los tributos de los lugareños. Aquí se encuentra la fuente del Drina, que después se convierte en gran río en Cozza [Foca]. Orach, villa y castillo; Cozza, donde el turco tiene el sanjac, y tiene bajo su mando toda la Serbia y la Mysia.

Bracha, primera guardia del Turco, lugar fastidioso en la montaña de Conaz, o sea de *seburne*; Vista, segunda guardia del Turco; Pontia Vincame, tercera guardia. Las guardias se realizan dentro de los bosques por un turco que con un pequeño tambor asegura a los viajeros el paso sin problemas. Prijepolje, después se cruza un río grande y rápido llamado Lim, que entra en el Drina que desagua en el Danubio cerca de Belgrado. Se cruza la montaña de Crance donde los cristianos pagan tributo al turco llamado Teletz; Vuatz; San Sava, monasterio de calogeros eslavos; castillo de Mileseva; Molatsidi, montaña en el confín del ducado de Serbia.

Novi Pazar, o sea mercado nuevo, donde cruza un riachuelo [Ljudska] que después entra en el Morava. Ibar, así llamado por el río que cruza por el lugar, que puede ser el Hebrus [Maritza], que circula bajo la montaña de plata que sería la Ródope de los antiguos. Statoria [Sudimlje], cerca del río Toplica, en el país llamado Toplica angosto. Pasada la montaña de plata, que en su

base se descarga incesantemente la plata de las minas, se cruza el río Toplica que entra en el Morava. Suatza y se entra al país llamado Toplica larga, fértil en trigos, vinos y frutas.

[A Constantinopla, ruta de Viena]

Niš , antigua ciudad cerrada, y ahora solo una aldea al estilo turco, por donde cruza bajo un bello puente el río Nisava que después desemboca en el Morava. A mano derecha deja el monte Catto-vizza y el castillo llamado Coprivatz [Prokuplje]. Este monte se-para Serbia de Bulgaria. Clissurizza, primer burgo de Bulgaria. Laribrotto [Dimitrovgrad], se pasa el castillo, hecho de mármol a la antigua. Se cruza el río Zuccova. Se cruza el río Nisava. Belitsa, villa, situada en la llanura feraz de Sofía. Sofía, villa así llamada por la iglesia de Santa Sofía, ahora un bazar y mercado de los tur-cos. A un tiro de arco de la villa se cruza el río Isca en la llanura señalada, donde se dice tuvo lugar la batalla entre Cesar y Pompeyo.

Vaccarevo. Pasado Pazardzhik, o sea, el mercado pequeño, aunque el pueblo es bastante grande, era la antigua Filipópolis [Plovdiv]. Se cruza el río Calydris [Kayaliyka]. Se cruza el río Topolnitsa, que desemboca en el Maritza llamado Hebrus y este en el mar Egeo hacia Galípoli. Encima hay un puente de madera que comunica esta villa, de una longitud de treinta arcos. En esta planicie, según Apiano, se tuvo la batalla de Octaviano y Marco Antonio contra Bruto y Casio. Chiudegembustramam, o sea, burgo de los nuevos turcos. Cruza el río Carmanlig, o sea, del rey y la fuente del rey Vchassin Mresich: a la orilla de la cual, Nicolás Chersovich, sirviente de dicho rey Vchassim, mató a su señor mientras

dormía de cansancio, huyendo de la ira del rey Matthias de Serbia en tiempos de Georges Despot: y desde entonces el agua de dicha fuente se volvió amarga y maloliente.

Andrianópolis [Edirne], donde se hacen buenos cordovanes. Se cruza el Maritza por un bello puente de mármol, construido por el bajá Mustafâ y tiene una longitud de veinte arcos. Por esta villa pasa el río Tundzha [Tuns], muy sinuoso. En Suguth, se cruza el río del mismo nombre. Bergas [Lüleburgaz]. Babaeski [Eschibaba], o sea, el padre viejo, un buen burgo. En Chiorlich, se cruza el río del mismo nombre. Chiumbergasty, burgo de los griegos. Siliurea [Silivri], en la costa, llamada por Jenofonte *Selimbria*, en Tracia. Cocchiuchegmeghi (Küçükçekmece), o sea, el Puente Pequeño. Biuchecmeghi (Büyüçekmece), o sea, el Puente Grande, situado sobre un gran lago de Constantinopla.

La ciudad es de longitud y anchura de unos dos mil pasos: dividida en tres partes, en una habitan los *perots* (habitantes de Pera); en la otra los griegos, y en la tercera los Turcos. A un gran tiro de arcabuz hay una pequeña ciudad separada del mar, que se llama Pera, donde se alojan los cristianos que ellos llaman francos.

Ogier Ghiselin de Busbecq

Nacido en 1522 en el seno de una familia noble de Flandes, entonces parte de los Países Bajos españoles, desempeñó el cargo de secretario del rey de Hungría y Bohemia, Fernando I de Habsburgo, hermano menor de Carlos V y futuro emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. El rey lo convocó de urgencia para sustituir al embajador Juan María Malvezzi que había regresado de Constantinopla quebrado físicamente por el cautiverio; su muerte poco después confirmó los peligros de la Sublime Puerta, donde los embajadores eran tratados como rehenes y amenazados por los bajás con regresar sin nariz ni orejas a sus soberanos. Busbecq aceptó el encargo con una celeridad asombrosa.

La crónica de su viaje es un ejercicio de precisión geográfica y científica. Desde Viena, pasó por Fiscagmund, cruzó el río Waag en Komorn, el último baluarte antes de territorio turco. Atravesó el Danubio hacia Buda y Belgrado, cruzando los Balcanes por Sofía y Adrianópolis. En su travesía, documentó fenómenos naturales con ojo crítico. Tras llegar a Constantinopla en enero de 1555, fue enviado a Amasia para entrevistarse con Solimán el Magnífico. El trayecto por Asia Menor le permitió observar la vida de los pastores de Angora y sus cabras de lana sedosa. En el campamento turco, le impresionó la disciplina: miles de jenízaros mantenían un silencio tal que Busbecq los comparó con monjes. Esta atmósfera contrastaba violentamente con el estrépito de las milicias europeas.

Busbecq analizó las figuras del poder otomano con una mezcla de horror y admiración: Solimán el Magnífico: de porte majestuoso pero semblante severo. Notó que ocultaba su palidez y enfermedad tras capas de *rouge* para proyectar fortaleza. El bajá Roostem: gran visir y yerno de Solimán, antiguo cuidador de cerdos y un genio financiero marcado por una gran avaricia, fue el principal antagonista diplomático de Busbecq. El bajá Ali: segundo visir, de origen dálmata. Lo describe como un caballero gentil que representaba la cara más humana de la diplomacia otomana.

En su residencia en Constantinopla, recopiló valiosa información sobre la cultura y sociedad otomana. Sus aportaciones culturales fueron vastas, entre ellas introdujo el tulipán y los lilas en Europa, que plantaría en su jardín. El hallazgo más significativo fue la inscripción de los logros de Augusto, que mandó copiar meticulosamente. Recopiló cientos de manuscritos para la Biblioteca Imperial de Viena.

Busbecq fue un observador atípico entre los europeos de su época. Mientras la mayor parte de los escritos cristianos sobre los turcos estaban dominados por el odio religioso, el desprecio cultural o el miedo irreflexivo, ofrece una imagen compleja y matizada del Imperio Otomano. El humanista reconocía abiertamente las virtudes del adversario: la sobriedad y la eficacia logística de los ejércitos del sultán, la meritocracia del sistema administrativo otomano, cierta tolerancia hacia las minorías religiosas.

Su informe final fue una advertencia sombría: una Europa fragmentada por vicios y ambiciones nobiliarias difícilmente podría resistir ante una potencia que unía recursos inmensos con una disciplina férrea. Al reflexionar sobre el destino de la Cristiandad, Busbecq dejó plasmado su temor ante la superioridad militar otomana: «veo que se están afilando las flechas para nuestra

destrucción;». Décadas de servicio culminaron en su muerte en 1592 tras un incidente con merodeadores en Normandía.

Itinera Constantinopolitanum et Amasianum (1554-1555) ²⁶

A mi llegada a Viena, fui presentado al rey Fernando por John Van der Aa, miembro de su consejo privado. Me recibió con amabilidad, lo que es característico de su trato con aquellos de quienes ha formado una opinión favorable sobre su lealtad y honestidad. Me contó extensamente sus esperanzas en relación conmigo y lo importante que era para sus intereses que aceptara el cargo de embajador y partiera de inmediato. Me informó que le había prometido al bajá de Buda que su embajador estaría allí sin falta a principios de diciembre [1554], y estaba ansioso de que no hubiera falta de puntualidad por parte de su representante, para evitar que los turcos tuvieran un pretexto para no cumplir los compromisos que habían asumido en consideración de esta promesa.

El rey no dejaba de presionarme para partir, y yo había estado ocupado arreglando y empacando desde las tres de la mañana, y con gran dificultad logré completar mis preparativos poco después del anochecer. Abrieron las puertas de Viena, que a esa hora estaban cerradas, y me puse en marcha. El rey había ido a cazar, y cuando se fue me dijo que estaba completamente seguro que a

²⁶ *Itinera Constantinopolitanum et Amasianum*, Antuerpiae, 1581. Reeditado con el título *Legationis Turcicae epistolae quatuor*, Francofurti, 1595. Sigo el viaje en la traducción de Francis Henry Blackburne Daniell y Charles Thornton Forster, *The life and letters of Ogier Ghiselin de Busbecq*, London, 1881.

su regreso de noche, yo ya estaría en ruta. Y así fue, pero con muy poca diferencia entre el momento de su regreso y el de mi partida. A las once de la noche llegamos a Fiscagmund,²⁷ una ciudad de Hungría, a cuatro millas de Viena, donde paramos a cenar, ya que en nuestra prisa habíamos salido de Viena sin cenar, y continuamos el camino hacia Komorn.²⁸

Una de las instrucciones del rey era que debía encontrar a un tal Paul Palyna en Komorn, quien tenía un gran conocimiento de los ataques y robos de los turcos, y llevarlo conmigo a Buda, ya que, contar con él para orientarme, sería una gran ventaja al protestar ante el bajá por los ultrajes y exigir satisfacción. Pero para Palyna comenzar puntualmente parecía ser lo más improbable, y en consecuencia, cuando llegué a Komorn, él aún no había Salido de su casa, y nadie podía informarme sobre cuándo era probable que llegara. Estaba muy molesto, envié un informe sobre el asunto al rey Fernando y dediqué el siguiente día a esperar a este valioso compañero en Komorn, pero en vano, así que al tercer día crucé el río Waag [Váh] y continué mi camino hacia Gran, la primera fortaleza dentro de la línea fronteriza turca.

²⁷ La actual Fischamend es una ciudad de Austria, al lado del río Fischa, que desemboca en el cercano Danubio. En época medieval fue punto estratégico en la defensa del reino de Hungría de las invasiones otomanas.

²⁸ La Komárno actual, es una ciudad eslovaca situada entre los cursos de dos ríos, el Danubio y el Váh, cuando Ghiselin realizó su viaje era frontera entre los imperios Habsburgo y otomano. Las antiguas defensas medievales habían dado paso a una imponente fortaleza, erigida durante el reinado de Fernando I, en respuesta a la constante amenaza de los turcos. Se amplió demostrando su solidez al resistir con éxito los ataques del ejército otomano, y la ciudad experimentó un notable florecimiento con la erección de iglesias y palacios. Pero la prosperidad de Komárno sufrió dos reveses devastadores, los terremotos de los años 1763 y 1783, que la arruinaron en gran parte.

El oficial al mando en Komorn, John Pax, me había proporcionado una escolta de dieciséis húsares, como llaman los húngaros a estos jinetes, con órdenes de no dejarme hasta llegar a la vista de los puestos avanzados turcos. El oficial turco al mando en Gran me había dado a entender que sus hombres me encontrarían a mitad de camino entre esa ciudad y Komorn. Durante unas tres horas, avanzamos por un terreno llano y abierto, cuando aparecieron cuatro jinetes turcos a lo lejos, sin embargo, mis húngaros continuaron montando conmigo, hasta que al final les aconsejé que se retiraran, temiendo que, si se acercaban más, pudiera producirse alguna contrariedad o ruptura de la paz. Cuando los turcos me vieron aproximar, se acercaron y, deteniéndose junto a mi carruaje, me saludaron. De esta manera avanzamos una corta distancia conversando entre nosotros, ya que tenía un joven que actuaba como intérprete.

No esperaba que a mi escolta se sumara nadie más, cuando de repente, al llegar a un lugar un poco más abajo del nivel del resto del país, me encontré rodeado por una tropa de unos 150 jinetes, más o menos. Nunca antes había visto tal espectáculo, y estaba encantado con los alegres colores de sus escudos y lanzas, sus sables engarzados de joyas, sus plumas de muchos colores, sus turbantes de un blanco puro, sus túnicas de púrpura y verde oscuro, sus valientes corceles y magníficos arreos.

Los oficiales se acercan montando, me dan una amable bienvenida, me felicitan por mi llegada y preguntan si he tenido un viaje agradable. Respondo con términos adecuados a la ocasión, y me escoltan hasta Gran,²⁹ que consiste en un fuerte situado en una colina, bajo la que fluye el Danubio, y un pueblo cercano en una

²⁹ La ciudad de Gran, ahora Esztergom.

llanura, donde me alojé. El arzobispo de este lugar ocupa el primer lugar entre los nobles de Hungría tanto en rango como en riqueza. Mi alojamiento tenía más de campamento que de ciudad, porque en lugar de camas había tablas cubiertas con alfombras de lana gruesa, y no había colchones, ni ropa de cama. ¡Y así mis acompañantes tuvieron su primera experiencia de lujo turco! Pero yo había traído mi cama conmigo.

Al día siguiente, el sanjac-bey al mando del lugar me instó repetidamente a visitarlo. Este es el título que los turcos dan a un oficial al mando, y el nombre proviene del sanjac, o estandarte, que se lleva delante de un escuadrón de caballería. Consiste en una lanza, y en la parte superior hay una bola de latón chapada en oro. No tenía cartas ni comisión para este oficial, pero era tan persistente que tuve que ir. Resultó que todo lo que quería era verme, hacer algunos cumplidos, preguntar mi cometido, instarme a promover la paz y desearme un viaje próspero. En mi camino hacia sus alojamientos me sorprendió escuchar a las ranas croar, aunque era diciembre y hacía frío. El fenómeno se explicaba por la existencia de algunas pozas formadas por manantiales de azufre caliente.

Buda

Dejé Gran después de un desayuno, que también tuvo que servir como almuerzo, ya que no había ningún lugar de descanso entre Gran y Buda. A pesar de mis súplicas de que se ahorrara la molestia de prestarme tanta atención, el sanjac-bey insistió en escoltarme con toda su comitiva y la caballería bajo su mando. Mientras los jinetes salían por las puertas, se dedicaron a simular

combates y realizaron varias hazañas, y una consistía en lanzar una pelota al suelo y recogerla en la punta de la lanza a toda velocidad. Entre los soldados había un tártaro con el pelo largo y espeso, y me dijeron que nunca llevaba otra cubierta en la cabeza que la que la naturaleza le proporcionaba, ya sea para protegerse del clima en una tormenta o de las flechas en una batalla. Cuando el sanjac-bey consideró que habíamos ido lo suficientemente lejos, nos saludamos y él regresó a casa, dejando una escolta para llevarme a Buda.

A medida que me acercaba a la ciudad, fui recibido por unos pocos turcos que eran *cavasses*³⁰ de profesión, actúan como funcionarios y ejecutan las órdenes del sultán y los bajás. Los turcos consideran que el cargo de *cavasse* es de gran honor. Me condujeron a la casa de un caballero húngaro, donde, debo decir, mi equipaje, carruaje y caballos fueron tratados mejor que su dueño. Lo primero en lo que los turcos se ocupan es de situar carruajes, caballos y equipaje en lugares seguros, en cuanto a los seres humanos, consideran que han hecho lo suficiente por ellos si los ponen a salvo del viento y el mal tiempo.

El bajá, cuyo nombre era Touighoun (que, por cierto, significa cigüeña en turco), envió a alguien para atenderme y rendirme sus respetos, y me pidió que le perdonara por no recibirme durante varios días debido a la grave enfermedad que estaba sufriendo, y me aseguró que me atendería tan pronto como su salud

³⁰ Los *cavasses* o *kavases* eran una especie de guardias o policías del Imperio Otomano que se encargaban de mantener el orden y la seguridad. Su función principal era proteger a los altos funcionarios del gobierno y a los diplomáticos extranjeros, y también se les asignaban tareas administrativas y de mensajería.

se lo permitiera. Esta circunstancia evitó que mi negocio sufriera en absoluto debido al retraso de Palyna, y también le permitió evitar el cargo de negligencia intencional, ya que fue diligente para llegar a tiempo y poco después hizo su aparición.

En Buda hice mi primer encuentro con los jenízaros, este es el nombre con el que los turcos llaman a la infantería de la guardia real. El estado turco cuenta con doce mil de estos soldados cuando el cuerpo está completo, y se encuentran dispersos por todas las partes del imperio, ya sea para guarnecer los fuertes contra el enemigo o para proteger a los cristianos y judíos de la violencia de la multitud. No hay distrito con una cantidad considerable de población, ni vecindario ni ciudad, que no tenga un destacamento de jenízaros para proteger a los cristianos, judíos y otras personas indefensas de ultrajes e injusticias.

No tendré tiempo para darte una descripción completa de la buena ciudad de Buda, pero para no pasarla por alto por completo, te daré un bosquejo que sea adecuado para una carta, aunque no sea suficiente para un libro. La ciudad está construida en la ladera de una colina, en una ubicación encantadora, con un país rico y fértil alrededor. Por un lado, está bordeada por colinas cubiertas de viñedos, y por el otro ofrece vistas al Danubio, que fluye junto a sus murallas, con Pesth y amplios campos al otro lado del río. Bien podría esta ciudad ser seleccionada como la capital real de Hungría.

En tiempos pasados estuvo adornada con magníficos palacios de la nobleza húngara, algunos se han derrumbado, y otros solo se mantienen en pie gracias a un uso generoso de puntales y soportes. Los ocupantes de estas mansiones suelen ser soldados turcos, quienes, dado que su paga diaria es todo lo que tienen para vivir, no pueden destinar nada para reparar los muros o com-

poner los techos de estos vastos edificios. En consecuencia, no les preocupa si el techo filtra agua o la pared se agrieta, siempre y cuando encuentren un lugar seco para alojar a sus caballos y hacer su propia cama. En cuanto a las habitaciones de arriba, piensan que no es asunto suyo, así que dejan a las ratas y ratones que las disfruten plenamente. Otra razón para esta negligencia es que es parte de la creencia turca evitar el exhibicionismo en cuanto a edificaciones, al considerar que un hombre se da importancia y no comprende su posición si pretende tener una casa ostentosa, pues mues-ra así, según su noción, que espera que él y su casa duren para siempre. Quieren usar las casas como los viajeros las posadas, y si sus viviendas los protegen de los ladrones, les brindan calor y sombra y los resguardan de la lluvia, no necesitan nada más. En toda Turquía sería difícil encontrar una casa, por más elevado o rico que sea su dueño, construida con el más mínimo cuidado por la elegancia. Todos viven en chozas o cabañas. A las personas importantes les gustan los hermosos jardines y los suntuosos baños, y se preocupan por tener casas espaciaosas para acomodar a sus séquitos, pero en ellas nunca verás una galería distinguida o un salón que valga la pena ver, ni nada que atraiga la atención con su grandeza. Los húngaros también siguen la misma práctica, porque con la excepción de Buda, y tal vez Presburgo [Bratislava], apenas encontrarás una ciudad en toda Hungría que contenga edificios de alguna pretensión. Por mi parte, creo que esta es una costumbre muy antigua y surge del hecho de que los húngaros son una nación guerrera, acostumbrada a la vida de campamento y a expediciones lejos de casa, por lo que cuando vivían en una ciudad lo hacían como hombres que pronto debían abandonarla.

Al fin, el 7 de diciembre, el bajá estuvo listo para recibirme. Le di un regalo con la esperanza de asegurar su favor y luego procedí a quejarme de la arrogancia y malas acciones de los soldados turcos. Demandé la restitución de los lugares que nos habían sido arrebatados en violación del alto el fuego y que él se había comprometido a devolver a mi señor cuando enviara un embajador. El bajá respondió con quejas tan graves como las mías sobre las pérdidas y lesiones que había sufrido a manos de nuestra gente. En cuanto a devolver los lugares, se refugió en el siguiente dilema: ‘Yo’, dijo, ‘o no prometí devolver estos lugares, o prometí devolverlos. En el primer caso, no estoy obligado a devolverlos, mientras que en el segundo caso, un hombre de tu inteligencia debe comprender que hice una promesa que no tengo ni el derecho ni el poder de cumplir, ya que mi señor me ha encomendado la tarea de ampliar su dominio, no de disminuirlo, y no tengo derecho a dañar su propiedad. Recuerda que se trata de su interés, no del mío. Cuando lo veas, puedes pedirle lo que quieras’. Concluyó diciendo que ‘estaba muy mal de mi parte molestar a un hombre aún débil por la enfermedad con un largo discurso sobre nada’. Dando esta providencia con aires de juez, me dieron permiso para irme. Lo único que logré con esta entrevista fue la conclusión de un alto el fuego hasta que llegara una respuesta de Solimán.

Belgrado

Nuestro negocio en Buda, en la medida en que pudimos lograrlo, había concluido de esta manera, y mi compañero partió de regreso al rey, mientras que yo, con mis caballos, carruajes y personas,

subí a bordo de algunas embarcaciones que nos estaban esperando y navegamos por el Danubio hacia Belgrado. Esta ruta no solo era más segura que la terrestre, sino que también ocupaba menos tiempo, ya que, cargado como estaba con equipaje, me habría llevado al menos doce días en el camino, y también habría habido peligro de un ataque de los *heydons*, así es como los húngaros llaman a los *banditti* que han dejado sus rebaños y se han convertido en una especie de soldados y salteadores. En la ruta fluvial no había temor a los *heydons*, y el viaje duró cinco días.

El bajel en el que navegaba era remolcado por una nave tripulada por veinticuatro remeros, y los otros dos por una pareja. Con la excepción de unas pocas horas durante las que los desafortunados galeotes esclavos y la tripulación comían y descansaban, viajábamos incesantemente. En esta ocasión me impresionó mucho la temeridad de los turcos, ya que no dudaron en continuar su viaje durante la noche, aunque no había luna y estaba completamente oscuro, en medio de una fuerte ventisca. A menudo, y con gran peligro, nos encontrábamos con molinos y troncos y ramas de árboles que sobresalían de las orillas, de modo que con frecuencia el barco era atrapado por la ventisca y se estrellaba contra los troncos y ramas que bordeaban el río. En tales ocasiones, me parecía que estábamos a punto de despedazarnos. Una vez, de hecho, se estrelló y se llevó por delante parte de la cubierta. Salté de la cama y le rogué a la tripulación que tuviera más cuidado. Su única respuesta fue ‘Alaure’, es decir, ‘Dios nos ayudará’, y así regresé como pude a mi cama y mi siesta. Me atreveré a hacer una predicción, y es que este modo de navegación algún día causará un desastre.

Durante el viaje vi Tolna,³¹ una importante ciudad húngara que merece una mención especial por su excelente vino blanco y la cortesía de la gente. También vi el fuerte Valpovar [Valpovo], que se encuentra en un terreno elevado, así como otros castillos y ciudades, y tampoco dejé de notar los puntos en los que el Drava, por un lado, y el Theiss [Tisza], por el otro, desembocan en el Danubio.

Belgrado, se encuentra en la confluencia del Sava y el Danubio, en el vértice del ángulo donde se unen estos ríos, la ciudad vieja aun se mantiene de pie, construida en un estilo anticuado y fortificada con numerosas torres y una doble muralla. Por dos lados es bañada por los ríos que mencioné, mientras que por el tercero, que la une a la tierra, tiene una ciudadela de considerable fortaleza, situada en una colina, compuesta por varias altas torres construidas de piedra labrada. Frente a la ciudad hay suburbios muy grandes, contruidos sin ningún tipo de regla, habitados por personas de diferentes nacionalidades: turcos, griegos, judíos, húngaros, dálmatas y muchos más. De hecho, en todo el imperio turco, los suburbios, en general, son más grandes que las ciudades, y junto a las ciudades dan forma a un lugar muy considerable.

Niš

Habiendo adquirido en la ciudad lo que considerábamos necesario para nuestro viaje por carretera, dejando a Semendria, antiguamente una fortaleza de los déspotas de Serbia, a nuestra izquierda, comenzamos el viaje hacia Niš . Cuando llegamos a un

³¹ Tolna, la moderna Szekszárd.

terreno elevado, los turcos nos mostraron las montañas nevadas de Transilvania a lo lejos, y también nos indicaron mediante señales el lugar cerca del que todavía se pueden ver algunos restos del puente de Trajano. Después de cruzar un río, llamado Morava por los lugareños, nos alojamos en un pueblo llamado Jagodin, donde tuvimos la oportunidad de presenciar las ceremonias fúnebres del país, que son muy diferentes a las nuestras.

El cuerpo fue colocado en una capilla, con el rostro descubierto, y junto a él se colocaron alimentos en forma de pan y carne, y una copa de vino. La esposa se mantuvo junto a su lado, al igual que la hija, vestidas con sus mejores ropas, esta última llevaba un tocado de plumas de pavo real. El último regalo que la esposa hizo a su esposo, después de haber sido velado, fue una gorra púrpura del tipo que las jóvenes usan en ese país. Luego escuchamos llantos y lamentos, mientras le preguntaban al difunto ‘¿Qué habían hecho ellos para que él los abandonara? ¿Habían fallado de alguna manera en mostrar sumisión hacia él o en atender a su comodidad? ¿Por qué los dejó solos y en la miseria?’, entre otras cosas. Las ceremonias religiosas fueron llevadas a cabo por sacerdotes de la Iglesia Griega. Observé en el cementerio una gran cantidad de figuras de madera de ciervos, cervatillos, etc., colocadas en la parte superior de postes o palos. Al preguntar la razón, me informaron que los esposos o padres colocan estos monumentos como recuerdo de la disposición y cuidado con que las esposas e hijas habían cumplido con sus deberes domésticos. En muchas de las tumbas había mechones de pelo colgando, que las mujeres y las niñas habían puesto allí para mostrar su dolor por la pérdida de sus familiares. También nos enteramos de que era costumbre en estas tierras que, cuando los ancianos habían arreglado un matrimonio entre un joven y una joven, el novio se lle-

vara a su esposa por la fuerza. Según sus ideas, sería muy indecoroso que la chica consintiera en el acuerdo.

No muy lejos de Jagodin llegamos a un pequeño arroyo, al que los habitantes llaman Niš [Nissus]. Lo mantuvimos a nuestra derecha, siguiendo su orilla hasta llegar a Niš. Un poco más adelante, encontramos en la orilla (donde aún quedaban vestigios de un antiguo camino romano) un pequeño pilar de mármol con una inscripción en latín, pero tan mutilada que no se podía descifrar. Niš es una ciudad pequeña de cierta importancia, a la que la gente del país suele acudir con frecuencia.

Ahora debo contarte algo sobre las posadas que utilizamos, ya que es un tema del que has estado queriendo información durante algún tiempo. En Niš me hospedé en la posada pública, llamada caravasar por los turcos, el tipo más común de posada en esa zona. Consiste en un enorme edificio cuya longitud supera ligeramente su anchura. En el centro hay un espacio abierto donde los camellos y su equipaje, así como los mulos y carros, deben ser alojados. Este espacio abierto está rodeado por un muro de aproximadamente tres pies de altura, y está unido a la pared exterior que rodea todo el edificio. La parte superior del primero es plana y tiene alrededor de cuatro pies de ancho. Esta plataforma sirve a los turcos como dormitorio, comedor y cocina, ya que aquí y allá se construyen chimeneas en la pared exterior, que te mencioné que encierra todo el edificio. Así que duermen, comen y cocinan en esta plataforma de tres pies de altura y cuatro pies de ancho, y esta es la única diferencia entre sus alojamientos y los de los camellos, caballos y otras bestias de carga.

Además, tienen sus caballos sujetos al pie de la plataforma, de manera que sus cabezas y cuellos sobresalen por encima de ella. Mientras sus amos se calientan o cenar, los animales permanecen

junto a ellos como si fueran sirvientes, y a veces reciben un pedazo de pan o una manzana de la mano de su amo. En la plataforma también arreglan sus camas, primero extienden la alfombra que llevan para ese propósito detrás de sus sillas de montar, encima colocan un abrigo, mientras que la silla de montar les sirve de almohada. Una túnica, forrada con pieles y que llega hasta los tobillos, les sirve como ropa durante el día y como manta por la noche. Y así, cuando se acuestan, no tienen lujos que eviten el sueño. En estas posadas no hay privacidad en absoluto, todo se hace en público y la única cortina para protegerse de la gente es la oscuridad de la noche.

Estaba muy disgustado con estas posadas, ya que todos los turcos nos miraban y preguntaban por nuestras costumbres y maneras, y siempre hacía todo lo posible por hospedarme con algún pobre cristiano, pero sus chozas son tan estrechas que a menudo no había suficiente espacio para una cama, por lo que a veces tenía que dormir en una tienda de campaña y a veces en mi carruaje. En ciertas ocasiones me alojé en una posada turca, que son edificios convenientes y bien contruidos, con habitaciones separadas, y no se le niega la entrada a nadie, ya sea cristiano o judío, rico o mendigo. Las puertas están abiertas para todos por igual, y son utilizadas por los bajás y sanjac-beys cuando viajan. La hospitalidad que encontré en estos lugares me pareció digna de un palacio real, y es costumbre proporcionar comida a cada persona que se hospeda allí, así que cuando llegaba la hora de la cena, aparecía un asistente con una enorme bandeja de madera tan grande como una mesa, y en el centro había un plato de gachas de cebada y un trozo de carne. Alrededor del plato había panes y a veces un poco de miel en panal.

A los viajeros se les permite disfrutar de esta hospitalidad durante tres días completos, una vez que han transcurrido, deben cambiar de hospedaje. En estos lugares encontré, como ya te he contado, alojamientos muy convenientes, pero no se encontraban en todas partes. A veces, si no conseguía una casa donde alojarme, pasaba la noche en un establo de ganado. Solía buscar un establo grande y espacioso, en una parte había una chimenea normal, mientras que la otra parte se destinaba a las ovejas y los bueyes. Es costumbre, debes saber, que las ovejas y el pastor vivan bajo el mismo techo.

En nuestro camino de Niš a Sofía tuvimos buenos caminos y buen tiempo, considerando la temporada del año. Sofía es una ciudad de buen tamaño, con una población considerable tanto de residentes como de visitantes. Anteriormente, fue la ciudad real de los búlgaros, posteriormente (a menos que me equivoque), fue la sede de los déspotas de Serbia, mientras la dinastía aún existía y no había sucumbido al poder del turco.³² Después de dejar Sofía, viajamos durante varios días a través de campos fructíferos y valles agradables, pertenecientes a los búlgaros.

Adrianópolis

Para descender a la llanura que se encuentra frente a Filipópolis es necesario cruzar la montaña por un paso muy difícil. Los turcos llaman a este paso *Capi Dervent*, que significa Puerta Es-

³² En el año 1389, se produjo el final del Estado medieval serbio como resultado de la batalla de Kosovo, cuando cayó bajo el dominio del Imperio otomano. Sin embargo, el Despotado de Serbia logró sobrevivir por un tiempo antes de ser conquistado definitivamente por los turcos en 1459.

trecha.³³ En esta llanura, el viajero pronto se encuentra con el río Hebrus [Maritza], que se origina no muy lejos en el monte Ródope. Antes de cruzar el paso que mencioné anteriormente, tuvimos una buena vista de la cumbre del Ródope, que se destacaba fría y clara con su cubierta de nieve. Los habitantes, si no me equivoco, llaman a la montaña Rulla.³⁴ Recuerdo que, en mi regreso, crucé el Hebrus por un vado cerca de Filipópolis para llegar a una isla, donde dormimos bajo una carpa.³⁵ Pero el río creció durante la noche y al día siguiente tuvimos grandes dificultades para cruzarlo de nuevo y retomar nuestro camino.

Hay tres colinas que parecen haber sido arrancadas del resto de la cordillera. En una de estas está situada Filipópolis,³⁶ coronando la cima con sus torres, aquí vimos arroz creciendo en los pantanos como si fuera trigo. Todo el llano está cubierto de montículos de tierra que, según las leyendas turcas, son artificiales y marcan los lugares de las numerosas batallas que, según ellos, ocurrieron en estos campos. Imaginan que debajo de estas colinas yacen las víctimas de estas luchas.

Continuando nuestro camino, seguimos bastante cerca de las orillas del Hebrus, que estuvo a nuestro lado derecho durante algún tiempo, y dejando los Balcanes, que se dirigían hacia el Mar Negro, a nuestra izquierda, finalmente cruzamos el Hebrus por el noble puente construido por Mustafá y llegamos a Adrianópolis, o como la llaman los turcos, Edirne. El nombre de la ciudad era Oresta [Orestias] hasta que Adriano la amplió y le dio su propio

³³ Paso o puerta de Trajano.

³⁴ Las montañas Rila se sitúan al noroeste del macizo Ródope.

³⁵ Tal vez la isla Adata, la mayor.

³⁶ La colina Nebet.

nombre. Está situada en la confluencia del Maritza, o Hebrus, y dos pequeños arroyos, el Tundja [Tundzha] y el Arda, que en este punto cambian su curso y fluyen hacia el Mar Egeo. Esta ciudad no es de gran extensión si solo se incluye la porción dentro del circuito de las antiguas murallas, pero los extensos edificios en los suburbios, que han sido agregados por los turcos, la convierten en un lugar muy importante.

Después de detenernos un día en Adrianópolis, nos dispusimos a completar la última etapa de nuestro viaje a Constantinopla, que no está muy lejos. Mientras pasábamos por estos distritos, nos regalaron grandes ramos de flores, narcisos, jacintos y tulipanes (como los turcos llaman a estas últimas). Nos sorprendió mucho verlas florecer en pleno invierno, una temporada que no les conviene en absoluto. Hay una gran abundancia de narcisos y jacintos en Grecia y su fragancia es maravillosa, tanto, que en gran cantidad afectan la cabeza de aquellos que no están acostumbrados al aroma. El tulipán tiene poco o ningún olor, y su atractivo radica en la variedad y belleza de sus colores.

A medio camino entre Constantinopla y Adrianópolis se encuentra un pequeño pueblo llamado Tchourlou [Çorlu], famoso como el lugar donde Selim fue derrotado por su padre, Bayezid, y se salvó gracias a la velocidad de su caballo Caraboulut (es decir, nube oscura), huyendo a Crimea, donde su suegro ejercía el poder supremo. Poco antes de llegar a Selimbria [Silivri], una pequeña ciudad costera, vimos algunos restos bien conservados de un antiguo terraplén y foso, que dicen fueron construidos en los días de los últimos emperadores griegos y se extendían desde el mar de

Mármara hasta el Danubio.³⁷ Estas fortificaciones estaban destinadas a defender las tierras y propiedades de la gente de Constantinopla que se encontraban dentro de sus defensas, contra las incursiones de los bárbaros. Cuentan la historia de un anciano que en esos días afirmaba que la existencia de estas obras no protegía tanto lo que había dentro, como señalaba a los bárbaros el abandono del resto, y los alentaba a atacar, mientras disminuía el espíritu de los defensores.

En Selimbria nos detuvimos un momento para disfrutar de la vista sobre el mar tranquilo y recoger conchas, mientras las olas rodaban alegremente hacia la orilla. También nos llamó la atención la vista de los delfines jugando en el agua, y además de todas estas vistas, disfrutamos del calor de ese clima delicioso. No puedo decirte qué cálido y suave es el aire en este encantador lugar. Hasta Tchourlou había cierto grado de frío, y el viento tenía un toque del norte, pero después el aire se vuelve extremadamente suave. Cerca de Constantinopla cruzamos puentes que atravesaban dos hermosas bahías.³⁸ Si estos lugares fueran cultivados y la

³⁷ Construida por el Imperio Romano de Oriente para proteger Constantinopla de las invasiones de los hunos, eslavos y búlgaros es conocida como la muralla de Anastasio. La construcción comenzó en el siglo quinto durante el reinado del emperador Anastasio Dicoro, y se extendía desde el mar Negro hasta el mar de Mármara con una longitud total de unos 56 kilómetros. Edificada principalmente con piedra y tierra, contaba con torres de vigilancia estratégicamente ubicadas a lo largo de su recorrido, y para dificultar los ataques enemigos, se excavaron zanjas. También se construyó una calzada militar para facilitar el desplazamiento de las tropas y permitir una rápida respuesta ante cualquier amenaza. Aunque el tiempo y la historia la han deteriorado, todavía se conservan algunos restos visibles en la actualidad.

³⁸ Se trata del largo puente de piedra ordenado por Solimán el Magnífico sobre el lago Büyükçekmece el año 1562, y el puente sobre el lago Küçükçekmece.

naturaleza recibiera el apoyo del arte, dudo que en todo el mundo se pudiera encontrar algo que lo supere en belleza. Pero la misma tierra parece lamentar su destino y quejarse de la negligencia de su amo bárbaro. Aquí nos deleitamos con pescados deliciosos, capturados ante nuestros ojos.

Constantinopla

Llegué a Constantinopla el 20 de enero [1555], y allí encontré a los colegas que he mencionado arriba, Antonio Wranczy y Francisco Zay. El sultán estaba ausente en Asia con el ejército turco, y no había quedado nadie en Constantinopla excepto el eunuco bajá Ibrahim, gobernador de la ciudad, y Roostem, que había sido destituido de su cargo. Sin embargo, visitamos al ex gran visir, le mostramos toda clase de cortesías y le entregamos regalos en señal de estima, pues no olvidábamos la gran influencia que había tenido en el pasado ni su perspectiva de recuperarla en breve.

Pero debo volver ahora a mi asunto. Se despachó un mensajero a Solimán con una carta que anunciaba mi llegada. Durante el intervalo, mientras esperábamos su respuesta, tuve la oportunidad de ver Constantinopla con calma. Mi principal deseo era visitar la iglesia de Santa Sofía; aunque solo obtuve entrada como favor especial, pues los turcos consideran que sus templos son profanados por la entrada de un cristiano. Es un edificio grandioso y macizo, bien digno de visitarse. Tiene una gran cúpula central, iluminada solo por una abertura circular en la parte superior. Casi todas las mezquitas turcas están construidas siguiendo el modelo de Santa Sofía. Algunos dicen que antes era mucho más grande, y que había varios edificios en conexión con ella, cubrien-

do una gran extensión de terreno, que fueron derribados hace muchos años, quedando solo en pie el santuario en medio de la iglesia.

En cuanto a la situación de la ciudad, es una que la propia naturaleza parece haber diseñado para ser la dueña del mundo. Está en Europa, Asia está justo enfrente, con Egipto y África a su derecha; y aunque estos últimos no están, en términos de distancia, cerca de Constantinopla, prácticamente la comunicación por mar los une a la ciudad. A la izquierda están el Mar Negro y el Mar de Azov. Muchas naciones viven alrededor de las costas de estos mares, y muchos ríos desembocan en ellos; de modo que en toda la extensión de estos países que bordean el Mar Negro, no hay nada que se cultive para uso del hombre que no pueda llevarse con toda facilidad a Constantinopla por agua. Por un lado la ciudad es bañada por el Mar de Mármara, por el otro el estuario forma un puerto que, por su forma, Estrabón llama el Cuerno de Oro. Por el tercer lado está unida al continente, de modo que su posición puede describirse como una península o promontorio formado por una cadena que se extiende entre el mar por un lado y el estuario por el otro. Así, desde el centro de Constantinopla hay una vista exquisita sobre el mar y del Monte Olimpo en Asia, blanco por las nieves perpetuas.

El mar está completamente atestado de bancos de peces que se abren paso, a la manera de su especie, desde el Mar de Azov y el Mar Negro a través del Bósforo y el Mar de Mármara hacia el Egeo y el Mediterráneo, o retornando al Mar Negro. Los bancos son tan grandes y están tan densamente apiñados que a veces se pueden pescar peces con la mano. Caballas, atunes, jureles, bre-cas y peces espada se encuentran en abundancia. Los pescadores son, en su mayoría, griegos, ya que se dedican a esta ocupación

más fácilmente que los turcos, aunque estos últimos no desdeñan el pescado cuando se sirve en la mesa, siempre que sea de los tipos que consideran limpios; en cuanto al resto, preferirían tomar un veneno antes que tocarlos. Debo deciros, por cierto, que un turco preferiría que le arrancaran la lengua o los dientes antes que probar algo que considera inmundo, como, por ejemplo, una rana, un caracol o una tortuga. Los griegos están sujetos a la misma superstición.

Había contratado a un muchacho de la iglesia griega como proveedor para mi gente. Sus compañeros de servicio nunca habían podido inducirle a comer caracoles; finalmente le sirvieron un plato de ellos, cocinados y sazonados de tal manera que creyó que era algún tipo de pescado, y se sirvió con gran liberalidad. Pero cuando los otros sirvientes, riendo y riéndose, sacaron las conchas de los caracoles y le mostraron que había sido engañado, su angustia fue tal que desafiaba toda descripción. Corrió a su cámara, donde no tuvieron fin sus lágrimas, su miseria y su malestar. Declaró que le costaría al menos dos meses de salario obtener la absolución por su pecado; siendo costumbre de los sacerdotes griegos cobrar a quienes acuden a confesarse un precio que varía según la naturaleza y extensión de la ofensa, y negar la absolución a quienes no cumplen con su demanda.

Al final del promontorio que he mencionado, se alza el palacio del sultán turco, que, por lo que puedo ver —pues aún no me han permitido entrar en sus muros— no tiene grandeza de diseño ni detalles arquitectónicos que merezcan la pena visitarse. Debajo del palacio, en un terreno más bajo cerca de la orilla, se encuentran los jardines del sultán bordeando el mar. Este es el barrio donde la gente cree que estuvo la antigua Bizancio. No esperéis encontrar aquí la historia de por qué en tiempos pasados la gente

de Calcedonia era llamada ciega, que vivía frente a Bizancio —las propias ruinas de Calcedonia han casi desaparecido hoy—; tampoco esperéis oír sobre la naturaleza peculiar del mar, en que fluye hacia abajo con una corriente que nunca se detiene ni cambia; ni sobre los condimentos en salmuera que se traen a Constantinopla desde el Mar de Azov, que los italianos llaman morone-las, botargas y caviar. Tales asuntos estarían fuera de lugar aquí; de hecho, creo que ya he excedido los límites de una carta; además, son hechos que pueden leerse tanto en autores antiguos como modernos.

Antigüedades

Regreso ahora a Constantinopla. Nada podía superar la belleza o las ventajas comerciales de su situación. En las ciudades turcas, como os dije antes, es inútil esperar edificios hermosos o calles bonitas; la extrema estrechez de estas últimas hace imposible un buen efecto. En muchos lugares se encuentran restos interesantes de obras de arte antiguas, y sin embargo, en cuanto al número, lo único maravilloso es que no existan más, cuando recordamos cuántos trajo Constantino desde Roma. No pretendo describir cada uno de ellos por separado, pero mencionaré algunos. En el lugar del antiguo hipódromo hay un par de serpientes de bronce, que la gente va a ver, y también un obelisco notable. Hay además dos columnas famosas en Constantinopla, que se consideran entre las atracciones. Una de ellas está frente al caravasar donde nos alojamos, y la otra está en el mercado que los turcos llaman Avret Bazaar, es decir, el mercado de esclavas. Está grabada de arriba abajo con la historia de la expedición de Arcadio, quien la

construyó, y cuya estatua la coronó durante mucho tiempo. Sería más correcto llamarla escalera de caracol que columna, pues en su interior hay una serie de escalones por los que se puede subir hasta la cima. Tengo una imagen de ella. En cambio, la columna que se levanta frente a la posada donde se suele alojar a los embajadores imperiales está formada, excepto su base y capitel, por ocho bloques macizos de pórfido, unidos de tal manera que presentan la apariencia de un solo bloque. De hecho, la creencia popular es que está hecha de una sola pieza; pues cada junta está cubierta por una banda que rodea toda la columna, en la que están tallados laureles. De este modo, las juntas quedan ocultas a los ojos de quienes la miran desde el suelo. Habiendo sido sacudida por varios terremotos y chamuscada por un incendio en las cercanías, la columna se está agrietando en muchos lugares, y está aquí y allá ceñida con hierro para evitar que se desmorone. Dicen que en un tiempo estuvo coronada por una estatua de Apolo, luego por una de Constantino, y por último por una de Teodosio el Viejo, y todas fueron derribadas sucesivamente por una ráfaga de viento o un terremoto. [...]

Si no hubiera visitado el Mar Negro, cuando tuve la oportunidad de navegar hacia allá, habría merecido ser censurado por mi pereza, ya que los antiguos consideraban toda una proeza haber visitado el Mar Negro como haber navegado a Corinto. Bueno, disfrutamos de un viaje delicioso, y se me permitió entrar en algunos de los quioscos reales. En las puertas plegables de uno de estos palacios vi un cuadro de la famosa batalla entre Selim e Ismail, rey de los persas, ejecutado con maestría en obra de telas. Vi también muchos jardines de recreo pertenecientes al sultán, situados en los valles más encantadores. Su belleza era

casi enteramente obra de la naturaleza; al arte debían poco o nada. ¡Qué país de fantasía! ¡Qué paisaje para despertar la imaginación de un poeta! ¡Qué retiro para que un erudito se retire! Declaro que, como dije antes, estos lugares parecen afligirse y pedir de nuevo ayuda cristiana y cuidado cristiano; y aún más ciertas son estas palabras de Constantinopla, o más bien de toda Grecia. Esa tierra fue antaño próspera; hoy está sujeta a una esclavitud antinatural. Parece como si el país que en tiempos antiguos descubrió las bellas artes y toda ciencia liberal, reclamara de nuevo esa civilización que nos dio, y nos conjurara, por el derecho de una fe común, a ser sus campeones contra la bárbara barbarie.

Pero todo es en vano. Los príncipes de la cristiandad tienen otros objetivos en mente; y, después de todo, los griegos no están más oprimidos por los turcos que nosotros por nuestros propios vicios: lujo, intemperancia, pereza, lujuria, orgullo, ambición, avaricia, odio, envidia, malicia. Por estos nuestros espíritus están tan abrumados y enterrados que no pueden mirar al cielo, ni albergar un pensamiento glorioso, ni contemplar una acción noble. Los lazos de una fe común y el deber que debemos a nuestros hermanos deberían habernos llevado a ayudarlos, aunque la gloria y el honor no tuvieran atractivo para nuestros apáticos corazones; al menos, el interés propio, que es lo primero que la gente considera hoy en día, debería habernos hecho ansiosos por rescatar tierras tan hermosas, con todos sus grandes recursos y ventajas, de la mano del bárbaro, para poder poseerlas en su lugar. Actualmente buscamos a través de los vastos mares las Indias y las Antípodas. ¿Y por qué? Porque en esas tierras hay criaturas simples e incautas a las que se puede arrancar un rico botín sin costo de una sola herida. Para estas expediciones la religión proporciona el pretexto y el oro el motivo.

Esta no era la costumbre de nuestros antepasados. Desdénaban ponerse al nivel de un comerciante buscando aquellas tierras donde el oro era más abundante, sino que consideraban más deseable aquella tierra que les brindara la mejor oportunidad de demostrar su valentía y cumplir con su deber. Ellos también conocieron la fatiga; ellos también enfrentaron peligros; ellos también realizaron expediciones lejanas; pero el honor era la recompensa que buscaban, no el beneficio. Cuando regresaban de sus guerras, volvían no más ricos en bienes materiales, sino más ricos en renombre. Estas palabras son solo para tus oídos, pues quizás algunos consideren una grave ofensa que alguien sugiera que la moralidad de nuestros días deja algo que desear. Sea como fuere, veo que se están afilando las flechas para nuestra destrucción; y temo que resulte que si no queremos luchar por la gloria, nos veremos obligados a luchar por la existencia.

Ahora te llevaré de vuelta al mar que los antiguos llamaban Ponto y los turcos Caradenis, o Mar Negro. Este se precipita a través de una salida angosta hacia el Bósforo Tracio, por donde fluye batiendo contra los cabos curvados con muchos remolinos hasta llegar a Constantinopla después de un día de travesía. En ese punto se lanza al Mar de Mármara por un paso casi tan estrecho como aquel por el que entra al Bósforo. En medio de la boca junto al Mar Negro hay una roca con una columna, en cuya base aparece un nombre romano escrito en caracteres latinos ('Octaviano', si mal no recuerdo); luego, en la costa europea, hay una torre elevada que sirve de faro para los barcos durante la noche. La llaman Faro. No lejos de allí, un arroyo desemboca en el mar, de cuyo cauce recogimos algunos guijarros casi tan bellos como el ónice y el sardónice; al menos, cuando están pulidos, son casi

igual de brillantes. A pocas millas de la entrada que mencioné se muestran los estrechos por donde Darío condujo a su ejército en su expedición contra los escitas de Europa; luego, a medio camino entre las entradas norte y sur del Bósforo, se alzan dos castillos frente a frente, uno en Europa y el otro en Asia. Este último estuvo en poder de los turcos mucho antes del ataque a Constantinopla; el primero fue construido por Mahomet y fortificado con fuertes torres unos años antes de que tomara Constantinopla por asalto. Actualmente, los turcos lo utilizan para encarcelar a prisioneros de alto rango.

Cuando el sultán hubo recibido los despachos que anunciaban mi llegada, se enviaron órdenes al gobernador de Constantinopla para que nos llevara a Asia y nos enviara a Amasia. En consecuencia, hicimos preparativos, se designaron guías y el 9 de marzo cruzamos a Anatolia, como los turcos ahora llaman a Asia.

[Sigue el relato del viaje a Amasia]

Llegamos el 7 de abril, treinta días después de nuestra partida de Constantinopla. A medida que nos acercábamos, fuimos recibidos por algunos turcos, quienes vinieron a felicitarnos por nuestra llegada y hacernos el cumplido escoltándonos a la ciudad. Amasia es la ciudad principal de Capadocia, y allí es donde el gobernador de la provincia suele celebrar sus tribunales y mantener la mayor parte de sus tropas. La ciudad está situada entre dos cadenas de colinas y el río Iris (Yeşilirmak) fluye por su centro, de modo que ambas orillas están cubiertas de casas que se elevan gradualmente por las laderas de las colinas, como las gradas de un teatro; por lo tanto, cada parte de la ciudad tiene vista al río y aquellos que viven en un lado de la ciudad están completamente expuestos a

los ojos de quienes viven en el otro. De hecho, está tan rodeado de colinas que solo hay un camino por el que los carruajes y las bestias de carga pueden entrar o salir de la ciudad.

Solimán

En nuestra llegada a Amasia, nos llevaron a visitar al bajá Achmet (el visir principal) y a los otros bajás, ya que el propio sultán no se encontraba en la ciudad en ese momento, y comenzamos nuestras negociaciones con ellos en relación al negocio que nos había encomendado el rey Fernando. Los bajás, por su parte, deseando en apariencia evitar cualquier traza de prejuicio con respecto a estas cuestiones, no ofrecieron una fuerte oposición a las opiniones que expresamos, y nos dijeron que todo el asunto dependía del placer del sultán. A su llegada, se nos concedió una audiencia, pero la manera y el espíritu con los que escuchó nuestro discurso, nuestros argumentos y nuestro mensaje, no fueron en absoluto favorables. El sultán estaba sentado en una otomana muy baja, a no más de un pie del suelo, que estaba cubierta con una cantidad de alfombras costosas y cojines de exquisita mano de obra, y cerca de él estaba su arco y flechas. Su actitud, como dije, no era en absoluto amable, y su rostro mostraba una expresión severa, aunque digna.

Al entrar, fuimos conducidos por separado a la presencia real por los chambelanes, que nos agarraban de los brazos. Esta ha sido la costumbre turca de admitir a las personas ante el soberano desde que un croata, para vengar la muerte de su amo, Marcus, déspota de Serbia, solicitó una audiencia a Amurath y aprovechó la oportunidad para matarlo. Después de fingir besar su mano,

nos condujeron hacia atrás, frente a la pared opuesta a su asiento, cuidando de que nunca le diéramos la espalda. Luego, el sultán escuchó lo que tenía que decir, pero el lenguaje que utilicé no fue de su agrado, ya que las demandas de su majestad reflejaban un espíritu de independencia y dignidad que no era en absoluto aceptable para alguien que consideraba que su voluntad era ley, por lo tanto, no dio ninguna respuesta más allá de decir de manera irritada: *giusel, giusel*, es decir, bien, bien. Después de esto, nos condujeron a nuestras habitaciones.

Para el 10 de mayo, el embajador persa había llegado, trayendo consigo varios regalos hermosos, alfombras de famosos telares, tiendas de Babilonia cuyos lados internos estaban cubiertos con tapices de colores, arreos y monturas de una exquisita artesanía, cimitarras engastadas con joyas procedentes de Damasco y escudos de diseños muy elegantes. Pero de todos, el regalo principal era una copia del Corán, un obsequio muy apreciado entre los turcos. Es un libro que contiene las leyes y ritos promulgados por Mahoma, que ellos creen que está inspirado.

Se otorgaron de inmediato los términos de paz al embajador persa con la intención de ejercer una mayor presión sobre nosotros, que parecíamos ser los más problemáticos de los dos, y para convencernos de la realidad de la paz, se le otorgaron honores al representante del Sha. En todos los casos, como ya he mencionado, los turcos tienden a extremos, ya sea al honrar a un amigo o al despreciar e insultar a un enemigo. El bajá Ali, el segundo visir, ofreció una cena a la comitiva persa en sus jardines, que estaban ubicados a cierta distancia de nuestros cuarteles, con el río en medio, pero aún así podíamos tener una vista del lugar donde cenaban, ya que, como te dije antes, la ciudad está situada en las laderas de la colina de tal manera que casi no hay un lugar desde

el que no se pueda ver y ser visto. El bajá Ali es de origen dalmata, es un auténtico caballero y tiene (algo que te sorprenderá escuchar de un turco) un corazón amable y sensible.

Una vez concluida la paz con los persas, como ya te he dicho, nos resultó imposible obtener condiciones decentes por parte de los turcos. Lo único que logramos fue acordar una tregua de seis meses para dar tiempo a que llegara una respuesta a Viena y para que la respuesta regresara. Yo había venido para ocupar el cargo de embajador ordinario, pero dado que aún no se había resuelto nada en cuanto a la paz, los pashas decidieron que debía regresar a mi señor con la carta de Solimán y traer una respuesta, si al rey le complacía enviar una. En consecuencia, tuve otra entrevista con el sultán, me pusieron sobre los hombros dos túnicas bordadas de gran tamaño que llegaban hasta los tobillos (eran tan pesadas que apenas podía llevarlas). También obsequiaron vestidos de seda de diferentes colores a todas las personas de mi séquito, que lucieron mientras marchábamos. Con esta procesión avancé como si fuera a interpretar el papel de Agamenón u otro monarca de una tragedia antigua.

Después de recibir la carta del sultán, que estaba sellada en un envoltorio de tela de oro, me despedí, a los caballeros entre mis acompañantes también se les permitió entrar y hacerle una reverencia. Luego, habiendo rendido mis respetos de la misma manera a los bajás, dejé Amasia con mis colegas el 2 de junio. Es costumbre ofrecer un desayuno en el Diván (como llaman al lugar donde los bajás celebran su corte) a los embajadores en vísperas de su partida, pero solo se hace cuando representan a gobiernos amistosos y no se había acordado la paz con nosotros.

Probablemente desees que te dé mis impresiones sobre Solimán. Sus años están empezando a hacer mella en él, pero su porte majestuoso y, de hecho, todo su comportamiento, son propios del señor de un imperio tan vasto. Siempre ha tenido la reputación de ser un hombre cuidadoso y templado, incluso en sus primeros días, cuando, según la norma turca, el pecado habría sido venial, su vida era irreprochable. Ni siquiera en su juventud se entregó al vino ni cometió los crímenes antinaturales que son comunes entre los turcos. Y ni aquellos que estaban dispuestos a interpretar sus actos de la manera más desfavorable podían acusarlo de algo peor que su excesiva devoción a su esposa y la forma precipitada en que, bajo su influencia, fue inducido a matar a Mustafá, porque se cree comúnmente que fue por medio de sus filtros y brujería que él cometió este acto. En lo que respecta a ella, es un hecho bien conocido que desde que la convirtió en su esposa legítima, le ha sido perfectamente fiel, aunque no había nada en las leyes que le impidiera tener amantes también. Como defensor de su religión y sus ritos, es muy estricto, y está ansioso por difundir tanto su fe como por expandir su imperio. Teniendo en cuenta sus años (pues ahora está cerca de los sesenta), goza de buena salud, aunque es posible que su mal semblante sea resultado de alguna enfermedad latente.

Junio estaba en su punto más caliente cuando comenzamos nuestro viaje, el calor fue demasiado para mí y la consecuencia fue una fiebre, acompañada de dolor de cabeza y resfriado. El ataque, aunque leve e intermitente, fue persistente y no me deshice de él hasta que llegué a Constantinopla. El día de nuestra marcha, el embajador persa también dejó Amasia, partiendo por el mismo camino que nosotros, como mencioné antes, solo hay un camino por el que se puede entrar o salir de la ciudad, ya que el carácter

abrupto de las colinas circundantes dificulta el acceso desde cualquier otro lado. El camino se divide en dos direcciones, una que conduce hacia el este y otra hacia el oeste, los persas tomaron la primera y nosotros la segunda. Mientras dejábamos Amasia, podíamos ver por todas partes en las amplias llanuras las líneas de los campamentos turcos llenos de tiendas.

Regreso

No es necesario que pierda tu tiempo con una descripción de nuestro viaje de regreso, ya que recorrimos casi el mismo camino y hicimos casi las mismas paradas que en el viaje de ida, excepto que viajamos un poco más rápido y cubrimos dos de nuestras anteriores etapas en un día. Así llegamos a Constantinopla el 24 de junio y te dejo a ti la tarea de imaginar el desgaste y la fatiga del viaje para alguien que sufre como yo de una fiebre persistente. Regresé agotado y convertido en una sombra, sin embargo, después de un tiempo, habiendo descansado y seguido un tratamiento de baños calientes que recomendó mi médico Quacquelben, pronto recuperé fuerzas. También me arrojó agua fría al salir del baño, no puedo decir que fuera agradable, pero me hizo mucho bien.

Después de un retraso de catorce días en Constantinopla, con el propósito de recobrar fuerzas, partí hacia Viena. Sin embargo, el comienzo de mi viaje estuvo marcado por la mala fortuna. Justo cuando dejé Constantinopla, me encontré con carromatos de niños y niñas que estaban siendo transportados desde Hungría al mercado de esclavos en Constantinopla. Este es el tipo más común de mercancía turca, y de la misma manera que a la salida de

Amberes llama la atención del viajero la descarga de diferentes tipos de bienes, aquí nos encontramos con cristianos desafortunados de todas las clases, edades y sexos que estaban siendo conducidos a una esclavitud horrorosa. Los hombres, jóvenes y viejos, eran transportados en grupos o atados a una cadena y arrastrados por el camino en una larga fila, de la misma manera en que llevamos una hilera de caballos a una feria. Verdaderamente fue un espectáculo doloroso, apenas podía contener mis lágrimas, tal era la profunda pena que sentía por las desgracias y humillaciones de la cristiandad.

Después de atravesar las tierras de los tracios y búlgaros, que se extienden hasta Niš , recorrimos el país de los serbios, que llega desde Niš hasta Semendria, donde comienzan los rascianos, y así llegamos a Belgrado, con un clima intensamente caluroso, como era de esperar en pleno verano. Mientras estábamos en Belgrado, nos ofrecieron en un día de ayuno una abundante provisión de excelentes pescados; entre ellos, algunas carpas grandes y gordas capturadas en el Danubio, consideradas una exquisitez. Mis hombres se hartaron de este pescado y, como consecuencia, muchos de ellos fueron atacados por fiebre, causada más o menos por su glotonería. Esta gran cantidad de pescado, suficiente para satisfacer a cuarenta hombres, costó medio tálero, y casi todo en Belgrado es igualmente barato. El heno no cuesta absolutamente nada; a todos se les permite tomar tanto como quieran de los ricos prados; solo se les cobra por el corte y el transporte. Todo esto, al cruzar el río Save, nos hizo admirar aún más la sabiduría de los antiguos húngaros al elegir Panonia y asegurarse así una tierra fértil capaz de producir todo tipo de cultivos. Habíamos viajado lejos, a través de muchas tierras tanto en Europa como en Asia, y

en todo ese largo viaje no habíamos visto más que cultivos pobres de pasto, cebada, avena y trigo, completamente agostados por el calor; pero cuando entramos en Hungría, el pasto era tan alto que los que iban en el carruaje detrás no podían ver el carruaje de adelante, una buena prueba de la fertilidad del suelo.

Después de Semendria, como te dije, comienzan los rascianos y ocupan la tierra hasta el río Drava. Son grandes bebedores y se consideran traicioneros. No puedo decirte cómo obtuvieron su nombre o de dónde surgieron, pero, en cualquier caso, estaban muy ansiosos por hacer lo que pudieran por nosotros. Después de pasar por algunos de sus pueblos, que no tenían un interés particular, llegamos a Eszek, que a menudo es inaccesible debido a los pantanos en los que se encuentra. Este es el famoso campo de batalla que presencié la derrota de Katzianer y la destrucción de un ejército cristiano. Aquí, como consecuencia del calor excesivo al que estuvimos expuestos al atravesar las llanuras abiertas de Hungría, fui atacado por una fiebre terciana.

Buda

Después de dejar Eszek, cruzamos el Drava y llegamos a Laszko. Mientras descansábamos aquí, cansados por el viaje y agotados por el calor y la enfermedad, fui visitado por los funcionarios del lugar, quienes vinieron a felicitarme por mi llegada. Desde este lugar llegamos a Mohacz, el campo fatal en el que Luis de Hungría cayó. Vi no muy lejos de la ciudad un pequeño arroyo que fluía entre altas y escarpadas orillas, donde el desafortunado joven rey fue arrojado con su caballo y así murió. Fue desafortunado, pero también mostró una gran falta de juicio al arriesgarse, con una pequeña fuerza de tropas inexpertas y campesinos desar-

mados, a enfrentarse a las numerosas y altamente disciplinadas fuerzas de Solimán. Desde Mohacz llegamos a Tolna y desde Tolna a Feldvar. Aquí crucé a una isla en el Danubio de no gran tamaño, habitada por los rascianos, quienes la llaman Kevi. Cruzando nuevamente el Danubio en este punto, llegué a Buda el 4 de agosto, doce días después de nuestra partida de Belgrado.

Un poco más adelante tuve la evidencia del riesgo que había corrido gracias a la declaración de unos compinches que fueron ejecutados por el bajá de Buda. Admitieron que se habían emboscado en el cauce de un amplio arroyo, sobre el que había un puente en mal estado, con la intención de atacarnos. Es muy fácil para pocos hombres cortar el paso a un grupo que los supera en número en un puente de este tipo, porque están en tan mal estado, llenos de grietas y agujeros, que incluso con el máximo cuidado es imposible atravesarlos sin el gran peligro de que los caballos caigan, por lo tanto, si hay bandidos situados en la entrada y la salida del puente, mientras los flancos son hostigados por el fuego de los que se esconden en el cauce, entre la maleza y los juncos, habría pocas posibilidades de escapar, y todo el grupo a caballo en el puente, apenas capaz de moverse, estaría en una situación peor que la de los romanos estuvieron en las Horcas Caudinas, y a merced de los bandidos, para ser asesinados o capturados a su antojo. Quizás los detuvo, no lo sé, el número de nuestro grupo, y también la presencia de los húngaros que me acompañaban, o la circunstancia de que avanzamos en una larga columna y no todos estábamos en el puente al mismo tiempo. Cualquiera que haya sido la razón, por la misericordia de Dios llegamos sanos y salvos a Buda.

El bajá no estaba en la ciudad, habiendo acampado frente a Buda, en las llanuras cerca de Pesth, llamadas Rakos, donde, si-

guiendo la costumbre de los húngaros, estaba llevando a cabo una reunión de la milicia feudal turca. Varios de los sanjac-beys vecinos estaban con él, pero se esperaba a más, y cuando pedí una audiencia, me pospuso durante tres días para poder reunir una mayor asamblea de sanjac-beys, y soldados. Al recibir una citación, crucé el Danubio y llegué a su campamento. Se quejó mucho de los ultrajes cometidos por ciertos húngaros. Hay un aspecto en el que los turcos y los húngaros proceden de la misma manera, siendo los últimos tan malos como los primeros. Cuando cometen algún ultraje, se quejan de su desafortunada víctima como si fuera ella la culpable. El bajá también añadió amenazas de represalias, pensando probablemente que me intimidaría la presencia de su ejército. Respondí brevemente que su acusación contra los húngaros podría presentarse con mucha más razón contra los turcos. Le dije que incluso en mi camino hasta allí, me había encontrado con soldados suyos que estaban saqueando y acosando a la propiedad de algunos desafortunados campesinos cristianos que eran súbditos de su majestad real (el rey Fernando), lo que era perfectamente cierto. El bajá respondió que había entregado a los soldados a ciertos cristianos rebeldes, que eran súbditos del sultán, para ser castigados y saqueados. Después de réplicas de este tipo, me despedió, estando más muerto que vivo, ya que en ese día volvió mi fiebre.

Al día siguiente partimos hacia Gran, bajo la escolta de algunos jinetes turcos. Mi intención era cruzar el Danubio y pasar la noche en un pueblo que se encuentra en la orilla opuesta frente a Gran, para el próximo día llegar a Komorn a una hora más temprana y de esta manera mitigar los efectos del regreso de la fiebre. En consecuencia, le pedí a nuestro conductor que enviara a alguien para acercar el puente del transbordador a nuestra orilla,

con el fin de acelerar nuestro paso. Aunque había varias razones que hacían que este plan fuera apenas factible, aún así, en parte por el deseo de complacerme y en parte porque estaba ansioso por anunciar mi llegada al sanjac-bey, envió a un par de hombres. Llegamos a Gran, donde al día siguiente el sanjac-bey me dio una calurosa bienvenida.

Después, se me permitió continuar mi viaje y el mismo día llegué a Komorn. Aquí esperé pacientemente a que volviera mi fiebre en su horario regular, pero descubrí que me había dejado y que la fiebre turca no se había aventurado a cruzar al territorio cristiano. En ese momento, di gracias a Dios por liberarme, en un mismo día, tanto de la enfermedad como de los afanes y problemas de un viaje largo y difícil.

Dos días después llegué a Viena, pero en la ciudad no encontré a mi graciosa majestad, Fernando, rey de los romanos. Ahora, su lugar en Viena está ocupado por Maximiliano, rey de Bohemia, cuya amabilidad me ha hecho casi olvidar las dificultades que he sufrido, pero aún estoy tan debilitado por la pérdida de peso y la falta de cuidados, y por las incomodidades derivadas de viajar enfermo, que muchos imaginan que he sido envenenado por los turcos. Cuando regresó el archiduque Fernando y le hice una reverencia, al preguntarle a uno de sus hombres quién era yo, el hombre respondió lo suficientemente alto como para que yo lo oyera, que ‘mi apariencia podría revelar de qué país vengo’, probablemente intentando sugerir que había ingerido el mismo tipo de seta que Claudio en tiempos antiguos. Pero estoy completamente seguro de que no estoy sufriendo nada de eso, y que después de un poco de descanso recuperaré mi color, mi fuerza y mi estado general, de hecho, siento cada día que hay un cambio gradual para mejor. Mientras tanto, he enviado noticias de mi re-

greso al rey de los romanos, informándole al mismo tiempo sobre la tregua de seis meses y dándole un breve resumen de las negociaciones en las que he estado involucrado. Cuando regrese de la Dieta, en los asuntos en los que está ocupado actualmente, podré darle un informe completo.

Ahora tienes el relato de mi viaje a Amasia, y la historia del de Constantinopla. No puedes esperar un escrito refinado de un hombre apurado y abrumado por los negocios. En cuanto a la escritura refinada, de hecho, no creo que sea capaz, incluso si tuviera tiempo libre para pensar y componer. Pero mientras reconozco mis deficiencias en este aspecto, tengo la satisfacción de creer que puedo atribuir a mi pobre narrativa un mérito, y en comparación todos los demás méritos son nada. Está escrito con espíritu de honestidad y verdad.

Viena, 1 de setiembre de 1555.

Philippe du Fresne-Canaye

Philippe du Fresne-Canaye (1551-1610), nacido en París y formado en Derecho en Heidelberg, escritor y diplomático francés, nos legó en su juventud un documento excepcional: la crónica de su viaje al Levante, un manuscrito que no vio la luz pública hasta 1897, más de tres siglos después de su redacción.

En 1573, a la temprana edad de veintidós años, acompañó al secretario del obispo de Acqs en una gira por Alemania e Italia. Desde Venecia, emprendió la ruta que seguían habitualmente las misiones diplomáticas hacia Oriente. Partió hacia Ragusa y, tras cruzar los Alpes Dináricos pasando por Adrianópolis, llegó a Constantinopla en junio de ese mismo año.

La capital otomana se encontraba en una coyuntura histórica: apenas dos años después de la derrota otomana en la batalla de Lepanto (1571), Fresne-Canaye pudo observar la intensa actividad en los astilleros de la ciudad, donde se construían frenéticamente nuevos navíos para reconstruir la flota imperial. Este detalle revela la agudeza observadora del joven viajero, que supo captar las consecuencias del conflicto naval más importante del siglo.

En Constantinopla, inició su carrera diplomática al ser nombrado secretario de la embajada francesa, puesto que desempeñó durante seis meses bajo el mando de François de Noailles. A su regreso, navegó por el Egeo y el Jónico hasta alcanzar Venecia en octubre de 1573. Su crónica, demuestra no solo su capacidad de observación, sino también una sólida preparación intelectual: ha-

bía leído las obras de todos los viajeros precedentes a la región, como P.Belon, A.Thevet, P.Gilles y Nicolay, y consultó incluso el mapa de Nicolaos Sofianos.

De regreso a Francia, se convirtió en un estrecho asesor del rey Enrique IV, participando en numerosas misiones diplomáticas. Su carrera continuó en Inglaterra y Alemania, y finalmente se convirtió en embajador en Venecia, no sin antes abjurar del calvinismo para abrazar el catolicismo.

Voyage du Levant (1573)³⁹

Ciertamente, la estancia tan larga en esta ciudad [Ragusa] nos disgustaba tanto que ya tratábamos entre nosotros de dar la espalda a Constantinopla, pero en ese momento el Señor Embajador recibió el paquete de Venecia que esperaba, y que por los vientos contrarios había sido retenido dos meses en el mar. Entonces envió a su chaous y jenízaro fuera de la ciudad por caballos y se despidió de la señora. Nosotros también, alegres en extremo por tal noticia, llegado el día tan deseado, nos proveímos de frascos, sillas, bridas y otras cosas necesarias para el viaje de Turquía, pensando que sería cosa demasiado vil dejar la empresa imperfecta.

A las tres del mediodía del 14 de enero de 1573 salimos de Ragusa y habiendo hecho cargar nuestras cosas en el *kirigi*, montamos a caballo y, caminando lentamente por montañas estériles, nos quedamos en el resguardo de los turcos al ser ya de noche y no poder ir más lejos. Aquí empezamos a conocer las delicias turcas porque, al no encontrar dónde refugiarnos, dormimos en el campo, aunque estuvimos despiertos casi toda la noche esperando al ilustrísimo embajador, que se había quedado con la guardia en Ragusa. Y como el albergue no le pareció muy bueno vino a encontrarnos dos horas antes del amanecer, y con esta compañía entramos en el Imperio Turco y en Morlaquia, que se puede decir

³⁹ *Le Voyage du Levant de Philippe du Fresne-Canaye (1573)*. Ed.M.H. Hauser, Paris, 1897.

que abarca todo el país hasta Constantinopla. Y se llaman morlacos todos los que usan la lengua esclava en el Imperio Turco.

Habiendo caminado unas dos millas, el señor embajador nos mostró, en dirección al mar, una hermosa y fructífera llanura al pie de altas montañas donde estaba antiguamente Epidauro, y no hace mucho que los ragusanos encontraron en este lugar la sepultura de Dolabela, yerno de Cicerón. Esta campaña está bañada por arroyuelos y produce vinos perfectos. Luego cruzamos una gran llanura y un brazo del río Trebigna [Trebišnjica], que después cruzamos otra vez en un lugar más ancho con una barca, y descansamos ese día en el caravasar del mismo nombre. Algunos dicen que este río, llamado antiguamente Narón, dividió Serbia de Dalmacia, y que en este lugar había una ciudad llamada también Trebinje. Ahora ya no se ve ningún vestigio, y parte del río se dirige al mar Adriático en la desembocadura de Narenta y otra parte se pierde bajo tierra. Y al haber visto por primera vez los caravasares turcos, no estará de más describir uno para conocerlos todos.

Un caravasar es como un cerramiento o alojamiento de las caravanas de los pasajeros. Como en Turquía no hay nadie que tenga hostales, los ricos y los poderosos, movidos por la compasión humana, han construido ciertos lugares públicos donde pueden alojarse los viajeros de todas las religiones. Y no es otra cosa, que una gran sala donde están juntos caballos y hombres. Los caballos comen en el suelo y alrededor hay corredores un poco elevados donde hay chimeneas para hacer fuego. Cada uno extiende galantemente su ropa, el que tiene lecho se acomoda y el que no se tumba en los ladrillos, porqué en los caravasares no hay que imaginar encontrar ninguna comodidad. Los tejados están cubiertos de plomo, como las mezquitas.

El 16 de enero, habiendo subido una montaña alta y escarpada, al mediodía vimos, a la derecha y abajo, en un valle muy agradable, dos hermosas fuentes de las que nace el río Trebigna. Pasamos por Bileca, un caravasar hecho por el bajá Assan, ahora sanjac de Castelnuovo, que nació en ese lugar de un padre cristiano muy pobre, y hay una cisterna hermosa y una tumba turca de algunos de sus familiares. Llegamos muy tarde a Trnovica, no tanto por la extensión del camino sino por los caballos de carga, y la litera del señor embajador, que nos hizo andar muy despacio, de modo que cabalgamos durante doce horas seguidas sin parar porque en Turquía no es costumbre descansar al mediodía. Este caravasar es sucio e incómodo [...].

El día 17, caminando por una calzada que parecía de escaleras a causa de la fuerte nevada, llegamos a la población de Cernica, territorio cristiano y un país muy fértil, aunque en esa estación, en medio de tanta nieve, no se podía apreciar. El cadí de este lugar vigila que nadie salga del Imperio Turco sin pasaporte y habiendo cruzado una gran llanura, muy cargada de nieve, terminamos la jornada en Gacko [Guasc] un caravasar pobre, donde dejamos los caballos de Ragusa y tomamos otros.

El día 18 llegamos a Ternoalucca, una aldea muy pobre de griegos, al pie de montañas altísimas que creo que son lo que Sofiano llama Sardonij y en mi opinión es el auténtico límite de Serbia, ya que en un desfiladero de estas duras montañas, el duque Stefano Cherzech, señor de todos estos pueblos, estableció guardia en dos pequeños castillos excavados en la montaña, de modo que los viajeros que no podían tomar otro camino aquí pagaban su paso como es costumbre en las ciudades fronterizas. Ese día tomamos el peor camino del mundo a causa de la nieve, y al no encontrar pan en la población comimos *fogaggia* cocida bajo las

cenizas sin fermento, y esto no sólo en Ternoalucca sino en otros lugares.

Al día siguiente [19] dormimos en Tjentište, un buen caravasar entre montañas muy altas; seguimos un camino malo y casi siempre andábamos a pie. Luego a Foca buena tierra turca donde vimos por vez primera mezquitas turcas y allí cruzamos el río Drina por un puente de madera que, según algunos, divide la Serbia dalmata, y continuando se llega a otro río muy rápido. Aquí nos quedamos un día en un caravasar malo y maloliente y llovió toda la noche. Los cristianos de este lugar se han convertido en turcos y son muy hostiles con los transeúntes. Aquí reside el sanján del ducado que tiene bajo su control toda Serbia.

El día 22 subimos por caminos estrechos hasta la cima de una montaña muy alta llamada Conaz donde se encontraba el caravasar de Bracha, en un lugar solitario y peligroso para las caravanas. Descendimos al pueblo de Sjenica repleto de hermosas mezquitas y buenos caravasares cubiertos de plomo. [...] Luego hacia Tasseliger, un pueblo hermoso entre montañas y al mismo tiempo en la llanura. En su mezquita se puede ver una hermosa fuente artificial, y nos quedamos un día a causa de las cartas que el ilustrísimo señor recibió de Constantinopla, alojados en un caravasar grande y oscuro, cubierto de plomo y construido por un hijo del bajá Memet.

El día 25 fuimos a Priepolje, un pueblo cristiano grande por donde pasa el río Lim y justo afuera vimos una antigua iglesia cristiana en ruinas, un caravasar precioso y un buen mercado bien abastecido. A la mañana siguiente [26] caminamos por valles no muy altos pero blancos de nieve y llegamos a San Sava, un monasterio muy grande y hermoso de calogeros serbios que viven y viven al estilo griego, pero son eslavos e ignoran las otras

lenguas. Dicen que el monasterio tiene unos ingresos de 20.000 escudos, y en la antigüedad el duque de Serbia se hacía llamar San Sava. Aquí sufrimos mucho frío. Recuerdo que estos frailes no usan campanas sino un martillo para golpear un hierro atado a una cuerda. Luego subimos a una montaña muy alta y peligrosa a causa de las tormentas que agitan la nieve y entierra juntos a hombres y caballos. Aquí se encuentra la frontera del sanjac de Serbia que la divide de Bosnia donde entramos por Molocevaz, es decir, el castillo del Conde Milón [...]. En la planicie llegamos al caravasar de Vaast.

El día 27 seguimos un camino llano en medio de la nieve muy alta y llegamos a Novi Pazar, un pueblo grande y mercantil situado entre altas montañas pero en una zona llana muy amplia donde pasa un río bello y claro de después entra en el Morava. Aquí sufrimos un frío cruel.

[Fresne-Canaye se aleja del recorrido tradicional, y encuentra la carretera de Viena cerca de la ciudad búlgara de Pazardzhik].

[El 13 de febrero]. Después de una larga jornada cruzamos el río Hebro o Maritza por un puente de madera. Y nos alojamos en Tartabazargic, un pueblo hermoso, grande y encantador donde el bajá Memet ha construido un baño público muy suntuoso y magnífico y al lado un pozo del que se acarrea el agua al baño con un caballo con cubos de cuero muy grandes gracias al artificio de una rueda construida al efecto.

El día 14 llegamos temprano a Filipópolis [Plovdiv], situada en un lugar muy bello y encantador sobre cuatro pequeñas montañas en medio de un campo muy extenso a orillas del Hebro, que pasamos por un puente de madera de más de 30 arcos. Cerca de

la ciudad hay una pequeña isla amena llena de árboles muy altos bajo los que se pueden escuchar los distintos cantos de miles de pájaros. En la distancia, esta ciudad parece un gran barco en medio del mar en calma.

El río Maritza no sólo baña sus murallas sino que la divide casi por la mitad, y la bordea algo alejado del Hebro y casi bajo la montaña de Plata o Ródope de la que dista más de quince días de viaje. Los vestigios de las antiguas murallas demuestran que nunca fue tan grande como ahora y se extiende por al menos siete millas. Todas las casas se han reformado al estilo turco y son tan sencillas que apenas podía creer lo que nos dijo el dragomán de Ragusa, en cuya casa nos alojamos, que el Gran Señor recibía cada año sólo de Filipópolis y de sus alrededores 570 aspros, y la suma, según él, ascendía a 2.000 escudos, esto contando que sólo del vino recibe cada año 150 aspros, 190 del arroz, que no se recoge sino cada cinco años, 70 del hierro de las minas, 70 del oro que se encuentra en el Hebro, y 40 de los tributos y otros impuestos. [...] Aquí nos quedamos un día a descansar y luego llegamos a Caianix, un lugar hermoso de cristianos pobres.

El 17 de febrero llegamos a Jocabuee, un caserío cristiano, en un lugar desierto entre grandes bosques. A la mañana siguiente [18] encontramos en el camino un sanjac acompañado del sonido de tambores y zanfonas, y un buen número de caballeros fieramente vestidos con pieles de lobos y tigres, sombreros y máscaras en el rostro a la morlasca, y en las cabezas grandes alas de águila desplegadas, casi como para volar. Llegamos al puente de Mustafá hecho de hermosas piedras y 20 arcos de extensión y allí cruzamos nuevamente el Hebro. Luego hay un caravasar cómodo y muy grande, todo de piedra, muy largo y cubierto de plomo, y es tan grande que en él se pueden alojar cómodamente 700 caballos

sin los corredores de los hombres, y en la parte exterior hay habitaciones para dormir en verano. [...]

Luego [19] en Adrianópolis [Edirne] la segunda población más grande y mercantil del Imperio Turco, llena de griegos y judíos, situada entre colinas abundantes de un vino muy delicado. Por aquí cruzan tres ríos, el Hebro, el Lim y el Thuns, que se juntan en la ciudad y luego se separan. El camino de piedra, bordeado por los dos lados de estos ríos y construido casi en su totalidad sobre un puente, puede tener casi una milla de largo. Estos ríos causan grandes daños y poco antes de llegar inundaron seis mil casas, la mayoría judías. El sultán tiene un serrallo un poco apartado y allí construye una mezquita sobre un montículo a un coste increíble; en medio del terreno hay un hermoso mercado hecho en bóvedas por el bajá Ali y un magnífico caravasar del bajá Rustan, de gran tamaño, de la época de Soleiman. Fue el sultán Amurat quien se convirtió por primera vez en señor de Andrinópolis y colocó allí la sede de su imperio. Todavía se pueden ver algunos restos de las antiguas torres, murallas e iglesias. Aquí los cordobanes los colorean de manera perfecta y son maestros en sillas de montar, bridas y otros equipos para caballos tan excelentes que es la talabartería más hermosa de toda Turquía. Se cree que en Edirne no hay menos almas que en Estambul. Nos alojamos en casa del señor Giovanni de Ragusa, que tenía unos vinos de Maecia tan perfectos que, para buscarlos mejor, el señor embajador se complació en quedarse allí dos días.

Inquietos por el largo y continuo cabalgar, subimos a la carreta pensando descansar; pero sucedió lo contrario, pues en caminos penosos y aún peores, entre el barro y las montañas, tuvimos que caminar a pie para ayudar a los caballos, agotados por el trabajo continuo que los mezquinos árabes les hacían sufrir. Y

esto ocurrió mucho más desde Andrinópolis hasta Constantinopla que en todo el viaje anterior. Finalmente, el día 22 de febrero llegamos a Capsa, a través de un territorio casi todo de pastos y colinas, donde hay muchos caravasares pequeños para albergar la corte cuando el Gran Señor va a Edirne. Ese día avanzamos poco por un camino fastidioso por la altura del barro.

El 23 de febrero en Schibabac, un buen pueblo con una mala carretera; el 24 en Bergas [Luleburgaz] donde el bajá Memet demostró lo rico que era construyendo todo este gran pueblo a sus propias expensas. En un lugar casi deshabitado, insalubre y sin leña, construyó un suntuoso caravasar con establos para los caballos y habitaciones separadas para los viajeros, y mandó construir fuentes muy dulces. Frente al caravasar colocó una hermosa y soberbia mezquita adornada con bellísimas columnas de mármol y la fuente en medio del patio, y los baños para hombres y mujeres. Desde el otro lado se ve el pequeño y encantador serrallo en medio de un hermoso jardín por el que, a tres o cuatro pasos, se accede a un pasillo o pórtico que ciñe o rodea todo el serrallo. El techo está pintado con colores vivos y hay fuentes claras incluso en las habitaciones más secretas. No hay más de ocho habitaciones estrechas y pequeñas, una cerca de la otra, y casi todas las casas turcas están construidas de esta manera. Además del albergue, mezquita, casa de fieras y baños, hay muchas tiendas también revestidas de plomo, de modo que el gasto que se hace en este lugar es muy grande y digno de Memet. [...] En el caravasar dan tres días de comer y para estos gastos se destinan las rentas de 300 ciudades y pueblos.

El 25 de febrero llegamos a Chiurlich [Çorlu], un lugar placentero y nos hospedamos en un hermoso hostel todo obrado en mármol. Aquí todavía se da de comer, y también en Bergas; cerca

de este lugar, combatió Baiaceto a su hijo Selim y lo puso en fuga. Luego a Silivrea [Silivri] antes Selimbria donde se puede ver un castillo rodeado de murallas muy antiguas colocado en una colina a orillas del Propontis o mar de Marmora, en la antigüedad el burgo de Constantinopla llegaba a esta ciudad.

Siguiendo la carretera que bordea la costa llegamos a Puente Grande [Büyükçekmece], un pueblo situado en un bello paraje no muy lejos de donde se encuentran vestigios de antiguos castillos. Aquí hay cuatro puentes de piedra muy grandes unidos entre sí sobre pequeños golfos marinos que desembocan en un hermoso lago de agua dulce. Esta obra y el cercano caravasar cubierto de plomo son del sultán Soleiman.

El día siguiente, último de febrero, nos levantamos cuatro horas antes del amanecer y por un prolongado camino subimos a una montaña muy alta, y al amanecer llegamos a un jardín del Gran Señor rodeado de acequias llenas de cipreses muy altos y muchas fuentes, pero sin casa, por lo que lleva consigo pabellones tan cómodos que parecen palacios. Pronto descubrimos con increíble alegría las altas torres de las mezquitas de Constantinopla y habiendo llegado al Puente Pequeño [Küçükçekmece] descansamos un rato en un soberbio y delicioso caravasar situado sobre una colina y construido a modo de castillo. Allí se aloja el emperador cuando toma esa ruta de camino a Andrinópolis. Aquí Orambey, gran dragomán del señor turco, vino a recibir al ilustrísimo señor embajador y le dijo que los criados de la puerta le habían salido al encuentro con gran aparato, pero que al saber que su excelencia venía por mar, ya se habían vuelto.

Volviendo, pues, a montar a caballo, caminamos con increíble contento a lo largo de las murallas de Constantinopla. A medio camino nos encontramos con el magistrado de Presaut con su

gente. Y todos juntos llegamos nos fuimos a las viñas de Pera, a casa del ilustrísimo señor embajador. Y contemplando aquel bello y maravilloso sitio, por encima de cualquier otro, dimos gracias al omnipotente Dios por haber llegado a salvo después de tan largo viaje. Y nos pareció que Constantino había hecho bien en trasladar la silla imperial a una ciudad tan deleitosa y cómoda, digna ciertamente por su excelencia y belleza natural del imperio de todo el mundo.

Desmontados en los arrabales de Pera, caminamos a pie por una colina no muy escarpada hasta las viñas, donde se aloja el señor embajador. Allí fuimos recibidos con grandísimas alegrías y fiestas, y encontrando las mesas ya puestas, comenzamos con vinos preciosos y delicadas viandas a restaurarnos del largo ayuno y las incomodidades del camino.

[El viajero relata sus paseos por Pera y entornos, un tiempo después entra en Constantinopla]

Después de la descripción de todos los lugares cercanos a Constantinopla, es momento de entrar en esa ciudad, que todo el mundo sabe que es triangular y bañada por dos lados por el mar, y está asentada sobre siete colinas. Ahora, según la opinión de buenos estimadores, su perímetro es de trece millas. Por la parte de tierra está rodeada por un doble foso y las murallas están defendidas por espesas torres cuadradas, como se ve en las murallas de la vieja Padua. Pero hay tantos jardines en ella y tantos cipreses que, viéndola desde lejos, se parece más a cabañas de pastores en medio de un frondoso bosque que a una ciudad. No hay palacios altos ni torres, excepto las de las mezquitas, de las que hay más de trescientas, todas magníficamente edificadas y

cubiertas de plomo, como también los baños públicos, que son más de cien, y caravasares y hospitales. Así se ve que los turcos tienen gran cuidado de los edificios públicos, pero han destruido de tal manera todos los lugares antiguos que apenas se ve memoria alguna de ellos. Y así como Constantinopla fue edificada y echa sede del imperio por Constantino, hijo de Helena, así fue tomada reinando Constantino, hijo de otra Helena.

No se ve en la ciudad cosa más bella que los mercados grande y pequeño, es decir, los lugares donde se venden las mercancías más costosas y los esclavos y esclavas. En el Gran Bazar se celebra la subasta de todas las cosas de esta manera: quien quiere vender alguna prenda o cualquier cosa, alaba la mercancía ante un turco, quien la lleva por todo el bazar gritando el precio. Y quien quiere comprar, aumenta el precio en unos cuantos aspros, y después de tres o cuatro vueltas, regresa donde el dueño de la mercancía, y queda a su voluntad darla por el precio ofrecido o guardarla para otro día esperando recibir más. Este bazar está construido con bóvedas de ladrillo cocido y es cuadrado, lleno de tiendas riquísimas. Siempre hay tanta gente que apenas se puede estar dentro debido al gran calor, y por eso hay continuamente hombres que llevan unos recipientes largos colgados bajo el brazo, con forma casi de una jeringa para administrar un lavativa, llenos de agua, y dan de beber a quien quiere en una taza de mayólica, de manera muy gentil.

En el Gran Bezestán se ven muchos arreos de caballos de plata dorada con entalladuras y labores bellísimas, y muchos vasos de oro y penachos rarísimos con rubíes y turquesas, hay tantos juntos que es imposible mirarlos fijamente. Y los compran para sultanas y otras grandes damas. En resumen, se ven tantas cosas bellas que es muy difícil irse sin echar mano a la bolsa. Alrededor

del bazar están las tiendas de orfebres y de quienes venden toallas, pañuelos y servilletas, y quien dude de la habilidad de las mujeres turcas, que vaya a ellos y pronto quedará convencido.

En el Bazar Pequeño se venden los esclavos y esclavas de todas las partes del mundo. Y quien quiere comprar, les levanta el velo que tienen sobre el rostro y, para saber si no están maquilladas o pintadas, les pinchan en la cara; luego miran en la boca, tanteando y contando los dientes para ver si no son postizos o están podridos o si no se mueven. Después de esto, pasan a los brazos y manos, luego a las piernas y muslos, y luego, desabrochando hasta la grupa, escrutan las partes más secretas. Y si las encuentran sanas y jóvenes, con todos los miembros sanos y robustos, se ponen de acuerdo en el precio con el dueño. Y las pobrecitas, tanto mujeres como hombres, mudos como peces, se dejan manosear, manteniendo los ojos bajos y tiernos. Y a veces, al ver a alguna de rara belleza en esta miseria, aunque me sentía sobrecogido por la compasión, pensaba que para mi consuelo fuera condenada a tanto suplicio, viéndola padecer una servidumbre muy parecida al castigo que yo sufro por la vaga luz de los ardientes rayos de mi claro sol.

Fuera del bazar, las tiendas son muy altas, y el camino para personas y caballos es bajo; luego, a ambos lados, las calles están elevadas casi a modo de soportales paduanos, bien empedradas y cubiertas de tablas con espacio entre dos para que pase la luz, lo que es muy cómodo tanto para la lluvia como para el calor. Todas las mercancías están separadas, cada una en su calle. Las cimitarras juntas, los cuchillos damasquinos juntos, las vainas también de cuero de ante tienen su lugar separado, y los zuecos pintados y dorados, con las cucharas y cajitas, están aparte, y las toallas, servilletas, cofias y turbantes, igualmente.

La talabartería ocupa una calle muy larga y es cosa bellísima de ver: las sillas rojas y amarillas, las bridas y pecheras, y todos los arreos de caballo puestos a la vista con tal orden que parecen aún más bellos de lo que son. Allí se ven alforjas para llevar al arzón, baúles de campaña y todos los trabajos que se hacen de cuero. Pero la talabartería de Adrianópolis lleva la fama por los buenos cordobanes que allí hay y porque se tiñen mejor que en ningún otro lugar de Turquía. Muchas tiendas están doradas y casi todas muy bien pintadas, y los tenderos se sientan sobre una estera cubierta de tapetes extendidos, vestidos a menudo de raso y pieles ahumadas, como grandes doctores de las leyes.

En Estambul se venden carnes hervidas y asadas, y dulces como los que se comen en Venecia en la víspera de Navidad. Y quien falsifica el peso lo pasean por toda la ciudad con un escrito en la cabeza (como se hace en Venecia con los que son puestos en la picota) y una gruesa viga al cuello de la que cuelgan no sé cuántas campanillas, y él mismo va gritando su falta, acompañado de 4 o 5 verdugos.

Habiendo pasado los primeros días en el bazar y en la zona de las sillerías, porque allí se ve toda la industria turquesca, fuimos luego a Santa Sofía, que, no menos por su incomparable arquitectura que por su ubicación, es llamada con razón el ojo de Constantino por aquellos que dicen que toda la ciudad tiene la semejanza de un águila que extiende las alas, cuyo pico es la punta del serrallo y Santa Sofía el ojo. Esta, como todo el mundo sabe, fue construida por el emperador Justiniano, y está toda hecha de mosaicos con tablas de mármol de gran tamaño. Tiene corredores alrededor arriba y abajo sostenidos por columnas de pórfido, serpentino y otras piedras no menos maravillosas por su altura y

grosor que por su labor y talla. Tiene nueve entradas por un lado con puertas de bronce grandísimo, por otro cinco, pero sin extenderme más en describirla, ya por esto se puede juzgar cuán grande es: su majestad y excelencia ha sido bastante para defenderla de la crueldad del victorioso Turco, enemigo jurado de la antigüedad y especialmente de aquellos lugares dedicados al servicio de Dios. Que, habiendo puesto patas arriba toda Constantinopla, no han hecho otro daño a esta iglesia sino haber roto las cruces y borrado los rostros de las imágenes. Este Gran Señor mandó derribar las casas vecinas a Santa Sofía (que casi linda con la primera puerta de su serrallo) para adornarla con un patio como las otras mezquitas. El diámetro de la cúpula de Santa Sofía es de 50 pasos largos. Todas las mezquitas turquescas se hacen sobre este modelo, pero no se encuentran maestros que tengan el ánimo suficiente para hacer una igual a esta, a la que le han adherido dos campanarios o torrecillas donde sube el almuédano a gritar la hora de la oración, como en las otras mezquitas, cinco veces entre el día y la noche y siete los viernes, que es su domingo, y no usan otro reloj que la voz de estos tales, cuya mayor gloria está en hacerse oír bien.

Cerca de Santa Sofía, el Gran Señor tiene diversos animales extraños en un lugar que fue iglesia de cristianos, en desprecio de Cristo y de su fe. Hay muchos leones, lobos y tigres, y un asno salvaje tan hermoso que parecía un potro del reino, y una vaca con seis pies, dos están sobre el lomo, y tres animales de almizcle negros y blancos y muy largos con las patas cortas, y son casi semejantes a gatos. Hay también una cabeza de ballena desmesurada y de un tamaño horrible.

Luego se va al Hipódromo, que ya no está en la forma que tuvo en tiempos de los emperadores griegos, sino despojado de todos sus ornamentos y casi todo ocupado por casas turquescas. Y no hay más que un obelisco altísimo con letras y figuras de Egipto; y está puesto sobre cuatro dados de bronce, sostenidos por una base de mármol tallada con historias de aquel tiempo con cuatro versos latinos. Hay luego una pirámide de piedras cuadradas puestas juntas sin cal ni cemento alguno, con versos griegos que se ven en la Topografía del eruditísimo P. Gillio. En medio del obelisco y la pirámide hay un trípode de bronce que todos los escritores afirman ser aquel de Delfos, sobre el que estaba la tabla de oro dedicada a Apolo. Y está hecho a modo de tres serpientes enroscadas juntas, cuyas cabezas, separadas una hacia aquí y otra hacia allá, forman el trípode. Estas serpientes tienen la garganta abierta, y el sultán Solimán rompió la mandíbula inferior de una de las cabezas cuando corría al encuentro con la lanza en la mano. Otra cosa no se ve en el Hipódromo, porque los Turcos odian tanto las estatuas que, por hermosas que sean, no quieren verlas en ningún lugar público. El bajá Ahmed, tiene su serrallo en el Hipódromo.

Desde el Hipódromo fuimos a la mezquita del Sultán Solimán, que, aunque no es tan grande ni está sostenida por tantas columnas ni trabajada al mosaico como Santa Sofia, es sin embargo bellísima, tanto porque está puesta en un lugar alto y con gran vista sobre toda la ciudad, de tal modo que sus cuatro torrecillas se ven antes que ninguna otra cosa de Constantinopla, como también por estar fabricada toda de piedras vivas con grandísimo gasto, y por su patio cuadrado todo enlosado de mármoles finísimos y rodeado de pórticos sostenidos por columnas lucen-tísimas, con una fuente en medio de la que, con gran artificio, el

agua cae a modo de lluvia dentro de un foso cuadrado de mármol, lo que nos proporcionaba tanto deleite que juzgamos que aquello podía competir con las más exquisitas grutas de Nápoles.

Además de esta, hay más de 30 otras fuentes a lo largo del muro de dicho patio, a las que vienen los turcos a purificarse antes de entrar en la mezquita. A su lado, en medio de un jardincito todo florido, se ve la mezquita del sultán Solimán, y poco distante de ella la sepultura de Roxelana, su mujer, y de un hijo suyo. La del sultán Solimán está hecha a modo de torre redonda y muy alta, toda de mármoles finísimos y adornada con las columnas más raras que se pudieron encontrar en todo aquel imperio, y cubierta con un cubo de plomo. Dentro de esta torre yace su cuerpo en una caja de mármol, que es más ancha y más alta del lado de la cabeza que de los pies, y está cubierta con un zendado verde hasta el suelo. Hacia la cabecera hay un turbante blanquísimo con un penacho negro. Y sobre el zendado verde está extendida la vestidura que él llevaba cuando enfermó. Alrededor, siempre hay 40 o 45 sacerdotes que rezan por su alma. Hay también muchos gatos, a los que se da de comer por amor de Dios. Y no es lícito a nadie entrar allí sino a los sacerdotes que tienen su cuidado, porque tienen ese lugar por santísimo. Roxelana, mujer de Solimán, y un hijo suyo están juntos bajo otra torre no tan ancha ni alta, y alrededor de las cajas dentro de las que están sepultos se ven siempre jarrones de mayólica llenos de flores odoríferas. La mujer no tiene turbante, sino muchas telas riquísimas extendidas sobre su caja y una tiara preciosísima en la cabecera con un pequeño penacho de rubíes y tul.

Junto al patio de la mezquita del sultán Solimán hay un hermoso caravasar y un albergue muy grande todo cubierto de plo-

mo, donde se hacen continuamente limosnas a todos y se da de comer tres veces al día, tanto a turcos como a cristianos.

Luego visitamos la mezquita del sultán Mehmet, quien tomó Constantinopla y Trebisonda, y la de Bayaceto, por ser de las más bellas y adonde el Gran Señor va frecuentemente, y las visitamos tanto por dentro como por fuera, dejando sin embargo las zapatos o babuchas a la puerta según la costumbre, porque están esteradas con esteras alejandrinas finísimas y a menudo con tapetes de El Cairo. No se ve pintura alguna de cosa viva, sino de flores o letras turquescas en oro o azur. Todas son redondas como Santa Sofía, y en medio hay un gran círculo de hierro al que están atados muchos espejos y lámparas que se encienden a la hora de las oraciones nocturnas. Las mujeres no van nunca a las mezquitas a hacer sus oraciones, sino que se quedan en casa, porque la ley no quiere que entren en el paraíso, sino que las hace estar fuera, a la puerta.

Todas las mezquitas de los turcos miran hacia La Meca, donde está sepultado su profeta, y en el lugar donde debería estar el gran altar extienden en tierra un tapete verde, y a los costados de este hay dos grandísimos candelabros de cera blanca, que sin embargo nunca se encienden, y allí tienen sus libros, todos escritos a mano porque no usan la imprenta, cubiertos de verde, color de Mahoma, y a la derecha hay un púlpito o tribuna donde sube el sacerdote para la salutación de los oyentes. Usan gran diligencia en mantener las mezquitas limpias y pulidas y blancas.

Yendo así de paseo, vimos enfrente del caravasar donde el embajador de Hungría está prisionero en rehén de la tregua hecha con el emperador, custodiado en la puerta por un oficial otoma-

no, una columna de pórfido de altura admirable, rota en parte y por ello ceñida con muchos aros de hierro. [...]

Habiéndome propuesto escribir particularmente cuanto he visto en Turquía, no estará fuera de mi propósito describir el orden que he visto observar en la administración de la justicia, para que claramente se juzgue cuán equivocados están aquellos que piensan que la Puerta Turca es una imagen de la corte de los emperadores Constantino, de tal modo que quien la haya visto pueda estar informado de los nombres de los oficios antiguos y de la propia autoridad de cada oficial, muy oscura en los libros que hacen mención de ella, ya que el Turco es un destructor y desolador no solamente de los imperios y coronas antiguas, sino también de las leyes, usanzas y costumbres, e incluso de los nombres mismos de los pueblos sojuzgados. Y se mantiene no por opinión de filósofos, sino con el modo de una disciplina que jamás antes de ahora ha sido observada por otros que por los turcos.

Volviendo, pues, a mi primer propósito, digo que el domingo, lunes y martes, todos los bajás junto con el muftí, los cadilesqueros, los secretarios, grandes tesoreros y el canciller se reúnen al amanecer en el serrallo del Gran Señor y están en audiencia hasta las diez horas. Allí se tratan litigios de toda clase y se terminan rápidamente, sin escritos ni abogados; cada uno dice por sí mismo su razón, y si la cosa es de derecho, los bajás, pidiendo consejo a los cadilesqueros, dan inmediatamente sentencia definitiva. De igual modo se tratan los asuntos fiscales, y se lleva la cuenta de la renta del Gran Señor.

Pasada la hora del Diván, todos los bajás juntos van a ver al Gran Señor, y el bajá Memet, en pocas palabras, le informa de todas las ocurrencias, o si él está de caza o fuera de Constantinopla,

le escribe en poquísimas líneas. Los bajás, despachadas todas las partes, montan a caballo y al despedirse unos de otros se saludan con grandes inclinaciones de cabeza, sin hablarse; cada uno se va luego por su camino, acompañado de su familia, todos a pie.

Los demás días, es decir, jueves, viernes y sábado, el bajá Memet hace justicia a cada uno en su serrallo, pero antes de que escuche a nadie, se observa esta santa y buena costumbre: viene un sacerdote que, después de algunas oraciones, le recuerda que haga justicia, proponiéndole el juicio de Dios, que ha de juzgarle según él haya juzgado a los demás. El miércoles no se tiene Diván público y el bajá tiene ese solo día de la semana para descansar de los negocios del Imperio, que, en su mayor parte, solo él conoce.

Es bien verdad que informa al Gran Señor de todo, o por medio de su sultana, hija del Gran Señor, cuando ella va donde su padre, o por otros medios. Y el Gran Señor, asimismo, le escribe a veces cuatro, cinco y hasta diez cartitas al día, y para mantener su autoridad, él no deja de ofrecer a todos los que le traen estas cartas una gran suma de aspros o alguna rica vestidura. Y de esto no me maravillo, habiendo oído de muchos dignos de fe que las riquezas de este bajá pasan de quince millones de oro, y tiene tantos almacenes llenos de vestidos y paños de toda clase que le vienen presentados de todas partes del mundo, que su número es infinito. Lo que, aunque sea difícil de creer, lo creerá aquel que esté informado por mil y mil testigos de que muriendo Rustán, primer bajá del sultan Soleimán, se hallaron en sus almacenes 2000 vestiduras de seda estropeadas y corrompidas por no haber sido puestas al aire, sin contar las buenas, que eran muchas más, y dejó a su mujer, que aún vive, una renta de 2500 sultaninos al día. Pero considerando la grandeza del Imperio Turquesco y el

modo de gobierno, que está todo en la mano del primer visir, y la avaricia de los turcos, con quienes nunca se habla sin algún presente, aunque no se debiera dar más que un solo aspro, no me maravillo en absoluto de estas riquezas acumuladas de la médula y de la sangre de tanto pueblo, pero ruego a Dios que se mueva a compasión de su nombre y de su pequeño rebaño.

La larga estancia que hicimos en Constantinopla nos hastiaba por el gran deseo que teníamos de regresar pronto a Italia, donde hacía meses que éramos llamados; por otra parte el feliz suceso de todo nuestro viaje nos proporcionaba no poca consolación, y viendo que la armada estaba para partir, resolvimos a esperar a verla partir, ya que por todos se decía con toda certeza que ésta había de ser la más poderosa y terrible que jamás viera el Bósforo, y viendo continuamente desde nuestras ventanas los preparativos, juzgamos que sería gran locura, que por el demasiado fogoso deseo de la vuelta, privarse de la vista de cosa tan rara y por muchos en vano deseada. El bajá del mar apremiaba a todos los reis de galeras a mantenerse listos, y cada día venía al arsenal dos veces. Pasando por el Tópana, era saludado por todo el pueblo con gritos tan espantosos, que hubieran sido bastantes para hacer caer muertos a los pájaros que por aquel aire, herido por tantas voces, volaran.

Pero los turcos tienen sus consejos tan secretos, que era imposible saber cosa cierta de la partida de la armada hasta que vimos embarcarse diez mil jenízaros y que los estibadores llevaban las ropas y banderolas a las galeras; y el bajá del mar haber puesto ya tres fanales sobre su galera y por toda la armada enarbolar-se los estandartes. Por estas señales conocimos que la partida había de ser pronto.

Además de esto, los pobres presos y todos los griegos y los esclavos rescatados se escondían, de tal modo que apenas se hubiera visto entonces a un cristiano por la calle, porque al momento eran cogidos por ciertos diputados y llevados a la galera. Y si no tenían dinero encima para pagar una gratificación, sin más se les ponían los hierros a los pies y les daban un remo en la mano. Gálata estuvo en ese miedo hasta que la armada estuvo en las Siete Torres. Venían luego cada día estibadores y jenízaros al señor embajador rogándole que los ayudara por medio de su autoridad para que no se embarcaran, porque en verdad estaban todavía atemorizados por el recuerdo de la derrota de 1570. [...]

Al día siguiente, 9 de junio, levantamos las anclas, pero en gran calma, de modo que con la ayuda de la corriente del Bósforo la escuadra se remolcó hasta las Siete Torres, que forman un ángulo de Constantinopla. No son, sin embargo, aquellas antiguas torres que se lee con tanto artificio haber sido hechas de tal manera que una piedra en la primera hace que la otra responda a modo de eco, sino que estas fueron hechas por los turcos y cercadas de murallas casi a modo de castillo, y se dice que el Gran Señor mantiene allí una parte de su tesoro.

Después del mediodía se levantó el viento e hicimos vela hasta San Esteban, pueblo griego, donde estuvimos por negligencia de nuestros patrones hasta el 15 de junio con gran dificultad para las provisiones. De allí, costeanado siempre por la costa fértil y rica, vinimos a Silivria, donde ya había pasado el viento a Constantinopla, y estuvimos allí tres días cargando y estibando fardos de lana; finalmente, después de una estancia muy fastidiosa, izamos las velas el 20 de junio con un viento bastante brioso ...

Pierre Lescalopier

En el año 1574, Pierre Lescalopier, joven estudiante de derecho en la Universidad de Padua, descendiente de una familia de origen italiano afincada en París, registró en su diario de viaje una de las travesías más notables del siglo: su itinerario desde Venecia hasta Constantinopla, acompañado por el señor Massiot, secretario del embajador francés ante la Sublime Puerta.

El relato que aquí se presenta comienza en Ragusa, ciudad-estado independiente bajo la protección del sultán, conocida por su pujanza marítima y su privilegiada posición en el Adriático. El autor la describe como «una república blanca entre montes oscuros, donde se comercian especias y esclavos con la misma naturalidad que en Venecia». Allí los viajeros se aprovisionaron para cruzar los Balcanes. Lescalopier anotó con detalle las condiciones del camino: puentes de madera sobre torrentes, albergues modestos donde se servía cordero asado, y la constante presencia de jenízaros custodiando las rutas comerciales.

Para el regreso a Padua –que no consta en esta traducción–, tras alcanzar Constantinopla y cumplir con la misión diplomática, optó por una ruta a través de los Balcanes hacia Belgrado y por el valle del Morava hasta la costa adriática, donde embarcó hacia Ancona y de ahí a Padua. Concluye con este un balance: «Más se aprende en seis meses de camino que en seis años en las aulas, aunque sin el derecho uno no sabría cómo nombrar lo que ha visto».

Voyage fait par moy Pierre Lescalopier l'an 1574de Venise a Constantinople ⁴⁰

10 de marzo de 1574. Después de comer, con caballos de alquiler, pasamos la montaña y en la cima encontramos un cuerpo de guardia de ocho o diez hombres del pueblo, armados con palos, cubiertos por una pequeña choza donde está su límite y el comienzo de las tierras del turco. Aquella noche nos alojamos en una casa baja y deshabitada, entre montes y lugares arruinados.

11 de marzo. Andamos casi todo el día a pie debido a los caminos rotos, y llegamos muy tarde a Trebing, llamada así por un río del mismo nombre que pasa por allí, sobre el que hay un puente de piedra y, más allá, un caravasar cubierto de plomo, construido por Mehemed, bajá de Solimán II, emperador. El hijo de este bajá murió siendo gobernador de esta provincia, y el padre hizo construir este albergue para incitar a los viajeros a rogar a Dios por su hijo. Los turcos creen en el purgatorio y en el provecho de las oraciones por los difuntos. Esta provincia es Servia, que comienza en este lugar y limita (incluyendo Bulgaria, antiguamente llama-

⁴⁰ La traducción, hasta Sofía, corresponde al texto editado por Midhat Šamić, «Opis Putovanja Pjera Leskalopjea Kroz Naše Zemlje 1574. Godine», *Glasnik Arhiva i Društva Arhivista Bosne i Hercegovine*, Sarajevo, 1963. Hasta Constantinopla por Edmon Cléray. «Le Voyage de Pierre L'Escalopier "Parisien", de Venise à Constantinople, l'an 1574», *Revue d'Histoire Diplomatique*, Trente-cinquième année, n°1, Paris, 1921.

da Misia o Mesia) con Tracia hacia el levante, al oeste con Dalmacia, al sur con Macedonia y al norte con Dacia, hacia el Danubio.

Los caravasares son hospicios donde ricos y pobres se alojan a falta de algo mejor. Son como graneros muy grandes, donde entra luz por aspilleras en lugar de ventanas, y no hay otro piso que la cubierta; en el interior, alrededor, hay plataformas de dos pies y medio de alto por siete de ancho, sobre las que suben las personas para alojarse separadas de las bestias, que se atan en medio del lugar a anillas de hierro fijadas a dichas plataformas. Así, cada uno ve su caballo cerca de sí y le pone su comida sobre dichas plataformas. Para darle de comer avena o cebada, usan sacos de crin donde el caballo come mientras las correas del saco pasan por encima de sus orejas. Es un poco más grande que un bozal, y se lo dejan al caballo alrededor de media hora después de haber comido abundantemente, porque estiman que el vaho del caballo junto con el olor de su comida retenidos en ese saco le hacen bien. Sobre estas plataformas elevadas hay clavijas en los muros donde cada uno cuelga sus pertenencias sin miedo a perder nada, porque a la mañana siguiente el caravasarío (el huésped) no abre la puerta sin antes haber dado la vuelta y preguntado a cada uno si ha perdido algo. Cada cuatro toesas hay chimeneas. El caravasarero vende leña y víveres si no hay pueblo o ciudad donde se puedan comprar. Hay gran mercado de todo.

Es usual llegar a un lugar donde solo se encuentra el caravasar, porque en estas fronteras el país es desierto, lo que impide que huyan los esclavos cristianos y otros, pues no hay cubierto donde comer o dormir sino tales hospicios contruidos como hitos de cada jornada, y el hospitalero quiere saber de dónde vienes y quién eres. Hay que caminar desde la mañana hasta la noche, a menos que algún arroyo o pradera te permita desmontar y sacar

de la alforja algo de carne fría, y de un fardo de carga de vuestra silla alguna botella de vino, para comer ligeramente hacia el mediodía mientras vuestros caballos, desembriados y con trabas en los pies, pastan o comen lo que se les da. Por esta causa fuimos advertidos por los raguseos de que hiciéramos provisión de clavos largos para colgar nuestras ropas en las paredes de los caravasaros desprovistos de clavijas, porque a falta de ello, habría que dejar en el suelo el manto, el sombrero, las botas, la brida, etc. Además, quien no tenga qué emplear un caballo de carga debe comprar una alforja de alfombra de Turquía, batida y apretada de modo que resista la lluvia sin perforarse, y lo que se meta dentro no se moje; también una botella de cuero hervido para soportar los golpes sin romperse; además una silla de montar o una buena almohadilla, porque los caballos que se alquilan no tienen en su mayoría más que albardas con estribos de cuerda. Las sillas turcas pueden servir para todos los caballos, porque la guarnición debajo de los arzones es solo un fieltro; no tiene ni tela ni crin como las sillas de nuestro país. Se pone el fieltro más grueso o más delgado según si el caballo es grande o pequeño. Además, cada uno debe llevar un cubilete o taza. Aparte de esto, para nuestra tropa había un caballo de carga que llevaba los utensilios más necesarios de cocina y alguna provisión de víveres en dos canastas para auxiliarnos cuando llegáramos a un lugar donde nos faltara algo, y si quisiéramos comer carne salada, ya que el caravasarío no vende carne muerta. Además de todo esto, quien no quiera dormir sobre el suelo duro debe llevar un pequeño colchón, una manta y dos sábanas con alguna almohada gruesa que sirva de cabecero. Se enrolla todo junto cada mañana para meterlo en una valija mediana de cuero, abierta por los extremos en forma de bolsa, y la almohada en la abertura. En lugar de jergón, sirve un

poco de heno; no hay paja en todos estos países. En lugar de cama para los caballos, se los envuelve en una manta larga de crin o de tela, abotonada por un lado en el pecho y ajustada con cincha alrededor del cuerpo. En las posadas, los caballos de valor de los señores tienen litera de su propio estiércol secado al sol y luego pasado por un cribo; por la mañana, al recoger la litera, si está seca sirve varias veces, y lo que está mojado se vuelve a secar y a cribar.

En tales caravasares hay que pagar al contado todo lo que se compra, de modo que al día siguiente no haya que perder el tiempo contando y pagando; pero el caravasario se queda en la puerta viendo salir a todos sus huéspedes y les dice *buen día, salamalech*, y nos enseñaron que hay que responder *Alá ben beriquet sultán Alá ben beriquet versán sultán*. Es maravilloso que en un mismo caravasario lleguen todo tipo de gentes y naciones: árabes, turcos, griegos, judíos, armenios, francos (y otros). Así llaman a los cristianos latinos. Todos se alojan tan pacíficamente que uno no se queja del otro.

Algunos de estos caravasares están fundados para alimentar a todos los viajeros durante uno, dos o tres días; otros solo ofrecen para el techo; otros tienen un templo que llaman mezquita; otros tienen preceptores para los jóvenes; y otros que tienen todas estas comodidades juntas.

El día 12 de marzo cruzamos una montaña larga y alta, y por la mañana encontramos a un turco que con pico y pala trabajaba en reparar el camino. Nuestro chaush, que es el nombre de los comisarios de la Puerta o Corte del gran señor turco, nos dijo que para remediar el alma de algún pariente o amigo fallecido, los turcos hacen obras penosas como este, o dan limosna o hacen oraciones. De igual manera, en este lugar, un turco difunto había

ordenado que se hiciera este camino en la montaña por donde pasábamos. ¡Ojalá los cristianos fueran tan caritativos con el público y facilitaran los malos caminos! Llegamos a dormir a Cluaz, un pequeño pueblo de turcos sobre el que hay un viejo castillo completamente en ruinas.

El día 13 de marzo pensábamos ir a Curita, un pueblo grande, pero un chaous vino a nuestro encuentro de parte del bajá Assam, gobernador de la región, que quería alojarse allí con sus soldados a su regreso de Castelnuovo [Herceg-Novog] en el golfo de Cattaro [Lepanto]. Era una ciudad que Martinengo había entregado poco antes de la batalla de Lepanto, sin disparar un solo cañonazo, y sin ninguna necesidad había esclavizado a dos regimientos de franceses y uno de italianos, capitulando solo por su vida, la de tres compañeros y por su equipaje. Este bajá, sin ejército, había asustado a Martinengo y como apreciaba mucho este lugar como suyo, venía a visitarlo a una jornada de distancia. El chaous nos llevó a una casa miserable a través de campos donde apenas había una mala casa para nosotros, y nuestros animales durmieron al aire libre.

El día 14 de marzo pasamos a Cernice donde encontramos la comitiva del mencionado bajá, que nos saludó y nos dio pan, vino, queso y un intérprete para guiarnos hasta Constantinopla. Este bajá no es de la Puerta, sino que es llamado bajá por honor, es decir, jefe. Es un viejo capitán que había recibido como recompensa ser gobernador de Serbia y Bosnia, hermosos países que pertenecían a Scanderbeg, es decir, en turco, 'el Alejandro'. Este nombre es famoso por este príncipe cristiano que toda su vida fue temible para los turcos. Su heredero, Esteban Crnojević, perdió estos hermosos países y huyó a Venecia, donde se dice que su

estirpe aún perdura, con medios honestos, recibidos entre los nobles venecianos.

El día 15 de marzo pasamos por una pequeña llanura completamente cubierta por el agua derretida de las nieves de las montañas. Nos costó trabajo encontrar el camino de un puente de piedra que estaba completamente oculto bajo el agua, y en otros lugares estuvimos a punto de ahogarnos. Nuestros *quirigis* (que son pobres que se ganan la vida alquilando caballos de Ragusa a Sofía) se descalzaron para sondear los guardacantos del puente, medio rotos y derribados, de modo que el peligro no era pequeño. Estábamos tan cansados y fastidiados que tuvimos mucho gusto en encontrar una casa solitaria donde vivían cristianos serbios.

El día 16 de marzo nos alojamos en Priedio, un caravasar en medio de una llanura sin ninguna otra casa. Habíamos recorrido un camino muy largo entre dos montañas, y un río fluye abajo sobre el que hay muchos puentes de madera por los que se pasa y se repasa para buscar la comodidad del camino, ora a un lado del río, ora al otro. El camino es estrecho a la entrada y a la Salida, donde los cristianos tuvieron dos castillos que, debido a lo inaccesible del camino, podían defenderse fácilmente con poca gente. Allí todas las mercancías pagaban derechos y no podían pasar por otro lugar. Este río se llama Drina.

El 17 dormimos en Cocha o Cozza, ciudad al estilo turco, sin murallas ni puertas. Hay muchas mezquitas construidas en forma redonda; se entra por el norte y se reza hacia el sur. La ciudad es muy mercantil y a la salida se cruza el Drina por un puente de madera; no escapa de Turquía ningún caballo que valga más de 20 ducados para llevarlo a la Cristiandad, y quien lleve uno de mayor precio sin pasaporte del gran señor, se ve obligado a ven-

derlo a bajo precio o a gastar más de lo que le costó en sobornos al sangujac del lugar y a su gente.

El día 18 cruzamos una montaña donde vimos una fuente única que lanzaba su agua en dos direcciones distintas, mitad hacia el este y mitad hacia el oeste. Esta montaña era muy difícil de subir y aún más de bajar, ya que a lo largo de todo el año había hielos y nieves, y era necesario poner crampones a los caballos. Llegamos muy tarde a Orach, que es solo un caravasar.

El día 19 cruzamos varias montañas y tres puestos de guardia turcos: Conaz, es decir, la montaña del mariscal Vuista, y Pontia Vincame, y nos alojamos en Pljevlja, un pueblo grande bien habitado por cristianos serbios.

El día 20 cruzamos la montaña de Pljevlja. Era un bosque peligroso, lleno de ladrones. Los habitantes de Pljevlja estaban exentos de tributos a cambio de hacer guardia, es decir, una persona en la cima de la montaña vigilaba y, con un pequeño tambor de cobre, avisaba a los viajeros con tantos golpes como caballos o personas a pie viera. Desde allí entramos en otra montaña llamada Crancé; es más fácil y despejada, y nos alojamos en Priepolje, un gran pueblo de cristianos serbios donde Selim, padre de Solimán, impuso un pesado impuesto llamado telotz, que todavía pagan hoy. Había prometido eximir de este tributo a quienes tuvieran un hijo varón turco, lo que la mayoría había hecho, pero no cumplió su promesa, y desde entonces se ha seguido cobrando el telotz cada siete años. De cada tres varones de una casa, el turco se queda con el más fuerte y bien formado, lo cría y educa como si fuera suyo, y lo convierte en jenízaro. Por este pueblo pasa el río Lim, que dos leguas más abajo desemboca en el Drina, y el Drina se pierde en el Sava una legua más abajo, y el Sava desem-

boca en el Danubio cerca de Samandrin [Smedereva] y Belgrado en Hungría.

El día 21 llegamos a Vuatz, un pueblito turco donde comienza la Bosnia, en el castillo de Milesevac que está en la montaña Morlatscidi. Desde allí vimos el monasterio de San Sava, un convento de monjes calageros serbios vestidos de negro, que hablan eslavo y viven según la Iglesia griega. Nos hicieron besar un gran hueso del brazo de San Sava, del que decían tener el cuerpo. Vimos a judíos y turcos besar este hueso con tanta reverencia como los cristianos y les dan más limosnas. Estos monjes pagan cierto tributo al gran señor. Nuestro chaous nos dijo que un turco, al ir un día a cobrar este tributo y haber usado alguna violencia contra los monjes, cayó muerto a la puerta del monasterio. Nos dieron de comer sopa de aceite con cebolla, un poco de pescado y pan moreno.

El día 22 pasamos unas casitas llamadas Sjenica y nos alojamos en Novi Pazar, una ciudad turca (Mercado Nuevo) donde hay tiendas de cristianos, turcos y judíos. Muchos ragusanos viven allí, y uno de sus sacerdotes nos dijo una buena misa latina en una habitación cerca del caravasar. Varias fuentes hermosas forman un gran arroyo que atraviesa la ciudad y poco más arriba desemboca en el río Morava.

El día 23 llegamos a Ibar, un pueblo que lleva el nombre del río que lo atraviesa, antiguamente llamado Hebrus. Se une al Morava aguas abajo, que está al pie de la montaña de plata, también llamada Ródope [Kunovica].

El día 24 cruzamos la mencionada montaña, grande y difícil en invierno debido a las nevadas que dificultan encontrar los caminos. Justo en medio hay que pasar media legua de camino con apenas tres pies de ancho, donde no se pasa sin temor de caer al

abismo, tan abajo como la vista puede alcanzar, precipicio muy peligroso entre varios que se encuentran en este viaje, porque del otro lado de esta senda la montaña también se eleva igual de alta y no hay otro camino. En la entrada de este paso, dos caballos de carga del señor Massiot se apresuraron para ser los primeros, y uno de ellos cayó, quedando milagrosamente atrapado entre dos rocas mientras su carga se desataba y se rompía en pedazos. Esta montaña se llama de Plata debido a las minas de plata que el gran señor explota incesantemente. Antiguamente fue la morada de Orfeo, quien, aborreciendo a las mujeres y cantando contra ellas, fue masacrado y desmembrado por ellas, y su lira y cabeza fueron arrojadas al Morava o al Hebrus, que fluye al pie de la montaña. Ese mismo día nos alojamos en Stattonia, un pueblo cristiano en la región de Toplița, donde pasa el río del mismo nombre que desemboca en el Hebrus.

El día 25 llegamos a Suatza, un pueblo cristiano en la misma provincia de Toplița, una tierra fértil y abundante. Es una llanura salpicada de pequeñas colinas, donde empezamos a respirar aliviados después de las dificultades del camino, y nos dijeron que el resto del viaje sería placentero.

El día 26 llegamos a Niš , una ciudad populosa y con buen comercio, por donde pasa el río Nisava y a media legua el Morava, ancho y crecido por el curso de muchos otros ríos.

El día 27 llegamos a Clissurissa, pueblo de griegos en Bulgaria, separado de este lado por el monte Cunovissa [Kunovica], cerca de allí vimos el castillo de Koprivatz, a la derecha. Las mujeres de esta región se cortan el cabello y no lo dejan crecer hasta que se casan; entonces lo trenzan y lo dejan caer por la espalda con un largo colgante de hilo hasta las rodillas. Las otras llevan grandes platillos en la cabeza, como las que en Francia llamamos egipcias,

y alrededor cuelgan piezas de plata, latón y vidrio pintado. Llevan pendientes en las orejas, del tamaño de un huevo, hechos de hojalata o plomo, con pequeñas cadenas de latón. Cuando muere algún pariente o amigo, se arañan la cara hasta que sangra y se arrancan el cabello, que atan en la tumba de su marido, algo que hacen más por costumbre que por duelo. Algunas jóvenes vinieron a bailar ante nosotros para ganar dinero y se adornaron como novias, colocando un platillo adornado con plumas de colores en la cabeza; su danza consistía en dos parejas enfrentadas, cambiando de lugar deslizándose suavemente, y al final aceleraban el compás y saltaban y golpeaban los pies al mismo ritmo; sus músicos eran cuatro de sus compañeras que se mantenían dos a dos y respondían unas a otras con el mismo canto.

El día 28 llegamos a Pirot, ciudad antigua donde aún quedan muchos hermosos mármoles utilizados como piedras en los edificios nuevos. A la entrada del pueblo hay que cruzar dos veces el río Nisava, donde se encuentran las ruinas de un viejo castillo en medio de un gran estanque.

El día 29 cruzamos dos ríos, Zuccova [Sukovu] y Nisava, y nos alojamos en Dragoman, pueblo de griegos a la entrada de la llanura de Sofía.

El día 30 atravesamos esta llanura, hermosa y extensa, rodeada de pequeñas montañas, donde se produce mucho vino, así como trigo y arroz. También hay prados y pastos donde pastan bueyes, yeguas, vacas, camellos y ovejas en gran número. Y llegamos a Sofía, una gran ciudad turca, hermosa y bien poblada por turcos, judíos y ragusanos. Hay una iglesia antigua que da nombre a la ciudad, que reducida a mezquita conserva sin embargo el mismo nombre de Sofía. Además, fuera de la ciudad, hay una

hermosa capilla de cristianos. Las casas son poco elevadas, de tablones de madera y piedra, y la mayoría de tierra. A un cuarto de legua pasa el río Isca que cruzamos dos veces, y por toda la llanura de Sofía no vimos un solo árbol. Dormimos en Ternourssa, un pueblo de griegos búlgaros.

El primero de abril, en Dervien, el último pueblo de Bulgaria, en medio del que aún hay un gran portal antiguo que sirve de separación entre Bulgaria y Macedonia. El día 3 era el Barvan de los turcos, su Pascua, que celebran dos veces al año con gran regocijo. Se balanceaban, como hacen nuestros niños pequeños, sentados sobre una cuerda doble colgada en lo alto. Encima hay un gran paño extendido, como en algunas calles durante la festividad del Corpus Christi. A este paño están atadas y cuelgan manzanas, peras, y varios cinturones, ligas y otras bagatelas, que son para que quien pueda tome algo con la mano cuando el columpio eleva hacia arriba a quien está sentado en él.

Por la noche, pasamos por Filipópolis, ciudad antigua, morada del padre de Alejandro Magno, parte situada sobre pequeñas montañas y parte en la llanura; los muros enteros y hermosos aún se conservan y no hay apenas ruinas; ya no hay rastros de puertas, el interior de la ciudad ha sido todo arruinado y reconstruido a la turca con pequeñas casas de tierra. Enemigos de la antigüedad, los turcos han quemado y borrado todas las cosas donde encontraron estatuas o inscripciones. Es verdad que han cubierto esta impiedad con la máscara de sus supersticiones: dicen que ambas cosas están prohibidas por Dios, que no quiere inscripciones ni honor para otro que para él solo, y siendo celoso ha prohibido toda representación.

En Filipópolis comienza una gran llanura cerca de la que pasa el río Marissa, que algunos toman por el Morava o el Hebro. Pero

se juntan y desembocan en el mar cerca de Galípoli, donde están Certos y Ábidos. Atravesamos este río sobre un puente de madera de treinta arcos, sobre el que cae el Stanouch, otro río; el perímetro de esta ciudad parece de más de tres leguas y parece disminuida de su grandeza antigua. Algunos estiman que en esta llanura se libró la batalla entre César y Pompeyo, pero es más creíble, según Apiano, que la de Octavio y Antonio contra Casio y Bruto haya tenido lugar aquí: aún se ven en la llanura cantidad de montículos que se dice que son los montones de los cuerpos de los que murieron en esa batalla, según supe de un raguseo residente en dicha ciudad. Filipópolis es metropolitana de Macedonia, limitada al norte por Dalmacia, Serbia y parte de Tracia, siguiendo hacia el este por una parte de Tracia y el Propóntide, hacia el sur por el Epiro y por la parte del monte Pindo y hacia el oeste por el mar Adriático. Pero los turcos confunden todos estos nombres y con lo que les pertenece en Europa lo llaman todo juntamente Bosnia, es decir, Grecia. Ese mismo día dormimos en Catovincé.

El 5 de abril, caminamos por el bosque de Adrianópolis donde una tropa de ladrones nos seguía constantemente y a menudo los veíamos y parecía que esperaban atacarnos si nos separábamos, porque nuestros sirvientes, gente de a pie, no podrían seguirnos si siguiéramos nuestro camino. Hacia el mediodía cruzamos el río Carmanlich, es decir, el río del Rey, y poco después ante la fuente del rey Vucassim Mresich, de la que se cuenta que en el tiempo de la rebelión de Serbia contra Matías Corvino, rey de Hungría, Serbia se entregó al Turco por medio del déspota Jorge que era su gobernador. Vucassim, rey de Moldavia, reunió tropas en socorro de Matías y, cansado de sus largas jornadas, quiso beber y descansar en esta fuente, donde fue asesinado por Versouch, su escudero, a quien había retenido a su lado mientras sus tropas con-

tinuaban su camino. Y que al instante (detestando los propios elementos esta traición) el agua dulce se volvió amarga. Todos los del país que pasan por allí dejan alguna prenda, creyendo supersticiosamente, después de haber bebido, que cura las fiebres y evita que vuelvan.

Nos acercamos al puente de Mustafá, que ellos llaman bajá Mustaffa Chiouperich. Tiene 25 arcos sobre el Maritza muy rectos y de mármol mal pulido. En medio está erigida una gran piedra dorada inscrita en grandes letras azules árabes que indican la fecha, el fundador, el arquitecto, la razón de su construcción y su defensa. El mismo ha hecho construir en este lugar una hermosa mezquita y un caravasar donde se da de cenar a todos los viajeros. Es un gran pueblo bien habitado, de un lado por turcos y del otro por griegos, con el puente entre ambos.

El 6 de abril, llegamos a Adrianópolis, ciudad antigua, que parece tener más de siete leguas de perímetro; ha sido durante mucho tiempo la sede del Imperio Turco, antes de que tomaran Constantinopla. Al entrar, se pasa sobre un puente de piedra a cuyos lados fluyen el Maritza y el Tuns, dos ríos muy adecuados para curtir el cuero de Marruecos, más que el agua de Montélimar en Francia. A la izquierda vimos un gran palacio serrallo del sultán Selim, padre de Solimán, y otro cerca para instruir a los destinados a ser jenízaros. En esta ciudad residía dicho Selim la mayor parte del tiempo, como también su nieto Selim pasa allí todos los veranos: en este lugar se hacen las más bellos trabajos para los caballos, también se trabaja de manera excelente el hierro damasquino, agujas, cuchillos, puntas de flecha, etc. Dentro y fuera hay varias iglesias cristianas convertidas en mezquitas. Residen allí numerosos griegos, pocos latinos, gran cantidad de judíos y más turcos. Hay varias hermosas mezquitas modernas; en-

tre otras, la del sultán Amurath es muy estimada, con un caravasar, donde se da limosna a todos los viajeros; la más rica estaba construida por Selim, entonces reinante, a imitación de la construida por su padre en Constantinopla: y muchos dicen que allí hay tantas damas como en Constantinopla. Oímos misa a la romana celebrada por un sacerdote raguseo, en una capilla mantenida por todos los latinos que pasan por allí.

El día 7 estuvimos en la pequeña ciudad turca de Sugudibi, donde fluye el río del mismo nombre. Cuatro millas más adelante dormimos en un pueblo llamado Eszkibaba, es decir, 'Abuelo Viejo'. Al lado se puede ver una pequeña colina donde, según la tradición, fue enterrado San Nicolás, y luego trasladado desde allí a una pequeña capilla circular construida con piedras antiguas. San Nicolás fue obispo de Mira en Licinia [Licia], que hoy se llama Anatolia o Asia Menor. Entre los dos lugares se extiende una especie de mar interior. [...]

Chorlu, donde se complacía la sultana pelirroja, mujer del bajá Rostan, es un puerto del Propontide, muy conveniente para pasar a Asia Menor; enfrente se encuentran los montes de Broussia en Anatolia, donde se fabrican los hermosos terciopelos floreados de oro. No hay otra ciudad en el resto de Tracia tan notable por los restos de la antigüedad que se aprecian en las inscripciones (aunque rayadas y borradas por los turcos) y en los templos cristianos; pocos turcos residen allí. Habíamos llegado a caballo hasta Andrinople, donde alquilamos carruajes que ellos llaman araba y al cochero arabagis. Desde Silivri en adelante, al ser el camino más desigual, tuvimos que volver a alquilar caballos y, como nos los alquilaban a un precio demasiado elevado, nuestro chaous llevó a uno de nosotros ante el cadí; es el juez, que quería hacer tender al caballero en el suelo y había ordenado cincuenta bas-

tonazos en el vientre y en la planta de los pies, a pesar de su excusa de que era dueño de sus caballos y podía alquilarlos a los cristianos a un precio más alto que a los turcos, pero a la súplica del señor Massiot, se conformó con darnos sus caballos a buen precio. En este país, no cuesta nada litigar. No hay abogados ni procuradores. El cadi tiene su salario y nada más. Su escribano lleva un registro de sus sentencias sin recibir nada por ello. El Gran Señor los paga muy bien, pero si hubieran rehusado o retrasado la justicia, habrían sido ahorcados.

El día 12 de abril llegamos a Constantinopla poco después del mediodía; el chaous nos dejó en el camino y se adelantó para avisar al primer visir de nuestra llegada, pues desea saber quién va y viene, y aquellos que conducen a extranjeros están obligados a dar semejante aviso so pena de perder la cabeza. Volvió muy pronto hacia nosotros con la seguridad de una bienvenida como franceses amigos de los turcos.

Giuseppe Rosaccio

Giuseppe Rosaccio nació en Pordenone, ciudad italiana del Véneto, hacia 1530. Se graduó en filosofía y medicina en la Universidad de Padua y, a lo largo de su vida, ejerció como cosmólogo, cosmógrafo, historiador, cartógrafo, topógrafo, astrónomo, astrólogo, médico, escritor, viajero, juez en causas civiles y librero. Frecuentó plazas y cortes del centro y norte de Italia, donde fue recibido por nobles y señores, y residió en Venecia y Florencia, las dos grandes capitales del Renacimiento italiano. Con notable ingenio, desplegó su saber enciclopédico de raíz aristotélica tanto en el ámbito teórico como en el práctico, inscribiéndose en la más respetable tradición divulgativa de la cultura oficial a través de cosmografías de amplia difusión. En ellas ilustró el macrocosmos y el microcosmos mediante representaciones del teatro del cielo y la tierra, la máquina del universo, el mundo elemental y la fábrica del hombre. Muere hacia 1620, posiblemente en Florencia, ciudad en la que tenía fijada su residencia.

En 1574, Rosaccio publicó el *Viaggio da Venezia a Costantinopoli*, un isolario que narra el trayecto marítimo entre ambas ciudades, obra que he editado junto con los magníficos grabados que la ilustran. El texto que sigue reproduce en parte la obra señalada, y consta del relato del propio Rosaccio enriquecido con los comentarios y testimonios de algunos viajeros del siglo XVI.

Viaggio da Venezia a Costantinopoli (1574) ⁴¹

Dejando atrás las dos fortificaciones venecianas, la primera isla que se encuentra es Caprulle [Caorle], y cercanas las marismas caprulan, en cuya desembocadura hay un puerto muy ventajoso construido en el río Lemene, cómodo para los navegantes de Friuli y de Istria en el trayecto que hacen de allí a Venecia, para escapar, a veces con no poco peligro, de las fluctuantes olas del golfo de Venecia. Caprulle, o Cavorle, como la llama el vulgo, es una ciudad y una isla, que tiene un obispado pero pocos ingresos; es pobre y habitada por pescadores con casas muy pequeñas, y en la isla no se cultiva nada. Por un lado la bate el mar y por el otro se sitúan las marismas, de modo que está rodeada completamente de agua salada. De allí, partiendo en dirección este, se encuentra el puerto de Ligugniana o Baseliche, y más adelante la desembocadura del Taliavento [Tagliamento]; y más lejos se llega al importante puerto de Lignano, formado por el río Stella.

A la salida de las lagunas de Maranie [Marano] está la desembocadura del río Alfa y la del Natisone [Natissa], y después se cruza el estanque donde se encuentra Grado, isla donde se construyó una ciudad, también llamada Grado por los aquilese, donde se refugiaron al ser expulsados por Atila en el año 610. En aquél tiempo fue construida la iglesia de esta ciudad metrópoli-

⁴¹ Francesc Costa Oller. *El viaje por mar de Venecia a Constantinopla, El isolario de Giuseppe Rosaccio del siglo XVI*, Mataró, 2024.

tana y cabecera de la región de Venecia por el papa Pelagio, a quien el emperador Heraclio envió la silla de marfil donde se había sentado San Marcos Evangelista, en la ciudad de Alejandría, para que fuera conservada con reverencia cerca de los huesos de San Hermágoras. El asiento se conserva hasta el día de hoy con veneración en la sacristía de dicha iglesia. El patriarca Paulino también trasladó los tesoros de la iglesia de Aquilea por temor a los lombardos y para escapar de la violencia de los bárbaros, y habiendo traído y transferido el título y autoridad de la sede, llamó a esta Nueva Aquilea.

Istria, sus fronteras, ciudades y lugares principales

Istria, la última región de Italia, al principio fue llamada Giapidia, y Plinio la sitúa en la décima región; sin embargo, algunos dicen que Giapidia ya se llamaba así antes de que los argonautas pasaran por estos lugares donde vivían los aborígenes y luego, cuando los argonautas llegaron, se llamó Istria. Según Trogo, tomó el nombre de Istria de los colcos, enviados aquí por su rey Oeta para perseguir a los argonautas que le habían robado a su hija. Catón dice que se llama Istria por un capitán de Jano de nombre Tisiro enviado aquí; y lo confirma Ario, lo que me parece ser un origen más seguro. Dejando de lado las diferentes opiniones sobre el nombre de dicha región, digo que según Ptolomeo se extiende 120 millas, y su mayor anchura es de 40, en cuyo espacio de tierra se ven montañas escarpadas, pero también se pueden admirar cerros feraces en los que se cosechan aceitunas, uvas, higos y otras frutas sabrosas y el mar está repleto de peces muy delicados. Su metrópoli es Capo d'Istria [Koper], que fue cons-

truida por el emperador Justiniano durante la guerra de los esclavos y llamada Justinopoli, por su nombre. Esta ciudad está situada en una isla de una milla de largo y tres arcos de ancho y tiene una fortaleza antigua y fuerte, con cuatro torres en el centro. Para ir a la isla desde tierra firme se cruza por puentes levadizos, y ahora es propiedad de la República de Venecia. En el golfo de Trieste se encuentra la ciudad de Trieste, propiedad de los archiduques de Austria, y en dirección a Capo d'Istria se localizan Piran, Umago [Umag], Parenzo [Porec], Rovigno [Rovinj] y Puola [Pula].

Al acercarse a Parenzo se ve la isla de San Nicolás, y el noble castillo de Rovigno en una isla pequeña a una milla de distancia, tan cerca de tierra firme que se puede cruzar cómodamente por un puente. Tiene dos puertos contruidos en las islas cercanas de Santa Caterina, San Andrés y San Juan, y en la lejanía se ven las dos pequeñas islas llamadas Sorori [Due Sorelle].

Antonio Manutio escribe que es «un lugar pequeño, todo de piedra, tiene en lo alto la iglesia de Santa Eufemia, que es como un castillo, muy hermosa; se produce mucha aceituna y mucha uva, pero poco trigo, los del lugar o son pescadores, o cortan piedras que envían a Venecia, y salen de la montaña mejor y más fácilmente que de cualquier otro lugar». En 1519 el español Juan del Encina recaló en la ciudad:

*«Tomamos puerto en Roviño,
Por provisiones pedir,
Do, las más de las mugeres
Nacen cojas, sin faltar».*

En dirección a Pola [Pula] se ven algunas islitas muy feraces, y seis en el mismo puerto de Pola, en un radio de tres millas; lejanas se descubren las de San Gerónimo y Brioni [Brijuni], que

tiene cinco millas de largo y cuatro de ancho, y al este la de Santa María de Grazia y cuatro peñones almenados. Después se pasa la punta de Compare y aquí comienza el golfo de Carnero [Carnaro o Kvarner], que sube hasta la desembocadura del río Arsa [Rasa], frontera de Italia y Esclavonia; y aquí termina Istria, cuya longitud es de aproximadamente 60 millas. Regreso a Pola porque al salir no hice mención de esta antigua ciudad que Estrabón llama Pola, y Plinio colonia, aunque en su tiempo se llamaba Julia Pietas. Se encuentra a 100 millas de Trieste y a 200 de Ancona, sobre una colina empinada en cuya cima había una fortaleza imponente [capitolio], como revelan sus ruinas. Calímaco dice que fue construida por exiliados y bandidos, por lo que se cree que es una ciudad muy antigua, como lo demuestran también las ruinas tendidas en el suelo. Se pueden ver vestigios de edificios hermosos y altivos, como el anfiteatro, de gran estima por estar construido íntegramente con sillares. En los alrededores también se pueden ver muchas tumbas, columnas, mármoles, capiteles y otros elementos de varios tipos de piedra. Fue desolada y quemada por Atila, al igual que las demás ciudades cercanas, y también saqueada y destruida por Andrea Tiepolo, el Duce de los venecianos, como refieren en sus escritos Biondo, Sabellico y Candido.

Es Pula un puerto natural importante, ciudad cerrada, como todas las que siguen, por una muralla que defiende la población y sus notables iglesias. Ruinas romanas esparcidas en su entorno, el anfiteatro aun en pie, el templo de Augusto; en los alrededores el monasterio de San Francisco, la iglesia de Santa María de Permontori [Santa María Formosa] y un sorprendente Toracco de Orlando.

A partir de este punto se extienden islas que pertenecen a Esclavonia, en general escabrosas, pedregosas y poco habitadas. Las

primeras que se encuentran son Cherso [Cres] y Ossero [Lošinj], separadas por un canal artificial que recorre unas 140 millas. Ossero es abundante en bosques, envía mucha madera a Venecia y se estima que alimenta a más de 150 mil ovejas, de las que se obtiene gran cantidad de lana y queso; produce vino para su propio consumo, pero no suficiente grano. Tienen sólo dos moradas, Cherso y Ossero; Cherso está más poblada y tiene mejor aspecto, sin embargo el obispo reside en Ossero.

La isla de Cres con la ciudad de Osero encerrada en una muralla, sorprende la precisión del frontispicio de la catedral de la Asunción de María, mientras que en los alrededores se encuentran las ruinas de la basílica pre cristiana y la iglesia de Santa María. Frente a la ciudad, el canal excavado por los romanos, y ahora aun se pueden apreciar los estribos de su puente medieval desaparecido. Al otro lado, en la isla de Lošinj –que Rosaccio llama Ossero–, pequeñas ermitas de época romana, como la de San Nicolás en la cima de una colina, y el convento de San Francisco.

Después sigue la isla de Veggia [Krk], que se extiende a lo largo de 100 millas, y que es un sitio mejor que el anterior, ya que su suelo produce vino, legumbres y frutas. De aquí se sacan muchos caballos, y aunque no son muy grandes, sin embargo son buenos para el trabajo duro. Su ciudad tiene el nombre de la isla, y la isla de la ciudad. Éstas y otras eran llamadas por los antiguos Crespa, Apsoras y Apsirtida. No muy lejos está Arbe [Rab], de forma alargada, que produce muchos higos y su sabor es muy ligero y delicioso; también produce un vino precioso y alimenta a muchos animales pequeños. Partiendo de aquí, a cien millas se encuentra Pago [Pag], un lugar muy áspero y frío, con poca ma-

dera, y escasamente poblado; lo que tiene de bueno son las salinas, de las que recibe grandes ingresos.

La isla de Rab, una ciudad dentro de una sólida fortaleza. Alonso de Santa Cruz en su Islario General del año 1541 escribe que «tiene el día de oy una población bien cercada y es ysla bien poblada criase en ella mucho higo es de forma luenga a norueste a sueste por cinco leguas tiene un buen puerto». La isla de Pag, rodeada por acantilados, con sus enormes salinas aun activas y una ciudad fortificada, el Islario escribe que «es bien habitada y tiene población cercada algunos dizen que parescen oy rastros de una ciudad que los antiguos llamaron Gissa tiene de largo quatro leguas».

Esclavonia, sus ciudades y tierras principales

Antes de hablar de todas las islas de Esclavonia, me parece razonable decir algo de tierra firme, por estar cerca de nosotros, y para que con los dibujos de sus ciudades podamos ver el emplazamiento de cada una, y también seguir el orden geográfico. Digo que Esclavonia contiene a Crovazia [Croacia], que se llamaba con nombres antiguos Liburnia e Iliria. El primer nombre de Iliria se lo dio Ilirio, hijo de Cadmo y Erminione, pero hoy se llama Esclavonia por los pueblos esclavos [eslavos] que en la época del emperador Justiniano vinieron de Sarmazia, cruzaron el Danubio y una parte se dirigió a Macedonia y otra a Tracia. En tiempos del emperador Mauricio, y luego de su sucesor Focas, tomaron el control de Dalmacia y le dieron nombre. Lo cierto es que hoy el nombre de Esclavonia se extiende desde el río Arsa [Rasa] hasta el río Drin [en Albania]; tiene el Arsa al oeste y el Drin al este, al sur el mar de Venecia, y al norte las montañas de Crovazia, que dividen por igual a Stiria de Crovazia, y también Ragusa de

Bossina. Tiene en su mayor longitud 478 millas, es decir, desde el río Drin hasta el Arsa, y su anchura es de 159 millas, que comienza en el mar de Venecia y llega hasta las montañas de Crovazia, que dividen Stiria.

Al este de dicha región, donde fluye el Drin, están los pueblos albanos que fueron expulsados de Asia por los tártaros y tomaron para su habitación toda la tierra que está entre el golfo de Venecia y las montañas Camoli y Statei [Thethi]. Se llama la provincia de Albania; esta tierra hacia el norte es fértil porque está defendida por las montañas, y también porque es más llana; y a su oeste, desde el Arsa se encuentra lo que hemos dicho. Así pues, saliendo y bordeando la marina, el primer pueblo que se halla después del río Arsa es Cernoviza [Klenovica], y no muy lejos de allí se ve Segna [Senj]. Cercanos se encuentran los morlacos, en las tierras de Cosin, Osterniza, Nouig y Pocal.

Más adelante, el mar penetra en tierra firme de la que emerge una punta o cabo llamado Dura, donde se eleva Bevilacqua, por el lado que mira al norte. Detrás se forma un pequeño golfo, y en medio se asienta el de Nona, en cuyo extremo se encuentra el lago llamado Nona. Pero girando hacia el cabo Dura, y costearo la orilla del mar, no muy lejos se encuentra Zara [Zarra]. Esta ciudad era llamada por los antiguos Iadara, y en el pasado sufrió muchas incursiones de los turcos, especialmente en los años 1570 y 71, cuando la acosaron continuamente, llegando muchas veces hasta sus puertas, pero nuestro pueblo, de espíritu esforzado, siempre la defendió y en las constantes escaramuzas con los turcos, ora vencían, ora eran derrotados, pero los cristianos siempre fueron superiores. Ahora, esta ciudad y su campaña, bien armada y defendida con mucha guardia por miedo a los vecinos turcos, se encuentra bajo el sublime señorío de Venecia. Hacia el sur de esta

ciudad se ve una isla no muy grande llamada isla de Zara, y a su alrededor otras muchas isletas. No lejos de Zara, en la costa de la marina, se encuentra un lugar pequeño llamado Pachoscani [Pakostane] y no muy lejana de la Zara antigua, se ve Vrana [Drage] con su lago. En una pequeña quebradura está la pequeña isla donde se elabora el preciado vino de Mortena, y los tres Boconi con las rocas o islas cercanas.

Zarra con su fortificación, isla conectada a tierra firme por la puerta llamada Terraferma, que aún se conserva, pero el promontorio ya no está aislado por el antiguo foso. El viajero André Thevet escribe, hacia 1575. «La puerta de Zarra, que da al continente, está bien fortificada con revellines y casamatas y tiene tres torres y cada una de ellas un puente levadizo. No lejos se encuentra la ciudadela con un capitán en nombre del Señorío de Venecia, y frente a la marina el poderoso castillo, bien abastecido en todo momento con provisiones y suministros para los soldados. Hay hombres bondadosos, amables y ricos, tanto por el comercio como por la abundancia del ganado que se alimenta en los pastos y en los islotes cercanos». Jacopo Soranzo, escribe: «la ciudad, de un kilómetro de entorno, está rodeada por una muralla con siete baluartes, y tiene un fuerte nuevo de media milla, con dos grandes baluartes. En Zadar viven unas 8.000 personas y hay alrededor de 180 fuegos. El puerto tiene una cadena muy grande y está ubicado en tierra firme sobre la orilla del mar. Situado sobre una roca frente a la fortaleza se encuentra un castillo muy potente por su emplazamiento y construcción, llamado de San Miguel, y en su interior no hay guardia».

En la desembocadura del canal que va a Sebenico [Sibenik] se puede admirar San Andrés, y en la orilla oriental la fortaleza de San Nicolás. Entrando por esta boca se puede ver Sebenico en perspectiva, bajo de las montañas, y en su vértice la iglesia de San Juan. La riqueza de esta ciudad, al igual que las otras de Esclavonia, es escasa a causa de la aspereza del terreno, las montañas

escarpadas y la poca producción de mercancías, por lo que no hay un comercio importante.

Una ciudad habitada en la ladera de una montaña donde se refugia la impresionante mole del castillo de San Miguel. Se conservan restos de la muralla que se dirige al mar, y callejones oscuros bajo viejos edificios que recorren soledades, donde, de alguna manera se acerca la vida de antaño. Se observa la iglesia de Santa Dominica, el monasterio de franciscanos, una columna con el león de Venecia y las cruces que indican tierra cristiana y la propiedad de la isla.

Cerca de Sebenico el canal se estrecha hacia el oeste, donde también se curva y forma un pequeño lago, casi en el centro, y en una punta de tierra firme se encuentra Resina [Raslina]. El lago en su cabecera se llama Pruchigliano y en la orilla oeste se encuentra Scardona [Skradin], ahora casi completamente desolada, tanto por haber sido tomada por los turcos como por los cristianos. Al norte de Scardona se pueden ver algunas ruinas notables de edificios magníficos y grandiosos.

Esta ciudad dálmata del interior de Croacia, en la margen derecha del río Krka, fue un municipio romano destruido y devastado, que reconstruyeron los croatas y llamaron Skradin. Sede de un obispado, el siglo trece floreció gobernada por familias de comerciantes, y era una de las residencias de la Casa de Šubić, príncipes de Bribir, que la convirtieron en la capital de Croacia y Bosnia. A causa de su destrucción total por los venecianos, de época medieval solo perduran las ruinas de Turina, una fortificación erigida sobre la ciudad, considerada la residencia de los Šubić, y que son las «ruinas notables» de las que habla Rosaccio.

Regresando, y dejando Sebenico al oeste, encontramos Trau [Trogir] conocida en la antigüedad como Traguzio, separada del

continente por un puente, que a pesar de su tamaño reducido, cuenta con un obispo. Al oeste de Trau se encuentra Clissa [Klis], en una pendiente pronunciada. Al este de Trau divisamos la ciudad de Spalato [Split], que como las demás ciudades de Esclavonia no es ni muy grande ni muy rica. A lo largo de la costa se ven muchas casas de campo y pequeños pueblos antes de llegar a Ragusi. Antes de regresar y alejarnos de Spalato, contemplamos la isla de Brasca [Brac], y en su extremo occidental se ve la isla de Stolta [Solta], más cercana al continente. Dejando otras islas de menor importancia, como Placa e Igezi, cerca de Lesina, nos detendremos a ofrecer una descripción detallada de ésta última, ya que es una de las más grandes de Esclavonia.

Trogir, joya de la costa dalmata, medioevo, renacimiento y barroco en una ciudad encerrada en una muralla y en una isla mínima entre tierra firme y la isla de Ciovo. Murallas, palacios, iglesias, torres y la fortaleza de Camarlengo, laberinto de callejones, recuerdos de venecianos que gobernaron la ciudad cuatro siglos. En el Islario de Santa Cruz se lee, «Tragurio es casi de forma cuadrada tiene buenos puertos, en torno della se pescan las mejores sardinas del mundo». En la ciudad de Split pasó sus últimos años el emperador Diocleciano, cerca de Salona, capital de la provincia romana del Ilírico. Ahora sorprenden los formidables restos monumentales integrados en la urbe del que fuera su fabuloso palacio.

La isla de Lesina [Hvar] y otras islas vecinas

La isla de Lesina fue la patria de Demetrio, tiene un entorno de 150 millas, pero debido a la dureza de su terreno hay pocos habitantes, porque se cosecha muy poco grano; sin embargo da muy buen vino e higos en cantidad. Aquí se realizan muchas capturas

de buen pescado, y en particular cantidad de sardinas. Tiene un puerto muy seguro y capaz de albergar cualquier armada; está resguardado y a salvo de cualquier viento, excepto el lebeche. Aquí se encuentra Clissa [Klis], en la parte interior del golfo, de forma casi cuadrada, tiene muy buen puerto en la parte de tramontana y un entorno de 80 millas. Sus habitantes pescan las sardinas más grandes de toda Esclavonia, y las mejores. Hacia el centro del golfo [del mar Adriático] se ve la isla Pelagosa [Pela-grusa] y Santa María de Tremiti, más cerca de la parte italiana. Hemos llegado aquí, y aunque nos desviamos de nuestro viaje, habrá que decir alguna cosa de esta isla.

La fortaleza de Klis, construida sobre un acantilado inaccesible en el paso entre las formidables cordilleras de Kozjak y Mosor, defendía la ruta comercial más importante de la costa dálmata al interior.

Las islas de Tremiti y Curzola [Korcula]

Estos cuatro islotes eran llamados por los antiguos islas Diomedeadas, y una se llamaba Teucria, pero hoy en día se llama Santa María de Tremiti. Están en el punto de encuentro de los Abbracresi, y en el sudeste se encuentra el monte Gargano, que hoy se llama Sant'Angelo. Muchos dicen que tomaron el nombre de Diomedeo de Diomedes, rey de Etolia, de la provincia de Acaia. Ahora pertenecen a los canónigos de Letrán que habitan en uno, y el otro es de pasto para animales domésticos, del que los reverentes padres obtienen una buena suma de dinero. En el primero está su convento, transformado en fortaleza, con guarnición y buena guardia de día y de noche, contra las incursiones de los corsarios. Pero como nos hemos alejado de los vados de Esclavonia, regre-

semos a donde está Curzola, llamada por los antiguos Curcura, Melana, y Corcira Nigra. Hoy es una ciudad amurallada, tiene obispo, y también está habitada por comerciantes, que obtienen grandes beneficios con sus barcos.

Tremiti, impresionante monasterio fortaleza de Santa María a Mare, rodeado por las islas Cretaccio, Vecchia, San Domino y Capraia. Korčula, la antigua Curzola, isla y ciudad en una península mínima encerrada en una muralla y separada de tierra firme por un puente levadizo. En 1480 un peregrino francés a Tierra Santa escribe que «es un buen pueblo y ciudad, y fue necesario hornear pan para los peregrinos, porque las pobres gentes de los lugares vecinos se habían retirado a la ciudad por el peligro del turco que los cazaba». El Islario de Santa Cruz señala que «el día de oy cercada de muro y es muy buen habitada y los más de los moradores della son mercaderes [...] tiene el día de oy un castillo sobre un monte a la parte septentrional y en la punta occidental de la ysla y cerca del en lo llano está la ciudad muy bien cercada dicha Corsu cogen muy poco pan mas vino y cera y miel y azeite muy bueno en abundancia cogese así mismo grana, de la parte de levante hasta la ciudad es toda llana y deleytable y la costa que es el austro es montuosa».

La ciudad de Ragusa [Dubrovnik], Cattaro [Kotor] y otras ciudades e islas que pertenecen a Esclavonia

Partiendo de Tremiti regresamos al lugar donde dejamos Ragugia, no lejos de donde se puede admirar la pequeña isla de Melada, que los antiguos llamaban Meligna, de un entorno de 30 millas. A su alrededor tiene algunos arrecifes desiertos y no hay nada hasta la roca conocida por los modernos como Saleno, excepto San Andrea al este, tan cercano que se llega en seguida; y recorriendo 200 millas de costa en dirección este no se encuentran ni escollos ni islas.

Ahora hemos llegado a Ragusa, la mejor ciudad de Esclavonia, la más mercantil y la más rica, que mantiene su libertad pagando al turco 14.000 cechins y gasta la misma cantidad en regalos y alojamiento de los turcos, pero sus ciudadanos están libres de toda carga e impuesto en todo el imperio otomano. En tierra firme tienen poco territorio, pero dominan algunas islas muy buenas de las que se encuentran entre Curzola y el golfo de Cattaro, y aunque el campo es de naturaleza estéril lo trabajan con tanta industria que producen excelentes legumbres, vinos y otras frutas. Hay un valle donde en invierno se concentra tanta agua que se forma un lago, y nacen peces de un grosor increíble que se cocinan sin aceite, sólo con su grasa. Cuando al final de la primavera el agua se seca, se siembra grano que brota próspero, de modo que en el mismo año el mismo lugar produce peces y cosechas.

En el mar utilizan diversas industrias, entre otras una con la que hacen que los árboles provean ostras como frutos, doblando con piedras las ramas para que queden bajo el agua. Es asombroso ver como al cabo de dos años a estas ramas se aferran muchas ostras, que al tercer año están casi maduras y buenas para comer; lo mismo ocurre con los haces de ramas sumergidos bajo el mar. En el mar se encuentra Granosa, un lugar muy agradable, repleto de jardines perfectos de naranjos, limoneros y granados. Los ragusanos y los pueblos vecinos se dejan crecer el cabello desde la mitad de la cabeza hacia abajo, y el resto rapado, especialmente los de baja condición. Los húngaros, por el contrario, llevan aquella parte rapada y esta con pelo. Las mujeres llevan el pelo teñido de negro y no muy largo, y las doncellas se casan a partir de los veinticinco años. Los esclavones son muy buenos en asuntos marítimos y no hay gente mejor para el remo, pero los ragusanos se centran sobre todo en las mercancías. Tienen muy

buenas naves con las que navegan y comercian con grandes privilegios.

El viajero Francesco Suriano, año 1485. «Esta ciudad está habitada por gente noble, discreta y sabia; muy bien equipada con fortalezas, murallas y baluartes, y con abundante artillería. El vino lo compran todos en la taberna y nadie puede utilizar el suyo propio, y es caro por el alto impuesto que pagan. Hay mucha carne y pescado, produce mucha sal y es muy mercantil. Tienen muchas naves y barcos, porque son gente muy trabajadora, sagaz y prudente». El citado peregrino francés escribe. «En el mercado de la ciudad cada día se encuentran personas, altas y bajas, de lugares cercanos, que no son ni cristianos ni sarracenos, gentes que viven como fieras, sin ley ni orden alguno, pacíficos y muy pobres, como vemos y nos cuentan en la ciudad; y son esclavos vendidos como bestias, hombres, mujeres, niñas y niños».

Saliendo de Ragugi, se pasa por la cabecera de la bahía de Cattaro, sobre la que se ve Castel Nuovo [Herceg Novi], fortaleza de gran importancia, que saltó a la fama por su ocupación y la muerte de cuatro mil españoles, que convirtió a Barbarroja en capitán del gran Solimán.

Se recuerda el lugar por el asalto de los otomanos a la fortaleza defendida por las tropas de los tercios del ejército español el año 1539. Un combate desigual y suicida en el que los defensores contaban con 4.000 soldados que resistieron dos semanas hasta la derrota frente a un ejército formado por 130 galeras, 90 naves y 50.000 soldados. De los asaltantes murieron 20.000, los españoles casi todos, en batalla o ejecutados. Cercano el fuerte de Kanli Kula [torre sangrienta] o de Barbagno, construido por los otomanos y utilizado como prisión.

Cattaro [Kottor], que se asienta en la cabecera del golfo, es una fortaleza de los señores venecianos que mantienen muy bien

defendida a causa de la proximidad de los turcos. Al otro lado del golfo, es decir al oeste, se encuentra Rasina [Risan], y más al interior Sabiaco y Serviza. Sabiaco está cerca del lago Scutari [Shkodrës], y hacia el sur está Zocol, próxima a Antivari [Bar], una fortificación muy protegida bajo las montañas; y no está lejos de donde se asienta Dulcigno [Ulcinj], sobre el mar, en la que es casi península, con dos pequeños golfos, uno al este y otro al oeste.

Kotor, otra ciudad defendida por murallas, protegida por un puente, situada al final de una ría y bajo una sólida mole con el castillo colgado en la cima. Las tropas del ejército otomano intentaron derrotar sus defensas, pero la protección veneciana las rindió.

Más adelante de este lugar, siguiendo la costa frente a la desembocadura del golfo de Cattaro, se encuentra el cabo Rosa, que da forma al puerto conocido como Rosa por los marineros modernos. La ciudad de Budva [Budova] se sitúa bajo el cabo este del puerto, ubicada estratégicamente, con su parte superior orientada al norte y con el mar al sur. Al este hay un escollo muy fértil que cierra un pequeño golfo y lo protege de los vientos del sur, entre el norte y el oeste. Debajo de las montañas que bordean Cattaro se avistan los lugares de Lesevich y Trasto [Trsteni], con el puerto de Trasto muy seguro, excepto del sur y el sureste. Pasado Budva y Dulcigno, dejando atrás San Zorzi, se puede ver donde desemboca el río Boiana procedente del lago Scutari, y aquí se capturan grandes cantidades de peces parecidos a los barbos, que se salan y se secan ahumándolos; los esclavones los venden en Venecia y allí los llaman scoranze. Saliendo de San Giovanni di Nedo [Shëngjin] se llega al golfo de Lodrin [Drin] don-

de se encuentra Alessio [Lezhë], frontera entre Eclavonia y Albania, y desemboca el río Drin.

Se entra en Albania, habitada por los albanos, gentes de origen asiático desplazados por los tártaros que se detuvieron aquí y dieron nombre a toda la zona. Sus límites se extienden entre el río Boiana y el Cimera, entre el mar y las montañas Camoli y Statei. Esta extensa provincia, notable por su belleza y gran fertilidad, destaca especialmente en el lado norte, donde las montañas actúan como escudo contra la furia de los vientos del norte, y porque es más llana que otras partes. Las costumbres escitas aún perviven en sus pueblos, que son diestros en la guerra, especialmente a caballo, sin conocer la fatiga y persiguiendo al enemigo sin dar tregua, saqueando todo a su paso, y causando grandes tumultos en aquellas jornadas. Durante la época de Scanderbeg, exhibieron su valentía, y actualmente se enorgullecen de contar con treinta mil caballos, dispuestos para la guerra contra los turcos si contaran con un líder y apoyo para emprenderla. Poseen su propio idioma, distinto del esclavón y el griego.

Las poblaciones importantes son Alessio y Durazzo [Durrës] y en el Mediterráneo, Valona [Vlora], Croia y otros lugares. En Valona se elaboran vinos delicados muy codiciados por los habitantes. Tienen mucha sal de montaña, que es la mercancía más importante que se produce en este lugar. Valona está habitada en gran parte por judíos, que se retiraron allí desde Ancona y otros lugares de la Marca [Marche] en la época de Pablo IV. Albania también se conoce con el nombre de Epiro, que se extiende de Valona hasta el golfo de Ambracio, que ahora llaman de Arta, donde viven los caonianos y los tespronos. Este país tenía setenta ciudades que fueron arruinadas en un día por Paolo Emilio [Lucio Emilio Paolo Macedónico] esclavizando a sus ciento cincuenta mil

habitantes, y ahora está casi desprovista de civilización. Al principio se descubren las montañas de Ceraunij, hoy parte de Cimeria, muy celebradas por los poetas, tanto por su altura, que las hace sujetas a los rayos, como por el espanto de las tormentas, que las hace formidables para los marineros, pero tiene varios refugios y puertos, Panormo [Palermo], Santi Quaranta, Cassopo, Butrinto.

Los camerioti son gente que vive principalmente del robo y el asesinato, y se jactan de tener catorce mil combatientes. En la guerra de Solimán contra Corfú algunos conspiraron para matarlo en medio de su ejército, y fueron perseguidos y mal gobernados. De ellos son originarios los aidoni, los uscocchi [uscocos], los martelossi [martolos] y los morlachi [morlacos], campesinos acostumbrados a robar en los bosques y montañas de Albania, Esclavonia y Bosnia. En el trabajo, las tribulaciones y las dificultades, son duros, rápidos e indomables, y dispuestos para cada facción militar. Van con los pies casi descalzos y, como los corzos, corren con una seguridad increíble sobre los riscos y lo accidentado de las montañas. En la distancia usan flechas y hondas, y de cerca ciertas hachas pequeñas de dos puntas. Debajo de Butrinto, ciudad que da nombre al pequeño golfo sobre el que se asienta, se puede ver Comenizza, un puerto copioso de agua; [Paolo] Giovio dice que se llamó fuente real. Toda esta tierra es fértil y cómoda por los puertos, pero desierta o mal habitada: Paganía, Anna y luego el golfo de Toron, Gibota. Aquí el río Aqueron te fluye con tanta agua que endulza la del puerto, que Estrabón llama dulce. Sigue Palaga y luego el golfo de Ambracia o Arta, donde sin darse cuenta se cruza la señal de la frontera del mar Adriático y se llega al mar Jónico. Regresando a las islas dejadas atrás, se-

guiremos el camino iniciado, para que ninguno de los trayectos que hicimos quede sin su relato.

La isla de Corfú [Kérkyra] y otras islas vecinas

Hemos cruzado el golfo de Venecia llegando al mar Jónico, que se extiende desde Durazzo hasta Candia [Creta]. Plinio lo divide en mar Cretico y mar Siculo. En este mar la primera isla de consideración es Corfú, famosa por los jardines de Alcino, tan celebrados por Homero. Tiene un entorno de 120 millas, su mayor longitud es de 60, y su silueta es parecida a un arco invertido; al norte y al este es montañosa, y hacia el sur llana. Su campiña no es muy abundante por falta de agua, y también por ser pedregosa; hacia el sur los vientos queman las cosechas maduras y los habitantes no pueden sembrar. En su lugar cultivan vides, aceitunas y frutos de otras clases, ya que gracias a la bondad del clima todo fructifica, produciendo vinos, manzanas, ajos excelentes, limoneros, naranjos y medicinas naturales de diversas clases, que nacen gracias a la buena temperatura del aire.

Al oeste se encuentra San Angelo, un paisaje hermoso y firme y al este varios puertos, golfos y dos penínsulas; en una se encuentra Pagiopoli y la otra está dividida del resto de la isla por un canal muy estrecho. Allí, al pie de una montaña, se encuentra la ciudad de Corfú, con dos castillos en una altura, el antiguo y el nuevo, y más abajo se puede ver una fortaleza importante. A la derecha de la ciudad se sitúa un cabo con una fuente llamada Cardacio, de agua muy buena. Alrededor de Corfú hay varias islas pequeñas, a saber, Cendin, Condilomisse y Pacsu [Paxi] a unas diez millas, que tiene algunos hogares, San Vito [Vido], Gibotta,

Ragagia, Scropoli, Fanu, las cuatro Merlere, y las Formiche, que no tienen nada más que el nombre.

La ciudad de Corfú separada de tierra firme y con la fortaleza, castillos y casas del pequeño núcleo habitado. Al oeste de la isla, en la cima de una eminencia y resguardado por un formidable acantilado sobre el mar, el castillo Angelokastro, capital medieval de la isla, resistió los ejércitos que intentaron ocuparlo. El peregrino francés escribe. «Dentro de la ciudad hay dos fuertes castillos sobre dos rocas altas y casi inexpugnables. La mayoría y casi todos los comerciantes más ricos son judíos. Y hay todo tipo de gente: latinos, italianos, griegos, turcos y judíos». El viajero Thevet escribe. «El castillo de Saint Ange, es una de las más hermosas, fuertes y maravillosas fortalezas del mundo, asentada al borde del mar, desde la costa oeste hasta la ciudad principal de la isla, que también es un fuerte inexpugnable como lo intentaron los turcos cada vez que se propusieron asediarla. La isla es muy agradable, hermosa y fértil en truchas, aceites, vinos muy buenos y deliciosos, miel y cera en abundancia, pero pocos cereales, de modo que hay que abastecerse en Sicilia o en el Levante. En la ciudad de Corfú y en otros lugares de la isla, la mayoría de los comerciantes son judíos que comercian en todas partes. La gente aquí es mucho más sencilla y bondadosa que los candiotas y muy tímida con los extranjeros».

El viagero Francesco Suriano, el año 1485. «La isla tiene sólo una ciudad, llamada Corfú, armada y fuerte con dos castillos sobre dos acantilados, contra los que no se puede combatir. Toda la ciudad está rodeada por el mar, excepto por un estrecho canal. El entorno de la isla es de doscientas millas y está a una de tierra firme. Se puede encontrar muy buena seda, cera, capuchas, cordones, miel, pasas, que se compran por veinte mil ducados al año, endego, valania, quesos y muchas otras mercancías. El turco la ha deseado muchas veces para situar su armada y poder destruir mejor Italia».

Partiendo de tierra firme hacia el norte, se encuentra Santa Maura, que era una península que los habitantes separaron del

continente mediante una pequeña brecha, que se cruza por un puente. Tiene una ciudad próspera habitada en su mayoría por judíos, que fueron acogidos por Bayaceto, segundo rey de los turcos. En estas islas se pueden ver bosques extensos y sombríos, y numerosos arroyos que fluyen por la zona; y en el centro un llano rodeado de vides. Hacia el este tiene un puerto, aunque el del norte es mucho más seguro; alrededor hay muchas fuentes y bosques, y en dirección al mar una fuente de agua muy abundante. En el lado izquierdo de la montaña [Stavrota] se aprecia una ciudad en ruinas, donde antiguamente estuvo el templo de Apolo. Esta isla se sitúa frente al golfo Ambracio, llamado por los modernos de Arta, que tiene un entorno de unas 60 millas. Aquí tuvieron que regresar, obligados por César Augusto, los que marcharon y se rebelaron contra él. Quiso, el llamado Augusto, darle el nombre de Nicópolis [de Epiro] en memoria de la victoria que obtuvo en el interior de dicho golfo contra Marco Antonio y Cleopatra [batalla de Accio].

La fortificación de Santa Maura, entre tierra firme y la isla de Léucade. El Islario de Santa Cruz señala que es isla, «toda llena de selvas umbrosas por donde corren muchas aguas, tiene en el medio un llano todo poblado de vides y su puerto es al levante, dado que a la tramontana, tiene otro más seguro en torno del qual ay muchas fuentes y selvas y no muy lexos del esta una fuente hazia la mar que es de agua muy copiosa y veese en ella una ciudad antiquissima destruyda donde antiguamente estava el templo de Apollo».

La isla de Zafalonia [Cefalonia] las Echinadi

Al sudeste y en dirección sur de los vados de Santa Maura, está la isla que los antiguos llamaban Ítaca, pero que hoy se llama Com-

pare, y que fue en tiempos la morada de Ulises. No tiene nada digno de consideración, salvo una llanura en el interior con algunas casas, el resto es todo montañoso, y es ventajosa para los navegantes porque tiene muy buenos puertos. Al noroeste de la isla se encuentran las Echinadi [Equinadas], como las llaman los modernos curzolanos, escollos famosos por la victoria obtenida por la Santa Liga el 7 de octubre del año 1571, Estrabón quiere que una de ellas sea Dulichi. Después de estos escollos se encuentra Zafalonia [Cefalonia], llamada por los antiguos Cefalonica. Algunos sostienen que lleva este nombre por ser la cabecera de las islas cercanas, pero Estrabón dice que se llamó Cefalonia por Céfalos, capitán del ejército de Cleobas. Anfítrone, al convertirse en señor de la isla, se la dio como regalo a Céfalos, y así alcanzó el nombre de Cefalonia.

Según la creencia popular tiene una extensión de 160 millas, pero Estrabón la sitúa en 307, y Plinio en 306. La parte sur de la isla es completamente abrupta, y entre los montes hay uno muy alto donde estaba el templo de Jove [Júpiter]. Tiene una forma triangular y cuenta con muy buenos fondeaderos, el principal es el de Argostoli, capaz para cualquier armada, y otro en el cabo Guiscardo [Fiskardo], donde se ven los vestigios de palacios y estructuras de una gran ciudad, y se encuentran medallas y otros objetos. La isla produce trigo, aceite, manzanas, manna, pasas e higos, y tiene muchos animales pequeños, de los que hacen esclavinas de lana para uso del ejército.

En una colina se encuentran los restos del castillo medieval de San Jorge, en su entorno se pobló la ciudad de Argostoli que se desplazó al lado de la bahía Koutavos por la facilidad del comercio. Los vestigios de «una gran ciudad» que señala Rosaccio han permanecido ignorados

hasta este siglo, en que se han descubierto restos de casas romanas, un complejo de baños, un cementerio, una tumba con su contenido intacto y un pequeño teatro. El viajero Thevet escribe. «Grande y populosa, con abundantes zonas montañosas arboladas de pinos y abetos y donde crecen muy buenos frutos, entre ellos higueras de gran tamaño. Casi siempre está verde, de ahí los buenos pastos. A mano derecha del gran puerto se ve un fuerte castillo, entre este y el puerto hay unas hermosas salinas que son de gran beneficio para el señorío veneciano. Lo que más necesita la isla es agua dulce, que no se encuentra, por eso tienen unos bonitos aljibes para que el agua de lluvia se almacene». En el Islario de Santa Cruz se lee: «el día de oy es dicha esta ysla Cephalonia es toda montuosa y tiene de circuyto ciento y cinquenta millas, otros dizen ciento, es toda llena de selvas sin agua ay en ella mucho higo y mucha grana es muy abundante de muchos pinos y de muchas otras cosas, cria algunas serpientes que son muy amigas de carne humana y se meten debaxo de los que duermen por engordar con el calor humano, a la parte de levante tiene un monasterio de frailes franciscos donde esta un huerto pie todas las fructas son dulces de sabor y al poniente tiene un puerto llamado Viscardo».

Ahora, antes de alejarnos de las Echinadi, regresemos y recordémos la gran victoria que Dios dio a la armada cristiana unida contra los turcos. El otomano Selim, príncipe de los turcos, había movido guerra contra el senado veneciano de la isla de Chipre en el año 1570, sin ninguna causa aparente ni legítima. El 9 de septiembre su bajá Mustafá partió con un gran ejército sobre Nicosia, metrópoli de toda la isla, que en poco tiempo conquistó y tomó, y tras esta captura no se detuvo y pasó a Famagusta. Mientras esto sucedía en Chipre, el papa Pío V intentó unir las fuerzas de la Santa Iglesia, del rey católico, y de los venecianos para resistir con armas comunes a enemigos comunes. La liga entre estos tres poderosos fue concluida y publicada el 25 de mayo de 1571. Don Juan de Austria, hermano del rey Felipe, fue nombrado

general; de las galeras del papa lo fue Marco Antonio Colonna, y de los venecianos Sebastián Veniero [Sebastiano Venier].

El 6 de octubre de 1571, tras alcanzar algunos acuerdos, los tres generales se encontraron con la armada sobre la isla de Cefalonia, en el lugar llamado valle de Alessandria, con 208 galeras pequeñas, seis grandes y 25 fragatas, esperando la salida de la armada turca resguardada en el golfo de Lepanto [Naupacto], para poder atacarla. Al no percibir indicios de sus intenciones decidieron abandonar Alessandria y regresar a Patrasso [Patras] con la intención de infligir el mayor daño posible en esos lugares, y ver si por este medio se obligaba a la armada enemiga a salir a luchar; y en caso contrario dirigirse directamente a la desembocadura y castillos de Lepanto y presentar batalla, o tomar una nueva decisión en beneficio de la república cristiana. A las tres de la madrugada sin más demora abandonaron el valle con el viento en contra y se dirigieron a Patrasso [Patras]. Los turcos, lejos de permanecer inactivos, habían traído un gran número de fusileros y otros soldados de Morea [Peloponeso], para reforzar la armada. A pesar de que muchos aconsejaban a los generales navales no presentar batalla, otros los instaban a la acción, y ante la oportunidad de luchar se decidió con valentía presentar batalla.

Habiendo ya decidido combatir, nuestros barcos partieron la mañana del domingo 7 de octubre, dedicado a Justina, santísima virgen y mártir de Dios, y a los dos mártires Sergio y Bacco (cuyos cuerpos fueron los primeros en ser llevados a Venecia al fundar la ciudad y ahora descansan en la iglesia patriarcal, tan celebres por los milagros realizados en el momento de su martirio que fue necesario, debido a la frecuencia del pueblo que concurría a recibir gracias, construir una ciudad que se llamó Sergiopolis [Rusafa, Siria] y hay que creer que intercedieron ante el señor

Dios por la victoria), y a mediodía la armada se encontró cerca de los escollos curzolanos, y entonces descubrieron que la armada turca venía a su encuentro con viento favorable; y todas las galeras cristianas se situaron con gran contento en posición de combate. Nuestra armada marchaba dispuesta en una formación parecida a alas extendidas, es decir, con dos extremidades, la derecha dirigida por [Andrea] Doria y la izquierda por [Agostino] Barbarigo, y los tres generales en medio. La armada turca avanzaba en formación recta para encontrarse con la nuestra, pero al acercarse, adoptó una disposición en forma de media luna, dividiéndose en tres partes, con la retaguardia semejante a la nuestra.

El viento, en el momento en que se aproximaron cambió a nuestro favor y el sol deslumbró a los turcos, y a pesar de tener antes ventaja, ahora nos favoreció milagrosamente el Dios más poderoso. Cuando la artillería de las seis grandes galeras que encabezaban la formación, dos en el centro de la batalla, dos a la derecha y dos a la izquierda, abrió fuego, dispararon con tal fuerza que en seguida se manifestaron indicios de la victoria, sumiendo a los turcos en gran confusión y desorden. Los cristianos abordaron las otras galeras y lucharon con la ayuda de Dios a lo largo de cinco horas, resultando al final victoriosos. La armada turca fue destruida, y apenas resistieron unas 65 naves, mientras que Ochiali [Uluj Alí] logró escapar para preservar su vida. Las 180 restantes fueron capturadas y hundidas, incluyendo 39 con fanal, y se salvaron las 163 que quedaron en buen estado que fueron repartidas entre los aliados. Los muertos del lado turco pasaron de quince mil y fueron liberados cuatro mil prisioneros y doce mil esclavos cristianos, que sufrían dura servidumbre de los turcos. Murieron cinco mil cristianos, entre ellos veinticinco capi-

tanques de galeras, y de estas naves se perdieron siete de los venecianos, dos del rey Felipe, una de Florencia, que era del Papa, y una del duque de Saboya. El botín obtenido por los cristianos fue incalculable, y se lo repartieron.

Con la ocupación de Chipre por los otomanos el año 1570 los estados cristianos se organizan en la Santa Liga para hacer frente a la agresión. Acordado el tratado en mayo de 1571, la flota parte para el mar Adriático en dirección a la costa griega. A lo largo del trayecto intentarán someter algunas posiciones otomanas; asedios fallidos de las fortalezas de Modon, Navarino y Castelnuovo, y ocupación de la de Barbano y la de Borsh o de Sopoto. La armada cristiana parte de Corfú y el día 5 de octubre se refugia en el valle de Alessandria, ahora llamado golfo de Samos, al este de la isla de Cefalonia y al oeste de Ítaca. A la mañana siguiente se dirige a las islas Curzolari también llamadas Equinadas, dispuesta para, en la voz de Cervantes, «la más memorable y alta ocasión que vieron los siglos, ni esperan ver los venideros». Es la batalla del día 7, en la se enfrentaron las armadas cristiana y otomana en el golfo de Lepanto, donde «se desengañó el mundo i todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar».

La isla de Zante [Zakynthos]

La isla de Zante fue llamada por los antiguos Zacinto e Hyria, y fue construida por los hombres de la ciudad de Sagunto, de España. Tiene alrededor de sesenta millas, al este su costa es montañosa y accidentada, pero hacia el norte parece mucho más agradable, donde se ven llanuras fértiles y excelentes pastos para los animales, también hay cantidad de viñas y olivos. Sus ingresos consisten en vinos, aceite y pasas, su ciudad lleva el mismo nombre que la isla y tiene una pequeña fortaleza en una alta colina, en

el resto se encuentran 47 villas; a mediodía aparecen dos islotes llamados Strofadi o Strivadi [Estrófades]. Esta isla sufre terremotos, por eso se ve su ciudad medio en ruinas. En el entorno, del lado de Morea, se ven varios islotes, entre ellos el de Sapienza, por los antiguos llamado Sfagia, o Sfacheria, con un buen puerto en la parte norte, y en tierra firme se puede admirar el golfo de Lepanto [de Corinto].

Sobre la ciudad de Zante, en la colina Bochali, el castillo medieval que un terremoto destruyó. Las ruinas actuales corresponden al pequeño castillo que construyeron los venecianos a mediados del siglo diecisiete en el mismo lugar. El peregrino francés Greffin Affagart en 1533 escribe. «La ciudad principal se llama Castum [Zante], que es un puerto de mar sin murallas y está poblada por cristianos, griegos y campesinos judíos que rinden homenaje a los venecianos. En la montaña, se encuentra el castillo en ruinas donde está el capitán con su gente, diputado del señorío de Venecia. La región es bastante fértil en vinos, y los hacen en la misma viña sin llevarlos a casa, pero son tan fuertes que los que no están acostumbrados prefieren beber agua. Al final de su campo construyen un muro cuadrado de diez pies de largo y de ancho, sólidamente cimentado por el contorno y el asiento, y dentro trabajan las uvas a pie durante una hora y media sin dejarlas fermentar, y el vino se desliza por cierto conducto y luego se echa en vasijas de barro». El viajero Thevet escribe. «Tiene el puerto más hermoso que uno pueda encontrar, en su parte norte está formado y rodeado por grandes muros y rocas, y presenta la forma de media luna. Antes de fondear en el puerto los barcos deben pasar cerca de una gran escollera y un peñón en cuya cima hay una fortaleza bien protegida de los bárbaros, y otra en el lado sur». Se lee en el Islario de Santa Cruz, «al levante tiene un puerto llamado Peloso al encuentro del qual esta un lago de pez liquida y de muchas venas de metal, de la parte de poniente es el puerto llamado Nata después del qual está el puerto de San Nicolás y no lexos del es el llano de las Salinas».

El golfo de Lepanto [Naupacto], Morea y con otros lugares del Peloponeso

Ahora quiero volver al punto de partida, es decir, al lado este de la ensenada de Ambracio, donde se deja el río Achelo [Aqueloo] y a través de su vado se entra en Etolia, dejando a la izquierda los Anfiochi [Anfiloquia]. La ciudad más famosa de Etolia es Lepanto [Naupacto], sobre los Anfiochi y el monte Otri, y más allá se encuentra Tesaglia [Tesalia], rodeada enteramente de montañas pero con un suelo y un entorno propicio. Al regresar al mar, surgen ante nosotros los Dardanelos, situados sobre un estrecho dentro del que se ven dos golfos, uno hacia el norte que se llama de Lepanto [de Patras], y el de Corinto hacia el este. En el lado oeste se encuentran las tierras de los ozoli y de los locri, y en la orilla este se extiende parte de Fócida con la tierra de Delfo, famosa por el oráculo de Apolo. A la derecha queda el Peloponeso, hoy Morea, una de las penínsulas más nobles y de más nombradía del mundo. Está unida a Acaia por una extensión de tierra llana en forma de lengua, es decir, un istmo, aproximadamente de cinco millas de ancho, pero de tal firmeza que muchos intentaron romperlo, y se ha vuelto proverbial entre las cosas difíciles e imposibles [el canal de Corinto].

El golfo de Lepanto y la ciudad ahora llamada Naupacto, donde se desarrolló la famosa batalla. Aquí se entiende como Dardanelos el estrecho que defiende la entrada del golfo, al norte el castillo de Rio, y al sur el de Antirrio o Roumeli, Rosaccio llama Milecreo al del norte y Rio al del sur. No confundir con los Dardanelos de Turquía, entrada al mar de Mármara. Y como Morea se conocía en época medieval, y parte del período moderno, a la península del Peloponeso; nombre de origen desconocido que consta ya en una crónica bizantina del siglo diez.

El Peloponeso tiene un perímetro de más de quinientas millas, es de forma redonda y muy abundante de terreno, por eso estuvo tan densamente poblada por los antiguos, y en la actualidad no hay ningún lugar en toda Grecia que cuente con más población. En su entorno se localizan seis puertos formados en las partes de tierra firme que se adentran en el mar, distintos de las colinas y llanos fértiles; la parte más accidentada es Arcadia, situada en el centro de la provincia. Tiene muchos ríos famosos, entre los que se encuentran Peneo, Alfeo, Paniso, Tofoo, Eurota, Inaco y Asopo. Cerca del istmo se puede ver Corinto, emporio noble por la excelencia de su emplazamiento entre el mar Jónico y el Egeo, y entre el puerto de Lecheo [Lequeo] y Scheno, al oeste Scione, hoy Basílica; y se costea por Acaia, situada entre el monte Stinfalo y el golfo corintio. Luego se encuentra el estrecho de los Dardanelos, el del norte se llama Milecreo y el del sur Río, cien pasos menos ancho que el del Helesponto [Dardanelos], donde están Abido y Sesto. Siguen Patrasso, Dime y el promontorio Attico. De ahí se entra a Elide, de hermosa apariencia, entre Peneo y Alfeo con las ciudades de Elide, Olimpia y Pisa situadas en el punto de encuentro del golfo de Chelonate. Sigue Messania, con el lugar de Navarino, sitiado por el ejército de la Santa Liga en el año 1572, como aparece en el grabado; una fortaleza de los turcos situada en Morea cerca de Modone [Methoni], ciudad de poca actividad pero un puerto muy seguro, custodiado por los turcos con gran celo por la proximidad de los ejércitos cristianos.

El peregrino francés escribe, en 1480. «Modon es una ciudad fuerte, armada con artillería y perfectamente cercada de murallas; enfrente tiene un excelente refugio para galeras y barcos, cerrado con fuertes muros que rompen el flujo del mar. Los que están en la ciudad son

griegos y de todas las naciones, gentes que hablan diversos idiomas. Las escuelas e iglesias son casi todas griegas, hay varios molinos de viento en las murallas y alrededor de la ciudad. En las afueras hay cantidad de casas horribles, cabañas repugnantes llenas de gente pobre y casi salvaje, negros medio moros, y son gente fea, casi todos desnudos con grandes barbas y largos cabellos; son cristianos, judíos y sarracenos viviendo todos juntos. El pan y la carne son baratos, pero los vinos son tan fuertes y picantes, y huelen tan fuerte a brea, que no se pueden beber».

El viajero francés Denis Possot el año 1532 escribe. «Esta ciudad fue tomada por los turcos a traición y los habitantes prefirieron quemar a sus mujeres, niños y linaje que estar sujetos al turco y confinados en sus manos. Los malvados turcos construyeron dos torres altas con las cabezas de cristianos, que ahora se llaman torres de los mártires». El año 1544 Hieronymo Maurando visita la isla. «Modon es una tierra muy fuerte y el castillo es aún más fuerte; estuvo sujeta en el pasado al señorío de Venecia, y todavía podemos ver los leones de mármol en las paredes, pero actualmente está en manos de los turcos que viven en el interior del castillo, y los cristianos pobres viven miserablemente afuera en chozas».

Costeando las orillas de Morea, hacia la parte más oriental se encuentra Corone [Corinto] y Messenichia [Mesenia], que da nombre a un golfo. No muy lejos de este golfo se encuentra el cabo de Maina [Mani], una fortaleza de cierta importancia, como aparece en el grabado. Se sitúa en Laconia, habitada por gente orgullosa, ruda, indomable y cruel, que no tiene más riquezas que el arco y el arcabuz con el que defienden su libertad. Entre el cabo antes mencionado y Malea corre el golfo Lacónico, donde desemboca el admirable y agraciado río Eurota. Por el cabo Malio [Malea] se entra al golfo Argólico, en su apertura se asienta sobre el cabo Malvagia [Monemvasía] y en su seno está la ciudad de Napoli [de Romania, Nauplia]. Adentrándonos en tierra firme se en-

cuentran Argo [Argos] y Micene [Mícnas], de donde fue raptada Helena, y de las dos solo se conserva el nombre porque fueron destruidas; también Megalopoli, hoy llamada Landrio. Regresando al mar, y pasado el promontorio de Scileo, se descubre el golfo Saronico, que hoy se llama Engia [Egina]; en frente se encuentran Cenirest [Céncreas] y el puerto de Scheno. Se extrae de Morea cantidad de seda, granos, ceras, el excelente vino romania y cordobán.

La isla de Cerigo [Citera]

Esta isla es muy famosa, aunque pequeña, y se encuentra cerca de Morea, en el lado sur. Los antiguos la llamaban Scoterra y Porfiris por la belleza de los mármoles que, según Aristóteles, se encontraban en el lugar. Aquí llegó Venus por primera vez después de su nacimiento, y por eso se llamó Citerea; aunque otros dicen que tomó este nombre de Citereos, hijo de Fénix, pero nuestros modernos la llaman Cerigo, y al norte se encuentra Malvasia [Monemvasia]. Tiene muchos puertos, pero inseguros por la estrechez de su entrada. Tenía una ciudad que en el pasado se llamó Citerea. La circundan muchos peñascos y a poniente se ven las ruinas de un castillo que ahora se llama Citara, donde estaba el templo de Venus. El entorno de la isla es de 60 millas, actualmente está poco habitada y casi desierta. En la parte sureste se puede ver la isla de Cecerigo, llamada Egila por Plinio, que es de poca importancia, por lo que no trataré de ella.

De estos tiempos es la mole del castillo de Chora, en Citera, ahora una ruina proa al mar. Al norte de la isla, las ruinas del castillo de Palaiochora y el pueblo construido sobre la asombrosa garganta Kako Lan-

gadhi, en un lugar apartado para no ser reconocido desde el mar, pero fue alcanzado y destruido por el pirata Barbarroja treinta años antes del grabado de Rosaccio; en su entorno la capilla de Santa Bárbara.

Nicholas de Nicolay el año 1567 visita el castillo de Citera, «que por naturaleza y artificio se muestra inexpugnable al estar en la costa del mar, situado sobre un peñón alto e inaccesible, y mirando hacia tierra, rodeado de grandes y profundos valles. Sólo hay una puerta para entrar en dicho castillo, fuerte y bien custodiada por veinte soldados italianos. Debajo del castillo se encuentra el pueblo, que es bastante grande y está situado en una pendiente. Pero el acceso es difícil, porque sólo hay una calle excavada en roca dura de mármol negro que resbala. Los vestigios de las antigüedades, tanto de la ciudad Citera, como del castillo de Menelao y del antiguo templo de Venus, me fueron mostradas por un isleño en la cima de una alta montaña». En el Islario de Santa Cruz se lee: «esta ysla es mal habitada y casi desierta en pero abundante de asnos salvajes al cabo de la qual se halla una piedra que es buena para el dolor de la ciática y puesta sobre la muger que no puede parir apresura el parto, esta ysla, boxa cinquenta millas ay en ella buenos surtidores y puerto para navios pequeños, tiene leña y agua y carnes y castillos y poblaciones y es de venecianos».

La isla de Candia [Creta] y otras islas de su entorno

Ahora que hemos llegado a la reina de las islas del mar Mediterráneo, nos detenemos ante su hermoso panorama y admiramos su situación tan conveniente para encaminarse a Soria [Siria], el Cairo, Constantinopla, Venecia y Chipre, en fin, por todo el mar Mediterráneo, porque está en el medio, y por eso decía Aristóteles que la naturaleza la había creado para reinar en dicho mar. Se encuentra a 500 millas de Soria, y a 300 de Egipto, Carmania [Anatolia], Cipro [Chipre] y Albania. Tiene una costa con muchos y variados frentes y cabos, los principales orientados al este y otros al oeste. El cabo Salamino, situado al este, hoy es

llamado Salamo y al oeste el cabo llamado Spada [Ákra Spánta]. También se encuentran los promontorios Melaca y Altelino, ambos llamados por los antiguos Drepanca y Zefiro. La isla es de condición accidentada, más prominente al este que en el resto y tiene muchas montañas que se extienden a través; la más alta es el monte Ida, tan famoso que en tiempo de Estrabón estaba rodeado de buenas ciudades. En Candia [Creta], Virgilio y Horacio situaron cien grandes aldeas, pero ahora no son tantas. En la costa norte se encuentran las ciudades de Candia [Heraclión], Canea y Retimo [Rétino], y el lugar de Sitia, de cierta importancia. La isla está llena de granjas y villas, que suman más de 900, pero en la parte sur soporta el viento austral, que la infecta. Tiene dos puertos bien custodiados y en todo el territorio se pueden ver muchas ruinas de edificios de fábrica antigua, por lo que se puede juzgar su grandeza y magnificencia entre los antiguos. Los fértiles pastos de sus valles son de tal bondad y perfección que de ellos se alimentan muchos animales, y en todas partes se obtiene mucho queso, de gran bondad y perfección.

Esta isla maravillosa produce los vinos más excepcionales del mundo, tanto blancos como negros, de tal perfección y excelencia, y en tal cantidad, que no sólo se transportan a Italia, Francia, España, Inglaterra y Grecia, sino hasta China. Sus licores blancos se llaman Malvasía, Moscatel, Tonde, Garbe, Persechine y muchos de otras denominaciones, y son tan sabrosos y perfectos que restablecen a quien estuvo a punto de abandonar el alma. El negro se llama Liatico, de la palabra griega, y es de una bondad infinita y rara. La isla también produce cantidad de manzanas, y no hay país en que abunden más los cipreses, y da frutos de tal bondad que los mejores son formidables, pero es pobre en ríos. En su vecindad hay muchas islas pequeñas con cantidad de conejos, y

unos animales parecidos a los camozze, que se llaman stram-bechi. De todas las isla, Gozo es la más famosa y se situa al oeste, cerca del cabo Ermico llamado Frons Arietis por Estrabón, y fue donde llegó San Pablo en su naufragio descrito en el capítulo 27 de los *Hechos de los Apóstoles*. La otra es Standia en dirección a la ciudad de Candia, llamada Dia por los antiguos, y hoy sin importancia.

Se lee en San Pablo. «Habiéndose levantado una brisa del sur, creyeron que podían realizar su propósito y, levando anclas, fueron costeando Creta. Pero no mucho después irrumpió contra la nave un viento huracanado, el llamado euroaquilón. La nave fue arrastrada y no pudimos hacer frente al viento, quedando a la deriva». El peregrino francés escribe en 1480. «La ciudad es hermosa y fuerte pero no tanto como Ragusa. Está fortificada y bien armada. Todas las casas, tanto en la ciudad como en los suburbios y en los pueblos cercanos, son altas y están hechas de piedras fuertes y todas son planas en la parte superior como una hermosa habitación; y se circula por encima de dichas casas, como por las calles; y se pintan y cubren con cemento para que el agua se quede allí como en un aljibe».

En el Islario de Santa Cruz se lee. «Al austro del cabo llamado Fransia está la ciudad muy nombrada de Candía y de las mas principales de la ysla que antiguamente se llamo Cythea, es arzobispado metropolitano y de los mejores puertos de la ysla, donde está y reside el governador de Venecia [...] muy llena de arboles muy fructíferos y de muchas verduras y de cipreses que tienen muchos en abundancia, en la parte occidental de la ysla [...] ay en ella mucho vino y muy bueno dizese en ella aver una yerba llamada alimo que en comiendo quita la hambre por un día entero. Junto al monte Ida y al occidente del están oy muchas cuebas habitadas de hombres bestiales y más al Oriente la famosa ciudad de Gnosos [...] junto a la qual esta aquel muy nombrado laberintho do estuvo el Minothauro de la qual aun ay oy rastros porque son unas cuevas debaxo de tierra que tiene una sola puerta angosta las quales no

se pueden andar si no son guiados de algunos que la sepan bien con una hacha encendida».

Affagart escribe. «Candia es la ciudad principal y capital de Creta, fuerte y bien cercada, y su puerto el mejor defendido y sólido que he visto en el mar. A la entrada, los venecianos tienen una torre o fuerte situada en el mar [Koules], la más firme y mejor equipada con artillería que hemos podido ver para luchar en el mar. La ciudad no es hermosa ni defendida por murallas, porque ha sido destruida varias veces por la guerra turca y por los terremotos, y como la isla está muy perjudicada no se atreven a construir grandes edificios, porque son más peligrosos. Los habitantes de la ciudad y de la isla son griegos. En la isla de hay una alta montaña a unas tres leguas de la ciudad, en la que se dice que está el sepulcro de Júpiter, y cerca también estaba el laberinto que hizo Dédalo para colocar al minotauro. En esta isla no hay lobos, ni osos, ni zorros, ni bestias venenosas que puedan dañar al hombre. Abundan buenas carnes como perdices, gallinas, cabritos y ovejas a precios económicos. Las casas empiezan a parecerse a las de Jerusalén, es decir, abovedadas y planas arriba, y tan bien cimentadas que el agua no puede penetrar, pero la recogen y la llevan a las cisternas para beber, porque no han encontrado ningún manantial de agua dulce más cercano que el Nyle. [...] Y a causa del gran calor, el vino que llaman malvasía es más ardiente que el de cualquier otro país, tan ardiente y oscuro que aquí no les parece bueno, pero se atempera cuando lo sacan del país, y todas las naciones lo vienen a buscar».

De Candia a Soria y Tierra Santa camino de Cipro

Dejando la isla de Candia y las islas del archipiélago, nos dirigiremos en dirección este hacia Soria [Siria]. Partimos de Candia para ir a Rodi [Rodas], que está situada al noreste de la isla Carpanto, que los modernos llaman Scarpanto, nombre que toma de la cantidad de frutos que allí crecen. Esta isla es muy célebre y da el nombre de Carpazio al mar donde se asienta. Fue en tiempos la

morada de Palante, hijo de Titán, y aquí también se alimentaba Palas. En el pasado tenía seis castillos, de los que hoy sólo se pueden ver tres; al este se encuentra Tristano, que se llama Faria [Pigadia] y al oeste tiene un puerto agradable en un escollo; cerca del monte Gomello se encuentra Corezi [Koraki]; y hacia el sudoeste se ve Caso [Kassos], que es una isla muy pequeña, y unos escollos llamados Cani [Aperi] que sólo tienen un kilómetro de entorno, y partiendo de aquí se encuentra Rodi.

De la isla de Cárpatos, Kápathos en griego, el viajero Thevet escribe. «Lo que invita más a la isla es el coral que allí se encuentra, el mejor de todo el mar, del que hay un gran comercio en Alejandría de Egipto, en el Cairo, e incluso en todo el Levante».

La isla de Rodi [Rodas] y otras islas

Rodas, isla tan amada por Febo, de suelo fertilísimo y aire muy templado, de modo que no pasa un día sin que se vea en ella el sol, tuvo en la antigüedad gran dominio y floreció en sus fuerzas navales sobre cualquier otra isla del ese mar. Fue venerada y amada más que ninguna otra por griegos y romanos, por el amor de sus habitantes, que siempre preservaron su libertad. Aquí fue construido el gran Coloso por el famoso Cañete Lindos [Cares de Lindos], dedicado al Sol, una de las siete maravillas del mundo, aunque otros dicen que lo hizo Colasse, discípulo de Lisipo, y que de él tomó el nombre de Coloso. Sea como fuere, escribe Plinio que el Coloso de Rodas era digno de admiración, su altura era de setenta codos, y un terremoto lo derrumbó al cabo de 56 años de su construcción. Además de este coloso, en esta isla había otros cien, y cada uno contribuía a ennoblecer la ciudad. Algunos dicen

que el Coloso tenía un gran espejo en su pecho, y que los barcos que salían de Egipto podían verse en él, especialmente por la mañana, al amanecer.

En esta isla se extrajo por primera vez hierro y cobre; tuvo varios nombres entre los antiguos, y después de que Atabiro, uno de sus reyes, la llamara Fiula, Asteria, Atabira, fue llamada Itrea, Scadia y Telquine, aunque los más antiguos la llamaron Achiro-ma; pero Rodo es su nombre propio, que, como escribe Pomponio Mela en el libro segundo, lo tomó porque mientras se cavaban sus cimientos se encontró una planta de rosa, de ahí el nombre de la isla y de su ciudad, porque esta palabra griega Rodos en el idioma toscano resuena a rosa. Así es que mis antepasados, provenientes de tan famosa ciudad, portaron la rosa como arma, y yo, con mis hijos, hermanos y parientes, la guardamos y la guardaremos para nuestra posteridad, con los privilegios que nos ha dado muchos emperadores griegos y latinos. Estrabón escribe que esta ciudad, cabecera de la isla, tanto por la calidad de su puerto como por la belleza de sus lugares, por la solidez de sus murallas y por la excelencia de sus edificios, era tal que ninguna otra podría ser igualada o incluso preferida. Para demostrar la felicidad de la isla, Píndaro finge que sobre ella llovió oro.

Tiene un entorno de 125 millas, poco más o menos; al oeste Carchi [Chalki] y Limonia [Alimia], y más al norte las islitas Simi. Carchi, que los antiguos llamaban Caltea y Calista, tiene un entorno de doce millas, pero no está muy habitada a causa de su esterilidad, aunque produce cantidad de higos. Al este de la isla hay un antiguo castillo con un puerto muy cómodo. Las Simi de Estrabón, llamadas Elcusa, son pobres de tierra pero dan muy buen vino y tienen muchas cabras montesas, se extienden unas treinta millas. Siguen, a lo largo de Licia [Likya], las Polcele, y en los

confines de la Panfilia la Chelidonie [Besadalar]; en la lejanía se puede ver Giambrustia en cabo Córico [Korghoz].

Ruy González de Clavijo visita la isla el año 1403. «E esta dicha ciudad de Rodas non es muy grande, y está en un llano junta con el mar, é es isla, y tiene un castillo bien grande y es apartado sobre sí, é tiene su cerca y barrera así de partes de la ciudad, como de partes de fuera. E dentro ha un apartado sobre sí, é cerrado de muro é torres, é allí es la fortaleza é el palacio del gran Maestre é de sus freyles, e allí dentro está su convento é una fermosa iglesia, é un grande hospital do acogen los enfermos, é de aqui desta fortaleza non osan salir los freyies para ir á parte ninguna sin licencia de su mayor, é el puerto que esta ciudad tiene es bien grande, é bien guardado junto con el muro de la ciudad, é ha dos como cimientos muy grandes de recia obra, que llaman molles que entran por el mar, entre medias de amos á dos es puerto do están las fustas. E en el uno de aquellos molles están fechos catorce molinos de viento, é de fuera de la ciudad ha muchas casas y huertas muy fermosas, é muchas cidras é limas é limones, é otras muchas frutas; é la generación de la gente desta ciudad é desta isla son griegos, é usan la Iglesia Griega casi todos los mas; é esta ciudad es una grande escala de mercadorias, que vienen allí de muy muchas partes, ca ningunos navios non pueden ir en Alexandria, nin en Jerusalén, nin en la Syria, que non vayan á esta isla, o a lo menos pasen á ojo della. E la tierra de la Turquía está tan cerca desta isla, que se paresce muy bien, é en esta dicha isla de Rodas ha otras villas é castillos sin la ciudad de Rodas».

Francesco Gemelli, visita la isla el año 1686. «La ciudad de Rodas se sitúa al oriente de la isla, en parte en las llanuras y en parte en las colinas. Tiene tres millas de entorno, sus calles son anchas y rectas, empedradas de buenas piedras, y en medio de la más grande hay una hilera de mármol blanco, de un extremo al otro. En esta calle se pueden ver los albergues, o residencias de los caballeros de San Juan, y el palacio del Gran Maestre. Las fábricas son de estilo italiano, hechas de piedra tallada, más fuerte que la toba de Nápoles. Las plazas, o bazares, están equipadas a muy buenos precios con todo lo que produce el país y los lugares vecinos del continente. En los edificios se ve claramente que

estaba en poder de los cristianos, y no han disminuido en lo más mínimo su magnificencia por la falta de interés de los mahometanos, que no borraron los recuerdos antiguos. De hecho, las armas de la religión de Jerusalén se pueden ver en todas partes, incluso en la artillería. Hay cinco puertas del lado de tierra, tres cerradas y dos abiertas, custodiadas por varias defensas y puentes levadizos, y del lado del mar otras dos.

Está habitada por turcos y judíos, y todos los cristianos griegos (que constituyen el mayor número) viven en los pueblos y casas de campo cercanas, en medio de un panorama indefinido entre el verdor de los jardines y viñedos. La ciudad está rodeada por tres murallas y tres fosos, y tiene otros tantos puertos para la custodia de sus barcos y galeras. El que sirve para los barcos está custodiado por el bastión de San Elmo, equipado con diez piezas de artillería, y también sirve de faro. El otro, contiguo, a la izquierda, está defendido por una torre con ocho piezas pequeñas, y a la derecha por el fuerte Encantado, o del Moro, con 38 cañones, y los ocho que están a flor de agua llevan balas grandes. En este segundo puerto estaba el muy renombrado Coloso de bronce, erigido por Charete, de la ciudad de Lyndo [Cares de Lindos], que lo completó en el espacio de doce años, a costa de trescientos talentos. Pero después de perdurar a lo largo de 56 años lo derribó un terremoto, sin que los rodios, amenazados por su oráculo, tuvieran el valor de ponerlo de nuevo en pie. Y así, tan maravillosa obra permaneció intacta sobre el suelo durante varios siglos, hasta el año 654, cuando se fragmentó. En 1155, unos 1.400 años después de su construcción, fue destruido completamente por un líder sarraceno llamado Mahavia, que se hizo dueño de la isla, vendiendo el metal a un judío, que después de haberlo desembarcado en Anatolia lo hizo trasladar por tierra a Egipto sobre 900 camellos».

La isla de Cipro [Chipre] y sus ciudades

Hacia la parte de levante se ve la nobilísima isla de Cipro, que los antiguos llamaban con diferentes nombres: Acamatide, Cerastin Spelia, Amatusa y Macara. En medio se encuentra el monte Olim-

po [Stavrovouni], y en su cabecera, hacia el oeste, la ciudad de Pafo ahora llamada Bafo, donde estaba el templo de Venus en el que, como pretenden los poetas, nunca se vio llover. Tiene 210 millas de largo, 65 de ancho y un entorno de 550, y está dividida en dos partes por una montaña que la atraviesa de este a oeste. La población del lugar la divide en once distritos; en general el aire es cálido, excepto en el lugar de Cerines [Kyrenia], donde el viento del norte sopla fresco debido al mar que le proporciona una amplia superficie. Las montañas la defienden de los vientos del sur, sin embargo no evitan que en sus cumbres el aire sea muy afilado. Sufre mucha necesidad de agua, de modo que en lugar de ríos solo se ven arroyos, y aun en pocas ocasiones, porque rara vez llueve, y las fuentes y los pozos son escasos. A causa de esta necesidad de agua construyen unos recipientes muy grandes donde recogen la que cae del cielo. Por toda la isla crecen las habas para hacer calabazas, así como árboles del algodón llamados bambagias. En resumen, dicha isla da vinos, cereales, legumbres zafarani, *latiele*, aceite terebinti y grana; y no faltan metales y minerales, como oro, cobre, vitriolo alumbre y entre otras riquezas, la sal, que se elabora en un lugar llamado salinas. En invierno se forma un lago extenso a causa de las lluvias y algunos riachuelos; y en verano por la calidez del suelo y la fuerza del sol se llena todo de sal muy blanca y muy dura. Tiene un entorno de doce millas, pero la sal gruesa no se condensa en todo el lago, solo en una parte, en un área que abarca dos millas, donde, debido a sus propiedades ocultas, se condensa con mayor eficacia.

Tiene unos 800 caseríos con algunas plazas y ciudades amuralladas, entre ellas Nicosia, que fue su metrópoli, con un arzobispado. Su entorno es de cuatro millas y es un sitio admirable, parecido a Atenas y Florencia por la proximidad de las montañas,

donde se encuentran los mejores pozos de toda la isla. Famagosta, era la llave de todo el reino, cerca del lago de Costanza que algunos creyeron de Famagosta; siguen Buto y Liniso [Limasol]. Aunque la naturaleza ha sido parca en favorecerla con puertos dignos de consideración, aun queda algo de su gloria pasada. En el de Famagosta, que es el mayor, no caben 25 galeras, y los otros son de menor tamaño, como el de Cerines, que por su pequeñez es más bien un nido que un puerto. Tiene buenas playas, especialmente la de las salinas, y Limiso. Esta isla sufrió durante 17 años la falta de lluvia, y esto fue en tiempos de Constantino el Grande, y por esta causa se despobló. Pero luego pasó Santa Elena y construyó una iglesia en el monte Olimpo [Stavrovouni], donde colocó un trozo pequeño de la Cruz [de Jesucristo] que había encontrado, y entonces llovió. Regresaron los habitantes y pidieron ayuda a los emperadores de Constantinopla para su seguridad y subsistencia, y algunos obligaron sus bienes y también sus personas, y hoy se llaman *parici*, o *parks* [*paroikoi*, siervos], que se consideran esclavos; los otros se llaman *francomati* [siervos libres] y son campesinos poderosos que se encuentran en Cipro, el resto se dividió entre nobles y ciudadanos. Luego fue señoreada por duques hasta el año 1190 cuando Ricardo, rey de Inglaterra, se hizo su dueño al morir Chersalo y la entregó a los caballeros templarios por cien mil coronas, y estos, por el mismo precio, a Guido di Lisignano, y su hermano Amerigo [Aimery of Lusignan] recibió el título de rey del Sacro Imperio Romano Germánico.

En el Islario de Santa Cruz Chipre es: «fertilissima de todas cosas como es de aseite y trigo y cevadas y açúcar y algodón y caparrosa pero excellente en metales y vinos; cógese asimismo gran cantidad de seda

de quien tienen grandes rentas los venecianos; los de la ysla son de tan ásperas condiciones y tan intractables que para retenellos en obediencia los tratan muy ásperamente, ay en esta ysla un monte que tiene mill pasos de alto el qual es todo de huesos de animales y aun también de hombres y tiene de circuito dos millas llamado Cirenas y dizen los moradores desta ysla que qualquiera que tuviere calentura veviendo un poco desta tierra en agua luego queda libre della [...] la muy nombrada ciudad de Famagusta que es de las mejores y de mas tractos de la ysla con un buen puerto que la adorna y ennoblece, es obispado».

Tierra Santa, la antigua Siria o Soria, Palestina y Judea

Soria o Tierra Santa se sitúa al oeste de la isla de Chipre, por su fertilidad los antiguos la llamaban la tierra de la leche y de las manzanas. En la actualidad está dividida en varias provincias y no conserva los nombres antiguos, por lo que ahora Siria es llamada por los modernos Soria. Su frontera oriental está marcada por el río Éufrates, mientras que al oeste limita con el mar Mediterráneo. Al sur se encuentra el monte Ribano [Hermón], y al norte Caramania (Kahramanmaras). Ahora las principales ciudades son Damasco y Alepo, entre otras. Damasco, la más antigua de toda Asia, fue construida por los siervos de Abraham. Situada en una extensa llanura, su tierra de natural seca está bañada por aguas conducidas a través de acueductos y arroyos, que la hacen fértil. Se encuentra a seis días de distancia de Jerusalén, un recorrido en el que San Pablo experimentó su encuentro con Jesucristo, Nuestro Señor, al caer de su caballo y contemplar los cielos abiertos. En la actualidad, esta ciudad está muy habitada y frecuentada por comerciantes. En sus calles no hay escasez de nada, y se puede encontrar una abundancia constante de frutas, especialmente uvas. Hay numerosas mezquitas, la principal está

construida siguiendo a la basílica de San Pedro en Roma, aunque en el centro no hay cubierta ni nada. Alrededor de esta mezquita hay diversas estancias dispuestas como habitaciones. Este es el lugar donde, según la tradición, Caín cometió mató a su hermano Abel.

Regresando a la costa, nos encontramos con los puertos de la provincia, tales como Baruti [Beirut] y Trípoli. Hacia el sur se extiende el monte Líbano y Palestina, que engloba en su interior a Samaria, Judea, Galilea e Idumea [Edom], limitando al sur con la Arabia Petrea. Judea, conocida como la tierra prometida, y Tierra Santa, tienen al este las montañas de la Arabia desierta, al oeste el mar Mediterráneo, al sur la Arabia Petrea y al norte el monte Líbano.

Esta noble provincia se encuentra en la parte más distinguida del continente, se puede decir que se sitúa en medio de la tierra con respecto a oriente y occidente, al estar entre Spagna [España] y la India Oriental, y en dirección a su norte y equinoccio, de una parte Scitia [Escitia] y de la otra Etiopía; por lo tanto no se ve perturbada ni por el calor ni el frío excesivo, y su suelo produce hasta ciento por uno. No menos útiles son los pastos y el ganado, y como nos dan testimonio las sagradas escrituras, los rebaños fueron la riqueza de los antiguos patriarcas, como Abraham, Isaac, Jacob y sus otros hijos, y después de Moisés y del profeta auténtico.

Ésta es la tierra en la que Dios formó al hombre. Aquí Dios le dio la Ley a Moisés, es decir, en los límites de dicha provincia, sobre el monte Sinaí. Esta es la tierra que Dios escogió para sí como tierra particular más que todas las demás, donde quiso que se enseñara por primera vez la verdadera fe. Aquí comenzó el culto a Dios. Esta es, por tanto, la tierra prometida. Esta es la tierra de

la leche y las manzanas. Aquí nació, vivió, murió, resucitó, predicó y realizó infinitos milagros nuestro Señor Jesucristo. Aquí se originaron las primeras ciudades del mundo. De aquí surgieron los primeros padres y habitantes de la tierra y el mar. Aquí las ciencias tuvieron su origen, y por eso los griegos las aprendieron de los judíos. Aquí está la Ciudad Santa de Jerusalén, que fue llamada Salem por su rey Melquisedec, también fue llamada Luza, Lebus por los lebuseos que la habitaban y también fue llamada Elías. Pero después que David mató a Goliath y murió Saúl, se convirtió en rey y trasladó la sede real de Hebrón a Jerusalén, y por eso también se llamó ciudad de David. Sufrió muchas veces la incursión de enemigos y fue saqueada tanto por asirios como por egipcios, caldeos, macedonios, romanos, persas y sarracenos, de quienes finalmente fue recuperada por Gottomfredo Buglioni, y nombrada cabeza del reino, cuyas armas son una cruz de oro sobre campo de plata. Luego fue tomada por el sultán Saladino del Cairo a Guido de Lusignan. Ahora está en manos de Selim I, que se la arrebató al Cansone, el penúltimo sultán, y está en posesión de los turcos.

Como Arabia Petrea se conocía una región desierta y montañosa al este del río Jordán y al sur de Siria, donde sitúan los relatos bíblicos el éxodo de los israelitas desde Egipto y la travesía por el desierto; antiguo hogar de la civilización nabatea.

La isla de Santorini

Embarcados en Tierra Santa, regresamos al lugar de donde Salimos, es decir, a la isla de Candia, para adentrarnos en el archipiélago donde se encuentran las famosas islas del mar Egeo. La

primera fue llamada Agassa por los antiguos, y Filiterra por uno que era su señor, por la bondad de su suelo; Califfa y Teresia la llamaron Ptolomeo y Estrabón, y ahora Santorini. La isla aparece en forma de media luna dividida en dos partes, una mayor que la otra, con unas rocas áridas y calcinadas alrededor; su mar tiene una profundidad indetectable, especialmente entre las dos islas; la mayor es el que mira hacia la parte sur, con un entorno de cuarenta millas y al oeste se pueden observar los vestigios de una ciudad famosa completamente abandonada.

Isla nacida de un volcán, aparece el lugar de Santo Erini, llamado Santa Irene por los mercaderes venecianos, que derivó en Santorini. Los vestigios corresponden a la antigua ciudad de Thera. Acortiri [Akrotiri], el famoso yacimiento minoico, ciudad enterrada por una erupción, en tiempos de Rosaccio era una pequeña aldea y se desconocía la ruina.

La isla de Nanfio [Ánafe]

Nanfio se encuentra en el mar Egeo, dotada por la naturaleza de maravillosas propiedades, pues las serpientes no pueden hacer allí su morada y por eso se debe llamar con el nombre griego de Anafio [an ofis], que en latín denota isla sin serpientes, y cuando las llevan allí mueren tan pronto como tocan el suelo. En el pasado, en el extremo de dicha isla, es decir, al este, había una fortaleza muy poblada, donde los corsarios venían cuando querían; y para remediar el gran daño que tan malvados hombres hacían, sus habitantes la arrasaron hasta sus cimientos, y edificaron otra ciudad en medio de la isla, sobre una empinada colina. Se sitúa a levante de Santorini, y al sureste de Delos.

William Crispo, el gobernante de la isla, a mediados del siglo quince construyó la fortaleza de Gibitroli en el monte Kalamos, para defenderla de los continuos ataques de los piratas turcos y catalanes, cerca de la iglesia de María Kalamiotissa. En el Islario de Santa Cruz, Ánafe, «tenía en el tiempo pasado esta ysla al levante un castillo muy bien habitado a donde se recogían muchas veces los cosarios y tomavan lo que avian menester y los moradores por quitadles este refugio lo derribaron por tierra y fundaron una ciudad en medio de la ysla sobre un monte, tiene de circuyto treinta millas, es prolongada de levante a poniente y a la parte de levante tiene una pequeña población».

La isla de Stamfalia [Astypalaia]

En la desembocadura del mar Egeo se encuentra la isla de Stamfalia o Stapalia, conocida en tiempos antiguos como Astipalia. En las proximidades, se encuentra una pequeña isla parte de la ciudad de Onido, que forma dos puertos y no abarca más de una milla en extensión. La isla se sitúa en un entorno muy bueno para pescar, al sudeste de Delos, y su ciudad, que se llama como la isla, está orientada en aquella dirección. Contiguas a la ciudad, y también en toda la isla, se encuentran muchas ruinas de magníficos edificios antiguos, y al sudoeste la isla Icaria.

En la isla ahora llamada Astypalaia, la gran mole, acrópolis al viento en una eminencia, perspectiva distante de la isla, con sus molinos al pie, cuenta con las ruinas algo reconstruidas del castillo veneciano de los Querini, una familia que gobernó el lugar varios siglos. En Kylintrá se encontró el único cementerio infantil del mundo, de época griega. El Islario de Santa Cruz señala que «tiene una ciudad libre, tiene al presente en torno de sí buenas pesquerías y al austro della esta un castillo llamado Eluati y otros castillos caydos y una ciudad dicha de Stampalia con su muy buen puerto».

La isla de Lagno [Kos]

Lagno, llamada así por los modernos, era Coos, famosa por ser la patria del gran Hipócrates, príncipe de los médicos y del singular pintor Apelle [Apeles]. Es una isla de inmensa fertilidad, y sobre todo produce un vino excelente. Sufrió un gran terremoto el año 1490 que no sólo destruyó muchas casas, sino que también mató a cinco mil personas. Al norte, en medio de una gran llanura, donde nace el manantial Nicasso, que hoy se llama Apodomia, se encuentra Colipo, un castillo que tiene muchos molinos alrededor, y excelentes estanques donde se pueden ver hermosos edificios y jardines feraces, tan llenos de plantas variadas que la naturaleza parece haber situado en este lugar todas las dulces fragancias de la feliz Arabia. Su ciudad principal se llama Arangia [Nerantzia] y está orientada al este.

El Islario de Santa Cruz explica que, «declina la ysla toda como cuesta arriba al viento austro por donde los altos son montuosos y avia en ellos algunos castillos el uno de los quales puesto en el monte dicho Chio, salen muchas fuentes de agua y del pie de un rio llamado Sophodino, en medio de un llano nace la fuente llamada antiguamente Nicasto y oy Apodunia de la qual muelen muchos molinos y muy hermosas pesquerías; en el labrados están que es mármol y tanta suavidad de jardines do se oye música de pasaras que verdaderamente paresce cosa muy deleitosa, a la parte de levante está la principal ciudad llamada Arangia de sobervios edificios y al cabo de la ysla está un lago del qual sale en el tiempo caliente un hedor tan malo que corrompe el aire y fuera de la ciudad ay jardines muy deleitoso con unos edificios caydos que fueron de Hipocas». González de Clavijo escribe, «la villa está poblada en un llano junto al mar, y tiene un castillo pequeño, é entre el castillo y la villa está una grande laguna del agua de la mar, que entra dentro en una puente por do entran al cava el castillo, é al

derredor de la villa están muchas huertas é viñas e casas; en esta dicha isla están siempre cien freyles de los de Rodas, é un teniente que tiene el castillo é la villa».

La isla de Murgo [Amorgos]

La isla de Mergon o Murgo, que los antiguos llamaron Platage, se encuentra en el Egeo, y es un sitio muy montañoso, pero muy bien cultivado gracias a la destreza de los habitantes, y tiene muchas cosas útiles para la alimentación humana derivadas de su elaboración. Tiene tres castillos, Amurgo [Amorgos], Iali [Egiali] y Plato, y en la parte norte tres puertos, Santa Anna, Calos y Platas. Abundante de colinas, al amanecer se pueden ver las montañas escarpadas, y al sur ásperos y terribles acantilados que causan gran temor a los marineros que por allí pasan, ya que a veces el mar cubre con las olas las rocas de modo que solo algunas surgen sobre las aguas, por eso los marineros se distancian lo más que pueden. En esta isla nacieron Simónides y Lampi Pota.

Amorgos, iglesias blancas esparcidas, y la pequeña de Santa Ana donde las olas rompen se mantiene en su lugar, y una de las obras más sorprendentes, el cercano monasterio de la Virgen María [Hozoviotissa], del siglo once, una obra asombrosa, imposible, colgada al borde de un acantilado a 300 metros sobre el mar. Parece que Rosaccio se inspiró en el Islario de Santa Cruz. «La parte desta ysla del poniente es toda de labranças y al levante ay montes muy altos, al austro ay peñas muy terribles y espantosas principalmente para los navios por que aviendo fortuna, en el mar todas se cubren de las ondas de manera que no se parescen sobre el agua por lo qual los marineros se aparta dellas quanto pueden desta ysla».

La isla de Nixia [Naxos]

Plinio llamó a esta isla Strongoli, y otros la llamaron Naxus, Dia y Dionisia por la multitud de vides; y algunos Sicilia Menor y Galipoli, y ahora es llamada Nixia. Aquí, según relata Fericide, nacieron las siete hermanas Pléyades, hijas de Licurgo; otros afirman que no son de Licurgo, sino de Atlas y la ninfa Polione. Se encuentra al sur de Delo, y al oeste de Pario. Hay una ciudad, pero está completamente arruinada y sólo quedan vestigios, y al frente un castillo sobre una roca, que se llamaba Strongoli y hoy se llama Pérgola. A su lado se ve un templo muy grande, que según dicen los lugareños fue construido en honor a Baco, donde se puede ver su hermosa estatua de mármol. Actualmente esta isla está casi completamente desierta y sin habitantes, pero produce vinos y aloes muy preciosos; también hay muchas vetas de metales, pero no hay quien las trabaje. Al oeste se encontraba el templo de Apolline, cerca de donde hoy se encuentran las salinas; y entre las montañas hay un valle muy feraz llamado Darmille. Cerca del mar en el lado oeste se puede ver el lugar donde Arianna fue engañada por Teseo, donde hay un manantial que se llama de Arianna.

En lo que antiguamente era la isla Palatia, ahora conectada a tierra firme, destacan las imponentes bases de mármol y la enorme puerta de entrada del templo de Apolo, abierta al azul del mar. Este edificio se encuentra cerca de las salinas. Ruinas del magnífico templo de Baco [Dionisio] en Iria; desaparecida la estatua del dios, en una cantera cercana a Apolonas, en la roca de la montaña, una estatua colosal inacabada de diez metros de altura representa a Baco, testimonio del arte griego. El mapa de Cristoforo Buondelmonti, de hacia 1420, destaca la antigua producción de «smerigli lapidis» y la «fons ubi Teseus reliqt

Adriana», fuente mitológica también señalada por Rosaccio, que le da forma en el grabado.

El Islario de Santa Cruz la describe. «Tiene esta ysla un castillo cerca de la ciudad antigua que tuvo la ysla llamado antiguamente Strongile del qual parece a ver tomado la ysla el nombre de Strongile cerca de do estava el gran templo de Baco, cuya estatua de mármol muy hermosamente labrada se vee delante del castillo, al presente esta casi desierta la ysla y con pocos habitantes de los quales son muchos más mugeres que no hombres y la razón es por gastarse los hombres en las guerras. Ay en ella muchas venas de metal aunque no muy usadas por no aver gente que las cabe». El viajero Thevet escribe: «Antiguamente, a causa de la solidez del terreno, los emperadores y grandes señores de levante habían construido allí unos hermosísimos baños que hoy están en ruinas, y ahora sólo vemos chozas viejas. Aún quedan algunas ruinas del antiguo templo de Baco [de Apolo], sobre un peñón cerca del mar, pero la mayoría de los pilares y estatuas han sido retirados para la construcción».

La isla de Milo [Milos]

La isla de Milos fue llamada de otra manera por los antiguos, Aristóteles la llamó Melada por la cantidad de manzanas que en ella se encontraron; Gorgias, Zefira; Calímaco, Mimalida; Heraclio, Sinfino, por el rumor que se escucha continuamente de las numerosas aguas que caen de los acantilados. También se llamó Melos y ahora se llama Milo, porque en todas partes se encuentran piedras de molino. Al norte se encuentra un puerto excelente, acompañado de numerosas fuentes que emanan de piedras con propiedades asombrosas para tratar diversas enfermedades. Cuenta con zonas de tierra, y en el oeste un castillo llamado Dolone. Está rodeada casi en su totalidad por rocas e islotes, se curva en su mitad y forma el puerto antes mencionado.

Aquí se sitúan las notables catacumbas que fueron punto de encuentro de los primeros cristianos; únicas en su extensión, forman un complejo laberinto de tres galerías subterráneas excavadas en la roca volcánica porosa. En el Islario de Santa Cruz, «tiene un grande y muy buen puerto al nordeste para toda suerte de navíos y ay en la ysla un buen castillo y una buena población para hacerse fuertes en el, agua y leña mucha y carnes y pan y vino en abundancia según su tamaño en las mas partes della se hallan piedras del molino y una piedra llamada sardo. Tiene muchas aguas de olor de açufre que estilan de las piedras para beber son medicinales, en el llano della esta oy una pequeña población de pocas casas y al poniente un castillo que se dize Dolon».

La isla de Zea [Kea]

La isla de Zea tomó su nombre de Zeo [Zeus] hijo de Febo [Apolo], que según dicen algunos, también se llamaba Tetrapoli por tener cuatro ciudades; pero los griegos la llamaron Idrusa, y se tiene por cierto que estaba unida a la isla de Eubea. En una de sus ciudades llamada Iuliade [Yulis], nacieron el poeta Simónides y Erístrato, un excelente médico de la secta peripatética y emulo de Bione Boristene [Bión de Borístenes]. Se dice que en esta isla había un manantial, que cualquiera que bebía de su agua se volvía loco, y no finalizaba la locura hasta haber digerido el agua. Alrededor de la isla se encuentra una gran variedad de escollos sin ningún valor; en dirección sudoeste se sitúa Andre y hacia el este Delo [Delos], que tiene un entorno de 40 millas, expandiéndose hacia el sur.

La ciudad de Yulis, tendida en la ladera de una montaña, es la capital de la isla llamada Ceos, Cea y en griego Kea. Menandro escribió: «Es hermosa, querido Faniás, aquella ley de los ceos: no debe vivir mal quien no puede vivir bien», porque en tiempos antiguos la tierra no producía

alimentos suficientes, y los que cumplían más de sesenta años debían beber cicuta y morir. El inmenso golfo dibujado corresponde a uno real de menor tamaño, donde están Coressia y Vourkari. Estrabón menciona las cuatro ciudades estado de la isla; en el interior Yulis y las costeras Coressia, Poiessa y Cartea, identificadas como terapoli. Sorprende en la montaña la impresionante escultura de un león sonriente, tallada en piedra, tal vez una de las obras más antiguas de Grecia. En el Islario de Santa Cruz: «Ay en esta ysla una fuente que quien veve della queda atónito y sin memoria y tanto le dura aquel desatino quanto tarda el agua en el estomago y luego torna el hombre en su acuerdo y libertad, ay en cerco desta ysla un peñón desierto y de poco provecho, tiene un muy buen puerto y grande a la parte del norueste».

La isla de Negroponte [Eubea]

Cerca de Acaia se encuentra la reina de las islas del archipiélago, de figura alargada y estrecha. Fue llamada por los antiguos, Eubea, Macrin y Abante, separada del continente por un canal [Euripo] que pasa a tierra firme con un puente por medio de la ciudad que los antiguos llamaban Calce [Calcis], pero hoy se llama Negroponte, de donde toma nombre toda la isla. Este canal es de tanto caudal que parece cosa maravillosa, sobre todo si se mira bajo del puente el flujo y reflujo del mar, que sube cuatro veces al día, o siete, como muchos quieren, y dicen que Aristóteles, al no poder encontrar la causa de este aumento o disminución de agua, murió confundido y desesperado. Tiene dos cabos famosos, el Cofarco, devastador de pobres navegantes a causa de los grandes naufragios que se producen allí, y el Ceneo, frente al Cofarco, a 150 millas de distancia. Tiene dos ríos notables, el Ceno y el Níleo. Está cerca de la isla de Caristo, famosa por su excelente mármol para hacer columnas, donde se encuentra una piedra que se

puede hilar y tejer, que se llama amianto, y con ella los antiguos hacían lienzos que eran resistentes al fuego, y con la que quemaban los cadáveres dejando sólo las cenizas. Esta isla es de tal fertilidad que en general no cede ante ninguna de las del mar Mediterráneo. Su ciudad es notable por su admirable localización, que la hace casi inexpugnable.

La isla de Eubea, conocida como Negroponte por los venecianos, se encuentra separada de tierra firme por el estrecho de Euripo. Para protegerse, contaba con un fuerte para controlar el acceso al puente y a la ciudad de Calcis [Chalkis]. El Islario de Santa Cruz señala que «tiene la ciudad un castillo fuerte, tiene como dicho hemos la ysla mucho pan y vino y agua y leña, en tanta abundancia que lo llevan a vender a otras partes, es poblada de turcos y hasta dos mill vecinos, las caserías de la ysla son de griegos de los quales ay más de dos mili e quinientas pobladas de cristianos». El viajero Thevet escribe que «cuando los turcos se hicieron dueños de Calcis en el año 1470, la ciudad fue saqueada y sus ciudadanos pasados por la espada». Cerca de Calcis se encuentran numerosos restos de la ciudad de Eretria, que participó en la guerra de Troya, como los templos de Apolo, Artemisa, Isis, el teatro, la acrópolis, palacios y tumbas. Combatió con Calcis por las tierras fértiles del territorio; saqueada y destruida en varias guerras finalmente fue abandonada.

La isla de Tine [Tinos]

Entre los antiguos la isla de Tine tenía gran fama porque, fuera de la ciudad, en el bosque, se construyó el enorme templo de Neptuno, donde se acercaban de las demás islas para sacrificar, y a todos se les daba comida en orden en las habitaciones habilitadas para tal fin. Aristóteles la llamó Idrusa, Demóstenes y Esquines, Eruse. Se encuentra en el lado norte y a diez millas de

Delos. Casi en medio de la isla se ve un castillo en la llanura, y al este tiene una torre en el mar llamada San Nicolo, y al oeste otra. En el lado norte tiene un valle hermoso y feraz, y al sur el castillo que antes habitaron los isleños.

En la cima de una montaña rocosa, Xomburgo, una fortaleza veneciana lejos de los peligros de mar, ahora restos de edificios; y el monasterio Kechrovouni, pero no Kionia, el templo de Neptuno [Poseidón], situado al sur de la isla, casi en la playa. Se consevan numerosos restos del que fuera grandioso santuario, que Estrabón describió como «enorme y digno de ver». Al oeste, la isla y faro Dýsvaton, y al este, en una punta, el faro Livada. El Islario de Santa Cruz escribe que «tiene una pequeña ciudad muy antigua donde fue el muy famoso templo de Neptuno fuera de la ciudad en un bosque donde uvo muchos mesones y acogidas para diversas gentes que venían allí a cumplir sus votos y romerías, ay en la ysla dos montes muy altos sobre el uno avia una población antigua, tiene en el medio un castillo puesto en un llano muy fructífero y a la parte de levante dentro del mar esta una torre llamada San Nicolás, a la entrada de un buen puerto y al poniente en la ysla otra llamada la Surnera y a la parte de septentrión tiene un muy hermoso valle con un buen puerto y un yslote a la entrada y al austro un castillo en el qual fue la habitación antigua de los de la ysla».

La isla de Palmosa [Patmos]

La isla que ahora se llama Palmosa se llamaba antiguamente Patmos, es montañosa y algo accidentada; no se encuentra nada digno de consideración aparte del monasterio construido en honor a San Juan Evangelista, quien, siendo enviado al exilio por el emperador Domiciano, se detuvo aquí y escribió su *Apocalipsis*; no hay otra cosa digna de memoria de esta isla que tiene muchas ve-

tas de metales. Está situada hacia el sudoeste de la isla Icaria, con Delos al este, y tiene un entorno de cincuenta millas.

Increíble la mole del monasterio fortificado de San Juan, horizonte de islas y mar azul que recibe el «fiume santo». La isla de Patmos aparece en el Apocalipsis de Juan, donde el autor fue desterrado y tuvo una visión de Dios en la cueva ahora llamada del Apocalipsis, origen de su libro. «Yo, Juan [...] me encontraba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús. Caí en éxtasis el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz, como de trompeta, que decía: “Lo que veas escríbelo en un libro y envíalo a las siete Iglesias: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea”. Me volví a ver qué voz era la que me hablaba y al volverme vi siete candeleros de oro, y en medio de los candeleros como a un hijo de hombre, vestido de una túnica talar [...]. Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. El puso su mano derecha sobre mí diciendo: “No temas, soy yo, el primero y el ultimo, el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades”».

La isla de Nicaria [Icaria]

Esta isla, que antiguamente se llamaba Doliche, Macri e Ittiosa, es un sitio muy accidentado y desierto; aunque tiene muy buenos pastos no se encuentra nada digno de memoria, excepto que los poetas en las fábulas decían que había tomado su nombre de Ícaro hijo de Dédalo, porque estando con su padre huyendo de la isla de Candia, el joven imprudente cayó aquí al querer subir demasiado alto con las alas artificiales que le hizo su progenitor, por eso se llamó Icaria, y aún conserva el nombre. Como dije, es un lugar tranquilo, montañoso, largo y estrecho y cuando sus montañas se llenan de nubes, es una clara señal de inminentes andanzas en el mar, y al verlo los marineros intentan con todas sus fuerzas lle-

gar a algún puerto cercano para escapar del peligro de las olas, ya que esta isla no tiene ninguno en que pudieran protegerse. Al este tiene una torre muy alta llamada la Fanci, en la que por la noche se da una señal con fuego a los marineros que pasan para que eviten algunos acantilados y rocas cercanas. Se cosechan excelentes vinos y gran cantidad de manzanas.

Dice el Islario de Santa Cruz que «tiene una población de griegos, es de genoveses, tiene buenos vinos y pan y tiene agua y carne mas no puertos, avia en ella mucha abundancia de miel y muy buen vino que se cogía en ella, en las alturas de los montes hubo muchos castillos».

La isla de Samo [Samos]

Según algunos, Samo o Sano, tomó su nombre de ciertos pueblos llamados Sai, que eran de la antigua Tracia; otros dicen que fue llamada Sapei, o más bien Sinei. Se encuentra junto a la provincia de Caria, del Asia Menor, se extiende hacia el este por cuarenta millas y tiene un entorno de cien. Esta isla también se llamó Parthenia, Driusa, Atenara y Melansilo, pero en nuestro tiempo es Samos, que lleva con orgullo, en la que nacieron Juno [Hera] y la sibila Samia, el filósofo Pitágoras y el músico Licaón. Homero dice que desde aquí se puede ver la ciudad de Troya, ya que el lugar es muy alto. Está rodeada por completo de montañas, dos muy altas, conocidas como Notte y Mandale; y son características sus aguas cristalinas, los excelentes puertos y una tierra única, propicia para la fabricación de jarrones superiores a los producidos en otros lugares. Al sur, se puede contemplar asombrosas ruinas de columnas y otras piedras, tan impresionantes que resulta difícil creerlo sin presenciarlo. Se pretende que en tiempos anti-

guos, este lugar albergaba una ciudad de gran poderío [Hereo de Samos]. A cierta distancia de las ruinas, se distingue el majestuoso templo de Juno [Hera], donde reposa su estatua en forma de reina.

El Islario de Santa Cruz, «Es ysla de muy buena madera por que hay gran bosque y de la dicha ysla se provee Rhodas de madera así para navíos como para otras necesidades, es deshabitada, tiene agua y en toda la canal se puede surgir toda suerte de navíos».

La isla de Scio [Quíos]

La isla de Scio se encuentra cerca de la Eólida, una provincia de Asia Menor hoy llamada Anatolia, a diez millas del continente por el lado occidental. Se extiende a lo largo de 124 millas, es una isla noble por los vinos de Arsivi, excelentes entre todos los vinos griegos, y también por la almáciga que se produce allí. Tiene el aire muy templado, la tierra fértil y no le faltan puertos y buenos forjadores para las naves que recibe. Durante mucho tiempo fue propiedad de los señores Giustiniani de Génova, que fueron despojados por Selim II, rey de los turcos. Tiene 36 aldeas, que han mudado y no son estimadas como en el pasado, cuando tenía una armada y la supremacía en el mar. Su ciudad es una metrópolis muy hermosa, con un buen puerto capaz de albergar muchos barcos. Éforo llama a esta isla Etalia; Metrodoro y Cleóbulo, Chia, por la ninfa Quíone, o sea nieve, como la llaman otros. Muchos hombres notables rastrearon su origen, entre ellos Trágico, el historiador Teopompo, el sofista Teócrito, y algunos incluso dijeron que Homero nació en esta ciudad, en la que aún se pueden ver los vestigios de su tumba.

La ciudad de Quiós estaba fortificada en una isla amurallada, conectada a tierra firme por dos puentes. Se expandió alrededor del núcleo medieval, y el canal que la rodeaba desapareció debido a la urbanización. Al sur, se encuentran los pueblos de la almáciga, como Mastrico [Mesta], Pigri [Pyrgi] y el cabo Mastico. Según la leyenda, el lugar de Santa Elena albergaba la tumba de Homero, y en la actualidad, en la ciudad de Omiroupoli [ciudad de Homero], se muestra la roca en la que se dice que el autor de la Ilíada se detenía a inspirarse. González de Clavijo escribe que es «una villa pequeña, é la isla eso mesmo es pequeña, é es de genoveses, é la villa está llana á raíz del mar, é ha dos arrabales, uno de una parte é otro de otra, é en ella ha muchas huertas é viñas. E en esta isla ha aldeas é castillos, boxa en derredor ciento é veinte millas, é en esta isla nasce el almástiga en unos árboles que parescen lantiscos, é la villa es bien fuerte de muro é de torres, pero que está llana».

Maurando afirma que la isla «produce almáciga en cantidades muy grandes, que se transporta por todo el mundo. Los señores de Quiós ganaron mucho dinero con ello, del que pagaron 14.000 ducados en tributo al Gran Señor. Quien quiera comprar almáciga deberá hacerlo al por mayor, que solo la venden así. Si se encontrara almáciga en poder de un particular, inmediatamente sería castigado, porque nadie puede tener ni vender, solo los señores del diputado. En esta isla hay una montaña llamada Arvisio, donde se cosechan en grandes cantidades muy buenos vinos. Hay varios pueblos, y un monasterio muy hermoso de la orden de San Basilio, llamado la Virgen de Moni [Néa Moní], en la montaña, a una distancia de tres millas de la ciudad de Quiós, y a los peregrinos que van allí por devoción se les mantiene durante tres días».

Nicolay visita la isla y se refiere también al negocio de la almáciga que produce grandes beneficios. «Hay también varios castillos, unos en la montaña y otros en la llanura, que es fértil y abundante en todo lo necesario. En el extremo de la isla que mira al oeste se encuentra el monte de Santa Elena, donde, en un antiguo castillo (según dicen los isleños), se encuentra la tumba de Homero». En la ciudad de Quiós, «el puerto es bastante bueno y tiene capacidad para varios barcos; y la ciudad está rodeada de buenas murallas, amplios baluartes y profundos fosos. En una de las esquinas de la plaza pública, que está cerca de la puerta del puerto, se realiza el mercado de abastos, y es el lugar donde

se reúnen todos los días los comerciantes. Las calles son amplias y hermosas. Fuera de las murallas se encuentran los preciosos arrabales llenos de agradables y deliciosos jardines repletos de diversas frutas».

La isla de Sciro [Esciros]

Sciro, isla llena de montañas y bosques, pobremente habitada debido a la austeridad de su terreno; alguna vez tuvo cuatro aldeas con muy buenos hogares, pero en la actualidad solo hay dos, y completamente vacías de gente. Licomedes posee el señorío de esta isla, y aquí se alimentó, vestido de mujer, Aquiles, que embarazó a Deidamia, hija de Licomedes, y nació Pirro, pero luego el astuto Ulises llevó a Aquiles a la guerra troyana, donde perdió la vida. Esta isla tiene un entorno de 40 estadios, aunque [Benedetto] Bordone en su Islario afirma que son ochenta millas. Por el sur dista 130 de la costa de Delo en dirección norte, y 100 de Stalimene hacia el sur.

Se lee en el Islario de Santa Cruz que «ay en ella muchos puertos y muy buenos para toda suerte de navíos, es de venecianos, tiene pan y vino y agua y dentro muchos bosques, tuvo antiguamente quatro fuerças bien habitadas; al presente tiene un castillo fuerte y tres pueblos poblados de christianos». Se cuenta que a quatro esclavos fugados de Quíos en un bote el viento les precipito a esta isla gobernada por los otomanos que los devolvieron a la casa de su amo, los condenaron a cincuenta latigazos y los colgaron, «y sus cabezas colocadas sobre los muros del castillo para aterrorizar a los demás, como se suele hacer en estas partes del mundo».

La isla de Mitilene

Esta isla de Mitilene se llamó primero Isa, luego Pessagia y finalmente Mitilene, llamada así por Míleto de Febo, hijo del lugar, que construyó una ciudad y la llamó Mitilene por su nombre, pero actualmente se llama Metelin. Estrabón dice que es digna de memoria y sitúa dos puertos, uno en el sur, cerrado y seguro pero sólo con la capacidad de cincuenta buques grandes, el otro no está en el lado norte, como indica, sino al este, grande y profundo, y cortado por altas riberas, con una pequeña isla en la entrada que lo defiende de la furia de los vientos y lo hace más seguro para los navíos. De esta isla salieron muchos hombres preclaros, entre ellos Pítaco, uno de los siete sabios de Grecia; el poeta Alceo y su hermano Antiménidas, un hombre de armas muy valiente; también los filósofos peripatéticos Teofrasto y Fancias, grandes amigos de Aristóteles; y de aquí son originarios el músico Arión, Terpandro y la mujer Safo.

Aldeas, ruinas griegas, romanas, y la fortaleza amurallada situada en una isla unida a tierra firme por un puente. En el Islario de Santa Cruz se lee: «Tiene notables lugares, el mejor de los cuales es Methileno que antiguamente fue gran ciudad y oy esta disminuida mucho de lo antes por terremotos que los ha avido muchos en esta ysla, y pocos tiempos ha ovo uno tan grande que derribo muchos lugares de la ysla y mató gran quantidad de gente, tiene el lugar hasta mill vezinos y ay otras dozientas poblaciones de griegos por la ysla y la ciudad principal es poblada de turcos [...] en la dicha ysla ay pan e vino y carne y queso y leña y agua en abundancia y para tener municiones ay muchos higos o fructa seca. Desta ysla era aquel famoso corsario Barbarroxa el que hazía ollas y cosas de barro en la ciudad de Metheline, a la parte austral de la qual se veen oy muchas columnas y mármoles enhiestas y muchos edificios caydos por tierra [...] al poniente es el castillo de S. Theodoro

con una torre y cerca del medio de la ysla ay una llanura muy fructífera aunque la ysla es harto montuosa llena de bestias salvages y de cipreses».

González de Clavijo, está «poblada en un otero alto que es junto con el mar, é cercala de las dos partes, é á cada parte tiene un puerto, é la villa es cercada de buen muro alto, é de muchas torres, é de fuera tiene un gran arrabal; é esta isla ha trescientas millas en derredor, é ha aldeas é castillos en ella asaz, é al derredor de la villa tiene muchas huertas é viñas. En esta isla acerca de la villa avía muy grandes edificios de casas é de iglesias, é paresce que otro tiempo fue muy poblada esta isla; é al un cabo de la ciudad en un llano acerca de las fuentes é huertas estaban unos grandes palacios caídos, é en medio dellos estaban fasta quarenta mármoles blancos enfiestos puestos como quadra, é decían que encima de aquellos mármoles solía estar una quadra en que facían concejo los de la ciudad».

La isla de Stalimene [Lemnos]

La isla de Lemnos se sitúa al sur de Tasos y la gente moderna la llama Stalimene. Es un sitio feraz y muy abundante en maíz, su entorno es de alrededor de 100 millas; tiene ocho puertos muy buenos y seguros y sus aldeas están bien habitadas. Enfrente, y hacia el sur, hay una isla pequeña llamada Santo Strati [Agios Efstratios], con un entorno de quince millas, de terreno accidentado, montañoso, pedregoso y desértico, y tiene pocos hogares, como Stalimene, por la mencionada aspereza.

Explica el Islario de Santa Cruz que, «tiene dos castillos poblados de griegos el uno dicho Poleo Castro, a la parte septentrional de la ysla el otro junto a otro puerto a la parte meridional dicho Lacondea y sin estos tiene otros muy buenos puertos en que puede estar flota, en abundancia ay pan y vino y leña y agua para proveer armadas».

El viajero Thevet anota que la isla «es muy propensa a los terremotos, tanto es así que se ven infinitas construcciones caídas, ya sean pueblos o castillos arruinados por tal desventura. La ciudad principal conservó su antiguo nombre de Myrrhine, hoy poco apreciado. Está construida sobre una colina que se adentra en el mar en forma de península, rodeada de antiguas murallas. El castillo está construido sobre roca, y hay una guardia ordinaria de turcos; no es que sea una fortaleza capaz de sostener un ejército, sino sólo para resistir, tanto a los corsarios que pudieran acercarse, como para tener en jaque a los habitantes de la isla, e impedir que se rebelen, y la entreguen a los cristianos. La isla, aunque abrupta y montañosa, posee en medio dos hermosos campos de tierra cultivable abundante en hortalizas, guisantes, habas, lentejas, trigo, vino, carne, lino, caña y todos los productos convenientes para el uso del hombre. Tiene 75 aldeas todas habitadas por griegos, que no cambiaron de religión, costumbres ni lengua por la llegada de los turcos, que se reservaron dos o tres, y las fortalezas las ocuparon los mahometanos».

La isla de Tenedo [Bozcaada]

La isla de Tenedo se encuentra a 50 millas al norte de Metelino [Mitolene] y a 15 del Elesponto [Dardanelos], es decir, del estrecho de Galípoli [Gelibolu] pero muy cerca del continente. En la época de Laomedonte y el rey Príamo poseía grandes riquezas, pero sufrió mucho durante el asedio de Troya. Plinio escribe que en esta isla hay una fuente de la que durante el solsticio de verano, de la hora tercera a la sexta del día, brota agua en tal cantidad que inunda todos los lugares cercanos, y el resto del tiempo del año está seca. Dice Estrabón, que aquí se encontraba el templo de Neptuno, situado fuera de las murallas de la ciudad. La parte interior de la isla es completamente plana pero rodeada de colinas, y tiene sólo una montaña eminente [Göztepe]. La parte llana está

por entero repleta de vides; también adornada y rodeada de manzanas, muy dulces al olfato y al gusto, y todos pueden recogerlas cuando están maduras, sin que nadie se lo impida. Desde esta isla se pueden ver las ruinas de la antigua Ilion [Troya], convertida en cenizas.

González de Clavijo escribe que «esta dicha isla solía ser muy poblada, é agora está deshabitada. E desque la nave fué surta, la barca fué á la isla por agua é leña, que fecia menester para la nave, é algunos de los omes de los embajadores fueron á la dicha isla por la ver, é anduvieron por ella, é en ella avía muchas viñas é huertas é arboles, é muchas fuentes de aguas, é tierras de gran labranza de pan, é las viñas mucho buenas é muchas, é en ella avia mucha caza de perdices é conejos, é en ella avia un gran castillo derrocado, é la razón porque esta dicha isla es despoblada».

Los Dardanelos del Helesponto y de Constantinopla

Dejando la isla de Tenedo se llega al Chersoneso [Helesponto, Dardanelos]; en un lado se encuentra el brazo de San Jorge y en el otro Galípoli [Gelibolu], donde el mar, cada vez más estrecho, forma un golfo llamado Caridia, y en la estrechez de su istmo se forma una península donde Melquíades quiso construir un muro entre los mares. Aquí, Lisímaco [de Tracia], rey de los Macedonios, construyó más tarde una ciudad llamada Lisimachia, que fue destruida por un terremoto. En el lado oriental de dicho istmo se ve el canal de Constantinopla, en cuya estrechez se sitúan los dos Dardanelos, considerados la llave del Imperio Turco, pero más potentes por la nombradía que por la situación y construcción, debido a que su fábrica es antigua, sin ayuda de terraplenes ni costados. El que está situado en Anatolia, es decir, en Asia, se

asienta en la llanura del Lito, es de forma cuadrada y se llama Abido [castillo Sultaniye]; y el de la parte europea está bajo una montaña que lo domina [castillo Kilitbahir]. Sexto, dice y repite que están muy mal equipados porque los turcos no se molestan en fortificarlos, al no temer las fuerzas extranjeras, ya que confían en la multitud de su caballería y en la infantería jenízara, y no en las fortalezas, y no valoran los Dardanelos si no para impedir a un ejército intentar pasar a Constantinopla.

Pasados los Dardanelos se ve Galípoli, que fue la primera ciudad que los turcos ocuparon en Europa, lo que ocurrió en 1363 cuando Murad I cruzó el estrecho en dos barcos genoveses, de Asia hacia Europa con sus soldados. Luego el mar se ensancha y forma una concavidad que se llama Propontide [mar de Mármara], en cuya curva se observan muchos golfos, situados la mayor parte en Asia. Del lado europeo se ven pueblos prósperos rodeados por el mar; los mejores son Eraclea [Mármara Ereğlisi], todavía con sus defensas, y Siliurea [Selimbria, Silivri]. Al llegar encontramos un camino ancho pavimentado y ajardinado a costa de Rustán Bassá, y a lo largo de más de un kilómetro numerosos solares y fincas feraces bien cultivadas. Siliurea es un lugar pequeño y en su vecindad hay un pueblo que se llama Ponte [Büyükçekmece], por un puente construido sobre el mar de 300 pasos de largo, de piedra viva y cuatro arcos grandes que se dividen cada uno en nueve pequeños, y se cruza más adelante. El canal se vuelve a estrechar y aquí se puede ver el Bósforo tracio, de 20 kilómetros de largo, que se dilata hasta el mar Negro; su mayor anchura no pasa de milla y media, excepto donde se extiende en algunas bahías, pero se estrecha al principio y en otros tres lugares, de modo que no pasa de seiscientos pasos. Tiene a su alrededor el Bósforo tracio, entre la parte asiática y la europea, con

treinta puertos ventajosos. Su flujo varía rápidamente en siete puntos específicos, donde la amenaza de colisión es inminente. En estas áreas, la navegación hacia el Mar Negro solo es posible a lo largo de la playa, o mediante el arrastre de embarcaciones con cuerdas, especialmente las de baja carga, pero en ocasiones, es necesario desviar la ruta hacia otros lugares. Las orillas de ambos lados están rodeadas de colinas fértiles y valles delicados que antiguamente estaban llenos de jardines y palacios. No hay mar más rico en pescado, especialmente cerca de Constantinopla, donde incluso las mujeres pescan desde las terrazas o las ventanas de sus casas; pero la riqueza principal está en unos atunes no muy grandes que los griegos llaman pelámides.

Hemos llegado a la ciudad de Constantinopla, donde los romanos, después de la división del imperio, tuvieron la sede de todo Oriente, y reinaron muchos emperadores griegos hasta los tiempos de Constantino, hijo de la griega Elena, a quien Mehmed, undécimo rey de los turcos, se la quitó el 27 de mayo del año 1453, con tal crueldad que causó la muerte de Constantino y de muchas vírgenes y otras criaturas, sin tener en cuenta sexo ni edad alguna, sino que, como un tirano impío, violaba a las vírgenes y profanaba los templos sagrados, y cometía mil inmundicias.

Constantinopla se encuentra en la parte final de Europa, y Asia está a media milla de distancia. Fue devastada por el emperador Severo y restaurada y ampliada por Constantino el Grande; Teodosio también la amplió, y otros emperadores. Sus pueblos, por una parte llegan al mar Negro y por otra hasta Selivrea, una distancia de más de cincuenta millas. Sozomeno dice que Roma era superior en número de habitantes y riqueza, y Cunaprio escribe que Constantino, para hacer grande a Constantinopla, vació de hombres las demás ciudades. Para proteger su territorio afortu-

nado de las incursiones de los bárbaros, el emperador Anastasio construyó una muralla desde el mar Negro hasta Selivrea, que se extendía a 280 estadios de la ciudad. Ahora, esta famosa ciudad se extiende unas trece millas y contiene cerca de setecientas mil almas, de las que tres partes son turcas, dos cristianas y el resto judías. Constantinopla, como Roma, contiene siete colinas y no cede en magnificencia y riqueza a cualquier ciudad de Europa. A la izquierda se encuentra Pera, con el mar en el medio, en una superficie de más de cuatro millas; tiene muchos puertos y playas delicadas, y en general está habitada por cristianos que allí tienen iglesias y monasterios. Desde la captura de Constantinopla, subsisten unas diecisiete familias latinas.

Final del viaje de Venecia a Constantinopla.

Paolo Contarini

Paolo Contarini (Venecia, 1529-1585), pertenece a esa estirpe de diplomáticos venecianos cuyo nombre se confunde con la historia política y marítima de la Serenísima. Nacido en 1529 en el seno de una familia patricia, inició su carrera pública en la estructura administrativa de la república y fue ocupando cargos de creciente responsabilidad hasta llegar a uno de los puestos más delicados y prestigiosos que podía confiar Venecia a uno de sus hombres: el de bailío veneciano en Constantinopla. Su figura reúne, por tanto, dos dimensiones inseparables. Por un lado, la del servidor de Estado, formado en la disciplina de una república que hacía de la inteligencia diplomática una prolongación de su potencia comercial y naval; por otro, la del testigo privilegiado de un mundo fronterizo, donde se encontraban la negociación, la observación, la cautela política y la experiencia material del viaje.

Su diario no es solo el relato de un desplazamiento geográfico. Es también el documento de una sensibilidad veneciana ante el Oriente otomano en un momento decisivo. Contarini viaja entre 1580 y 1582 como representante de la República ante la Puerta otomana, en una época marcada por tensiones militares, equilibrio diplomático y una circulación intensa de informaciones, personas y bienes entre el Adriático, los Balcanes y la capital imperial. Su misión no era decorativa ni ceremonial: el bailo veneciano era un agente de primer orden, encargado de proteger intereses comerciales, observar la coyuntura política y mantener

el delicado sistema de relaciones entre Venecia y el sultán. En esa función, el diplomático debía ser a la vez hombre de corte, negociador, espía, mediador y administrador.

La importancia del texto reside precisamente en que convierte esa función en experiencia narrada. A diferencia de una relación diplomática solemne o de un informe exclusivamente político, el diario registra el tránsito concreto del viaje: los puertos, las escalas, los alimentos, las gentes, las distancias, los peligros del camino, las costumbres locales, los alojamientos, la presencia de soldados, intérpretes, mercaderes y religiosos. Se aprecia su preocupación por la seguridad de la ruta, por la conducta de los acompañantes, por el estado de los puentes, por la disponibilidad de caballos, por la hospitalidad ofrecida por autoridades locales y por la relación con los intérpretes y guías. Esa atención a lo cotidiano enriquece el contenido, mostrando una geografía vivida. La ruta hacia Constantinopla se transforma en un observatorio de fronteras, jurisdicciones, lenguas y lealtades.

La prosa, a menudo seca y funcional, se ilumina de pronto con descripciones vivas de paisajes, caminos de montaña, puentes, ríos, caravasares, mercados y ciudades. Esa alternancia entre registro práctico y observación sensible confiere al diario una notable fuerza documental y literaria. «Cumplió con dignidad aquella misión tan honorable como difícil; y todo cuanto llevó a cabo mientras estuvo en la Puerta, él mismo nos lo ha relatado en el hermoso informe que leyó a su regreso a la patria, en 1585».

Diario del viaggio da Venezia a Costantinopoli (1580) ⁴²

Todos los caballos llegaron el miércoles, víspera de la Ascensión, al atardecer; y por la mañana, después de un buen desayuno, montamos a caballo, acompañados por dos señores ragusanos, que vinieron primero a cumplir con el ceremonial de cortesía. Entramos en Ragusa por una puerta y salimos por otra. Hice entregar las propinas de costumbre al guarda de la casa, al comandante encargado de nuestra residencia, a los oficiales de sanidad, al viejo supervisor y a aquel que me trajo, al partir, dos cajas de confites y seis velas; y un ducado a los soldados de la puerta. Los dos señores ragusanos me acompañaron hasta la salida y se despidieron.

Continuando nuestro viaje, subimos una montaña altísima, con un camino cruel, escarpado y completamente pedregoso, bajo un calor excesivo, pues era mediodía. Por ese mismo camino, más áspero que los Alpes del Moncenisio en Francia y que los Apeninos, descendimos después de recorrer veinte millas, a media noche, cerca de un hermoso río llamado Tribina, junto a una aldea de Gomiliani. Montamos las tiendas, acomodamos las cargas, y cenamos a la manera de los caballeros, aunque tuvimos buenos

⁴² *Diario del viaggio da Venezia a Costantinopoli di M. Paolo Contarini che andava bailo per la Repubblica Veneta alla Porta Ottomana nel 1580. Ora per la prima volta pubblicato, Venezia, 1856.*

cabritos recién asados; y dormimos plácidamente. Los cabritos fueron traídos por Marco Yanissirichi, jefe de nuestra caravana.

La mañana siguiente, antes del amanecer, montamos a caballo y llegamos por una llanura junto al río hasta el puente de Tribina, del bajá Mehemet. Dicho bajá mandó construir ese puente y un bellissimo caravasar cubierto de plomo para alojar a los viajeros, por el amor a un hijo suyo que había muerto siendo sanjacado de esta provincia de Herzegovina. Y como el puente había sido arrastrado por la corriente del agua, tuvimos que cruzar todas las cargas y los hombres con dos troncos ahuecados, y hacer nadar a todos los caballos, empleando cinco horas. Mientras pasaban las cargas, desayunamos; nos trajeron huevos duros a seis por aspro, hogazas que no se podían comer, leche agria y vino excelente. Mal habríamos pasado con el pan si no hubiésemos llevado bizcochos con nosotros. Una vez cruzados los caballos, avanzamos seis millas por pésimo camino, subiendo y luego bajando un monte llamado Innutoglam, y acampamos por la noche (que fue el día 13) en campo abierto, junto a una aldea llamada Mausco [Mosko], donde encontramos buena agua, huevos, queso fresco y nada de vino.

Por la mañana, una hora antes del amanecer, la tienda se vino abajo porque la cuerda se había aflojado; hubo que levantarse enseguida, montar a caballo y llegar hasta el origen del mencionado río llamado Tribina. Llegamos entonces al valle de Bellichia, una aldea donde se encuentra el caravasar del bajá Asán, bastante grande pero no tan hermoso. Después de desayunar allí y enviar las cargas por delante, montamos nuevamente a caballo y recorrimos otras cuatro millas hasta una aldea llamada Trinova, donde hay dos caravasares de poca importancia, contruidos por orden del Gran Señor por amor de Dios. Encontramos buen vino, hue-

vos, queso, leche, gallinas a nueve o diez aspros la pareja, cabritos al mismo precio cada uno, y acampamos al aire libre; el agua no era buena, sino tibia.

Partimos de Trinova y, cabalgando por lugares bastante ásperos, llegamos a Cerniza, a catorce millas de distancia de Trinova. Al descender la montaña nos sorprendió una gran lluvia y tormenta que nos acompañó hasta Cerniza. Allí encontramos al señor Alvise Mazza, que vino a nuestro encuentro con seis caballos. Comimos en Cerniza, en el caravasar, enviando las cargas por delante. Por el mencionado supe que en Narenta las cosas iban bien, que dejaban cargar sin oposición, que el sanjacado de Herzegovina se conformaba, como los demás turcos, con que las dos galeras protegieran aquel puerto; pero que aquellos que tenían a su cargo las fustas que querían mover esperaban que surgiera algún desorden, y que las galeras partiesen por necesidad de bizcocho o por otra razón, para entonces salir. Me dijo que habían llegado recientemente algunos jenízaros que habían estado en Persia y contaban que todos habían sufrido terriblemente, y que de doscientos solo habían vuelto veinte; los demás habían muerto. Me dijo también que referían que los turcos estaban sitiados por el Persa, que había dividido sus tropas en cuatro partes, con las que mantenía sitiado al ejército turco, donde había gran escasez de todo. Dijo también que los húngaros habían hecho una correría hasta Zighet, por lo que habían sido llamados los spahis y enviados de nuevo a las fronteras de Hungría.

En el valle que dejé antes de llegar a Cerniza, sobre un precipicio, hay un castillo muy fuerte, donde residen veinticinco turcos. Cerniza está más abajo, y junto a ella hay un río llamado Dobu, que tiene muy buenas truchas. Partimos después de comer y llegamos a una bellísima llanura de una longitud de unas trein-

ta millas, a mi juicio. La atravesamos y llegamos a la ladera de la montaña para acampar al aire libre en Lazaricchia o Casco [Gacko], que así se llama el país. Encontramos hogazas como de costumbre, corderos, carneros castrados, huevos pero caros, a diez y doce aspros cada uno. A las siete de la noche, lloviendo, la tienda se desplomó al romperse el másti. Se arregló y volvimos a dormir hasta las doce. Levantados, preparamos los equipajes, enviamos las cargas por delante, y después de desayunar continuamos el viaje. Cruzamos un largo valle siguiendo un río llamado Innoi, que tiene algo de torrente, por lugares escarpados. Luego subimos la montaña Camerdaglaion [Cemerno], una subida cruel y peligrosa, teniendo a la derecha otra montaña [Lebršnik], densa de hermosísimos bosques de altas hayas, adecuadas para hacer remos. Tras subir la montaña con gran dificultad, llegamos a una bellísima pradera. Comenzamos luego a descender por un bosque de esas hayas, y descendimos sin parar, como si nos hundiéramos en la profundidad, hasta llegar a la aldea llamada Ternoaluca, y acampamos todos en seis casas hechas de madera, rodeadas de altísimas montañas y bosques, cerca de un río llamado de Ternoaluca.

La mañana siguiente, una hora antes del amanecer, todos estábamos ya a caballo, continuando a lo largo del río, teniendo a la derecha una montaña grandísima con precipicios espantosos, toda cubierta de pinos arraigados en aquellos despeñaderos, sobre la roca desnuda, sin tierra, lo que ofrecía un espectáculo bellissimo de ver. Cruzamos el río y entramos en un país de colinas muy agradable, hasta llegar al caravasar de Temista, grande y muy honorable. Después de comer continuamos el viaje siempre por colinas hasta Prisnoaluca, junto al río Drina, donde levantamos la tienda. Pero hacia la tarde sobrevino un nublado con lluvia, y nos

vimos obligados a refugiarnos en el caravasar, que es pequeño, y llovía por todas partes. Como no se encontraba nada para comer, enviamos a Fochia [Foča] a por vino. El río es muy hermoso y rápido, semejante al Piave, y su nacimiento está en Ternovaluca, cambiando luego de nombre. Por la noche llovió muchísimo y nevó sobre todos los montes de alrededor.

La mañana siguiente, antes del amanecer, todos estábamos a caballo y llegamos a Fochia, pero antes cruzamos con mucha dificultad el río [Čehotina] en una barca grande, y desde el lugar donde pasamos la noche hasta Fochia hay solamente tres millas. Atravesamos Fochia, que está sobre dicho río, muy abundante en casas, todas de madera, incluidos los techos. Vimos muchas mezquitas; pero al cruzar de nuevo la corriente sobre el puente que divide Caiut, vimos una mezquita con una aguja bellísima, con su fuente delante, según la costumbre, construida por un tal Nasir Ascohia. Nos aprovisionamos de buen vino, suficiente pan negro, carneros castrados y huevos, y comimos fuera de Fochia, junto a una fuente en el campo. Caminando luego por un país agradable, durante un buen trecho de colinas que ofrecían una vista muy hermosa, comenzamos a subir la montaña con lluvia, nieve y viento muy frío, y cabalgamos hasta recorrer dieciocho millas hasta llegar al caravasar de Bracha, construido por Nasir. Este caravasar era bastante espacioso, pero por un lado el tejado estaba roto; en la parte buena estaba alojado un vaivoda, al que hicimos levantar del lugar, y nos instalamos nosotros, y él se puso en el otro lado. Luego hicimos buenas migas y yo le regalé tres panes de azúcar. Encontramos algunas pocas hogazas mal cocidas, gallinas, cabritos y corderos a cuarenta aspros cada uno, huevos a ocho por aspro, gallinas a dos aspros.

Nos levantamos por la mañana, que era jueves, al alba, y cruzamos una montaña altísima con mucha nieve y un frío cruel, hasta que descendimos la montaña y llegamos luego por colinas incultas con bosques de pinos. Y, acosados por el frío y la nieve, seguimos adelante, dejando las cargas temprano en Plevia [Pljevlja], y encontramos un caravasar grande y espacioso cubierto de plomo, construido por el bajá Hussim junto al río Brenopesnizza, con una hermosa fuente delante, cerca de una soberbia mezquita hecha por el mismo. Este dejó también buenas rentas tanto para mantener en buen estado el caravasar como para que la mezquita tuviera su servicio; la que está atendida con toda la pulcritud que pueda desearse. Encontré a un anciano que la servía, con quien tuve largas conversaciones, y me pareció muy sensato y muy astuto, y mostraba ser hombre de gran bondad. La población está dividida en dos partes: en una habitan los turcos, cerca del río, y en la otra, más arriba, habitan los cristianos servios de rito griego. Encontramos huevos a quince por aspro, gallinas a tres aspros cada una, queso y un poco de vino no demasiado bueno. Vinagre no encontramos desde Fochia hasta Prepaglia, en casa de los calógeros de San Sava. Se confirmó la noticia recibida en Fochia de la muerte del bajá Acmat y del nombramiento del bajá Mustafá como primer visir, y supimos que los caminos estaban seguros, que todo el país estaba libre de contagio, y que en Novobazar solamente había dos casas sospechosas.

Partimos la mañana del viernes al alba y, tras cruzar la pequeña llanura cercana a la población de Plevia, ascendimos una montaña fría e inculta con bosques de pinos, donde hay guardias para proteger los caminos de gente malhechora; y por esta causa, algunas aldeas de los alrededores están exentas del pago del carazo. Al comenzar el descenso de la montaña encontramos una fuente,

y nos detuvimos a comer; luego iniciamos un gran descenso de dicha montaña, teniendo a la derecha colinas bien cultivadas, y abajo encontramos un torrente de poca importancia que desemboca en el río Lino, muy grande y de corriente rápida. Cabalgando por un valle llegamos al mencionado río Lino, y como el puente estaba roto, tuvimos que cruzar todos en barca, por lo que nos detuvimos en Prepaglia [Prijeplje] para que las mercancías pasaran cómodamente. Encontramos hogazas blancas, sin levadura y mal cocidas, huevos a catorce por aspro, leche y vino no bueno; y como traíamos provisiones de Ragusa y Narenta [río Neretva o Mostar], conseguimos pescado fresco del río y pescado salado grande del Danubio. Nos alojamos en el caravasar grande, cubierto de plomo, construido por el bajá Asán, que era sanjacado de Herzegovina, hijo del bajá Mehemet (ya fallecido), y ahora es bajá de Damasco. Prepaglia es una aldea bastante buena, habitada la mitad por cristianos servios de rito griego y la otra parte por turcos. Recorrimos en total dieciséis millas. Por medio de mercaderes supimos que era cierta la muerte del bajá Acmat, y que en su lugar había sido nombrado del bajá Mustafá, que el beglerbey de Grecia había sido hecho bajá, y el agá de los jenízaros, sanjac-beys. Encontramos hogazas en abundancia, huevos a catorce aspros, lácteos, vino no muy bueno y caro, traído de Narenta. Cenamos cómodamente, y luego fuimos a pasear junto al río, cogiendo lúpulo junto a las casas, porque lo plantan expresamente para obtener la cerveza que usan en lugar del vino.

Por la mañana, al alba, montamos a caballo y cabalgamos; cruzamos un larguísimo puente y seguimos un buen trecho a lo largo de un torrente llamado Miles, por un país poco cultivado, hasta llegar al monasterio de los calógeros de San Sava, que fue edificado por Ladislao, rey de Servia, sobrino de San Sava. Este santo

convirtió aquel lugar en monasterio y allí terminó su vida. Allí se encuentra su cuerpo entero, según cuentan los calógeros; lo vimos con las manos juntas en cruz, pero nada más, porque decían que el hombre que mira el rostro del santo se espanta de tal modo que no puede vivir. Les hicimos limosna y fuimos a la iglesia, que está muy bien mantenida; allí hay una hermosa cruz grande de madera dorada, muchas pinturas de profetas con letras serbias, y bellos adornos. Hay tres capillas que comunican unas con otras. Ofician en el rito griego, en lengua servia; tienen rentas bastante buenas de pan, vino y animales, pero son a menudo molestados por los turcos, que van a comerles sus provisiones, aunque pagan al Gran Señor cincuenta táleros de tributo. Además del arca de San Sava, que está toda guarnecida por fuera de plata con figuras doradas, hay otra hacia levante, en la que dicen que está el cuerpo de San Simeón, que antes se llamaba Esteban Nemanja, y era padre de San Sava; se hizo monje en el Monte Santo, y luego vino a dicho monasterio y fue llamado Simeón. En la misma arca se halla el cuerpo del rey Ladislao.

Partidos, llegamos al castillo Mílesenas [Mílesevac], situado sobre un precipicio bastante fuerte, pero que puede ser batido, y sus muros son muy débiles. Bajo el precipicio corre el río Míles [Mílesevka]. Luego subimos una montaña altísima, toda de tierra, fríisima, pues hacía poco que la nieve se había derretido, y caminamos a lo largo de dicha montaña durante más de una hora. Comenzamos luego a descender muy precipitadamente, encontrando muchas aguas y fuentes, y finalmente llegamos a un lugar llamado Mílesenadruga, que divide el sanjacado de Herzegovina del de Bosnia. Comimos junto a aquel torrente y dormimos un rato, enviando las cargas por delante. Luego montamos a caballo y ascendimos otra montaña larguísima, sobre la que cabalgamos

más de tres horas. Después empezamos a descender, encontramos el país bastante bien habitado, y llegamos a un torrente; caminamos largo trecho hasta el caravasar construido por Memissa Nasir, y salimos a una llanura llamada Sinisfa. Tras recorrer tres millas, acampamos al aire libre, cerca de una aldea llamada Dumaizza, donde no encontramos leña, ni pan, ni vino, sino solamente corderos.

El día 22, domingo, partimos. Después de caminar un rato por la llanura, subimos una colina y al pie de ella cruzamos a vado un torrente llamado Rasca, junto al que había un caravasar cubierto de tejas, construido por Muthe Vilia, recaudador de los molinos. Llegamos a comer, tras atravesar primero un valle de cinco o seis millas. Entramos luego en una llanura o valle a lo largo del río Rasca hasta Novi Pazar, donde estuvimos todo el día alojados en un caravasar grande, cubierto de tejas, construido por el mencionado Muthe Vilia. Comimos a la manera de los caballeros, y luego nos quedamos todo el día hasta la mañana siguiente, a dos horas de sol, para cambiar los caballos.

Novobazar es una población de seis mil casas, todas de turcos, excepto cien de cristianos, y hay un fundaco de raguseos. Tiene dieciséis mezquitas y un bazar larguísimo, donde hay tiendas de toda clase, y se dedican especialmente a trabajar el hierro: mazas ferradas, cerraduras a la turca de toda clase, y cobre estañado. El hierro lo extraen de Glucanizza. Son buena gente. Caminamos todo el tiempo con un jenízaro, muy honorablemente. Encontramos a un médico francés, amigo de meser Imperiale Gontarini, que nos regaló vino y pan. Encontramos panes grandes a dos por asper, huevos a quince por aspro, corderos, vino bastante bueno pero caro. Los cristianos que habitan Novi Pazar y todo el país de Bosnia pagan veinticinco aspros por cabeza, cuando los niños co-

mienzan a tener cinco o seis años; pagan además de todo el fruto que produce la tierra la séptima u octava parte a los turcos, es decir, a los timariotas, y por cada animal, un aspro.

Cenamos por la noche cómodamente y dormimos hasta el amanecer. Por la mañana, a dos horas de día, montamos a caballo y caminamos a lo largo del río Rasca. Encontramos a la izquierda dos monasterios de calógeros de San Sava, que siguen el rito griego: el monasterio de arriba, situado sobre una colina en forma de castillo, donde residen quince calógeros, y en el de abajo dos; el de arriba se llama San Jorge y el de abajo San Pedro. Caminamos luego a lo largo del dicho río, cruzamos un puente de piedra y, al llegar a un valle junto al río Rasca, comimos a la sombra de los sauces y enviamos las cargas por delante para que cruzaran el río Ibar. Aunque los caballos podían pasar a vado, para no mojar las cargas las hicimos cruzar en barca.

Partimos de dicho lugar a las cuarenta y ocho horas, y tras viajar por una montaña inculta hasta el río, encontramos las mercancías ya cruzadas, y pasamos nosotros también: los caballos a vado, y nosotros en barca, bajo la población llamada Zigoli, donde había vino. Subimos la montaña y anduvimos seis millas por el monte Copaono hasta una fuente al pie de la montaña de la plata, y acampamos junto a la fuente, tarde. Cenamos de lo que había cocinado y nos fuimos a dormir.

La mañana del día 24 montamos a caballo antes de las ocho horas y ascendimos hasta casi la cima de la montaña de la plata, viendo hermosísimos pastos, abundancia de aguas y grandes valles, con precipicios altísimos que daban miedo. Traspasada la montaña de la plata, comenzamos a descender por bosques y lugares incultos hasta llegar a una aldea llamada Gerastiani, bajo la que corre un torrente llamado Topliza. Recorrimos un largo

trecho a lo largo de dicho torrente y, llegados a un molino con excelente pasto para los caballos, agua y buen alojamiento, todos comimos, y después de comer descansamos hasta las cuarenta y cinco horas. El lugar se llama Sundinno.

Desde dicho lugar, caminando durante seis horas a lo largo del torrente por un valle muy hermoso y ameno, con prados y bosques sobre los montes de Innerno que ofrecían una vista admirable, llegamos a acampar en un bellissimo prado, cerca del agua, donde había muchos viñedos junto al monte. Era el lugar más alegre y ameno de todo lo que habíamos recorrido en este viaje. Encontramos vino, huevos, pollos y cabritos a diez aspros cada uno, y pasamos la noche con gran comodidad bajo la tienda. Dicho valle se llama Topliza, y es un lugar mayormente inculto por no tener habitantes; pero es tan ameno y tan fértil que se convertiría en el más hermoso de todos los valles.

Partimos la mañana al alba y caminamos todavía media hora por dicho valle, y luego lo dejamos a la derecha y entramos en otro, estéril y pedregoso, y comenzamos a descender la montaña de tierra. Luego, descendiendo poco a poco por colinas medianamente cultivadas, llegamos a una muy buena aldea llamada Gherguri, y todos bebimos leche de cabra, y quisimos cabritos y lúpulo. Continuamos luego por una llanura hermosa, pero poco cultivada, durante tres horas seguidas, y llegamos a una aldea llamada Dragonani, cerca de la que hay muchas aldeas llamadas Cliani y otras. Desde allí ascendimos una colina amena y llegamos a comer bajo unos robles muy frondosos, cerca de agua corriente, en una aldea llamada Suarsco, donde había excelente pasto para los caballos. Permanecemos en dicho lugar cuatro horas, y luego montamos a caballo y proseguimos nuestro camino por colinas y llanura durante otras cuatro horas, que fue el 25 de mayo, atra-

vesando un vallecito cultivado. Ascendimos una colina, en parte cultivada y en parte no; y así, de colina en colina y de valle en valle, unos cultivados y otros no, llegamos tras cuatro horas, habiendo recorrido once millas, a detenernos cerca de una aldea llamada Gostisinei, donde había buen pasto para los caballos, buena agua, cabritos a cuarenta aspros, pienso para caballos a muy buen precio, vino mejor que en otros lugares y bueno, y decían que era de tres años; y personas muy corteses. El magnífico Molin mató con la escopeta una cigüeña, para disgusto de los turcos, porque consideran que es un animal sagrado y dicen que acompañó a Mahoma a la Meca, y los cristianos las respetan porque hacen nido en sus casas. Por eso hubo que enterrarla en la tienda, después de quitarle las plumas. Encontramos allí buenos productos lácteos.

El día 26, jueves, partimos antes del amanecer y caminamos por colinas y valles hasta la buena aldea de Crelintzi. Luego entramos en una llanura bellísima, por la que caminamos unas cuarenta y cuatro horas, y vimos muchas cigüeñas que pacían mansamente por los campos y prados. Durante todo el viaje de ayer y de hoy encontramos a menudo aguas corrientes y árboles que daban sombra, y así hasta el río Morava. Dicho río, como el Bacchiaglione, es muy plácido; lo cruzamos con los caballos a vado, y para dar ánimo a los demás, yo fui el primero después del jenízaro. El río llegaba hasta la silla de los caballos, y lo pasamos felizmente. Las cargas y la litera las dejamos para que cruzaran en barca, y nosotros, una vez vadeado el río (que nace en Lubava y desemboca en el Danubio), cabalgamos hasta el lugar de comer, y tras recorrer seis millas llegamos a una pequeña aldea cerca de la población de Niš, castillo próximo a una fuente.

Niš es un castillo habitado por turcos y pocos cristianos; las casas están cubiertas de tejas, tiene muchas mezquitas, puede tener unos 4500 hogares, se extiende a lo largo del río Nisava y es un lugar de paso entre dos caminos: uno que va a Hungría y otro que va a Ragusa, a Narenta y a otros puertos. Esta población tiene una llanura fertilísima en medio de las montañas, por un lado colinas amenas y fértiles con muchas viñas (y serían más fértiles si todo estuviera mejor cultivado), y por el otro lado montañas muy apacibles y fértiles. Es lugar abundante en pan, vino y carnes. No tiene murallas, sino solamente una torre o castillo arruinado. Después de comer hicimos marchar las cargas por delante, y nosotros partimos una hora más tarde, hacia las siete de la tarde, y caminamos tres horas por una llanura fertilísima, llamada Nisava por el río que la atraviesa, y luego entramos en un valle estrecho entre montañas llamado Cunonizza. Tras caminar dos horas por dicho valle, hicimos una parada a las once en una aldea llamada Cunonizza. En ese valle había gran cantidad de carros, tirados cada uno por dos búfalos, que iban con arroz a Hungría.

Aquí comienza Bulgaria, y las mujeres son muy afables; llevan pendientes de muchísimo peso en las orejas, dos en cada una, y llegan a llevar hasta dos placas de plata de peso en las orejas. Las jóvenes llevan el cabello suelto con muchas trenzas hechas con el mismo cabello por encima. Y nótese que el país de Topliza comienza bajo la montaña de la plata y se extiende hasta el río llamado Morava, y desde el Morava en adelante el país se llama Nisava. Conseguimos lácteos, vino caro y hogazas. Y nótese que Bulgaria se extiende desde el río Morava hasta Filipópolis.

El día 27 de mayo, viernes, partimos dos horas antes del amanecer y caminamos por dicho valle tres horas seguidas entre montañas, por donde también van los carros y las carretas, y lle-

gamos finalmente a una hermosa y fértil llanura entre montañas amenas pero no cultivadas. Tras viajar un trecho junto a las montañas, descendimos luego a la llanura donde corre el río Nisava, bastante rápido, y lo cruzamos sobre un puente. El río en este lugar es como nuestro Bacchiglione. Volvimos todavía por la ladera de la montaña y llegamos a una aldea llamada Cherbin en turco, y en serbio Clisma; las mujeres salieron a nuestro encuentro con muchas hogazas y cerezas poco maduras. Sobre el camino hay una fuente muy buena. Luego subimos una colina pedregosa y estéril, descendimos a un valle bastante bueno pero en general inculto, y caminamos tanto que hicimos en toda esa mañana cuarenta y ocho millas, deteniéndonos en una colina con buena sombra y hermosa vista, y debajo de una roca brotaba un agua fresquísima. Después de comer y descansar hasta las seis de la tarde, enviamos las cargas hacia delante, y nosotros a las siete y media partimos y seguimos nuestro viaje. Pasado el valle, llegamos a la llanura llamada Nisava, y dejamos a la izquierda la población llamada Assarchioi en turco y en eslavo Pinor, junto al río Nisava, y acampamos en un lugar cercano, en una aldea llamada Siridurica.

La mañana siguiente, antes del amanecer, montamos a caballo y, por una llanura entre montañas. Era el día 28, sábado, y pasamos a vado un río llamado Sugoriza, llegamos a otra llanura entre montañas; y cabalgando encontramos a la izquierda un río llamado Giesariza. Dejándolo a la izquierda, cruzamos sobre puentes diversos cauces que corrían por la llanura, y llegamos a un valle profundo llamado Dragoman, pedregoso, estéril, con montañas escarpadas, llenas de bosques donde corre un torrente de agua sin nombre. Comimos en unos prados rodeados de montañas y bosques. Este lugar es muy peligroso por los asesinos, y por eso se acostumbra a encontrar guardias. Allí ocurrió cierto alter-

cado entre los nuestros de la caravana y los del país, pero la cosa se resolvió cuando el jenízaro quitó a los campesinos dos carneros castrados.

Partimos a las siete de la tarde, y al salir del valle caminando por colinas de pasto, dejando a la izquierda aquella aldea llamada Dragoman Chioi, entramos en una gran llanura, todo pastos, sin árboles, y por ella cabalgamos tres horas. Finalmente, subiendo una colina, acampamos cerca de una aldea llamada Aldomiroso en turco, y encontramos ajo, pocos huevos y lácteos.

Por la mañana temprano montamos a caballo, y descendiendo a la llanura, enviadas las cargas hacia delante, y hecho que Pasquale partiera con un jenízaro y el primer pagador para encontrar alojamiento y preparar la comida, cabalgamos durante cinco horas seguidas por una llanura rasa, en parte cultivada y en parte no, y por montañas sin cultivar, dejadas para pasto. Adelantamos a las cargas y llegamos finalmente a las dos de la tarde a Sofía. Y habiendo sido mal guiados a un caravasar pésimo, por culpa de quien tenía ese encargo, al verlo decidimos ir a acampar al campo; pero finalmente, guiados por los señores raguseos, nos alojamos en una casa muy cómoda de un gentilhombre raguseo.

Descargadas las mercancías, después de comer y descansar un poco, recorrimos toda la ciudad. Esta es de construcciones privadas bastante pobres, pues todas las casas están cubiertas de madera. Tiene tiendas muy bien surtidas: una calle está toda ocupada por zapateros, con bellísimos trabajos de zapatos, botines y cosas semejantes; una toda de bridas y arreos para caballos; una toda de mantas, rascaderas, cabezadas, cinchas y correas para caballos; una toda de trabajos de cobre estañado; una de sastres de fieltros y otros trabajos; una de comestibles: lentejas, guisantes, habas, uvas pasas, higos secos, hortalizas y demás; pan en abun-

dancia, hecho en forma de rosquillas y amarillento; carne de cabrito, corderos y carneros castrados en abundancia; vino no muy bueno y caro. Cenamos y dormimos plácidamente, y la mañana del lunes, 30 de mayo, oímos misa en la iglesia de los raguseos, devotamente mantenida, pero modesta por miedo a los turcos.

Después de comer nos dedicamos a arreglar los cofres, que estaban todos estropeados, a hacer reparar la litera y a otras cosas necesarias para el viaje. Escribimos a Venecia notificando nuestra llegada a Sofía, los rumores de Hungría, y los doscientos spahis que habían pasado la noche anterior mientras estábamos alojados en la mencionada aldea de Aldomirosi. Vinieron algunos turcos a mostrarnos una leona, a hacer muchas cosas a su manera, y algunos a tocar las castañuelas, y una muchacha a bailar con ciertos instrumentos; a todos ellos se les dio propina.

Sofía es una ciudad mercantil de mucho tráfico, y residencia ordinaria del sanjac-bey de Grecia, que, encontrándose en Constantinopla por los disturbios de Hungría, había sido recién enviado de nuevo a su residencia, y no pudimos encontrarlo. Tiene muchas mezquitas, grandes, hasta el número de setenta, y doce iglesias de calógeros griegos y una de raguseos. Hay caravasares, uno muy hermoso, con habitaciones arriba abovedadas y con fuentes, donde nos habríamos alojado de buena gana si nuestros dragomanes hubieran cumplido con su deber; pero como no miran más que a su propio interés, cometen estos y otros errores semejantes. Esta ciudad tiene un baño de aguas calientes, tibias y frías, que vienen de la montaña cercana; hacia la tarde, acude la gente a lavarse y por salud. En este lugar se hacen grandes negocios de cueros para suelas, lanas, fieltros y cosas semejantes. Puede tener en total unos quince mil hogares.

Partimos el martes 31 de mayo, a las diez, con cinco coches, la litera y los demás a caballo; seguimos nuestro viaje cabalgando por una amena llanura con hermosas montañas a los lados. Cruzamos el río Iscar (que nace en el monte Rillo y desemboca en el Danubio) sobre un puente larguísimo, junto a una aldea llamada Cazizane, y caminamos siempre por una llanura bellísima, poco cultivada. Cabalgando por ella cuatro horas seguidas, al asomar una colina nos detuvimos a comer bajo unos árboles cerca de una aldea llamada por los turcos Azibedro, y por los búlgaros Oternava. Montamos a caballo después de comer, temiendo la lluvia; pasamos dicha aldea y subimos una colina, y caminando a lo largo de un bosque de robles encontramos un valle en parte cultivado y en parte no. Ascendida otra colina, entramos entre colinas incultas y bosques de robles bajos. El terreno era algo arenoso, y parte del camino era incómodo para los carros debido a las muchas subidas y bajadas y a las piedras, y así continuamos durante tres horas, hasta llegar a una aldea llamada Vacareo, y descendimos a un hermoso valle de forma circular. Luego continuamos por lomos de colinas durante tres horas más, en su mayoría boscosas, hasta llegar por último a un torrente, y luego a una llanura, llegando a una aldea llamada Sarizino, es decir, ‘aldea de la Señoría’. Durante todo este viaje veíamos las grandes montañas de Samoco cubiertas de nieve, de donde los turcos extraen grandes cantidades de hierro para los trabajos que realizan. Toda la llanura cercana al lugar donde acampamos se llama Schirman.

Por la mañana montamos a caballo a las ocho horas, y caminamos durante tres horas seguidas a lo largo de una hermosa llanura, rodeada por amenísimas montañas y colinas, parte estaban cultivadas y parte no, y había junto a dichas montañas algunos caseríos construidos con bastante decoro. Luego comenzamos a

subir una alta montaña, y creíamos que divisaríamos en otra llanura las tiendas del sanjac-bey de Grecia, que había acampado en aquel lugar la noche anterior; pero por la oscuridad no pudimos distinguirlas bien. Y al comenzar a descender encontramos una aldea llamada en turco Capidervent, y llegamos a otra aldea llamada en eslavo Vitrin; allí encontramos fresas en abundancia, productos lácteos y vino. Pasamos por debajo de una puerta grande antigua, hecha de ladrillos cocidos, con cimientos de piedra viva, y continuando el descenso, vimos los vestigios de una construcción antigua que se llama Vitrin, lugar de Jacob, vaivoda de Bosnia.

Yendo siempre por el lomo de las montañas, por buen camino incluso para carros, con bosques a uno y otro lado, caminamos durante toda la mañana siete horas, encontrando siempre muchos spahis, de dos, cuatro, seis y hasta diez a la vez, en orden, que seguían al sanjac-bey, el que debía hacer en Sofía la movilización de sus tropas. Pasado el torrente Stipoli, nos detuvimos a descansar bajo unos perales, con mal pasto y mala agua, esperando los carros y las cargas. Llegados los carros, comimos, y las cargas siguieron de largo porque no tenían pasto. Este camino entre montañas y bosques es tenido por peligroso por los malhechores. Tras descansar un poco, después de comer, montamos a caballo y seguimos nuestro viaje con un poco de lluvia, todavía por el lomo del monte durante un tramo, y luego por llanura, parte cultivada y parte no, con muchos bosques de robles, y llegamos a una aldea llamada Novoselo, es decir, Villanueva, donde encontramos vino no bueno traído de Filipópolis, cabritos a dieciocho aspros, huevos a siete por aspro, pollos caros, gente amable pero desesperada.

Partimos la mañana al alba y, pasado un pequeño arroyo, llegamos a una gran llanura poco cultivada y llena de bosques de robles, de terreno arenoso negro, y así hasta Basardich. Pero antes hubo que vadear el río llamado Casineleri, porque el hermoso puente de seis arcos de piedra estaba roto. Antes encontramos un lugar bellissimo, como un bosque de diversos frutales, que solía ser de un adivino del sultán Solimán, quien se lo había donado para su recreo, y ahora está en ruinas. Basardich, bastante más grande que Foča, es comercial y de paso; tiene las casas cubiertas de tejas, muchas mezquitas y bazares. Encontramos spahis que iban a Sofía, y algunos llamados salictarios con banderas rojas y blancas, que no suelen cabalgar sino en gran necesidad, cuando cabalga la persona del Gran Señor; van como guardia en el lado izquierdo y son unos cuatro mil. Encontramos un bosque de robles a la derecha, viejos y claros, y luego pasamos a vado un río de corriente rápida, llamado Corucaí en turco y Jano en eslavo. Finalmente, tras recorrer doce millas, nos desviamos media milla del camino para buscar sombra, y fuimos a descansar bajo unos frondosos robles, con muy buen pasto, pero agua mala y sin vino.

Partimos a las cuatro de la tarde y, por la llanura, saliendo de Bulgaria, entramos en Rumania y en la llanura de Filipópolis, toda cultivada, sin árboles, y con poca agua en algunos pozos. Vimos por esta llanura algunos montículos o túmulos; el terreno era en parte arenoso, en parte pedregoso, pero las mieses eran bastante hermosas: centeno y cebada. Llegamos a un río llamado Colatovo por la aldea, pero en realidad es el río Maritza, que va siempre creciendo. Finalmente llegamos a las dos colinas bajo las que, según me habían mostrado de lejos, se hallaba la ciudad de Filipópolis. Al entrar, encontramos a la izquierda las grandes caballerizas de las yeguas del Gran Señor. Luego, cruzado so-

bre un puente de madera de trescientos pasos de largo el río Maritza, que ofrece una hermosa vista, fuimos a alojarnos al otro lado del puente, a la derecha, en el caravasar cubierto de plomo, en unas habitaciones aparte bastante cómodas. Después de descansar, recorrimos toda la ciudad, en la que hay muchas mezquitas, muchos caravasares, y ahora se construye uno magnífico por la madre del Gran Señor, que será una obra soberbia. Tiene muchos baños, está llena de comercio y tiene muchos bazares. Partimos el viernes 3 de junio al amanecer. Filipópolis se llamaba Plovdiv por el castillo que hay en ella, el que todavía hoy se llama igualmente Plovdiv, y era propiedad del vaivoda de Bosnia. Tiene unos cinco mil hogares, y hay muchos griegos cristianos que tienen sus iglesias. Hay solo un mercader raguseo; los demás se han ido o han muerto.

Caminamos siempre junto al mencionado río Maritza, que se hace cada vez mayor y forma muchas islas. Está mal mantenido, y podría hacerse navegable desde Filipópolis hasta Adrianópolis, por donde pasa. Volvimos a cruzar dicho río sobre un puente de piedra viva con tres arcos, y cabalgando por la llanura siempre cercana del río, y luego durante dos horas por un bosque junto al río, que tiene robles grandísimos, y vadeados algunos brazos del río, llegamos a una aldea llamada en griego Papaselo, y en serbio Poponosilo, es decir, ‘aldea del cura’. A instancias de los carreteros nos detuvimos a comer y a cenar; encontramos ensalada, cerezas, huevos a siete por aspro, pan, vino bueno, queso fresco.

La mañana del día 4, sábado, partimos tres horas antes del amanecer y cabalgamos siempre por llanura, pero de colina en colina, pues el país es ondulado. Terrenos incultos en su mayor parte, y solo están cultivados aquellos que están cerca de las aldeas. Son lugares de ladrones, y encontramos muchos spahis.

Después de cinco horas de camino encontramos una aldea grande llamada en turco Dervent Gaialù, en eslavo Scronizza, donde había pescado fresco cocido y cerezas silvestres. Continuamos por los mismos lugares incultos otras cuatro horas y llegamos a una fuente y lugar llamado Curisimen; allí descansamos hasta las seis de la tarde. Cambié el caballo de la litera, y perdí a Rado, el portacartas, que llegó tres horas después. Y caminando por los mismos lugares incultos, grandes valles, pequeños collados, y de ondulación en ondulación, llegamos a un caserío llamado en turco Semischie y en eslavo Coslodizza, bajo el que corre un pequeño torrente, donde acampamos al insistir los carreteros porque los caballos estaban rendidos. Había pan, vino, pocos huevos, capones a veintidós aspros pero grandes, cerezas y lácteos; cenamos, y luego nos metimos bajo la tienda, con mucha lluvia.

Levantados la mañana del domingo día 5, tras caminar cuatro horas seguidas por campo deshabitado, inculto, con muchos bosques, después de las cuatro encontramos una pequeña llanura bastante bien cultivada, llamada Vironi en eslavo, y caminamos entre colinas, bosques y lugares incultos durante otras tres horas, hasta llegar a un monte llamado Slanoinizza, todo boscoso, y lo cruzamos en una hora, y llegamos a la llanura. Un gran país a la izquierda, todo bosque y deshabitado, y sobre dicho monte el puesto de guardia para asegurar el camino a los viajeros. Abajo encontramos de nuevo el río Maritza que habíamos dejado, y países de colinas y ondulaciones, incultos, y en su mayoría bosques. Llegamos a una agua donde hay un buen caravasar construido por el bajá Casam, y una fuente. El lugar se llama Carmanlia. Vimos, a este lado del caravasar, tiendas de griegos que vendían vino, y al otro lado, de turcos que vendían arroz, uva pasa y otros refrigerios; y un turco en una tienda que era de una gordura desmedida y

parecía un hombre salvaje, con toda la espalda peluda. El agua del torrente se llama Uluderen y va al Maritza. Tres millas más adelante encontramos una aldea de cristianos junto al río Maritza, llamada en turco Unechi, en eslavo Ugles, nombre propio del rey de aquellos tiempos, que fue muerto por uno de sus siervos mientras descansaba en la fuente, que es de agua excelente. Partimos después de comer; y tras descansar, a las cinco de la tarde, moviéndonos por buen camino arenoso, encontrando muchos spahis que iban a Sofía, y por una llanura entre dos colinas a lo largo del río Maritza, inculta en gran parte, donde matamos una culebra. Después de caminar cinco horas por un país inculto y estéril y bosques de espinos y robles, llegamos a acampar en una aldea llamada en turco Caralicz Dervent, es decir, 'valle oscuro'. Vimos pasar muchos spahis, y por la noche cinco vlacos; uno venía de Hungría, y cuatro iban apresurando a los spahis para que fueran a encontrarse con el sanjac-bey. No tuvimos más que pollos, porque los cabritos y corderos habían sido enviados con los rebaños a la montaña al paso del sanjac-bey.

Partimos solo una hora antes del amanecer, porque se habían extraviado cinco caballos de carga, y al mediodía llegamos al puente del bajá Mustafá, de veintiún arcos, todo de piedra, con una inscripción en medio sobre una gran piedra en letras turcas. Se dice que la hermana del sultán Solimán, que era esposa de Mustafá, le pidió prestado dinero para terminar la obra, habiendo gastado cuanto tenía en las dos cabeceras del puente; el Gran Señor respondió que quería hacerlo él mismo, pero la sultana persuadió a su marido para que vendiera todos sus bienes muebles y lo terminara. Y el sultán Solimán lo sintió tanto que juró no pasar nunca por él, y en la guerra de Zighet no lo cruzó, ni vivo ni muerto, sino que hizo el camino al otro lado del Maritza. La Roxolana, en

cambio, hizo construir el caravasar que está al otro lado del puente, y la mezquita con muchas tiendas para vender víveres, y allí compramos algunas cerezas. Vimos a un vlaco que había salido de Constantinopla hacía tres días, y nos dijo que nos esperaban en la ciudad, que apresuráramos el viaje. Caminamos a lo largo de una colina, dejando una pequeña llanura a la derecha y el río Maritza, y encontramos muchos spahis, y en una gran pradera doscientos camellos del Gran Señor que estaban pastando. Vimos también algunos montones de tierra que suelen hacerse cuando el señor pasa por algún lugar. Finalmente, después de un largo viaje, llegamos a una aldea llamada Casan, que tiene a su lado un puente de un solo arco, no muy grande, construido por el sultán Solimán. Comimos y descansamos a la sombra de muchas morenas. Después de comer y descansar un rato, habiendo enviado a buscar alojamiento y enviado las cargas por delante, monté en la litera, los nobles en coche, los demás a caballo, y a las seis de la tarde entramos en Adrianópolis.

Fuimos a alojarnos a un bellissimo caravasar de piedra viva abovedado, con buenas habitaciones en el piso superior y muy honorable, construido en el pasado por el bajá Mehemet. Ocupamos casi todas las habitaciones y todo el caravasar, excepto solamente tres habitaciones, y nos alojamos muy bien. Cerca está el serrallo que fue del bajá Mehemet. En la primera entrada, a la izquierda, está el lugar de los esclavos, que es mucho peor que la cuadra de los caballos, y delante está el lugar del escribano que lleva las cuentas, el lugar donde se venden los víveres, y alrededor los lugares de las guardias. Es muy oscuro, y los esclavos, cuando los hay, están encadenados de cuatro en cuatro. En este lugar solía el bajá tener ochocientos. Seguí adelante y encontré un patio bastante espacioso, en medio del que, por un lado, subiendo

unos escalones, encontré una salita casi cuadrada sostenida en el centro por dos columnas, con bancos para sentarse alrededor. Este lugar se llama el diván del bajá. A la derecha del mismo había una hermosa estancia, como una cámara de audiencia secreta. Luego se entra en las habitaciones del bajá, algunas de ellas revestidas con bellísimos azulejos, con techos decorados con muchos dorados incrustados, hermosos flecos, bellos armarios, algunas enlucidas de blanco que parecen de mármol. Desde las habitaciones del bajá, que pueden ser una sala y ocho estancias, se va por pasadizos secretos a las habitaciones de la sultana, que tiene otras tantas y más apartadas; cada una tiene su estufa, su baño y su huerto. Allí están las habitaciones de los jóvenes del bajá, escribanos, músicos y otras virtudes; las de las doncellas, los eunucos, la maestra de la sultana, las doncellas y todo el resto de la corte del bajá; las caballerizas con las habitaciones de los trabajadores de sillas y arreos de caballos, de los herradores y de otros. Este mismo orden guarda el serrallo del Gran Señor y de los demás. Vimos el del propio señor por fuera, pero no pudimos entrar porque había dentro quinientos azamoglanes.

Vimos la gran mezquita del sultán Amurat, que es muy grande, construida con altísimas columnas de serpentina y mármoles griegos, con el baño junto y la fuente en el vestíbulo, y cuatro alminares. Vimos luego la del sultán Selim, y entramos descalzos, y la observamos toda minuciosamente; es ciertamente hermosa, y mantenida con grandísima limpieza, adornada interiormente con pinturas elegantes, de forma cuadrada, con tres cúpulas por fachada y una gran cúpula en el centro, todas cubiertas de plomo con pasillos alrededor en el interior, con una magnífica escalera que sube a la tribuna desde donde se recita la oración. En el centro está el lugar de los sacerdotes; en la parte izquierda está el lu-

gar elevado donde el Gran Señor escucha la oración. Tiene un bellísimo patio delante, cerrado por tres lados con muro de piedra viva. Por fuera, alrededor, quería hacer un lugar para estudiantes, pero la muerte lo interrumpió. Vimos luego el hermoso bazar construido por el bajá Mehemet, todo con arcos, de muy buena altura y anchura adecuada, de trescientos pasos de largo, con tiendas a uno y otro lado; es bellísimo de ver. Luego, muchos otros bazares.

La ciudad es grande, y por medio pasan tres ríos: Maritza, Tuns y Ardachi; está unida con puentes de mármol de muchos arcos. Es muy mercantil, tiene bastante abundancia de pan, vino, carne de cordero, carneros castrados, bueyes, aves de corral, palomas, y en invierno mucha caza, perdices, faisanes; tiene muchas frutas, y encontramos albaricoques, cerezas, guindas, ensaladas, rábanos, cebollas, ajos y especias. Es tan grande que habría sido muy difícil recorrerla entera; tiene poco menos de cincuenta mil hogares, pero, según dicen los habitantes, está menos habitada ahora que en el pasado; pero las guerras, y el que el señor no venga cada año como solía para residir en ella, han hecho que esté en parte menos habitada.

Estuvimos descansando el martes; y el miércoles, enviando a Pedro y a M. Antonio delante a Constantinopla para preparar nuestra entrada, partimos por la mañana, y atravesamos la ciudad después de desayunar a las once y media. Pasadas las viñas y la fuente, encontramos una llanura toda cultivada, sin árboles, con algunas alturas, y ardía bajo el sol. Cabalgamos durante dos horas seguidas por la llanura, hasta que llegamos a una colina y vimos dos caseríos poco alejados del camino, uno a la derecha y otro a la izquierda, con muchos árboles. El terreno era pedregoso, y sobre el camino vimos un árbol con buena sombra y agua fres-

ca. Luego subimos una buena colina y encontramos un país todo de valles y colinas, igualmente cultivado; más adelante, casi nada cultivado, todo quemado. Cabalgamos otra hora y media, y divisamos a la izquierda un buen caserío, y a la derecha un bosquecillo de diversos árboles, y sobre el camino un pozo de excelente agua. Cabalgando otra hora por un país quemado como el anterior, llegamos a una población llamada Cafsa, construida por el bajá Mehemet, en la que hizo una hermosa mezquita. Al salir de la mezquita se encuentra una altísima bóveda cubierta de plomo, que hace como de puerta de una ciudad; se entra en un patio con soportales alrededor para alojarse, donde nos alojamos, y tiene una fuente en el centro. Hay luego dos grandes caballerizas para alojar a veinticuatro hombres y los caballos, y en medio una casa grande cuadrada para poner las mercancías. Hizo muchas tiendas de piedra viva para vender cosas necesarias a los viajeros. Hay también un lugar apartado para las mujeres. Encontramos frutas y huevos; hay un baño bastante hermoso para los hombres en el centro, y arriba para las mujeres. Dan de comer a los que se alojan en las ochenta y ocho habitaciones de los dos caravasares. En la entrada hay un espacio cuadrado con cuatro arcos de piedra viva, y la cúpula en el centro, cubierta de plomo; están la cocina, almacenes para guardar arroz, harinas y otras cosas de comer. Dan dos veces al día pan, arroz y carne a los alojados. Y a esta mezquita está asignada, entre otras rentas, la del caravasar de Adrianópolis.

Partimos la mañana del día 9, que era jueves, una hora antes del amanecer, y tras cabalgar una hora, encontramos una aldea. Cabalgamos otra hora y encontramos otra aldea a la derecha y muchos árboles; después de otra hora, otra aldea; y tras otra más un caserío grande. Vimos muchos carros de polacos, que tenían

de seis a ocho caballos cada uno, y llevaban mercancías de Alemania a Constantinopla. Una hora después vimos un lugar llamado Chibiba, donde hay una mezquita construida por el bajá Alí, y un caravasar bastante bueno, pero no entramos; nos quedamos fuera, a la sombra de ciertos árboles junto al agua. La mezquita tiene una gran cúpula y ocho menores, cubiertas de plomo. Montamos a caballo, y tras cabalgar una hora encontramos dos caseríos poco apartados del camino, y finalmente llegamos a Borgas, donde hay una mezquita construida por el bajá Mehemet, con un gran patio delante cerrado, como un claustro de cartujos, con celdas todas abovedadas, y sus cúpulas de plomo y altísimos árboles, que no se encuentran en nuestra tierra, en el patio para hacer sombra. Hay una huerta grande detrás de la mezquita, hecha por el bajá Mehemet, y un baño bellísimo; un caravasar dividido en dos partes con veinticuatro habitaciones por lado, y un patio en medio, cuadrado, alrededor del que hay soportales abovedados, cubiertos de plomo, y cuatro grandes portones: dos servían para la entrada, uno para las mujeres y otro para la cocina y el lugar del pan, todos también abovedados de muy buena manera y cubiertos de plomo. Dan de comer tres veces al día a los que se alojan en sus habitaciones: por la mañana y por la noche, arroz, pan y carne; y al mediodía, miel y pan. A nosotros no nos dieron ni ofrecieron nada, tanto porque llegamos tarde y estábamos alojados en las habitaciones exteriores; pero también en dos cámaras, además de los lugares exteriores. En el centro hay una hermosa fuente. Vimos también un serrallo hecho por el mismo bajá Mehemet, con una soberbia construcción en medio de una huerta que lo rodea, cerrada con muros, y una galería a su usanza que va alrededor con un estanque de peces en un lado. Conseguimos albaricoques buenísimos del azamoglán que lo gobernaba.

Estaban alojados allí muchos spahis que partieron a medianoche hacia Sofía, y siempre los hemos encontrado, desde Sofía hasta Constantinopla, en gran cantidad por el camino, y muchos que pasaban durante la noche; muchos vlacos iban cada día de Hungría a Constantinopla y de Constantinopla a Hungría.

Nos levantamos por la mañana una hora antes del amanecer, y cabalgando por un país árido y montañoso, arenoso, sin árboles, durante tres horas, encontramos una aldea llamada Calistrada, y finalmente a las dos de la tarde llegamos a una aldea de turcos llamada Carastini, del bajá Mehemet. Queriendo detenernos para comer bajo unos árboles donde corría un agua, los turcos comenzaron a oponerse al dragomán y a los jenízaros, y uno levantó un palo para golpear al jenízaro. Entonces los dos jenízaros se abalanzaron contra él y le dieron buenas bastonadas, de modo que, una vez calmados, fuimos a descansar y comer en aquellas sombras. Comimos y partimos enseguida. Al partir, como se hubiera quedado uno de la compañía, a saber, Alvisé Marchesini, los jenízaros notaron que los turcos venían para cerrarle la puerta de un patio y encerrarlo dentro, y se colocaron fuera junto a la puerta. Enojado un turco, lanzó una piedra contra la mano del jenízaro, hiriéndole gravemente, y huyó al instante. Por ello, el otro jenízaro le lanzó una flecha. El alboroto fue grande, así que salté fuera de la litera, monté en seguida a caballo y corrimos todos hacia el tumulto, colocándonos en la puerta, sin dejar entrar a los turcos que acudían de diversas partes.

Una vez calmado el alboroto, volvimos a montar todos a caballo y nos dirigimos hacia Zurlic, cabalgando por un país árido y montañoso, sin árboles. Llegamos a Zurlic y nos alojamos en un caravasar bastante grande, pero lleno de hedor de animales y caluroso. La población es vasta pero no muy habitada; el pan es

caro. Encontramos moras blancas, cerezas, ensalada, leche agria, huevos a nueve por aspro. Vimos una buena mezquita con un patio delante, con doce habitaciones, seis delante y seis detrás, para alojar enfermos y viajeros, que estaban todas ocupadas; a los que se da dos veces al día pan, arroz y carne. Encontramos un baño bellissimo, un imaret con muchas habitaciones para los que estudian la ley, y frente a este había un lugar para alojar mujeres. Todas estas construcciones están cubiertas de plomo, y fueron hechas por el bajá Acmat, que se rebeló en El Cairo y fue asesinado por un esclavo; a él le fueron confiscados los bienes y se asignaron muchas rentas a estos lugares piadosos.

Partimos por la mañana una hora antes del amanecer, que fue el sábado 11 de junio a las ocho de la mañana, y cabalgando por el mismo país árido y arenoso durante cuatro horas, encontramos una aldea habitada por griegos, llamada Arrapli, y vimos otras aldeas alrededor habitadas por griegos y turcos. Pasado el lugar de un torrente y subiendo de nuevo la montaña, divisamos el mar, y cabalgando aún tres horas llegamos al puente de madera de Silivrea, encontrando muchos spahis. Y porque había hecho saber a todos que debían caminar juntos e hicieron lo contrario, los coches se adelantaron un poco y por otro camino distinto del mío, de modo que no los alcancé hasta Silivrea. Al señor Antonio Stanga, que había cabalgado mucho más adelante que nosotros, lo encontró un vlaco que quiso quitarle mi caballo, pero luego lo dejó y solo le quitó el cuchillo, aunque después lo devolvió a los jenízaros. Entramos en Silivrea en una casa de turcos bastante buena, hecha para alojar forasteros; donde encontramos un pescado llamado niza, grande, y cinco langostas, y pagamos por todo ochenta aspros. Encontramos a nuestro cónsul, un hombre anciano natural de Nápoles de Malvasía.

Poco antes de la entrada de Silivrea vimos una zanja comenzada que abarcaba un grandísimo perímetro, donde los turcos, antes de habitar Constantinopla, pensaban hacer la ciudad metrópolis del imperio; pero al darse cuenta de que no tenía puerto, abandonaron la empresa. La población está situada sobre el mar; dos puentes atraviesan la laguna que forma el mar, y hace como un lago. Es una ciudad vieja y cercada de muralla, antiquísima, habitada casi toda por griegos, y en los arrabales habitan los turcos. Encontramos buen vino. Fuimos a ver el castillo que está mantenido de manera bastante civilizada por griegos, y en él vimos algunas hermosas mujeres griegas. Descendimos a la orilla y vimos una galeota y a unos esclavos cristianos. Cargaban tejas, que se fabrican en este lugar; dimos limosna dos veces a aquellos pobres esclavos, y luego volvimos a cenar. Observamos muchas palomas, criadas por particulares y sueltas por la mañana y por la tarde, que hacen muchas piruetas en el aire.

La mañana del domingo día 12, partimos antes del amanecer, y encontramos, tras recorrer cuatro millas, una aldea llamada Pli-nates con una torre antigua y arruinada, y luego otra aldea, a dos millas de distancia, llamada Conusua, también con una torre, habitadas ambas por griegos, sobre la orilla del mar. Y luego llegamos a comer, tras diecisiete millas, a Büyükçekmece, es decir, al puente grande, y entramos en el caravasar grande, cubierto de plomo, construido por el sultán Solimán. El puente grande es todo de piedra, y son cuatro puentes que se unen unos con otros, de grandísimo coste. Fueron hechos en seis años, trabajando hasta cuatro mil personas; la supervisión fue encomendada al bajá Pertav. Junto al caravasar hay una mezquita mandada hacer por el bajá Mehemet; hay muchas tiendas, y es un lugar muy frecuentado, con doscientas casas.

Partimos después de comer y subimos una montaña, y al descender vimos un bosquecillo bien cuidado y custodiado por azamoglanes, con una buena fuente sobre el camino. Tiene una hermosa llanura delante, que es del Gran Señor, donde se retira en tiempo de codornices para cazarlas. Luego subimos a una colina y comenzamos a divisar las torres de Constantinopla, y tras recorrer doce millas en cinco horas llegamos a Küçükçekmece, es decir, al puente pequeño. Nos alojamos en un mesón con buenos lugares para habitar, donde estuvimos cómodamente. Todo estaba cubierto de plomo, y daban de comer a los pobres viajeros una vez al día: por la noche carne, arroz y pan; pero a nosotros no nos dieron nada y pagamos el alojamiento. Llegó el sanjacado de Clissa, que había sido nombrado bajá de Trípoli de Berbería en lugar de Asán Agá; descansó un poco y partió enseguida. Fui obsequiado por tres pobres cristianos con cerezas, sandías y ensaladas. Siguiendo el consejo del secretario Cavazza, que vino a visitarnos, nos quedamos todo el lunes.

La mañana del martes, día 14, partimos temprano, y tras cabalgar una hora comenzamos a ver muchos palacios y serrallos, tanto del señor como de diversos bajás. Cerca de la ciudad encontramos al embajador de Transilvania, que partía acompañado de un chiaús y de muchos transilvanos; nos saludamos sin decir más, y llegamos finalmente a la puerta de Constantinopla llamada la Puerta de Andercapi, que es aquella por la que el sultán Mehemet entró con su ejército. Cabalgamos a lo largo de la muralla, que consta de tres recintos amurallados, uno debajo del otro, con un foso bastante ancho. Entrando en un larguísimo arrabal, vimos la sepultura del bajá Mehemet y de sus hijos, y luego llegamos a las Aguas Dulces, donde esperamos los coches y las cargas, y comimos bajo un pabellón de madera cubierto de

tejas y pintado; en el que solía retirarse a veces el sultán Selim por placer de la caza con halcones. Llegó luego Mustafá, chiaús, acompañado de otros, que plantó su pabellón poco apartado del nuestro; y luego el Colombina para estar a nuestro cuidado hasta la mañana. Cenaron con nosotros, y luego nos llevaron así, a pie, a ver los molinos y el ingenio para refinar la pólvora, hasta donde se mezclan el agua salada y la dulce.

El día 15, por la mañana de San Vito, monté a caballo con toda la compañía, recogido por el bajá chiaús, acompañado por sesenta chiaús y por el agá de los spahis, seguido de muchos spahis y de muchos jenízaros con arcabuces, de todas las cortes de los príncipes, y finalmente de todos los mercaderes cristianos, perotes, sciolti, venecianos y de otras naciones. Fui conducido a mi residencia. Se quedaron a comer conmigo más de doscientas personas, y el banquete fue grande y honorable.

Apéndices

Los capítulos de este libro han trazado las rutas, los paisajes y las impresiones de los viajeros del siglo XVI que se dirigieron hacia Constantinopla. Los textos de dos eruditos reunidos en este apartado constituyen fuentes complementarias que amplían el horizonte permitiendo calibrar con precisión el espesor histórico de las rutas descritas.

Es de especial interés la obra del historiador y eslavista Konstantin Josef Jireček, publicada en 1879. Uno de los grandes medievalistas centroeuropeos del siglo XIX que dedica unas páginas a la reconstrucción del itinerario terrestre entre Ragusa y Niš. Su saber y la mirada ilustrada y sistemática, articula topografía, historia medieval y documentación archivística.

En cuanto al texto del historiador croata Petar Matković, publicado en 1881, se centra en el itinerario por la Vía Militaris de Bartolomeo Ramberti, que examina con detenimiento. Su trabajo constituye un ejercicio riguroso de crítica histórica, a la vez que una guía geográfica que restituye la lógica de los movimientos diplomáticos y comerciales que animaban estas rutas.

Estos trabajos se inscriben en el argumento central del libro: la idea de que las rutas hacia Constantinopla fueron espacios vivos, estratificados en el tiempo, objeto de observación continua por parte de los contemporáneos y de estudio sistemático por la historiografía posterior.

Konstantin Jireček

Von Ragusa nach Niš (1879) ⁴³

La ruta por la que se solía llegar de Ragusa a Niš en 15 días (y a Constantinopla en 30), y que en los siglos XVI y XVII fue utilizada especialmente por los embajadores franceses que viajaban a la Sublime Puerta, salía de Ragusa por la puerta sur, la Ploče. Inmediatamente, la ruta ascendía por la ladera rocosa del monte San Sergio, hasta que se perdía de vista el mar y se llegaba al pueblo fronterizo ragusano de Bergatto, que se encuentra a $\frac{3}{4}$ de hora de la ciudad y parece flotar sobre un alto istmo entre los valles profundos de Breno (Župa) y Zonchetto (Šumet).

Frente a Bergatto se encontraba la estación de aduanas eslava, en un pequeño castillo originalmente llamado probablemente Ledénice, y más tarde (como también ahora) simplemente Carina (Aduana). Luego se cruzaba una cordillera árida y pedregosa hacia el fértil valle del Trebinjščica, donde, y a unas 5 horas de Ragusa, se encontraba la fortaleza de Trebinje. Desde aquí se viajaba a través de la localidad de Jasen y se entraba en la *plaine de Ljubomir* como la llama el del viajero francés Des Hayes (1621). A

⁴³ Konstantin Josef Jireček, «Von Ragusa nach Niš», *Die Handelsstrassen und Bergwerke von Serbien und Bosnien während des Mittelalters: Historisch Geographische Studien*, Prag, 1879, pp.74-78.

la derecha, en el valle superior del Trebinjščica, quedaba la Župa Vrm con los pequeños castillos de Klobuk y Mičevac; el primero, un edificio pequeño y estrecho situado sobre una roca muy alta y de difícil acceso, es mencionado con frecuencia en los siglos XIII-XV, principalmente debido a las rapiñas de sus habitantes.

Desde Ljubomir se llegaba a la *plaine de Mirilouiqui*, es decir, de los Vlasi Mirilovići (actual pueblo de Mirilović) y de allí al campo de Bileća (Billechia en los documentos latinos), en cuyo castillo solían residir Paul Radenović y el duque Stipan. Desde Bileća, el camino conducía a través del paisaje de Rudine y, concretamente, por las pequeñas cuencas de Trnovica y Korito, donde, todavía en 1621, existían grandes bosques. En las cuencas mismas se veían sembrados de cereales y, en el horizonte sur, más allá del territorio de los Vlasi Banjani, aparecían las montañas nevadas de Montenegro.

Pronto se llegaba al pequeño valle de Crnica, donde se encontraba una estación de aduanas mencionada desde 1380 con una pequeña colonia comercial; aún en el siglo XVI, este lugar era sede de las autoridades turcas. A la izquierda, sobre una montaña, se encuentran los restos del castillo de Ključ, que se menciona desde 1426 y que sirvió a menudo como residencia del duque Stipan y de sus hijos; todavía aparece en 1519 en el tratado de paz húngaro-turco. En tiempos de Ramberti (1533), ya estaba parcialmente en ruinas.

Más adelante se pasaba por la cuenca de Gacko (Geçcha, en las actas ragusanas) y se alcanzaba el monte Čemerno, la divisoria de aguas entre el mar Adriático y el mar Negro (1373 m). El descenso por el lado oriental del mismo conduce a través de la grieta del arroyo Sutiska, que a veces apenas tiene 20 metros de ancho; a ambos lados de la angostura se elevan rocas calizas de 200 a 300

metros de altura. Este paso estaba custodiado por el castillo de Vratar (Vratar in Sutiska, también llamado simplemente Sutiska), del Duque Stipan, donde se encontraba una aduana. Sus ruinas se hallan cerca de un lugar donde el camino, probablemente en tiempos muy remotos, fue tallado en la pared de roca en un tramo corto con la forma de una galería semicubierta. Ramberti vio aquí en 1533, a los lados del paso de Eug, dos *castelleti*. Uno ya estaba destruido en aquel entonces; el otro, aún bien visible, le fue descrito como Vratac, con la observación de que el duque Esteban (Stephan) tenía allí su guardia para que nadie pasara sin haber pagado el peaje correspondiente. Ambos castillos estaban tallados en la misma roca y solo eran accesibles mediante senderos difíciles, apenas suficientes para una sola persona; 20 hombres, armados únicamente con bloques de piedra, podrían haber defendido fácilmente estos castillejos contra todo un ejército. Des Hayes (1621) oyó hablar de una cadena de hierro con la que se solía cerrar el paso en la época cristiana.

Al salir del paso, se pasaba por la estación de Tjentište (de *tenta* = tienda; aduana en 1450), donde hoy todavía se encuentra un Jan (posada) del mismo nombre. Más adelante se llegaba al Drina, cuyas aguas verde oscuro, que nunca se congelan, fluyen veloces como flechas entre altas paredes de roca en un canal estrecho. Toda una serie de castillos, conocidos por la historia de Sandalj y del duque Stipan, se reflejaban en sus aguas.

En su curso superior se encontraban tres emporios que alternaban en importancia. El más meridional era Chotča (Choza, en documentos latinos, Gotzei según Harff) en la orilla derecha del Drina, en la desembocadura del Čehotina, llamada Foča desde el siglo XVI; aparece por primera vez bajo el duque Stipan y, aunque no tenía fortificaciones y solo consistía en casas de madera,

fue durante mucho tiempo sede del sanjac-bey de Herzegovina. Las ruinas de un gran asentamiento se encuentran 8 kilómetros río abajo, cerca de la aldea de Ustikolina; en 1399 se menciona allí una colonia ragusana y en 1413 una aduana. La siguiente jornada de viaje se encuentra Goražde, cerca del castillo de Samobor, que ha sido un lugar importante desde siempre.

La ruta cruzaba el Drina por encima de Foča (puente de madera de 1621), tocaba la misma Foča, cuya distancia desde Ragusa se solía indicar como cinco jornadas de viaje, y se dirigía hacia el este hacia Breznica, la posterior Pljevlja. Desde allí se llegaba al Lim cerca de Prijepolje (mercatum Prepollie, Prepoyle, Pripoglie), que en el siglo XIV fue lugar de estancia de numerosos ragusanos y punto de partida de muchas caravanas. Al otro lado del Lim (puente de madera de 1550), en cuya orilla derecha se encuentra Prijepolje, se cabalgaba por el valle del Mileševka, pasando por el castillo de Mileševa (hoy Hissardžik) y por el famoso monasterio del mismo nombre, una fundación del rey Esteban Vladislav. El hermoso castillo con sus torres y muros transversales, que dominaban todo el camino, y ahora son ruinas, todavía se mantenía en buen estado en el siglo XVI.

En el monasterio descansaba el cuerpo de San Sava. En el siglo XVI había aquí unos 50 monjes, que recibían importantes limosnas no solo de los cristianos que pasaban por allí, sino incluso de los turcos. En los años 1544–1557 existió en el monasterio de Mileševa una imprenta de libros eclesiásticos cirílicos, al igual que en Goražde entre 1529–1531. En el año 1595, los turcos se llevaron el cuerpo de San Sava y lo quemaron en el monte Vračar, frente a Belgrado. El monasterio mismo no quedó desierto sino hasta finales del siglo pasado. Al otro lado del monasterio, el viajero cruzaba la divisoria de aguas entre el Lim y el Uvac; todavía en tiem-

pos del viaje de Ramberti y de Des Hayes se sabía que en este paso de montaña se encontraba antaño la frontera oriental de los territorios del duque Esteban. Luego se entraba en una cuenca ovalada, elevada y fría, atravesada por el Uvac, llamada Sjenica o también Senice (plural) (de sjeno o seno: heno). Los soberanos serbios de la casa de los Nemanjić solían residir temporalmente en un castillo; en aquel entonces existía aquí, en la Župa de Sjenica, un comercio activo, más aún cuando aquí se conectaba a la ruta ragusana, por la izquierda, la gran carretera bosnia.

Sobre la divisoria de aguas cerca de Dugopoljana (1297 m), se llegaba al valle del Raška, en la Župa de Raška, en esta ruta unificada ragusano-bosnia se divide de nuevo en dos carreteras principales: a la derecha hacia Salónica, a la izquierda hacia Niš. En medio de este importante valle se encontraba Trgovište, mencionado a menudo en los años 1346–1459, con una colonia ragusana. Aquí ya se habían recorrido dos tercios del camino de Ragusa a Niš. Desde finales del siglo XV, el lugar aparece como Novipazar (Neumarkt), en turco Yeni Bazar (ya mencionado por Harff hacia 1499 como Nuewemarschet), y fue en el tiempo siguiente el asentamiento más grande en todo el tramo de Ragusa a Niš.

Todo el entorno está lleno de ruinas y recuerdos de los tiempos de los Nemanjić. Cinco kilómetros al noreste de la ciudad, en la confluencia del Deževka y el Raška, cerca de una terma romana, se encuentra la antigua iglesia de San Pedro y San Pablo, donde también debe buscarse el antiguo Ras de los siglos X–XII, ya que el castillo del Župan y la iglesia episcopal apenas estaban separados entre sí. En el valle del Deževka se encuentra Deževo, donde el rey Esteban Dragutin abdicó en favor de su hermano Esteban Uroš II Milutin; cerca se encuentran las ruinas de la iglesia Đurđevi Stupovi. Al oeste de Novi Pazar se ven las ruinas del mo-

nasterio de Sopoćani, una fundación del rey Esteban Uroš I; al sur de allí se encuentra la ruina del castillo de Jeleč. En los tiempos más recientes, se solía viajar de Novi Pazar a Niš dando un gran rodeo por Mitrovica, a lo que daban motivo principalmente las nuevas condiciones fronterizas. La antigua carretera, utilizada todavía en el siglo XVII, conducía en dirección recta hacia el valle de Toplica.

En 5 horas desde Trgovište se llegaba al Ibar, cruzándolo cerca de la aldea de Ibar (en la orilla izquierda, frente a Jarinje) en botes o por un vado, entrando en la orilla opuesta al distrito minero de Monte Argentaro (Kopaonik). El camino ascendía entonces empinadamente hasta un collado, situado justo al pie sur del Kopaonik, y alcanzaba la zona de las fuentes del Toplica. En invierno, este paso era extremadamente penoso debido a la estrechez del camino y a las enormes masas de nieve.

Al otro lado, se cabalgaba primero a través de la Toplica tiesna (Topliza estrecha), un estrecho valle boscoso en el que se encontraban pequeños asentamientos mineros; los viajeros solían pernoctar en las aldeas de Gerakari (gerakar, en griego: cazador de halcones) y Stratoria. Desde el valle del Ibar se podía llegar aquí también por otro camino, que cruzaba el Ibar cerca del castillo y la colonia latina de Ostraci (pág. 54) y llegaba al Toplica a través de Kostimpolje (casal de Constantino 1550).

La ruta posterior entraba, sin tocar la actual Kuršumlija, cerca de la aldea de Suanza o Spanza en la Toplica ravna (Topliza larga), donde (según Ramberti) el viajero respiraba aliviado por primera vez desde su partida de Ragusa; las montañas retroceden y a orillas del río se extienden prados exuberantes, huertos y viñedos, que no se habían visto desde la costa marítima. Desde Propolje incluso ya salían carros hacia Constantinopla. Después de

atravesar la pequeña llanura de Dobrič, se cruzaba el Morava búlgaro por un vado cerca de Mramor y luego se alcanzaba en Niš la gran calzada militar. Los raguseos viajaban desde aquí aún más lejos hacia Bulgaria, donde ya en el siglo XIV tenían una colonia importante en Bdyn (Vidin).

Petar Matkovic

Putovanja po balkanskom poluotoku XVI vieka ⁽¹⁸⁸¹⁾ ⁴⁴

Bartolomeo Ramberti inició su misión el 3 de enero de 1534, partiendo de Venecia hacia Dubrovnik por mar. A lo largo del trayecto, describió detalladamente cada lugar y sus alrededores donde la expedición hacía escala a causa del viento u otras necesidades. Estas paradas incluyeron los puertos de Istria y Dalmacia, tanto en tierra firme como en las islas. No obstante, dado que existen descripciones más extensas y precisas de estos lugares realizadas en el mismo siglo, hemos decidido omitirlas aquí, porque no aportan información adicional significativa. [...] Desde Dubrovnik, la misión continuó el viaje a caballo por tierra hacia Constantinopla, un trayecto frecuentemente utilizado por los enviados de Dubrovnik y Venecia durante los siglos XVI y XVII para llegar a la corte del sultán.

Habiendo partido la misión el 9 de febrero [1534] de Dubrovnik, siguió el camino actual, que desde las puertas de «Ploče» asciende por la ladera pedregosa del monte Srđ hacia Brgat, fren-

⁴⁴ Petar Matkovic, «Putovanja po balkanskom poluotoku XVI vieka [Viajes por la península balcánica el siglo XVI]. Od dra. Matkovica: II. Putovanje B. Kuripes-cika L. Nogarola. Ramberta», *RAD. Jugoslavenske Akademije, znanosti i umjetnosti*. Knjiga LVI, Zagrebu 1881, pp.141-232.

te a Carina. Desde allí, continuó a través de una desolada montaña rocosa hasta llegar al fértil valle de Trebišnjica. Después de recorrer 16 millas, llegó a Trebinje. [...] «El camino es muy malo y peligroso, a través de montañas escarpadas y derrumbadas, por lo que se va más a pie que a caballo». Ese es el mismo camino que aún hoy conduce desde Dubrovnik a Trebinje, que según Roskiewicz¹ se recorre a caballo en seis horas: es muy penoso y escarpado, especialmente entre Carina y Drien, un camino peligroso, que conduce durante tres horas a través de rocas escarpadas, serpenteando entre Srdj y las laderas intransitables, desnudas y escarpadas de Konavle.

Para Ramberti, Trebinje desde este lado es «el primer lugar de Serbia, que en la antigüedad se conocía como Misia superior o Moesia, para distinguirla de la provincia asiática de Misia». Menciona que Serbia incluía también a Bulgaria. Los límites de esta región eran: al oeste Dalmacia, al este en parte Tracia, al sur Macedonia, y al norte Dacia, hacia el Danubio. En su relato, transfiere los límites de la «antigua Moesia» —que no son completamente precisos— a la posterior Serbia. Límites que coinciden aproximadamente con los señalados en la edición del siglo XVI de Ptolomeo sobre Moesia. «Toda esa tierra perteneció antiguamente al voivoda Esteban Herceg, padre de Ivan, que entonces residía en Venecia». Cerca de Trebinje, se cruza el río Trebing, del que toma su nombre.

Desde Trebinje, después de 20 millas llegaron a Budine; habiendo atravesado la ciudadela parcialmente destruida de Cluaz, llegaron al asentamiento de Curita, que está a 28 millas de distancia. Habiendo pasado Cernica llegaron después de 25 millas a Verba. Más adelante el camino conduce por 24 millas a Priedio; habiendo atravesado el desfiladero de montaña, en el que a am-

bos lados se alzan dos fortalezas, una está destruida, y la otra se alza sobre la roca y se llama Vratac. Allí ya mantenía Esteban Herceg puestos de guardia, porque los viajeros, que no podían ir por otro camino que este, pagaban peaje. Las fortalezas están cortadas y construidas en la misma montaña, y se llega a ellas por un sendero, accesible solo para una persona, y veinte hombres podrían defenderlo fácilmente con piedras contra cualquier ejército. Debajo de ellas fluye un brazo de agua, llamado Drina, que nace no lejos de allí, y se cruzan otras aguas, que al juntarse forman un gran río, que como muy hermoso fluye hacia Foca. Más adelante llegaron después de 29 millas a Orach, y luego a Foca [Cozza], un pueblo grande, donde hay muchas tiendas y comerciantes. Allí está la sede del sanjac de Herzegovina, y aquí dicen que pasan todos los comercios que van desde Dubrovnik a Constantinopla, así como los que regresan a Dubrovnik.

Este camino del escritor es, por lo tanto, el camino comercial Dubrovnik-Constantinopla, por el que también solían ir los enviados de Dubrovnik, llevando tributo a la corte del sultán; y también se menciona en los escritos de Dubrovnik. El camino conducía en la misma dirección que hoy, a saber, desde Trebinje a través de Gliva brdo hasta Jasen, Mosko hasta Bileća, más adelante a través de Rudine hasta Korita, a través de Kamenog brda hasta Crnica, más adelante a través del campo de Gatačko hasta Lipnik, donde está la torre Čengić, luego hasta Županj potok junto a Pastina y hasta Ulinje; desde donde un camino va a Piece, Čemerno y Trnova luka; otro camino, sin embargo, por el que también viajó nuestro escritor de viajes, va al mesón en Vrbi, luego a través de Prosjčenica, y sale a Čemerno y se une con el primer camino, y

se sigue adelante a través de Sutjeska hasta el Drina y a través de él hasta Foča.

Los lugares que Ramberti menciona en este camino, en su mayoría todavía existen hoy, a menudo se mencionan en antiguos monumentos y escritos de Dubrovnik. Rudine, todavía hoy una región, antaño famosa, y el lugar de ese nombre todavía se menciona. Luego menciona la fortaleza en ruinas de Ključ (Cluaz), que está más adelante hacia el norte, una hora más abajo de Crnica, a la izquierda del camino en la colina: a menudo fue sede de Sandalj, Esteban Herceg y sus hijos, y también se menciona en el acuerdo de paz húngaro-turca de 1519. Curita, el lugar actual Korita, en el camino de Bileća a Gacko. En el mismo camino están los lugares Crnica y Verba, que aún existen hoy. Crnica se menciona a menudo en los escritos de Dubrovnik y en los relatos de viaje como una antigua aduana, la principal estación entre Trebinje y Foča, y por eso también había allí un gran caravasar. Priedio, a juzgar por la distancia, correspondería al lugar actual Priedelj en el municipio de Curevo, en el distrito de Foča: una estación común en el camino a Foča. La descripción del camino desde Vrba hasta Foča es tan significativa y precisa que coincide completamente con las nuevas descripciones. Aquella garganta es especial, está formada por Čemerno y Piece, y el camino es escarpado y difícil. Es una región de gran belleza: las rocas verticales (a ambos lados como una serie de pirámides de dolomita) de Volujak y Sedlo, se elevan hacia el cielo bajo las nubes y parece que cierran el camino. «Čemerno sedlo», observa Roskiewicz, «es un punto maravilloso de la magnífica naturaleza local».

Desde el desfiladero el camino desciende abruptamente al valle de Sutjeska. Esas dos fortalezas deben haber estado ubicadas allí, donde las rocas del valle de Sutjeska se acercan a 50 pies,

donde aún hoy se ven rastros, en la orilla derecha de Sutjeska, en una meseta rocosa elevada, antiguas ruinas (Gradina en el mapa), de las que se cuenta que son los últimos restos de la pequeña ciudad del rey Esteban, y enfrente, en la curva de Sedlo, que una vez hubo una pequeña iglesia (Crkvina en el mapa), y que ambos estaban conectados por un puente. Ese punto, sin embargo, es conocido hoy por el nombre de Prosječenica, y Ramberti conserva el nombre de Vratav, aquella fortaleza destruida de Esteban, que con el nombre de Vratav (Vratav in Sutischa) también se menciona en los escritos de Dubrovnik.

Una excelente descripción de este camino, a saber, desde Grab hasta Foča, nos la proporciona el Sr. N. Dučić, que transcribimos aquí textualmente con gratitud. «Sutjeska (el desfiladero) comienza desde Trnova luka. Desde Grab hasta Tjentište hay tres horas de distancia. En el río, que fluye a través del desfiladero y se llama Sutjeska, y desemboca en el Drina cerca de Bastaje, hay tres puentes en el espacio entre Grab y Tjentište; el cuarto es el puente Popov más abajo de Tjentište a una hora de distancia. Debajo de Tjentište hay un cruce hacia Foča: un camino conduce a Bastaje, otro a la derecha a Mješajske luke, el tercero a Luče (montaña alta y empinada), a través de Luče se sale a la barca sobre el Drina; aquí se ven restos de un antiguo puente romano. La entrada al desfiladero de Sutjeska, una hora más abajo de Grab, se llama Vratav y se ven en el lado derecho en la montaña debajo de Volujak las ruinas de la fortaleza del Duque Esteban, frente a ella una iglesia derrumbada en el lado izquierdo en la cresta de Zelengora. Aquí el desfiladero es el más estrecho, parece como si estas dos montañas y las ruinas se fueran a tocar. Se cuenta que aquí había cadenas de hierro unidas desde la fortaleza hasta la

iglesia, a la que el Duque cruzaba para el servicio. Aquí en su época se cobraba peaje». Y esta descripción también coincide a través de Prosječenica en esencia con la descripción de nuestro escritor de viajes. Aquel brazo del Drina del escritor de viajes, es el río Sutjeska, que en verdad debajo de las antiguas ruinas rompe el valle en desfiladeros, y no muy lejos de aquí tiene su manantial.

El lugar de Orach no se menciona en los libros y mapas actuales. Cozza, es la Foča actual, un mercado importante desde antaño en la orilla derecha del Drina, en la desembocadura del Cetina. No se permite, continúa diciendo, «cruzar el río ni un caballo, que sea más caro que 20 ducados; si alguien trajera uno así hasta aquí, se vería obligado a regalarlo, o a pagar más multa de lo que costó el caballo, o a venderlo por lo que sea».

Habiendo salido de Foča, llegaron después de 25 millas al primer puesto de guardia, llamado Bracha, un lugar triste, en la cima de la montaña, llamada Covatz (montagna di fabro), donde crece mucho grano. Habiendo pasado el segundo Vuista y el tercer Pontravincome puesto de guardia, llegaron después de 34 millas a Pljevlje. Allí hace cinco años fue asaltada una caravana de comerciantes venecianos. Contra los bandidos mantienen los lugares puestos de guardia, que se realizan de tal manera, que un hombre del lugar sale al bosque tocando un tambor y buscando, no sea que estén escondidos algunos malhechores, y al tocar el tambor advierte a los viajeros que el paso es seguro.

Más adelante llegaron después de 24 millas a Priepolje, cerca de cuyo lugar fluye un río impetuoso y grande, llamado Lim, que después desemboca en el Drina, el río de Foča (fiume di Cozza), este a su vez en el Sava, y este último se vierte debajo de Sme-

derevo (Samandria) y cerca de Belgrado en el Danubio. Habiendo cruzado la montaña llamada Crauce, que no es muy empinada, llegaron después de 32 millas a Uvatz. Pasaron el monasterio de San Sava, muy grande y bueno, donde viven monjes serbios, viven y se visten al estilo griego, y hablan eslavo. Muestran al viajero el cuerpo de San Sava, que todavía está entero y hermoso, y reciben más limosna de los turcos y judíos, que de los cristianos. También pasaron la pequeña ciudad de Millesevat, y cruzaron la montaña Molatscidi, es decir, la montaña Valaquia (montagna di Morlacco), donde comienza la frontera del sanjac serbio o vojvodina. Después llegaron a Sjenica (Senica), que pertenece al sanjac de Bosnia; y después de 40 millas a Novi Pazar (mercado nuevo). Este último lugar dicen que es un mercado famoso, grande y lleno de tiendas y comercios cristianos y turcos; donde se alojan comerciantes de Dubrovnik y otros; cerca fluye un hermoso río claro, que poco después desemboca en el Morava.

Después de esto llegaron después de 16 millas al lugar de Ibar, que se llama así por el río del mismo nombre, que podría ser el mismo río que los antiguos llamaban Hebrus, fluye al pie de la montaña Srebrnica (montagna dello argento), que será Rhodopes, y desemboca en el Morava. Después de 25 millas, al lugar de Statoria, que está en la Toplica estrecha. Cruzaron la montaña Srebrnica y cruzaron el río Toplica, que desemboca en el Morava. Esta montaña es muy alta, y es muy difícil subirla, especialmente en invierno; por ella conduce un camino de un pie y medio de ancho por el que se pasa con miedo y peligro de caer, y de estos caminos hay bastantes en esta ruta. El pie de aquella montaña llega hasta el mismo Ibar, y por eso se llama Srebrnica, ya que continuamente se excava plata en ella. Más adelante llegaron

después de 25 millas al lugar de Suatza; pasaron por la Toplica ancha, que es como una llanura rodeada de colinas, por lo demás agradables, ya que en todas partes hay buen vino y mucho grano. La tierra de Toplica no solo es agradable y hermosa, sino fértil y abundante en todo alimento necesario, donde se comienza a revivir después de un camino largo y peligroso. Después de 27 millas llegaron al lugar de Buoga; y pasaron por Niš (Nissa), que en la antigüedad era una ciudad, pero ahora es un buen pueblo; a un lado fluye el Nišava, que tiene un hermoso puente, y desemboca en el Morava. Cerca de Niš cruzaron el Morava, que es ancho, hermoso y muy impetuoso.

En este camino desde Foča hasta Niš es difícil señalar con precisión la primera parte del camino, especialmente desde Foča hasta Pljevlje; puesto que la descripción es general, y los lugares que se mencionan en el camino están tan corrompidos que no se pueden conciliar con los de los mapas actuales. El camino desde Foča a Pljevlje conducía generalmente a Grorazde y Cajnica, o desde Foča por el valle de Slatina a Cajnica. Nuestro escritor de viajes no pasó, según parece, por ninguno de estos caminos, ya que probablemente habría mencionado alguno de los lugares mencionados, ya que también los viajeros posteriores los señalan. Todo parece indicar que nuestro escritor de viajes desde Foča tomó un camino hacia el sureste, en el lado derecho del Cehotina, cuyo camino no está marcado correctamente en el mapa del estado mayor general, pero se destaca con bastante claridad en el mapa de Kiepert, y conduce a Izvor (Ifzar), Komin, Vraže y Podkovač. Para Ramberti, Kovač (Kovatz) sería aquella montaña que se levanta en la orilla derecha del Cehotina, llenando el espacio entre ese río y el camino actual Čajniče-Pljevlje. De los nombres

de aquellos tres puestos de guardia no se menciona nada en los mapas actuales. Braccha quizás sea el actual Vraže (Vracha); y Vuista (¿Uništa?) y Pontravincome (?) son nombres desconocidos para nosotros; este último está muy corrompido. Tal vez los viajeros posteriores aclaren mejor esta parte del camino de Ramberti. La siguiente parte del camino, especialmente desde Pljevlje hasta Novi Pazar, se conoce a grandes rasgos por el relato de viaje de Harf. Pljevlje, la Breznica medieval, era un punto importante, como demuestran los restos que quedan, ya en época romana; por donde, como piensa Blau, pasaba la calzada militar romana al este de Herzegovina, desde el mar Adriático hasta el interior de la península balcánica. Priepolje (Priepole) en la orilla derecha del Lim, se encuentra en un lugar conveniente; un importante mercado de la Edad Media, se menciona a menudo en los escritos de Dubrovnik (ya en el siglo XIV), como lugar de origen de muchos comerciantes. Crauce (¿Orance?) probablemente es la montaña por la que conduce el camino desde Pljevlje a Priepolje, y está marcada en el mapa del estado mayor con el nombre de Rance (¿Hranče?). Uvac debe haber sido un lugar no lejos del manantial del río del mismo nombre cerca de Sjenica, donde confluyen los caminos de todos los lados principales de la península balcánica.

Desde Priepolje, donde cruzaron el puente sobre el Lim, el camino conduce por el valle en la orilla derecha del río Mileševa. Después de una hora de camino, se cruza por un puente de madera a la otra orilla y se ven en el valle a la izquierda las hermosas ruinas del famoso monasterio de Mileševa, o San Sava. Otros viajeros posteriores, que viajaron por la misma región, describen el monasterio y hablan de San Sava y otros monumentos. El de San Sava, según los antiguos monumentos serbios *en Milješeva*, fue construido por el rey Esteban Vladislav y trasladó desde

Trnovo el cuerpo de San Sava, que los turcos en 1595 se llevaron y quemaron frente a Belgrado en Vračar. En el mismo monasterio fue coronado el rey bosnio St. Tvrdko y hubo en el siglo XVI una imprenta cirílica eclesiástica. Pero los viajeros distinguen el monasterio de la pequeña ciudad de Mileševa, que estaba algo alejada del monasterio, que pertenecía a la región de Mileševa. Desde el monasterio de San Sava, la pequeña ciudad de Mileševa (castillo Milesevatz), se menciona como lugar ya desde el siglo XIII en los monumentos serbios; debería ser el actual Hisardžik; las ruinas de la antigua pequeña ciudad, se alzan en una roca solitaria, con una hermosa posición, antaño gobernaba todo el valle de Mileševa.

Si la pequeña ciudad de Mileševa es el actual Hisardžik, entonces el actual pueblo de Mileševo, en el curso superior del río del mismo nombre, es un mero recuerdo del antaño famoso Mileševo. El nombre de la montaña Molatscidi está muy corrompido; pero la traducción nos indica lo que podría ser: montaña de los Morlacos; será Stari Vlah, es decir, la región montañosa alrededor de Sjenica y Novi Pazar, con cuyo nombre el pueblo llama a la nahiya de Sjenica y al distrito de Moravica en el área de Užice. Desde que cayó el imperio serbio, esta región hasta 1804 tuvo derechos especiales, y en el mapa del estado mayor general se llama al área de Sjenica como Sbara Vlaška. Esa montaña se levanta en el camino entre Mileševo y Sjenica, es la frontera oriental de la región del Duque Esteban, y correspondería a la montaña Jastrebova del mapa actual, y es la división entre Uvac y Lim (Mileševo).

Senice es la actual Sjenica con la antigua fortaleza, se encuentra en un campo alto, bordeado de alturas desnudas, y lo atraviesan

Jablanica y Uvac. Sjenica, en la parroquia del mismo nombre, fue antaño la capital de los Nemanjić, y como mercado más importante se menciona en los escritos de Dubrovnik. La descripción posterior del camino, entre Sjenica y Novi Pazar, la dibujó con más detalle Kuripešić, excepto que no da una descripción de la última ciudad. Novi Pazar o mercado nuevo, conocido desde hace siglos como un mercado famoso, en la encrucijada de caminos y como un asentamiento comercial de Ragusa más importante.

Ese río sin nombre, sin embargo, es conocido como Raška, que no desemboca en el Morava, sino en el Ibar. A este último río lo confunde con el antiguo nombre de Hebrus, tal vez porque suena similar, y porque los escritores italianos contemporáneos escriben Hibro. El lugar de Ibar en el río del mismo nombre, se menciona en los mapas en la orilla izquierda del Ibar frente a Jarinje. Si el Ibar fuera el antiguo Hebrus, entonces nuestro escritor de viajes tendría algo de razón, ya que fluye al pie de Rhodope; al confundir el Ibar con el Hebro, confunde también el Rhodope con Srebrnica, que es esencialmente diferente de aquella.

Habiendo salido del pueblo de Ibar hacia el manantial de Toplica, cruzaron (en algún lugar cerca de Bielo brdo) la montaña Srebrnica (montaña de plata); es decir, el actual Kopaonik, que conduce el camino a Toplica, y así lo llaman todos los viajeros y escritores de aquella época, e incluso en los mapas de los siglos XVI y XVII se registra el lugar de Kopaonik como *mons argenteus* o *monte argenterò*, llamado así por los abundantes minerales de plata, que allí se excavaban. Para nuestro escritor de viajes, Kopaonik es parte de Rhodope, como para Petančić y otros contemporáneos; además, sin embargo, Ramberti ofrece entonces una

descripción bastante buena de Kopaonik, como ningún otro (hasta Seper) de los escritores antiguos y contemporáneos.

«Statoria, en la estrecha Toplica», quizás sea la actual Studinja, que está en Toplica no lejos de su manantial. Suatza y Buogaga, son nombres de lugares corrompidos: el primero podría ser Spanca o Suanza no lejos de Kuršumlja, más probablemente Svarča cerca del camino en el lado izquierdo de Toplica, donde su valle se ensancha; el último lugar, a juzgar por la distancia, si no es Prokuplje, quizás sea el actual Bugarinovac en el camino entre Prokuplje y Mramor. La tierra de Toplica, como una región suave, fértil y abundante, ya la describen los escritores antiguos con el nombre de Dobričpolje, y Petančić con el nombre de Dubotice. Y la descripción de Niš en Ramberti coincide perfectamente con la descripción en Petančić y otros escritores de aquella época. Esta parte del camino desde Novi Pazar a través de Kopaonik a través de Toplica hasta Niš se muestra por primera vez con mayor detalle en este y en el relato de viaje de Seper; ya que aquella descripción en el relato de viaje de la embajada de Nogarolo, como ya observamos anteriormente, es demasiado general. Es una pena que junto con la descripción de la tierra de Toplica, Ramberti no proporcione más datos topográficos, que se limitan solo a aquellos dos lugares insignificantes y además corrompidos; mientras que no hay mención del lugar históricamente importante de la región. Dos caminos conducían a través de Toplica: un camino río abajo hasta Prokuplje no lejos de su orilla izquierda; el otro camino montañoso más al norte del río. Todo parece indicar que Ramberti tomó el primer camino. Sobre uno y otro camino, los viajeros posteriores darán información más detallada.

Habiendo pasado Niš y dejando a la derecha la montaña Kunovica (Cunovitzza) y la pequeña ciudad de Coprivatz, llegaron después de 28 millas a Klisurica (Klissurizza). Este es un pueblo en Bulgaria, que Kunovica divide de Serbia. Las mujeres en toda esta tierra, hasta que no están casadas, llevan el pelo cortado hasta las orejas, parece como si fueran niños; tan pronto como se casan, llevan el pelo largo sobre los hombros, o lo atan, o lo trenzan al estilo eslavo en trenzas y cuelgan en el pelo monedas de plata, dinero, vidrio, ámbar y ducados; y cuanto más tienen de estas cosas colgantes, piensan que son más hermosas y amables. Y cuando sus maridos, hermanos, hijos o padres mueren, se arrancan el pelo y se arañan la cara con las uñas hasta que les sangra. Así se manifiesta el dolor por el luto en esta tierra, aunque sientan poco o ningún dolor; se bautizan y viven al estilo griego.

Viajando más adelante, llegaron después de 32 millas a Zaribrodt, pasaron Pirot, que es una fortaleza construida al estilo antiguo, llamada así por su señor, que se llamaba Pedro. Habiendo cruzado los ríos Sukova (Zuccova) y Nišava, llegaron después de 35 millas a Bjelica (Belizza), un pueblo en la llanura de Sofía. Este campo es muy extenso y hermoso, en su mayor parte cultivado, donde crece mucho trigo y arroz, y las colinas alrededor están plantadas con viñedos. En este campo pastan innumerables y variados animales. Después de eso, llegaron después de 15 millas a Sofía, llamada así desde la antigüedad por la iglesia, que ahora está fuera de la ciudad, a saber, por Santa Sofía, que ahora es una mezquita turca. En Sofía viven muchos comerciantes de Dubrovnik y judíos, y sobre todo hay turcos. Las casas son casi solo de tablas o de barro, y muy pocas son de piedra. Todo el campo está rodeado de montañas, pero no muy empinadas; no lejos está

el río Iskra, que es ancho y hermoso, y fluye por el campo antes mencionado.

En Niš, la misión se unió a la antigua y bien conocida calzada imperial (Belgrado-Constantinopla), que además de Petančić, los viajes medievales describen de diversas maneras; sin embargo, la descripción de Ramberti del camino desde Niš en adelante complementa aquellos relatos en muchos lugares. Kunovica es también para Ramberti una montaña difícil de atravesar, que se levanta en el camino desde Niš a Pirot en el lado derecho del Nišava, al mismo tiempo es para él, la frontera entre Serbia y Bulgaria; para sus compatriotas, sin embargo, Kunovica es «un valle estrecho entre montañas». En el mismo lado está la pequeña ciudad de Coprivatz, mientras que encontramos en el mapa en el mismo lugar el pueblo de Koprivnica. Clisurica, que a menudo mencionan también viajeros posteriores, es el mismo pueblo de Klisura, donde se entra en el desfiladero entre montañas. Zaribrodt (hoy Caribrod), un pueblo grande, que aún existe hoy a ambos lados del Nišava en el valle entre montañas. Pirot ya nos es conocido por viajeros antiguos y modernos. Después de eso, el escritor de viajes menciona dos ríos a través de los que pasaron, a saber, Zuccova y Nisava, y también son mencionados a menudo por otros viajeros. Ambos ríos están marcados en el mapa del estado mayor justo donde nuestro escritor de viajes los menciona: el primero sería Sukava, que fluye desde el han de Sukovo, donde el camino a Trn se separa, cruza la carretera y poco después desemboca en el lado izquierdo del Nišava. A ese río, sin embargo, el pueblo lo llama hoy Jërma. Y Nisava no sería Nišava en el mapa mencionado, que nace cerca del pueblo de Jarlovac, sino el pequeño río Ježevica, que atraviesa el desfiladero de Ježevica y

desemboca en el río Kalotinačka. Por lo tanto, ambos ríos en el mapa del estado mayor encuentran confirmación en bastantes testimonios antiguos.

Sería bueno investigar el antiguo camino entre Caribrod y Dragoman y determinar con qué ríos actuales cruzaba el antiguo camino, y a qué ríos actuales corresponden aquellos de los viajeros más antiguos, y si los nombres de aquellos ríos actuales se han vuelto quizás más recientes. Por lo tanto, el camino entre Caribrod y Dragoman conducía, como se deduce de otros relatos de viaje, a través del desfiladero de Ježevica, y en este camino, ya desde el han de Sukovo, era necesario cruzar aquellos dos ríos. Belitza es la actual Bjelica, un pueblo en el río del mismo nombre, al comienzo del campo de Sofía, y también es mencionado por otros escritores de aquella y la actual época. La descripción del campo de Sofía o cuenca es una imagen viva y veraz de la entonces exuberancia y prosperidad, y la ciudad de Sofía o Sredec era un punto de encuentro del comercio interior, que estaba en manos de los dubrovnikanos, que tenían allí su principal asentamiento. Y sobre aquella iglesia de Santa Sofía, de la que la ciudad llevaría su nombre de igual manera, también hablan otros viajeros. Iska es la actual Iskra, que nace en Rila, que en verdad cerca de Sofía fluye en dirección norte a través del campo de Sofía. Y aquella descripción de la vestimenta femenina, así como de las costumbres, con las que se expresa un gran dolor por los parientes fallecidos, es tan precisa, que incluso después de tres siglos todavía coincide bastante fielmente con las costumbres actuales.

Habiendo salido el 1 de marzo de 1534 de Sofía, llegaron después de 28 millas al pueblo de Voćarevo. En este camino cruzaron dos veces el río Iskra y cabalgaron todo el día por el campo

mentado sin encontrar ningún árbol. Llegaron después de 28 millas a Vieterno, un pueblo, donde hay un puesto de guardia, y se encuentra en la montaña Vasiljica. Habiendo llegado después de 32 millas al lugar de Celopinci, pasaron Bazarcich, que quiere decir mercado pequeño; pero es un lugar grande habitado por turcos y búlgaros. También cruzaron los ríos Caludriz y Toponitz, que desembocan cerca en el Maritza. Después de eso, al pueblo Cognuzza; pasaron Plovdiv (Filipópolis), y luego el río Stanuch, que desemboca en el Maritza. Plovdiv fue construido por Felipe, el padre de Alejandro Magno, como lo demuestra su nombre. Todavía se ven las antiguas murallas, que están parcialmente enteras y hermosas; algunas situadas en la altura y otras en la llanura; ahora es diferente, se ha convertido al estilo turco en casas de paja, tablas y barro. Su posición es hermosa, al lado fluye el Maritza, ancho y hermoso; muchos piensan que los antiguos lo llamaban Hebrus, que desemboca no lejos de Galípoli en el mar Egeo. Sobre este río hay un largo puente de madera, con más de 30 arcos, bajo los que fluyen muchos brazos del mismo río. El perímetro de la ciudad muestra que debió haber sido muy grande, hoy tiene unas siete millas. La llanura es extensa y hermosa, y se afirma que en este campo tuvo lugar la batalla entre César y Pompeyo. Aunque esto es dudoso por un lado, por otro lado es cierto, como escribe Apiano, que aquí tuvo lugar la batalla entre Octaviano y Antonio con Bruto y Casio, buenos pero desafortunados luchadores por la libertad romana. Aquí todavía se ven más de cien montículos, bajo los que, se dice, están enterrados los que cayeron, y sus amigos y sirvientes, que los sobrevivieron, traían tierra a sus tumbas; y cuanto más tenía uno entre los amigos y sirvientes muertos, más alta era su tumba. Plovdiv está en Macedonia, cuyos límites son, desde el norte: un lado de Dal-

macia, Serbia y Tracia; desde el oeste: el mar Jónico o Adriático, que está en la región de Drac; desde el este: el mar Egeo y parte de Tracia; y desde el sur: Epiro por el lado de Pindo. Macedonia con Tracia, y todo lo que el turco domina en Europa, se llama Romania o Grecia, y está bajo el gobierno del señor de Romania.

Dado que en Sofía el camino de Ramberti se une con el camino de Kuripešić, por lo tanto, aquí destacaremos solo aquellos datos, que no están en el relato de viaje de Kuripešić. El camino de Ramberti conduce desde Sofía a Ihtiman y a través de la Puerta de Trajano a Plovdiv. Al salir de Sofía se cruza solo una vez el Iskar, no lejos de Grabljan; la segunda vez Ramberti debe haber cruzado algún otro río, o sobre un brazo del Iskar, que cerca de aquel lugar cierra el río con una isla alargada. Los pueblos de Vakarel y Vetren todavía existen hoy, y también son mencionados por viajeros más antiguos. Este último lugar estaría en la montaña Vasiljica, con cuyo nombre los escritores de viajes del siglo XVI llamaban a la región de Ihtiman Srednogorje, es decir, la montaña, en la que se encuentra el famoso desfiladero imperial. Celopinci es el actual pueblo de Calapica (Zjelepica), en el camino entre Tatarpazardžik y Plovdiv. Los dos ríos, que cruzaron, desembocan no lejos uno del otro, cerca de Tatarpazardžik, en el Maritza: Toponitz es el actual Topolnica, y Gaiudriz es Ludajana o Lisec, ambos nacen en Sredna Gora, y a través de ambos, cerca de su desembocadura, conduce el camino a Plovdiv. Cognuzza es el Komus (Konus) de Kuripešić o el Cornar de viajeros italianos posteriores, y el actual Keter Kjuprju en el mapa de Zacarías Stanuch, el río es Stanimak, fluye cerca del lugar del mismo nombre, desemboca cerca de Plovdiv, y el camino lo cruza. La descripción de Plovdiv y su exuberante campo coincide por completo con la descripción de otros escritores, antiguos y posteriores.

Puesto que el escritor de viajes afirma, que el Ibar es el antiguo Hebrus, es natural que le parezca dudoso, lo que otros sostienen, que el Maritza es el antiguo Hebrus. A nuestro escritor de viajes también le parece dudoso, que César haya tenido una batalla con Pompeyo cerca de Plovdiv; pero con respecto a la batalla de Octaviano con Bruto y Casio substituyó Filipópolis con el Philippi macedonio, lo que incluso viajeros posteriores (por ejemplo, Blunt) a menudo repiten. Por lo tanto, son naturalmente también aquellos montículos tracios, de los que hay bastantes en las grandes llanuras de la Península Balcánica, y especialmente en el campo de Plovdiv, como para muchos otros escritores de viajes, las tumbas de los soldados romanos caídos allí. Aquellos montículos por su forma y altura (1-12 metros) se destacan tan notablemente sobre la llanura, que al ser una peculiar singularidad de aquella región casi todos los viajeros posteriores hablan de ellos. Si las afirmaciones arqueológico-históricas de nuestro escritor de viajes se comparan con Apiano, al que se refiere, se deduce, que Apiano en realidad habla sobre la guerra de César con Pompeyo cerca de Drač y Farsalia, y en ninguna parte sobre la guerra cerca de Plovdiv, a esta última ciudad ni siquiera la menciona en su historia. Además, Apiano discute sobre el nombre y el origen de la ciudad macedonia de Philippi, pero de la descripción se deduce, que esta ciudad está cerca del mar, Strimon y Thasos. Apiano también habla sobre la batalla con Bruto y Casio cerca de Filipo, y de ninguna manera cerca de Filipópolis. Dado que Apiano menciona, que en los alrededores de Philippi hay túmulos, en los que había campamentos: será esta expresión latina (tumuli) de los traductores de Apiano la que engañó a los escritores de viajes, que substituyeron Filippi con Filipópolis, pensando, que los montículos cerca de Plovdiv son aquellos de Apiano cerca de Filipo; tanto

más claro, cuanto que ambas ciudades suenan similar. Puesto que, por lo tanto, el escritor de viajes sustituyó Philippi por Filipópolis, entonces es natural, que esta ciudad no se encuentre en Tracia, sino en Macedonia, como también para otros escritores más antiguos y posteriores, que lo sustituyeron de la misma manera. Al marcar, sin embargo, los límites de Macedonia, nuestro escritor de viajes mezcló la geografía antigua con la nueva, los antiguos nombres de países y su extensión con el espacio de los nuevos países, como a menudo hacen los cosmógrafos de aquella época.

Después, llegaron al cabo de 34 millas al lugar Chiudeggni bustraman, es decir, «pueblo de nuevos turcos»; cruzaron el río Carmanlig o real, y el pozo del rey Vukašin Mršić, cerca de donde, se cuenta, un sirviente llamado Nikola Hersović mató al rey Vukašin que huía hacia el déspota serbio Gjurgj, que se había levantado contra el rey Matías, y había entregado al turco. Vukašin, cansado del largo camino, se inclinó en el manantial mencionado para beber, y fue asesinado en ese momento por el sirviente de su rey. Por eso, aquella agua, que antes era agradable y dulce, se volvió amarga y maloliente, como lo es en realidad hoy, que nadie la bebe. Cada viajero, que pasa por aquí, deja en señal de respeto algo de su ropa; porque se cree, que dicha agua ayuda mucho a aquellos, que tienen sarna, a perderla, y a los que no la tienen, evita que la contraigan.

Después de 22 millas llegaron a Edirne (Adrianópolis); pasaron el puente de Mustafa Pasha, que está sobre el río Maritz, es hermoso y ancho, tiene 20 arcos, todo de mármol, en el centro tiene una placa dorada, en la que están grabadas letras turcas, pintadas con color azul lazur, que expresan la época, el maestro y el

constructor de ese puente y el gasto que costó. Edirne fue en la antigüedad una hermosa ciudad, llamada Adrianópolis, y las murallas muestran que era muy grande; hoy, aunque casi toda está destruida, abarca más de 15 millas. En la entrada se cruza otro puente de piedra, que tiene a ambos lados altas vallas de mármol. Por un lado, a través del puente fluye el Maritza, un río muy ancho, y por el otro fluye el Tuns; como tiene muchos meandros, a veces parece, que un río fluye al encuentro del otro. En la ciudad hay antiguas iglesias, muchas mezquitas, grandes casas y tiendas, jardines y todo tipo de comercios como en Constantinopla. Allí se curten cueros de todo tipo, se fabrican sillas de montar, riendas y todo tipo de arreos para caballos mejor que en otros lugares; se fabrican excelentes agujas de coser, que son como las de Damasco. La ciudad tiene una hermosa posición, está construida en una llanura, y en los alrededores hay bastantes colinas. Casi todas las casas, excepto las antiguas iglesias, que se han convertido en mezquitas, están dispuestas al estilo turco, construidas de madera y arcilla. A Selim le gusta pasar la mayor parte del año en esa ciudad, donde tiene un palacio muy hermoso, y en otro viven los jóvenes jenízaros. El edificio más hermoso es la mezquita del sultán Murad. Los griegos, sin embargo, que en la antigüedad gobernaban, han sido privados del poder: se reúnen sobre todo en Jedrene, donde se alimentan de viejos recuerdos. Allí hay muchos comerciantes cristianos y judíos; y algunos piensan, que en Edirne hay más o menos tantos habitantes como en Constantinopla.

El camino que recorrió Ramberti desde Plovdiv hasta Adrianópolis probablemente será el mismo que recorrieron otros viajeros de aquella y la siguiente época, como ya se ha trazado más arriba en Kuripešić. Pero esto no se puede deducir del relato de viaje de

Ramberti, ya que entre Plovdiv y el puente de Mustafá Pasha menciona solo un lugar, a saber, Cchiudegegni bustraman, cuyo nombre está tan corrompido, que no se puede conciliar con la topografía más antigua ni más reciente de aquella región. Todo parece indicar que el lugar está compuesto por dos nombres de lugares, y cada uno por separado y ambos juntos están muy corrompidos. Gegni nos indica, que podría ser Jenibegli Hadži Chalfe o el actual Jenidželi en el Maritza entre Harmalija y Cirmen, y con esto la distancia del camino en Ramberti coincidiría aproximadamente. El río Carmanlig es el actual Uzundžova, al que el escritor de viajes llamó así por el lugar de Harmanli. El «pozo del rey Vukašin» se encontraría según la descripción entre el puente de Mustafa Pasha y Harmanli. Aquí Ramberti cuenta la historia de la muerte del rey Vukašin, tal como probablemente la escuchó en el camino, quizás de sus acompañantes, y con respecto a esta historia es una de las fuentes escritas más antiguas, y la repiten también cronistas posteriores no críticos. Esta es aquella guerra turca bajo Hadži Ubek del 26 de septiembre de 1371 cerca de Černomen en el Maritza, donde Vukašin y Uglješa murieron, y que ha sido suficientemente aclarada por investigaciones más recientes. Si no fuera por esta historia, quizás el escritor de viajes ni siquiera mencionaría el pozo. La tumba de Uglješa se mostraba todavía en el siglo XVII en la colina sobre Harmanli y la posición del pozo de Vukašin aproximadamente cae en Ramberti cerca de Harmanli. Para nuestro escritor de viajes, Vukašin es contemporáneo de Gjurgj Despot o Matías Corvino, como muchos escritores posteriores no críticos confunden esta batalla con la de Kosovo. Hemos revisado relatos de viaje más recientes, para ver si quizás en alguna parte nos encontrábamos con algún manantial mineral, como el que describe Ramberti, en el camino entre la pe-

queña ciudad de Mustafa Pasha y Uzundžaova, para así localizar con mayor precisión la historia de la muerte de Vukašin; pero no tuvimos éxito en la búsqueda, ya que ninguno de los viajeros más recientes menciona en aquel camino un manantial similar.

El famoso puente de Mustafa Pasha (Kopri) sobre el Maritza cerca de la pequeña ciudad del mismo nombre, fundado bajo Bayaceto II, lo describe nuestro escritor de viajes con bastante precisión, y sobre este puente hablan casi todos los viajeros posteriores. Y la descripción de Jedrene es bastante precisa y complementa las descripciones de viajeros más antiguos, y supera muchas descripciones contemporáneas y posteriores. Nuestro escritor de viajes presenta a Jedrene como una ciudad verdaderamente grande, brillante y muy poblada, destacando, como un observador inteligente y experimentado, entre las curiosidades de la ciudad: la posición en la desembocadura del Tuns en el Maritza, mientras que pasó por alto el tercer río (Arda); describe el serrallo, las mezquitas, las artesanías y el comercio.

Llegaron después de 20 millas al pueblo turco de Sugutli y cruzaron el río del mismo nombre. Después de 28 millas llegaron a Bergas; pasaron Eschibaba, que quiere decir ‘padre viejo’, un buen pueblo turco. Bergas, se ve que fue antaño una buena ciudad, teniendo en su perímetro dos o más millas, y ahora es un montón de pueblos. Después de 28 millas a Chiorlich; antaño una buena ciudad; cerca de él fluye el río Chiorlich, que no es muy impetuoso, pero es ancho y hermoso. Después de 30 millas a Chiumbergasti, un pueblo griego. Pasaron la antigua ciudad de Silivria, situada en el mar; la Selimbria de Jenofonte, que ha conservado más de su antigüedad que cualquier otro lugar en Tracia:

tiene tres millas de perímetro, está llena de casas, antiguas iglesias y mezquitas. Allí viven muchos griegos y otros comerciantes cristianos. Frente a este lugar, en la otra orilla del mar, se levantan las montañas de Bursa en Anatolia. Por aquí pasan muchos comerciantes, y sus tiendas son especialmente de cueros y lana, de las que hay en abundancia, y también en Anatolia. Después de 20 millas a Chochivechegmeghi, es decir, Puente pequeño, un lugar muy bonito y hermoso. Pasaron Biucchegmeghi, es decir, Puente grande, un lugar hermoso. No lejos hay ruinas de antiguas ciudades. Los puentes conducen a través de los golfos, que forma el mar, y se unen con los ríos, y estos golfos hacen lugares agradables y cómodos.

Finalmente, después de 12 millas llegaron el 14 de marzo a Constantinopla y se establecieron en Pera, que no es muy antigua, fue construida por los genoveses y fue su asentamiento; la llamaron Pera, que es palabra griega, y significa ‘al otro lado’, es decir, frente a Constantinopla. La ciudad tiene dos millas y media de perímetro, y está dividida en tres partes. En una viven los perotes, en otra los griegos, y en la tercera los turcos y los judíos. La ciudad está situada convenientemente, en parte en colinas, en parte en la llanura; desde Constantinopla se ve hermosa, en el centro es más alta, y en los extremos más baja. Las casas no son bonitas ni cómodas: tiene buenos pozos, que se conducen incluso desde el Danubio y desde muchos otros ríos más cercanos. Un extremo de la ciudad está bañado por el mar, y allí está el arsenal, construido sobre 96 bóvedas sobre el mar. El otro extremo está lleno de huertos y viñedos, son muy bonitos y bien cuidados, especialmente por los cristianos, que en su mayoría viven aquí, y no en Constantinopla, porque así lo quiere el señor turco. Hay francos, que son comerciantes cristianos, a los que pertenecen tam-

bién los perotes; también hay griegos, que son originarios de Pera, Grecia y Escía. Estas tres clases de habitantes no se relacionan en especial, viven según diferentes leyes y costumbres. Por eso, cuando un franco se casa con una griega, o un griego con una franca, sucede, aunque muy raramente, que el marido vive al estilo franco y la mujer al estilo griego, y entre ellos rara vez reina la paz y el amor. Las mujeres se visten decentemente, pero se maquillan demasiado y se pintan la cara indecentemente; no tienen buena reputación, especialmente las casadas; llaman más la atención de lo que son hermosas. Todo lo que tienen lo gastan en ropa y en anillos, de los que tienen los dedos llenos; en la cabeza llevan joyas, que en su mayoría son falsas. En Pera se funden cañones para el turco; allí está el palacio de los jóvenes jenízaros y todo lo relacionado con el arsenal.

Cuando llegamos aquí, termina Ramberti su relato de viaje, nos pareció que habíamos entrado en el infierno; porque toda la tierra, por la que viajamos desde Dubrovnik hasta casi Constantinopla, es en su mayoría sin cultivar, desierta, no por naturaleza sino por negligencia de sus habitantes; está llena de bosques de rocas horribles y peligrosas, insegura por los bandidos, los puertos más sucios y miserables; es hermoso haber estado allí, pero es difícil llegar.

En el camino entre Jedrene y Constantinopla, Ramberti menciona el pueblo de Sugutli en el río del mismo nombre, probablemente el actual Kuleli en el río del mismo nombre, entre Hafsa y Eski Baba. Bergas, el actual Liile-Bergas. Eschibaba o Eski Baba, la quinta estación en el camino desde Constantinopla a Jedrene. Cerca de Bergas llama la atención sobre los restos de murallas y otras antigüedades, de las que se deduce, que fue antaño una ciu-

dad importante; estos restos serán del antiguo Arcadiópolis, una conocida ciudad arzobispal, y lo mencionan muchos escritores de la Edad Media. Chiorlich, lugar y río, el actual Corlu cerca del río del mismo nombre, y la ciudad fortificada medieval Tzurullon. Chiumbergasti, el actual Kumburgas en el Mar de Mármara, o Borgas Hadži Chalfe. Silivrea, el actual Silivri, en realidad la antigua Selymbria, conocida por los relatos de viaje de la Edad Media, notable por sus muchas iglesias y monasterios, fue una de las ciudades más importantes de Tracia.

Allí estaba, en el cruce de caminos a Constantinopla y Tesalónica, en realidad un punto de encuentro de comerciantes y comercios, que llegaban desde el lado de Asia Menor del Mar de Mármara, y nuestro escritor de viajes menciona también los comercios, especialmente cueros y lana, que se enviaban por tierra a Jedrene y al oeste. Más adelante, el escritor de viajes menciona en el camino costero entre Silivri y Constantinopla los lugares actuales Küçük y Böyük Cekmedže, o como el escritor los menciona: Puente pequeño y Puente grande; lugares con su posición en las lagunas y sus famosos puentes bien conocidos y descritos con detalle. En ambas lagunas desembocan en realidad arroyos, pero el escritor de viajes desconoce sus nombres. Finalmente, ofrece una descripción bastante precisa y fiel de Pera y sus habitantes, como ningún otro escritor, ni antiguo ni contemporáneo; lo único que confunde el origen del asentamiento genovés (en 1268) con el origen de la ciudad.

Después de un viaje marítimo muy difícil y peligroso, comienza el escritor la segunda sección de su libro, «se entra en un puerto seguro y muy tranquilo, en Constantinopla: así nosotros también después de mucha dilación e incomodidad, que soportamos cabalgando en este largo camino». Estas pequeñas palabras

del escritor expresan en resumen la dificultad del viaje terrestre entonces agotador a Constantinopla, lo que expresó aún más plásticamente con aquellas palabras, con las que comienza su relato de viaje, es decir, la primera sección de su libro, y con esto concuerdan plenamente otros viajeros de la época. La impresión general sobre el país recorrido, que ofrece al final de su relato, también la repiten otros escritores de viajes; incluso dibujan con mayor detalle el estado del país y del pueblo, como ya vimos en Kuripešić. Este estado, que los escritores dibujan con bastante fidelidad, es una imagen viva del dominio turco, que llevó a ese pueblo y a esa tierra. Durante casi dos siglos, los ejércitos turcos pasaron por estas tierras a todos los rincones del mundo, devastando la tierra y saqueando al pueblo, y no se sabe qué destruyó más la tierra y al pueblo, si el frecuente paso de ejércitos, o el despótico dominio turco. El camino, sin embargo, por el que viajó nuestro escritor de viajes, especialmente entre Dubrovnik y Tarpazardžik, todavía hoy se encuentra entre los caminos más difíciles, ya que viajó por regiones montañosas, caminos rocosos y escarpados, a través de rocas y zarzas, además en invierno, cuando las montañas estaban cubiertas de nieve espesa, cuando la belleza de la naturaleza de allí no aliviaba los sufrimientos de los viajeros. Dado que nuestro escritor con su compañía recorrió en un tiempo relativamente corto su difícil camino: por eso es de extrañar, que Ramberti no haya descrito los sufrimientos de su viaje. Necesitó para el viaje desde Venecia hasta Constantinopla dos meses y once días, desde el 3 de enero hasta el 14 de marzo inclusive; desde Dubrovnik, sin embargo, la caravana necesitó hasta Constantinopla en total un mes y cuatro días; ya que salió de Dubrovnik el 9 de febrero, y viajó en total 31 días. La longitud del camino, que recorrió desde Dubrovnik hasta Constantinopla,

ascendería según sus notas a más de 800 millas en total. Este camino no se realizaba más corto ni siquiera a finales del siglo XVIII, ya que los enviados de Dubrovnik, que viajaban en 1792 a Constantinopla, pasaron con la caravana en el camino dos meses completos, a saber, desde el 15 de abril hasta el 15 de junio; viajaron en total hasta 50 días, y la longitud del camino ascendería según el cálculo del diario a un total de 290 horas. Además, es necesario tener en cuenta que la embajada de Dubrovnik viajaba en primavera y que tomó un camino más cómodo a través de Kosovo.

El relato de viaje de Ramberti documenta una de las principales rutas que conectaban las costas del Adriático con Constantinopla y el interior de la península balcánica. Esta vía, de vital importancia comercial y política, unía la República de Dubrovnik por tierra con Constantinopla y sus asentamientos en los Balcanes. Por ella transitaban no solo los enviados oficiales de Dubrovnik hacia las cortes de los gobernantes bosnios y serbios, sino también, desde mediados del siglo XV, las comitivas que llevaban tributos anuales a la corte del sultán en Edirne y Constantinopla. Además, es probable que los comerciantes utilizaran este mismo camino para sus negocios en Bosnia, Serbia y Bulgaria, al igual que emisarios venecianos y de otras regiones, lo que subraya su relevancia como eje de intercambio multicultural.

La primera parte del itinerario descrito por Ramberti, que abarca el trayecto desde Dubrovnik hasta Niš, destaca por su detalle sin precedentes en relatos de la época, puede considerarse como uno de los registros más antiguos y precisos que se conservan. El tramo entre Niš y Constantinopla corresponde a la antigua vía imperial ya documentada por viajeros anteriores. La

obra de Ramberti evoca los itinerarios romanos clásicos, centrándose en la topografía y ofreciendo escasas referencias a las condiciones naturales del territorio. No obstante, sus observaciones hidrográficas —donde compara los ríos balcánicos con los de su tierra natal desde una perspectiva económica— revelan la mirada aguda de un viajero erudito y experimentado.

Dado que nuestro escritor de viajes fue un gran admirador de la literatura clásica antigua, y que tanto su biógrafo como otros contemporáneos lo contaron entre los más destacados cultivadores de esta tradición en la Venecia de su tiempo, resulta natural que Ramberti, como uno de los humanistas más importantes de su época, se haya inspirado en parte en los itinerarios romanos antiguos para la estructura de su relato de viaje. Esta influencia se hace aún más evidente en el contenido de su obra, donde aborda con entusiasmo —aunque no siempre con éxito— la geografía y la historia antiguas, combinándolas con el conocimiento moderno. Al igual que otros cosmógrafos de su tiempo, le resultaba difícil desligarse de la visión heredada de la geografía clásica.

Bibliografía

Christoforo Buondelmonti, *Liber Insularum Arcipelagi (1465-1475)*, Bibliothèque nationale de France, Cartes et Plans, manuscrito, GE FF-9351.

Isolario di Benedetto Bordone, nel qual si ragiona di tutte l'isole del mondo, Venetia, 1534.

Delle cose de Turchi. Libri tre. Delli quali si describe nel primo il viaggio da Venetia à Costantinopoli, con gli nomi de luoghi antichi et moderni. Nel secondo la porta, cioe lacorte de Soltan Soleymano, Signr de Turchi. Nel terzo & ultimo il modo del reggere il sta to et imperio suo, Venice, 1541.

[Antonio Manutio] *Viaggi fatti da Vinetia, alla Tana, in Persia, in India, et in Costantinopoli : con la descriptione particolare di Città, Luoghi, siti, costumi et della Porta del gran Turco : et di tutte le Intrate, spese, et modo di governo suo, et della ultima inrepsa contra portoghesi*, Vinegia, 1543.

Le discours du voyage de Venise a Constantinople, contenant la querele du Grand Seigneur contre le Sophi : avec elegante description de plusieurs lieux, villes et citez de la Grece, et choses admirables en icelle. Par maistre Jaques Gassot, Paris, 1550.

Charles Estienne. *Les voyages de plusieurs endroits de France et encores de la terre Sainte, d'Espagne, d'Italie, at autres pays*, Paris, 1552.

Andre Thevet, *Cosmographie de Levant*, Lion, 1556.

Isole, che son da Venetia nella Dalmatia, et per tutto l'arcipelago, fino a Costantinopoli, con le loro fortezze, e con le terre piu notabili de Dalmatia, Vinegia, 1573.

Andre Thevet, *La Cosmographie Universelle d'cosmographe du roy*, Paris, 1575.

Les navigations et pérégrinations et voyages, faicts en la Turquie, par Nicolas de Nicolay, Anvers, 1576.

L'isole piu famose del mondo descritte da Thomaso Porcacchi da Castiglione, aretino, e intagliate da Girolamo Porro, padivano, Venetia, 1576.

Matthias Quad, *Liber aliquot itinerum ex Augusta Vindelicorum egredientium*, Urcellis, 1602.

Domenico Ferreri, servita. *Il curioso discreto. Libri cinque*, Cremona, 1648.

Giro del mondo del dottor D. Gio. Francesco Gemelli Careri. Parte prima, contenente le cose piu ragguardevoli vedute nella Turchia, Napoli, 1699.

Ellis Veryard. *An account of divers choice remarks, as well geographical*, London, 1701.

Descripción de todas las provincias, reynos, estados y ciudades principales del mundo, sacada de las Relaciones Toscanas de Juan Botero Benes, Gerona, 1748.

Ruy González de Clavijo, *Historia del gran Tamorlan*, Madrid, 1782.

The travels of Bertrandon de la Broquière. Translated by Thomas Johnes, esq. Haford Press, 1807

Gardner Wilkinson, *Dalmatia and Montenegro, with a journey to Mostar in Herzegovina*, vol I, London, 1848.

Diario di un viaggio da Venezia a Costantinopoli di M. Paolo Contarini che andava bailo per la repubblica veneta alla porta ottomana nel 1580, Venezia, 1856.

Jules Ludger Dominique Ghislain de Saint-Génois; G.A.Yssel de Schepper. «Missions diplomatiques de Corneille Duplicius De Schepper dit Scepperus, ambassadeur de Christiern II, de Charles V, de Ferdinand Ier et de Marie, reine de Hongrie, Gourvernante des Pays-Bas, de 1523 à 1555». *Mémoires de l'Aca-*

démie royale des sciences, des lettres et des beaux-arts de Belgique. Tome 30, 1857.

Die Pilgerfahrt des Ritters Arnold von Harff [...] in den Jahren 1496 bis 1499, Cöln, 1860.

The Adriatic Pilot. London, 1861.

Alberto Guglielmotti. *Marcantonio Colonna alla battaglia di Lepanto*, Firenze, 1862.

Petar Matkovic. *Putovanja po Balkanskom poluotoku*, XVI. Vieka, Zagrebu, 1879.

Konstantin Josef Jireček. *Die Handelsstrassen und Bergwerke von Serbien und Bosnien während des Mittelalters: Historisch Geographische Studien*, Prag, 1879.

Petar Matkovic. «Putovanja po balkanskom poluotoku XVI vieka. Od dra. Matkovic: II.Putovanje B.Kuripescika L.Nogarola. Ramberta», *RAD. Jugoslavenske Akademije, znanosti i umjetnosti*. Knjiga LVI, Zagrebu 1881, pp.141-232.

The Life and Letters of Ogier Ghiselin de Busbecq, ed. F. H. Blackburne Daniell y Charles Thornton Forster, London, 1881.

Jean Chesneau. *Voyage de Monsieur d'Aramon, ambassadeur pour le Roy en Levant fait de Paris a Constantinople l'an 1547*, Paris, 1887.

Le voyage de la Terre Sainte composé par maître Denis Possot et achevé par messire Charles Philippe. 1532, Paris, 1890.

Le voyage d'outremer de Bertrandon de la Broquière, Ed. Ch. Schefer, Paris, 1892.

C.Couderc, «Journal de voyage à Jérusalem de Louis de Rochechouart, évêque de Saintes (1461)», *Revue de l'Orient Latin*, Paris, 1893.

Le Voyage du Levant de Philippe du Fresne-Canaye (1573), publié et annoté par H. Hauser, Paris, 1897.

Francesco Suriano. *Il trattato di Terra Santa e dell'Oriente*, Milano, 1900.

Itinéraire de Jérôme Maurand d'Antibes a Costantinoble, 1544, Paris, 1901.

Retation de Terre Sainte (1533-1534) par Greffin Affagart, Paris, 1902.

Luigi Villary. *The Republic of Ragusa. An episode of the turkish conquest*, London, 1904.

Alonso de Santa Cruz. *Islario General de todas las islas del mundo (1541)*, Madrid, 1918.

The Pilgrimage of Arnold von Harff, Knight, from Cologne through Italy, Syria, Egypt, Arabia, Ethiopia, Nubia, Palestine, Turkey, France, and Spain, Which he accomplished in the years 1496 to 1499, Ed. Malcolm Letts, Hakluyt Society, London, 1946, pp.246-248.

Carlo Pasero. *La partecipazione bresciana alla guerra di Cipro e alla battaglia di Lepanto (1570-1573)*, Brescia, 1954.

Midhat Šamić. «Opis Putovanja Pjera Leskalopjea Kroz Naše Zemlje 1574. Godine», *Glasnik Arhiva i Društva Arhivista Bosne i Hercegovine*, Sarajevo, 1963.

Andrew B. Urbansky. *Byzantium and the Danube frontier*, New York, 1968.

Charles Schefer. *Le voyage de la Sainte Cyté de Hierusalem*, Amsterdam, 1970.

Dimitri Obolensky. *The Byzantine Commonwealth: Eastern Europe 500-1453*. Londres, 1971.

Pierre Lescapier utazása Erdélybe 1574, Ed. Tardy Lajos, Benda Kálmán, Budapest, 1982.

Alan Palmer. *The Decline and Fall of the Ottoman Empire*, New York, 1992.

Jason Goodwin. *Lords of the horizons. A history of the Ottoman Empire*, London, 1998.

Werner Paravicini. «Europäische Reiseberichte des späten Mittelalters. Eine analytische Bibliographie». Teil 2: *Französische Reiseberichte, bearbeitet von Jörg Wettlaufer in Zusammenarbeit mit Jacques Paviot*, Frankfurt am Main, 1999.

Lud'a Klusáková. *The Road to Constantinople. The Sixteenth-Century Ottoman Towns through Christian Eyes*, Prague, 2002.

Milorad Pavić., «Plovidbene rute srednjim i južnim Jadranom u izolatu Giuseppe Rosaccia», *Radovi Zavoda za povijesne znanosti HAZU*, Zadru, 2003.

Timothy E. Gregory. *A history of Byzantium*, Oxford, 2005.

Andrew Wheatcroft. *The enemy at the gate: Habsburgs, ottomans and the battle for Europe*, Londres, 2008.

John Freely. *The Grand Turk: Sultan Mehmet II, conqueror of Constantinople, master of an empire and lord of two seas*, Londres, 2009.

José Carlos Posada Simeón. *El tránsito de la cartografía medieval a la renacentista a través de la semiología cartográfica de los islarios de da li sonetti, bordone y porcacchi*, Universidad de Sevilla, 2010.

Gizella Nemeth et Adriano Papo. «"Diario di viaggio" di Pierre Lescapier lungo le coste dell'Istria e della Dalmazia (1574)», *Studia Histórica Adriática Ac Danubiana*. Periódico dell'Associazione Culturale Sodalitas Adriático-Danubiana. Anno III, n°1/2, 2010, Duino Aurisina, Trieste.

Marco Moroni. *I rapporti commerciali delle regioni del basso Danubio con le città dell'Adriatico tra cinque e seicento*, Istros, 2012.

Simonetta Conti., «Il viaggio verso l'Oriente “meraviglioso” e l'opera di Giuseppe Rosaccio», *Studi del La.Car.Topon.St.*, Salerno, 2014.

Egidio Ivetic. *Adriatico orientale. Atlante storico di un litorale mediterraneo*, Rovigno, 2014.

Orietta Selva. «Per mare e per terra verso l'Oriente: L'opera cartografica di Giuseppe Rosaccio», *Atti, Centro di Ricerche Storiche*, vol. XLV, Rovigno, 2015.

Giorgio Vespignani. «Un viajero en la Constantinopla del siglo XV poco conocido: el borgoñón Bertrandon de la Broquière», *Estudios bizantinos* 4 (2016), *Revista de la Sociedad Española de Bizantinística*, Alcalá de Henares, 2016.

Matthew Larnach. *All roads lead to Constantinople: Exploring the Via Militaris in the medieval Balkans, 600-1204*, Sydney, 2016.

Jesse C. Howell. *The Ragusa Road: Mobility and Encounter in the Ottoman Balkans (1430-1700)*, Doctoral dissertation, Harvard University, Graduate School of Arts & Sciences, 2017.

Alev Scott. *Ottoman Odyssey. Travels through a lost empire*, New York, 2019.

Michael Schmitz. *Roman conquests: The Danube frontier*, England, 2019.

Aleksandar Krstić., «Vegetation in the territories of Serbia and southern Hungary in travel accounts (Fifteenth–seventeenth centuries)», *Voyages and travel accounts in historiography and literature*, vol. 1, pp.296-338, Budapest, 2020.

B.F. Ayberkin. «From Via Militaris to Ottoman Times: A Brief History and A Restoration Proposal for the Büyükkarıştıran Bridge». *Journal of Innovations in Civil Engineering and Technology*, 2025.

